

EL RESCATE DE CHILE

EUDOCIO RAVINES

EDICIONES
SOBERANIA

EUDOCIO RAVINES

EL RESCATE DE CHILE

1974

La Libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los Cielos. Con ella no pueden compararse los tesoros que encierra la Tierra ni que el mar encubre. Por la libertad, así como por la honra, el hombre puede y debe aventurar la vida".

Cervantes. DON QUIJOTE.

Al Pueblo Chileno, que supo aventurar la vida por la libertad del hombre, este devoto testimonio de admiración y de gratitud. **Porque nunca tantos**, en América Latina y en el mundo libre, **fuimos defendidos tanto** y tan heroica e inteligentemente, **por tan pocos**.

¡Viva Chile!

E. R.

Inscripción N° 43247

EMPRESA EDITORA e IMPRESORA EDIMPRES LTDA.

Huérfanos 1022 - Of. 1006, Santiago de Chile.

Primera Edición 1974

P R E F A C I O

"Odián nuestros gritos de Casandra y les inspiramos resentimiento como aliados. Pero, al fin de cuentas, los ex-comunistas somos los únicos hombres que sabemos todo lo que hay que saber sobre eso..."

ARTHUR KOESTLER.

CHILE acaba de atravesar por el proceso intenso y dramático de una doble revolución: la que realizarán los comunistas en 1970, tratando de implantar el socialismo en el país y la que el pueblo chileno en valerosa insurgencia, con la colaboración decisiva de sus Fuerzas Armadas, realizó para liberarse del sojuzgamiento comunista.

Ambas revoluciones han levantado en vilo el destino, no sólo de América Latina, sino de todo el mundo libre. Y muy principal y decisivamente, el destino del comunismo internacional. Porque la segunda revolución chilena anuncia, si no el principio del fin, evidentemente el fin del principio.

La revolución marxista en Chile llegó como la culminación latinoamericana de un proceso histórico que se inició con la aventura izquierdista del coronel Jacobo Arbenz en Guatemala, al comienzo de la década del 50. Continuó victorioso con el triunfo de Fidel Castro en Cuba y encontró expresiones triunfantes en los gobiernos de Juan Bosch, en Santo Domingo; de Janio

Quadros y de Joao Goulart, en el Brasil; de Velasco Alvarado, en el Perú; de Juan José Torres, en Bolivia; de la izquierda progresista y del terrorismo tupamaru en el Uruguay.

En Chile, el marxismo conquistó una victoria neta, más franca, mejor organizada, con mayores potencias para influir sobre la suerte de las democracias occidentales. En su proceso aparecían enmendados los errores cometidos por los comunistas en los diversos países latinoamericanos. Fue acontecimiento destinado a durar, a influir con fuertes poderes, a cambiar el rumbo de la historia de este lado del mundo. Y si consideramos las coyunturas políticas de Francia y de Italia, pues a influir en forma determinante sobre el camino de Occidente.

Asimismo, la revolución que impuso el rescate de Chile de la dominación comunista llegó con el destino de ejercer transcendencia sobre el proceso mundial. La acción del pueblo chileno y de sus Fuerzas Armadas, expresada en el dramático episodio del 11 de septiembre de 1973, vino a cambiar el derrotero de la historia latinoamericana, a clausurar una época y a remachar la inauguración de otra distinta.

En primer lugar, nos hallamos ante un acontecimiento que marca a fuego la derrota de la táctica moscovita en su marcha hacia la realización de su revolución proletaria mundial. No es la vía parlamentaria, ni la vía democrática electoral, ni las manipulaciones del sufragio popular, ni el camino de la coexistencia pacífica, lo que puede conducir a la victoria al comunismo y a su imperio pacífico sobre los pueblos. La demostración chilena es de evidencia inobjetable.

Las posiciones moscovitas se ven quebrantadas por las defendidas por Pekín y por el leninismo. Para im-

poner el comunismo es imprescindible la violencia, el golpe de Estado leninista o la Gran Marcha del modelo maoísta, o las acciones de guerra de Rusia sobre Hungría y Checoslovaquia. Carecen de valor y llevan a la derrota, tanto las maniobras electorales moscovitas como las guerrillas del castrismo.

En Chile se ha demostrado que socialismo y democracia son dos realizaciones incompatibles. Entre comunismo y libertad existe una contradicción inconciliable. El antagonismo entre una y otra idea puede ser superado, pero entre una y otra realización resulta irreductible, como lo ha demostrado la áspera y ensangrentada realidad chilena.

En América Latina se había iniciado ya la era del regreso de sus pueblos de la aventura izquierdista. El régimen socializante de Juan Bosch en Santo Domingo fue derrocado en 1963. Y la sangrienta guerra civil que estallara más tarde, fue aplacada y pacificada por el doctor Joaquín Balaguer. El régimen izquierdista de Joao Goulart fue derrocado el 31 de marzo de 1964, abriéndose la nueva era del resurgimiento del Brasil. El derrocamiento del gobierno comunizante de Juan José Torres y de la Asamblea Popular, en Bolivia, por el movimiento liberador del Frente Popular Nacional, arrancó al país del altiplano de la órbita de la cortina de hierro. El gobierno de José María Bordaberry, respaldado por las Fuerzas Armadas, arrancó al Uruguay del pantano progresista y de la crisis social, política y económica en que la hundieron las corrientes socializantes y la nefasta influencia del comunismo sobre obreros, estudiantes y alas izquierdas de los diversos partidos políticos.

La liberación de Chile viene a otorgar al fenómeno político del regreso de los pueblos de la aventura izquierdista el carácter decisivo de época nueva en la

vida latinoamericana. La derrota sufrida por el comunismo en Chile tiene trascendencias que van a penetrar profundamente en el pensamiento y en la acción políticos de todo el hemisferio. Después del suceso señalado el 11 de septiembre, el regreso del izquierdismo cesa de ser dominicano, brasilero, boliviano o uruguayo, para transformarse en fenómeno histórico latinoamericano. Por ésto, el rescate de Chile ha venido a sellar el rescate, a mayor o menor plazo, de toda la América Latina, sin excluír a Cuba.

La quiebra del marxismo, el descalabro de Allende y de Unidad Popular tiene que ser estimado por sus vencedores como la apertura de un cambio que adviene con la misión de transformar en sus esencias y raíces la realidad económica y política de Chile. Sólo adentrándose en el trasfondo de estas grandes cuestiones se torna posible vislumbrar la perspectiva abierta ante Chile por su revolución liberadora.

Con ella ha llegado la hora de las magnas y honestas rectificaciones. No tan sólo de los contingentes políticos que marcharon tras los pendones de Unidad Popular, sino de los que combatieron al marxismo con todas sus fuerzas.

Porque se torna imperativo comprender que Allende no ocupó la Presidencia de Chile por sus propios méritos, ni en atención a sus dotes de dirigente, ni como consecuencia del caudal de votos de su facción, ni a causa de los contingentes de masas que seguían tras sus banderas o su programa.

Tampoco ha sido un producto del azar, ni generación espontánea de condiciones especiales, de oportunidades que supo aprovechar. Ni solamente el resultado de una ambición esquizofrénica, que logró pistonear la situación propicia con agudo sentido oportunista.

Allende fue el engendro legítimo de factores políti-

cos diversos, ricos en trascendencia y en capacidad de proyección política. Y fue principalmente el resultado de los errores políticos cometidos por los sectores democráticos y no por los aciertos de los marxistas.

Le limpiaron los caminos el ablandamiento psicológico de la mentalidad del pueblo chileno respecto del comunismo; la capitulación y el complejo de culpa de la derecha frente a la marejada del izquierdismo demócrata cristiano; la política de cambios de estructuras, de vía no capitalista de desarrollo, de Estado Benefactor, de estatización de los medios de producción; la apertura, en gloria y majestad, del ascenso al gobierno realizada en el clásico estilo de Kerensky.

Moscú se empeña en atribuir la caída del gobierno marxista de Chile a un oscuro designio de los jefes militares. Se niega a la autocrítica que declare que Allende puso en práctica una política de aventura, constreñido por el implacable engranaje de la contradicción conflictiva entre las directivas del "apparatchik" moscovita y las imposiciones del férreo equipo de burócratas dorados de las Naciones Unidas. Las tácticas que aplicó rezuman ignorancia política, arbitrariedad personal, marxismo mestizo, herético y tarado de "izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo" que dijera Lenin. Toda su política estuvo transpasada de aventurerismo "blanquista" y de los métodos absurdos aplicados por el "blanquismo" a través de la Comuna de París, que llegaron a eclipsar hasta la luminosidad mínima del sentido común.

Estas fueron las verdaderas causas de la caída de Unidad Popular y no —como lo pregonan los comunistas y lo quiere Moscú— el designio reaccionario de un complot militar.

Este siglo pasará a la historia como el siglo del so-

cialismo. De su advenimiento tempestuoso, de su implantación implacable, de su frustración cabal. Y el acontecimiento chileno íntegro —resumen abreviado y doloroso de la historia del socialismo— pasará a la historia como el acontecimiento de mayor importancia y de más penetrante trascendencia después del golpe de Estado de Lenin, realizador del octubre ruso en 1917.

Este libro ha sido escrito con la aspiración de ofrecer a los latinoamericanos el compendio de lecciones que fluyen didácticamente del proceso revolucionario chileno. Lecciones dictadas por los hechos, por las reacciones en cadena de una realidad que no requiere sino esclarecimiento e interpretación.

En el enjuiciamiento que sigue, el lector encontrará —a modo de despunte consecuente— el esfuerzo por someter el pensamiento a un austero rigor científico. En ninguna página se encontrará con las opiniones del autor. Ni en la línea ni en la interlínea se topará con la defensa de posiciones ideológicas, ni de dogmatismos doctrinarios. Toda ideología, como toda doctrina, llevan siempre cargas más o menos densas de subjetivismo y de riesgo constante de caída o de su tal deslizamiento en la irracionalidad.

Este trata de ser un alegato eminentemente racional. Se sustenta en hechos; une, como un rosario, las cuentas forjadas por la realidad. Su argumentación es eminentemente objetiva, ya que cada argumento se amamanta en acontecimientos comprobados, de sucesos concretos. Filosóficamente, es imposible que el hombre alcance la objetividad pura. No obstante, en cada párrafo de este libro está la lucha inflexible por conquistar la más alta dosis de objetividad.

Con la sola excepción de la teoría —absolutamente original— del retorno de los pueblos latinoamericanos

de la aventura izquierdista, que aparece confirmada por los trascendentes sucesos de Chile, este libro no asume la defensa de teoría alguna. Ha desposado la idea de Goethe: "Todas las teorías son tróncos áridos y secos: sólo está verde siempre el árbol dorado de la vida".

Este análisis llega con el anhelo de ayudar a los chilenos a esclarecer y realizar la toma de conciencia del trascendente proceso del que están siendo protagonistas, ya en sus antecedentes, ya en sus proyecciones. Y a facilitar, en algo siquiera, el hallazgo de las soluciones más fecundas para la crisis que descarga su ruda pesadumbre sobre el pueblo que se ha hecho el realizador de la empresa más osada y heroica de nuestro tiempo, ya que Chile acaba de conquistar una victoria que compromete la gratitud de todos los hombres libres.

Es homenaje al valor popular, a la imaginación incisiva de las mujeres de las cacerolas vacías, al estoicismo de sus empresarios, profesionales, tenderos, estudiantes, periodistas y camioneros, a la grandeza de alma de un pueblo admirable, y con los más fervientes votos por la realización del milagro chileno.

México, 1974.

EL AUTOR

Capítulo I

EL ABLANDAMIENTO PSICOLOGICO

No es tan fiero el León / La euforia democrática / Fascismo o Democracia / La conjura contra Chile / Quién manda el buque / El Presidente radical.

No es tan fiero el león

La comprensión de la esencia medular del fenómeno político chileno del último cuarto de siglo sólo puede ser alcanzada con nitidez si se mantiene —a menudo de reflector— la evocación del Frente Popular.

El frentismo, promovido y organizado por Moscú, cobró vida activa en la política de Francia, de España, al mismo tiempo que en la de Chile. Pero fue en la nación latinoamericana donde cumplió la existencia más prolongada. Mientras en España el Frente Popular fue cancelado por la tiranía comunista, primero, y por la victoria de Franco, después, en Francia fue deshecho por la invasión hitleriana. En Chile, la teoría y la práctica frentistas operan desde 1935 hasta el 16 de abril de 1947, fecha en que el Presidente radical Gabriel González Videla desembarca a sus tres Ministros comunistas del gabinete de Frente Popular. Por encima y más allá de sus relaciones electorales y políticas, el Frente Popular constituyó un fenómeno profundo y a largo plazo, de ablandamiento psicológico de la mentalidad de un pueblo hiperestésicamente político, el más culto y avanzado de América Latina.

El Frente Popular significó el ablandamiento de las concepciones y de la voluntad de sus políticos, de la visión y los sentimientos de sus intelectuales, de la actividad de sus empresarios, del ánimo y las posiciones de sus profesionales, de la dinámica e inclinación de sus periodistas, del espíritu y de la actitud de los trabajadores.

En las guerras, la resistencia de las fuerzas enemigas, sus fortificaciones y sus baluartes, son ablandados y preparados para la captura por operaciones de artillería, cohetes y aviación. En Chile, el Frente Popular desempeñó políticamente esa misión. Suave, quedamente, como toda operación psicológica, ablandó las resistencias nacionales hacia el comunismo, aflojó las tensiones que promovía el peligro marxista, bajó la guardia de los sectores más alertas y anestesió las vigilancias más insomnes.

Tras la experiencia colectiva del Frente Popular en los años 30 y los 40, el comunismo cesó de aparecer a los ojos de los chilenos comunes tan nefasto como se le estimó hasta 1934. Su teoría y su práctica clavarón en Chile la idea de que el comunismo no era riesgo tan grave, ni peligro tan mortal como el presentado por la guerra fría. Se consolidó el criterio de que el "león no era tan fiero como le pintaban". Los chilenos fueron refinadamente trabajados para aceptar, sin mayores resistencias, el asalto comunista de 1970.

La euforia democrática

La política chilena vivía su etapa de euforia democrática, pacífica, alegre y confiada, en 1934; tras haber abatido incruentamente la dictadura del general

Ibáñez del Campo. El áspero y estridente pleito con el Perú había sido cancelado. Y don Arturo Alessandri Palma, el “León de Tarapacá” —en un país donde sólo hay leones pintados— había reocupado la Presidencia de la República, democráticamente elegido.

El país estaba empeñado en reparar las consecuencias de la crisis mundial del capitalismo después del colapso económico de 1929, que sacudió a Chile con una marejada de desempleo como jamás se viera en el país.

El régimen democrático de vida, forjado a través de una centuria por conservadores y liberales, desde los días de don Diego Portales, imperaba garantizando los derechos cívicos de todos los chilenos, gobiernistas y opositores. La más amplia libertad de expresión permitía a los opositores de todas las categorías la crítica más o menos incisiva y mordaz contra los actos del gobierno. Entretenía el resentimiento quisquilloso de los “siúticos” contra los “palo-gruesos”, de una clase media en ascenso contra quienes más tarde fueron catalogados por comunistas y democratacristianos como “la oligarquía”.

El gobierno de Arturo Alessandri se sustentaba sobre la divisa del caudillo popular del año 20: “El odio nada engendra, sólo el amor es fecundo... por ésto, mi gobierno es el gobierno del amor...”. A lo que la oposición replicaba “¡Amor a palos...!” en medio de la carcajada nacional y entablando una polémica sobre si el “León” seguía siendo o no el mismo del año 20.

Chile vivía —junto con el Uruguay en América Latina— la era de una política excepcional. Tolerancia amable, estilo elegante en la discrepancia, limpieza en el procedimiento, honestidad en la administración. Si Chile no era entonces, “panglossianamente” el me-

jor de los mundos posibles, ni la copia feliz del edén, por cierto que era el mínimo de los males de lo que estaba aconteciendo en el resto de América Latina.

Se habían extinguido los ecos del himno de guerra "Cielito Lindo", del vocativo electrizante: "chusma querida" y de las exacerbadas y artificiosas tormentas populares contra "los viejos del Senado". Pero, quedaba realizada la apertura del gran viraje político de entonces hacia la izquierda. Arturo Alessandri, en Chile, con Victor Raúl Haya de la Torre, en el Perú, fueron los autores de la apertura trascendente hacia la izquierda en América del Sur.

Sobre esta tierra blanda y fértil iba a caer la simiente del Frente Popular.

Fascismo o democracia

Sobre el mundo se alzó el espectro del drama que significó el antagonismo ecuménico entre democracia y fascismo, y que debía marcar la década del 30 con su sello siniestro.

El comunismo se alzaba mundialmente monolítico, pero interiormente, en Rusia, corroído por la pelea a dentelladas de Stalin contra los viejos bolshevikis. El dogmatismo staliniano había debilitado las posibilidades comunistas en el mundo, hasta el punto de justificar la acusación trotskista, que calificaba a Stalin como "generalísimo de las derrotas", y hasta el extremo de haber creado la rabiosa división, cargada de odio, entre comunistas y socialistas, no obstante que ambos se reclamaban marxistas. Los comunistas, con la espuma en los labios, cumplían servilmente el encargo staliniano de acusar a los social-demócratas de

“social-fascistas” a través del mundo. Sobre el campo de esta división, el hitlerismo se alzaba como avalancha incontenible.

Tras el escandaloso proceso de Leipzig, que juzgaba a los supuestos incendiarios del edificio del Reichstag, Jorge Dimitrov, comunista búlgaro, fue liberado mediante un canje por espías alemanes prisioneros en Rusia.

Dimitrov escribió su defensa con las manos esposadas, se transformó hábilmente de acusado en acusador y apareció ante el mundo como el más heroico defensor de la democracia y de la libertad. El búlgaro —que fuera más tarde asesinado por orden de Stalin— salió a Moscú nimbado por el prestigio de héroe mundial anti-fascista. El vasto consenso universal vio en él al representante de un campo que se batía por la libertad, y que a causa de su valor personal salía vencedor.

Con el vigoroso respaldo conquistado a través del orbe, consciente de su papel de protagonista político y seguro de su capacidad de enfrentar a Stalin, Dimitrov planteó la necesidad de terminar con la lucha fratricida entre socialistas y comunistas. Y clavó ante la Internacional Comunista la urgencia de buscar una vasta alianza anti-fascista, para constituir la cuál era obligatorio, no sólo llamar fraternalmente a los social-demócratas, sino convocar a esta unión a todos los que tuviesen interés en defender la supervivencia del régimen democrático.

La creación de tal alianza exigía un amplio y profundo viraje ideológico, ya que era imposible imponer a los aliados burgueses y pequeño-burgueses, social-demócratas y liberales, las concepciones comunistas. Era imperativo que el comunista simulase o disimulase, silenciando su requisitoria contra la propiedad

privada y eliminando el criterio marxista de la lucha de clases, para reemplazarlo por el de la colaboración de clases, exigida por el Frente Popular. En adelante, en vez de la defensa de la dictadura del proletariado, debía fingir la defensa de la democracia y de la libertad.

Fue entonces que se inició la más ominosa corrupción del léxico político que se haya realizado jamás y la que debían completar, con destilada habilidad, los democristianos de América Latina.

Se trataba, sin sombra de duda, de la violación flagrante de las normas marxistas-leninistas. Dimitrov actuó como el revisionista más consumado que haya tenido jamás el marxismo. Hizo cambiar los programas de los Partidos Comunistas, introduciendo contrabandos idealistas dentro del materialismo, promoviendo la política de "mano tendida a los católicos". Restringió el ataque a la propiedad privada, imponiendo políticas estatistas que sirviesen como de peldaños en el descenso al abismo comunista.

Es desde entonces que se instala en la actividad política la cínica ruptura entre la idea y la acción, entre las palabras y los hechos. Bajo el signo de tal concepción nacieron la filosofía y las teorías del Frente Popular, las que se han convertido luego en el arma poderosa de penetración del comunismo en la mentalidad occidental.

Imitando a Roosevelt, Jorge Dimitrov organizó su "trust de cerebros" para elaborar la filosofía, la táctica y el programa del Frente Popular.

Como el Frente Popular no podía salir enfrentando al Proletariado contra la Burguesía, según lo estableciera Marx, se inventaron los términos de las "cuarentas familias" para Francia o de las "catorce familias" para El Salvador. La burguesía como clase

quedó reducida a grupos dentro de los cuales podía quedar incluido, en un momento dado, cualquiera de los burgueses de un país.

El economista oficial del gobierno soviético, el húngaro, ex Ministro de Economía del gobierno de Bela Kun, Eugéne Varga, dictó conferencias doctrinarias para enseñar a los comunistas frentistas que "al comunismo se puede llegar no sólo por el camino de la insurrección armada y del golpe de Estado de nuestro camarada Lenin, sino también por medio de una serie sucesivas de "New Deals", o sea, por la estatización progresiva de las empresas privadas...".

La lucha contra el fascismo en el mundo democrático no podía desplegarse acusándole de ser anti-comunista, enemigo de la Unión Soviética, adversario de la revolución proletaria mundial. Era obligatorio levantar en la lucha antifascista, frente a los demócratas, las banderas de la democracia, de la lucha por la libertad, de la defensa del libre sufragio, de la libertad de expresión. O sea, las reivindicaciones caras a todos los demócratas. Se estimó que mientras más amplias y generosas fuesen esas libertades en el mundo capitalista, más amplias serían las ventajas y garantías de que disfrutaría el comunismo para desarrollar sus actividades en el campo enemigo.

Se impuso silencio total sobre el grito de guerra del marxismo, "La religión es el opio del pueblo", imponiéndose el de "Mano tendida a los católicos" en su lugar. Y mientras los católicos rechazasen esa mano tendida, por aquello de que "el comunismo es intrínsecamente perverso", se hacía imperativo proclamar la consigna de "las dos manos tendidas a los católicos".

La arenga de clausura del histórico debate en Moscú fue una apología del prudente personaje de la Iliada,

Néstor, rey de Pilos, en la guerra de Troya. Inmovilizados los griegos ante las inexpugnables murallas de la ciudad, construyeron el famoso caballo que debía permitir a las tropas de choque, introducidas en su interior, ingresar al corazón de la fortaleza para abrir las puertas a los invasores. El Frente Popular era el Caballo de Troya de esta nueva fase de la guerra del comunismo contra la democracia.

La conjura contra Chile

En el Cónclave del "trust de cerebros" presidido por el Presidente de la Internacional Comunista Jorge Dimitrov se hizo desfilar, uno a uno, los países latinoamericanos para elegir el que mejores condiciones ofreciese para instalar en él el Frente Popular.

La atención se detuvo en Chile, a causa de su estabilidad política, de su firme régimen democrático, de las condiciones políticas de libertad y de tolerancia imperantes. Ningún chileno pudo suministrar informe alguno, pues no había ninguno presente en Moscú en aquella oportunidad.

La suerte política de Chile fue decidida así, arbitrariamente, por un grupo de extranjeros extraños al destino de Chile, que iban a trabajar en el país al servicio de la Internacional Comunista.

Se analizó la situación en que se encontraba el Partido Comunista chileno, el escaso número de sus militantes, la indigencia ideológica y la debilidad política de sus cuadros, las influencias masónicas que operaban en su dirección, la pobre formación marxista de sus jefes. Para superar estas debilidades, la delegación que partía de Moscú asumiría el puesto del

partido y desempeñaría sus funciones, suplantándolo. De este modo, no se necesitaría sino un grupo obediente, dispuesto a acceder con docilidad a las exigencias de la delegación.

Mientras los chilenos dormían plácidamente el sueño garantizado por una eficiente creación democrática, un puñado de intrusos audaces, a miles de kilómetros de distancia, tramaba la conjura que iba a cambiar el destino de la democracia más firme y avanzada de toda la América Latina.

Las primeras gestiones realizadas en Santiago fueron orientadas hacia el Partido Socialista que dirigía Marmaduke Grove. Por la intervención que tuvieron Oscar Schnacke y Salvador Allende, la respuesta fue de franco repudio y de negativa a la apertura de cualquier negociación. Fue inevitable pasar sobre la directiva moscovita y dirigir la gestión hacia el Partido Radical.

El alegato comunista fue planteado a radicales conspicuos, alejados de la colaboración en el gobierno. El Partido Radical está colaborando en un gabinete ministerial donde impera hegemónica la voluntad de la derecha. El radicalismo sufre un vasallaje que no está compensado con influencia política ni con participación en el poder. Está constituyendo la cola del gobierno del "León de Tarapacá". En tanto que si el Partido Radical se pusiese al frente de toda la izquierda unificada, podría bien llegar a ser la cabeza de un gobierno de nuevo estilo, ya que el próximo Presidente de la República podría ser un radical.

El alegato comunista circulaba de boca en boca dentro del radicalismo y era absorbido como voluptuosa tentación por los dirigentes radicales que no se beneficiaban directamente de los Ministerios. Mucho más prontamente de lo esperado, se abría paso

en la Asamblea Radical de Santiago la idea de organizar un Frente Popular capitaneado por el Partido Radical.

Gracias a la enérgica gestión de Justiniano Sotomayor y de Santiago Labarca, importantes figuras de la Asamblea Radical de Santiago, se obtuvo el voto de la organización abrumadoramente mayoritaria en favor de la constitución del Frente Popular.

Se constituyó de esta manera el movimiento estratégico de pinzas que dejaba al Partido Socialista dentro de una tenaza. De un lado, el Partido Radical, del otro, el Partido Comunista, que cobraba fuerza a causa de su acercamiento al radicalismo. Schnacke y Allende comenzaron a marchar por la calle de la amargura, con el agrio padecimiento de la ambición, que fue siempre desmesurada en el último.

La muerte del Senador radical por Santiago, Pedro León Ugalde, abrió la perspectiva de una campaña electoral y del juego político correspondiente. La brigada del Komintern sin consultar con nadie, puesto que el Frente Popular existía sólo en idea, pero ni siquiera en embrión, lanzó la candidatura de un periodista perseguido, Juan Luis Mery, director del diario "La Opinión" y condenado a extrañamiento del país por los tribunales de justicia.

El Bloque Parlamentario de Izquierda, donde tenía su baluarte el Partido Socialista y donde se había abroquelado la resistencia a la formación del Frente Popular, aprobó un voto por el que convocaba a los parlamentarios a acompañar a Juan Luis Mery hasta la frontera argentina. El Partido Comunista, en la hoja de reciente aparición "Frente Unico", proclamó: "No se trata de acompañar a Mery hasta la frontera, sino de impedir su destierro".

No había otro camino para realizar esta aspiración

por la vía democrática, que sostener la candidatura de Mery a la Senaduría vacante por Santiago. Quién se opusiese a ella se estaba oponiendo a que el Presidente Alessandri indultara al reo político, por ser candidato a una representación parlamentaria.

Los radicales fueron los primeros en aceptar la iniciativa comunista, a la que se sumaron con toda buena voluntad los democráticos de Pradenas Muñoz. Los socialistas se vieron forzados a cesar su oposición. Y cuando la candidatura frentista fue proclamada, el Presidente Alessandri decretó el indulto en favor de Mery.

La salida de Mery a las calles a solicitar los sufragios ciudadanos fue como una victoria para el Partido Comunista y una derrota para el Socialista. No hubo necesidad de acompañar a Mery hasta la frontera, porque la acción del Partido Comunista había impedido su destierro. El régimen democrático había colaborado admirablemente en el éxito de la táctica del Partido Comunista, ante lo cual, el Partido Socialista debió abandonar sus posturas anticomunistas.

La manifestación pluripartidaria que proclamó la candidatura de Mery exhibió la unión de los cuatro partidos de izquierda, a la que se sumó la Confederación de Trabajadores, manipulada por socialistas y comunistas, cual si hubiese sido un partido político más. El Partido Comunista salió a la calle y paseó su trapo rojo, lo que no habría podido realizar jamás solo y con sus propias fuerzas.

La candidatura de Mery fue derrotada por el representante de la derecha, pero la derrota electoral quedó como sobresaliente victoria política del Partido Comunista. El acontecimiento causó profunda impresión en Moscú.

Quien manda el buque

Los radicales estaban asombrados de la pulcritud y el desinterés con que los comunistas colaboraban con ellos. No recibían un peso por el duro trabajo que realizaban, pegando cartelones, distribuyendo propaganda, pronunciando discursos, reclutando votantes; casa por casa; soportando frío; lluvia; vientos y todas las inclemencias del tiempo.

El Partido Comunista crecía en progresión geométrica, aumentando el número de sus militantes y fogueando la formación de sus cuadros dirigentes, libre ya de la persecución policial que tanto estorbaba su acción.

El comando del Komintern impuso la obligatoriedad del saco y de la corbata, del rostro rasurado y la camisa limpia, para tratar con sus aliados. Los cursos de marxismo eran dictados en los hogares y ante las humeantes tazas de té servido en casa de damas efectivamente "palo gruesos" que admiraban el advenimiento del Frente Popular, sin sospechar que se trataba del ingreso del Caballo de Troya en la fortaleza de la Democracia chilena.

La penetración comunista se orientó con firmeza hacia la clase media y especialmente al campo intelectual. Profesores de Universidad, maestros, médicos, ingenieros, altos empleados, hacían cola aguardando que sus candidaturas a miembros del Partido Comunista tuviesen la suerte que había alcanzado la solicitud de Pablo Neruda.

Las resoluciones del "apparatchik" soviético eran comunicadas al Partido en formas diversas. Insinuaciones sigilosas, sugerencias individuales, comunicaciones oficiales y, cuando fue menester, órdenes perentorias. Las resistencias eran doblegadas a través de discusiones en las que se repetían los argumentos.

y los alegatos ante el Politburó o el Comité Central eran encargados a los camaradas más dóciles, o más elocuentes, con prohibiciones de revelar que las proposiciones habían sido planteadas por el "apparatchik".

La delegación de Moscú puso especial cuidado en no hacer sentir su autoridad, y más aún, en no hacerla sentir como presión sobre el comando del partido. Se demoraban las resoluciones secundarias, para dejar la impresión de que ellas habían sido efectivamente aprobadas por la dirección del Partido.

Este procedimiento correspondía a la llamada "política de formación de cuadros", pero en buena parte era inspirada por el temor a provocar resentimientos en algunos de los miembros de la dirección chilena, los que podrían encontrar desahogo en una confidencia a la policía. Por tal temor, muchos de los altos dirigentes del Partido no tenían noticia de la existencia y funcionamiento de un "apparatchik" soviético en Santiago. Algunos conocían a sus miembros como "militantes de los partidos hermanos" que habían llegado a Chile para hacer su aprendizaje político, o para colaborar en el trabajo revolucionario, poniendo en práctica el "internacionalismo proletario".

Al amparo de grandes apoyos financieros, de abundantes créditos blandos, de protección de carácter comercial, se fundó la empresa editora "El Siglo", y se lanzó a la calle un diario de la mañana, producto de la fecunda incubadora del Frente Popular.

Llegó la etapa crucial de las elecciones presidenciales y la derecha, compactamente unida, lanzó la candidatura del eficiente ex Ministro de Hacienda de Alessandri, Gustavo Ross Santa María, temible por su capacidad organizadora.

El Partido Comunista sabía bien que debía afrontar

la furiosa acometida y el chantaje agresivo del comando del Partido Socialista, especialmente de parte de Schnacke y de Allende. Al Secretario General del Partido Socialista se le había ablandado y se había conquistado su simpatía con la invención de un grito que coreaban al unísono comunistas y socialistas: "¿Quién manda el buque...? ¡Marmaduke!", clamor con el que "on Marma" disfrutaba voluptuosamente hasta las lágrimas. Con este grito se mantenía la seguridad, bien que a medias nada más, de que el Partido Socialista no rompería la unidad tan laboriosamente alcanzada... si es que los comunistas lanzaban la candidatura de un radical a la Presidencia de la República. Era claro que, si desertaba el Partido Socialista, la victoria se hacía imposible.

Sobrevinieron las elecciones internas dentro del Frente Popular entre las delegaciones de los cuatro partidos y de la Confederación de Trabajadores. Los socialistas alentaban la esperanza de que los dirigentes de la Junta Central Radical se negarían a sellar oficialmente la alianza radical-comunista. Sorpresivamente, en una sesión tumultuosa, se encontraron con que el dirigente radical Pedro Aguirre Cerda aceptaba la propuesta comunista y se presentaba como el candidato oficial del Frente Popular.

La proclamación de "Don Tinto" como candidato frentista constituyó una batalla oratoria en la que los comunistas debieron soportar pasivamente la tempestad de invectivas de los socialistas. Los radicales asistían flemáticos y tranquilos, satisfechos de que los comunistas se desempeñasen como excelente brigada de cipayos. Los radicales prefirieron maniobrar en la penumbra, ofreciendo puestos públicos, sitiales en los directorios y gerencias de las Cajas estatales.

negociando privilegios y regateando las exigencias socialistas.

Don Pedro Aguirre Cerda fue ungido candidato del Frente Popular y los socialistas no cumplieron su amenaza de deserción. Por el contrario: desde aquel momento dedicaron sus mejores obsecuencias a "Don Tinto" y a los altos dirigentes del radicalismo.

El Presidente radical

Las elecciones de 25 de octubre de 1938 dieron la victoria al Frente Popular por sólo 4.111 votos. Pedro Aguirre Cerda obtuvo 222.720 sufragios; Gustavo Ross Santa María: 218.609.

Sólo tres años tuvo Chile gobierno de Frente Popular activo y militante. El 25 de noviembre de 1941 moría Pedro Aguirre Cerda.

El candidato radical que le sucedió, Juan Antonio Ríos, si bien se benefició con los votos comunistas, impuso un severo paréntesis a las relaciones radical-comunistas, enfriamiento que duró hasta la muerte del Presidente, acaecida en 1946.

La candidatura del radical Gabriel González Videla fue propiciada con entusiasmo por el Partido Comunista, y en las elecciones de 1946 el Frente Popular hacía ondear de nuevo sus banderas de combate en la política chilena. Radicales y comunistas marcharon aliados; la derecha se dividió sosteniendo dos candidaturas y los socialistas dieron 12.114 votos a su candidato propio.

González Videla fue elegido por el Congreso, a causa de haber obtenido la primera mayoría relativa. Asumió el gobierno el 3 de noviembre de 1946 y constituyó

un Ministerio de Frente Popular, en el que los comunistas participaron con tres carteras. La victoria del 46 había resultado más significativa que la del 38.

Bien pronto el Presidente radical tomó conciencia de lo insoportables que resultaban las presiones de Moscú para penetrar en Chile, ejercidas por su quinta columna, en este caso, encaramada en el poder.

Convencido de la siniestra calidad de sus aliados, el Presidente decidió desembarcarlos de los Ministerios y de los puestos públicos que ocupaban, el 16 de abril de 1947, día de la defunción oficial del Frente Popular en Chile. Como la amenaza aumentó su agresividad, González Videla se vió obligado a acusar a los comunistas de ser los autores de la paralización que sufría el país y a solicitar del Congreso, donde sus fuerzas estaban en minoría, la aprobación de la Ley de Defensa de la Democracia, que fue ley de proscripción para el Partido Comunista.

Inmediatamente el gobierno radical aplicó la ley, desencadenando una drástica persecución contra los comunistas, la que fue recibida lejos de la unanimidad por el pueblo chileno, habituado al régimen democrático de vida amplio y cabal para los ciudadanos. La gran masa popular no comprendió la esencia política de lo que estimó como una traición del radicalismo a sus aliados de la víspera.

Sólo unas pocas voces que clamaron en el desierto trataron de esclarecer ante el pueblo las razones profundas que habían decidido a González Videla a optar por la ruptura, a desembarcar a sus fervorosos aliados y a perseguirlos como enemigos de la sociedad y del porvenir de Chile. Desde el licenciamiento de los Ministros comunistas hasta la clausura de los campos de relegación de Pisagua, los chilenos tuvieron una

visión nebulosa de lo acontecido entre radicales y comunistas.

La inmensa mayoría del país, y sobre todo la generación siguiente, no tomaron conciencia de la felonía comunista. La ruptura fue atribuida al pleito menudo entre dos partidos políticos, el uno dueño del poder y el otro desprovisto de todo poder. Los más ilustrados estimaron el pleito radical-comunista como un incidente en el que se manifestaba el fragor de la guerra fría y hasta cierto fanatismo macartista.

Cuando, posteriormente la "Ley de Defensa de la Democracia", estimada por todos como ley anti-comunista fue abolida, el comunismo no solamente quedó limpiamente reivindicado y fortalecido; sino; además, ornado por el nimbo del martirio infligido injustamente a combatientes sociales, por lo más sombrío y reaccionario del pensamiento anti-democrático.

La teoría y la práctica del Frente Popular clavó en Chile la idea de que el comunismo no significaba riesgo tan grande, ni constituía el peligro mortal descrito por la propaganda de la guerra fría. Se implantó con facilidad la creencia de que "el león no era tan fiero como lo pintaban". Los chilenos fueron trabajados para aceptar pacíficamente, sin protesta, el asalto comunista de 1970.

Lo que todos los políticos subestimaron fue el extraordinario crecimiento numérico y político que el Frente Popular trajo en beneficio del Partido Comunista. El partido de menos de un millar de militantes, con dirigentes nómades y asustados, sin prensa y sin influencia, de 1934, fue transformado en la entidad política que movilizaba el más elevado contingente electoral de la izquierda marxista, con dirigentes que disfrutaban de autoridad en el concilio político, que tenían voz cantante en el capítulo y que contaban

con el poderoso factor de millonarios medios de intercomunicación moderna. Fue con estos potentes instrumentos de acción que el Partido Comunista logró constituir la Unidad Popular y labrar la victoria marxista de 1970.

La experiencia chilena demuestra al mundo libre que toda política de entendimiento o alianza con los comunistas es, inevitablemente, política de apaciguamiento, de impunidad y de arrojar carne a la fiera. Es la clásica política puesta en práctica en Munich por Neville Chamberlain —el hombre del paraguas— y por Edouard Deladier ante Hitler y Mussolini, para evitar la guerra. Históricamente, su acción no hizo sino arrastrar al mundo al precipicio de la guerra. Y es que el peligro no se combate apaciguándolo, sino enfrentándolo y luchando contra él.

La experiencia de Chile anuncia con meridiana claridad cuán perniciosa es la política que viene desarrollando en Francia el Partido Socialista, bajo la dirección de Francois Mitterrand, con el “programa común” y con el compromiso de asumir el poder con el Partido Comunista. Y hace resonar la alarma en el ámbito mundial contra el peligro que entraña para Italia y para el mundo libre la política de “Apertura a la Sinistra” de la democracia cristiana fanfanista, deslumbrada por la tentación de asumir el gobierno en alianza con el Partido Comunista de obediencia moscovita.

Y aquí reside la característica de trascendencia mundial de toda la experiencia chilena.

Capítulo II

ESTRATEGIA NEO-IMPERIALISTA

Entraña del paradojal concubinaje / Las empresas transnacionales / La batalla de la concurrencia / Marchar separados, combatiendo juntos / Situación económica pastoral / Postura del Congreso norteamericano.

Entraña del paradojal concubinaje

En Chile se desarrolló, en el plazo de una década, intensa y ampliamente, hasta tornarse tan visible como la nariz sobre un rostro, el fenómeno paradojal de la doble infiltración ideológica, ardientemente izquierdista. La que procedía de Moscú, desde los días de Lenin, reforzada luego por las que provienen de Belgrado, de Pekín y de La Habana; y la que es desplegada desde los Estados Unidos, a través de la influencia directa y organizada de círculos políticos, de cenáculos intelectuales y universitarios, de estudiantes y sacerdotes y hasta jipis, que son conocidos por el apodo genérico de "Liberals". Hay que advertir que tal calificativo no tiene parentesco alguno con el significado de liberal castellano.

La vasta y pertinaz infiltración comunista, pistoneada por Moscú desde el año 1919, se ha venido ensamblando e imbricando, cuál uña y carne, con la penetración izquierdista suministrada por Washington. Esta es servida por los sectores que cultivan las ten-

dencias de intervencionismo estatal, de economía dirigida, de dominación de la burocracia estatal sobre la sociedad.

Este concubinage de influencias ideológicas similares está viva y operante sobre toda la América Latina y la influencia izquierdista de las Universidades norteamericanas, se hace sentir perniciosamente sobre toda la juventud latinoamericana. La penetración izquierdista manipulada desde Washington es piloteada por los altos dirigentes del Partido Demócrata, por el supremo comando sindical, y está servida por intelectuales del estilo John Kenneth Galbraith, Arthur Schlesinger, Henry Marcuse, y por el plantel de progresistas de Harvard, de Princeton, de Yale...

La igualdad que prevalece en ambas formas de penetración, es la munificencia con las que, una y otra, son financiadas: la comunista, con fondos de Moscú, de Belgrado, de Pekín, de La Habana; la "liberal" con los mismos fondos que ayudaron a conquistar el poder y a imponer su ominosa dictadura a Fidel Castro. Fondos que, como se sabe, llegaron desde las cuentas bancarias de los grandes consorcios nativos norteamericanos.

Las fuentes originarias de esta extraña política, hay que buscarlas en el tempestuoso y contradictorio proceso económico de la grandiosa actividad que se desarrolla en los Estados Unidos.

En la realización de este análisis es indispensable comenzar por barrer el basural acumulado por las ideas obsoletas de Lenin, registradas en su libro "Imperialismo, etapa superior del capitalismo". Los comunistas repiten mecánicamente esas ideas, no obstante que ellas han sido completamente eliminadas de la presente realidad económica.

Lenin, como todos los ideólogos comunistas, desde

Marx y Engels, ofició de ropavejero, tomando las ideas enunciadas por el escritor inglés Hobson en su libro "The Imperialism" aparecido hacia 1904, y de "Das Finanz Kapital" de Hilferding, el dirigente socialdemócrata alemán, publicado en la primera década de esta centuria. De ambas obras extrajo las características del imperialismo contemporáneo.

Hilferding señaló el proceso que seguía el movimiento inversionista de su época. Las exportaciones de capitales y las inversiones en el extranjero, dependían fundamentalmente de los bancos. Las instituciones financieras y de crédito recolectaban y suministraban los capitales de los que tenía necesidad la industria. El capital financiero apareció tomando la hegemonía sobre el capital industrial. Toda la teoría de Lenin sobre el imperialismo reposa sobre este principio.

Desde 1916 —fecha de aparición del libro de Lenin— y desde la primera guerra mundial hasta nuestros días, no solamente ha corrido mucha agua bajo los puentes, sino que han sobrevenido cambios esenciales en la historia económica del mundo. Se ha instalado y ha fracasado el socialismo como sistema sobre el haz de la tierra, sin poder mostrar la menor excepción. El sistema capitalista ha eliminado sus crisis de la magnitud de la que sufriera en 1929. La clase obrera ha dejado de ser para siempre el proletariado revolucionario, que esperaron Marx, Engels, Lenin y compañía, para transformarse en la protagonista de un aburguesamiento ambicioso e incontenible. Y, asimismo, el capital financiero ha cedido su hegemonía nuevamente al capital industrial. En la actualidad, las grandes empresas industriales no dependen de los bancos. Es al contrario: las grandes corporaciones in-

dustriales, poseen y manejan los capitales de sus propios bancos.

Y lo que sobresale, sobre todo, es la medular división del trabajo que ha intervenido separando la actividad de las empresas industriales modernas. En los tiempos de Lenin, los grandes consorcios manufactureros de los países avanzados industrialmente, salían a los mercados del mundo a luchar por la explotación y adquisición de las materias primas y por la venta de los productos que manufacturaban, en los mercados de consumo de los países subdesarrollados. En nuestros días, los grandes consorcios industriales se han dividido en dos clases: los que producen en los países desarrollados para satisfacer las necesidades de sus grandes mercados internos principalmente, y luego, para exportar su excedentes a los países subdesarrollados; y las corporaciones industriales que están interesadas, no en exportar mercaderías, sino en exportar fábricas completas, empresas íntegras, tecnologías modernas, métodos de producción revolucionarios, a los países subdesarrollados.

Los primeros, siguen siendo los consorcios tradicionales; los segundos constituyen en nuestros días la potencia de las empresas transnacionales, que vienen alcanzando magnitudes colosales y que se anuncian como el poder hegemónico de la economía del siglo XXI.

El antiguo capitalismo imperialista ha cesado de ser monolítico y solidario en sus intereses, no obstante la competencia. En la actualidad, él está dividido entre capitalismo nativo y capitalismo multinacional.

El importantísimo y trascendente fenómeno de la contradicción entre empresas nativas y empresas transnacionales, no ha sido analizado, ni siquiera esbozado, por lo que se hace obligatorio esclarecer en

lo posible, no solamente las diferencias, sino los antagonismos que escinden y divorcian, y llegan a oponer los intereses esenciales de los consorcios que denominaremos nacionales, y de los consorcios transnacionales.

En el trasfondo de esta contradicción, encontraremos el manantial de donde brota la infiltración izquierdista que, desde los Estados Unidos, invade y sumerge a la América Latina.

Las empresas transnacionales

Las empresas transnacionales realizan la recolección de sus recursos a través del mundo entero, absorbiendo, centralizando e invirtiendo capitales de los más diversos países. Mientras las empresas nacionales movilizan principalmente fortunas privadas, ahorros nacionales, capitales aportados por accionistas nativos, en su abrumadora mayoría.

Mientras las corporaciones se hallan establecidas y funcionan dentro del territorio de naciones altamente industrializadas, obligadas al pago de elevados salarios y al sostenimiento de altos niveles de vida de la población, las empresas transnacionales buscan establecerse en los países donde la mano de obra es más barata.

La empresa transnacional preferirá establecer su centro de producción al alcance de materias primas con más abreviado transporte y más bajo costo. Entre tanto, los consorcios nacionales estarán obligados a producir empleando materias primas importadas que están obligadas a añadir al precio de origen, los impuestos de exportación, tal vez también de importación, más el costo del transporte.

Las empresas transnacionales buscarán establecerse en países donde sus actividades económicas estén gravadas con impuestos bajos; mientras las empresas nacionales deberán satisfacer las altas tributaciones que se imponen en las metrópolis.

El negocio de los consorcios nativos consistirá en vender el más alto porcentaje de su producción en el mercado interno nacional. Los excedentes serán exportados a otros países no desarrollados, sometidos a las férreas limitaciones del poder adquisitivo de esos mercados exigüos. El negocio capital de las empresas transnacionales residirá en exportar masivamente la producción obtenida en los países subdesarrollados, sin consideración alguna por la capacidad de su mercado interno, hacia los grandes mercados de consumo de las naciones desarrolladas.

A consecuencia de este fenómeno de bifurcación del proceso industrial, que no cesa de intensificarse y de ampliarse sobre la superficie del planeta, se ha iniciado un movimiento expansivo de la industrialización del hemisferio septemtrional hacia el austral. Las muestras de este desplazamiento las comenzamos a constatar en España —sur de Europa occidental— el Brasil, Corea del Sur, Taiwán, Singapur, Hong-Kong, Australia. En todos estos países son las empresas transnacionales las que están comenzando a realizar la revolución industrial.

Las condiciones en las que elaboran su producción y despliegan sus actividades las empresas transnacionales, les permiten y les obligan a desarrollar desde cualquiera parte donde tengan establecidos sus centros de operaciones —Brasil, España, Singapur, Taiwán— una agresiva actividad exportadora, imponiendo una competencia que se vuelve irresistible. Las exportaciones crecientes de las transnacionales libran

su áspera batalla competitiva en todos los mercados del mundo, pero muy especialmente en aquellos que tienen mayor poder adquisitivo y mayor capacidad de absorción de mercaderías de excelente calidad y de precios más bajos.

Esta competencia, que no cesa de crecer, engendra el antagonismo que ubica en trincheras económicas opuestas a las corporaciones nativas y a las empresas transnacionales. Y así, mientras las primeras son enérgicamente proteccionistas, las transnacionales son generosamente libre-cambistas.

Las guerras que, antes, se libraban entre naciones o alianzas de naciones, con escuadras, ejércitos, espías y trincheras, hoy se libra con igual encarnizamiento, pero pacíficamente, entre consorcios nativos, de un lado, y empresas multinacionales, del otro.

En la actualidad, las transnacionales realizan ya el 30 por ciento del comercio mundial y representan el 25 por ciento de la producción del mundo entero; 60 por ciento de las exportaciones están acaparadas por los consorcios transnacionales.

La cifra de negocios de cien empresas transnacionales es más elevada que dos veces la producción total de Francia al año. Todos los impuestos que cobran países como Francia en un año, son inferiores a la cifra de negocios de solamente la Standard Oil of New Jersey y Ford. Con los beneficios, antes de pagar los impuestos, de la I. B. M. se podría pagar la mitad de la ayuda con que los Estados Unidos contribuyen a favor del tercer mundo. 300 empresas multinacionales controlan ya la cuarta parte de toda la producción mundial. El economista "liberal" Galbraith, calcula que en 1980, el 75 por ciento de la producción industrial del mundo no comunista, se hallará bajo el control de las empresas transnacionales.

Los estudios realizados por esa nueva ciencia que es la Futurología, amparada en la exactitud matemática de las computadoras, calculan que los países de América Latina —no por su capacidad de consumo— sino por sus inmensas potencias de producción, por su riqueza en materias primas que es lo más parecido al infinito, por la baratura y la capacidad de su mano de obra, es un manantial riquísimo de competencia mundial.

Estos cálculos señalan matemáticamente que el mundo en desarrollo de América Latina, con una población que va hacia los trescientos millones de seres humanos, con espíritu forjado en el pensamiento occidental, con capacidad para adueñarse de la disciplina, de la puntualidad, del cronometraje, de la inteligente manipulación tecnológica, de la elevada productividad, es capaz de incorporarse con mayor rapidez que ningún otro sector del mundo, al proceso de la revolución industrial contemporánea. La experiencia que se viene desarrollando en el Brasil está resultando concluyente.

América Latina es un mundo que tiene todas las posibilidades de producir con los más bajos costos de producción, a causa de la baratura de su mano de obra, unida a su capacidad de preparación; del fácil acceso a las más diversas y ricas materias primas y a la capacidad de su población para adueñarse de la dinámica del desarrollo contemporáneo.

Nada puede impedir que así suceda y que mañana —como está aconteciendo actualmente con la producción brasilera— los automóviles norteamericanos corran sobre las pistas del mundo provistos de motores hechos en el Brasil; o que los aviones ingleses vuelen con reactores fabricados en Chile; o que la alta cos-

tura francesa sea realizada en Argentina. La Futurología está demostrando que el caso del Japón puede ser multiplicado por América Latina.

La batalla de la concurrencia

Todo el mundo conoce y la gran mayoría llega a realizar una clara toma de conciencia del significado que tiene la competencia entre productores y distribuidores. Es la guerra que se libra entre los competidores grandes, más grandes, medianos y pequeños. Cada uno aspira y despliega todas sus potencias para desplazar al competidor y quedar dueño del campo.

Es el campo de los grandes consorcios, es la guerra en la que se disputa palmo a palmo el mercado de consumo del mundo y el voto de cada consumidor. Es la fiera guerra democrática que se libra todos los días y todas las noches. Finalidad sustantiva en esta guerra, que va por delante de la producción, de la productividad, de la calidad, del costo y del precio, es la de eliminar al concurrente. En agresiva emulación se trata de desplazar al competidor, de cerrarle el sitio bajo el sol, de sacarlo de la rueda de los competidores. Si es posible —como es natural— honrada y limpiamente; y si no es posible, pues de todos modos, sacarlo fuera.

Esta es la guerra en la cual las batallas son eminentemente científicas, las conquistas son de consumidores y sus victorias se imponen sobre los productores que no tienen capacidad para resistir la confron-

tación. A esta hora, la batalla es absolutamente mundial.

La intensa, creciente y exacerbada competencia entre las empresas transnacionales y las corporaciones nativas del mundo industrializado, se refleja en la actividad que se desarrolla sobre América Latina. Las corporaciones nativas están vivamente interesadas en evitar que las empresas transnacionales se alíen con las potencias vírgenes de América Latina. Se tiene interés esencial en que el gigante no se libere de su somnolencia, demorando o impidiendo que se incorpore, presentándose en categoría de temible concurrente en los mercados del mundo, incluyendo en primer término, el cerrado con cuotas, barreras aduaneras y proteccionismos de toda laya, del mercado de alto consumo y de industrialización avanzada.

Para conseguir esta finalidad las corporaciones nativas, adversarias de las transnacionales, movilizan energicamente todo lo que son capaces de poner en acción: sus poderosos intereses; su potente engranaje publicitario; sus influencias políticas, fundadas en el alto mando del Partido Demócrata de los Estados Unidos, en sus "lobbies" en el Congreso; sus instrumentos ideológicos y propagandísticos, constituidos por los "liberals" de todos los matices; por las luminarias universitarias izquierdistas; por sus estudiantes rebeldes y sus altruistas Cuerpos de Paz; y por el plantel de expertos, asesores y consejeros, que tienen su amoroso nido y sus omnipotentes tentáculos, en el seno de las Naciones Unidas: la CEPAL, la FAO, la UNESCO, la UNICEF, y los numerosos Comités administradores de los millones de dólares de los pobres países subdesarrollados, lo mismo que de los estipendios de las naciones desarrolladas.

Marchar separados, combatiendo juntos

Los psicólogos, los sociólogos, los politólogos, los investigadores de las corporaciones nativas de Estados Unidos, descubrieron que el modo más eficaz de producir estancamiento en cualquier proceso económico, de paralizar su dinámica y de mantener el primitivismo, era introducir dentro de ese proceso intervenciones socialistas, que fueran en suave escalada del estatismo al comunismo. A través de medio siglo de experiencia mundial, comprobaron que régimen socialista y creación de abundancia, son incompatibles; que estatismo y productividad son excluyentes.

Es aquí donde se ha producido el encuentro fortuito, aunque entrañable y permanente, entre el izquierdismo norteamericano y el comunismo marxista. Coincidencia ideológica que amamantará la táctica de marchar separados, pero combatiendo juntos, sirviendo cada uno su particular estrategia.

El izquierdismo norteamericano, la infiltración desarrollada por los "liberals", se propone obtener que el estatismo, las empresas estatales, los Estados Benefactores, las formas socialistas, impidan la salida al crecimiento económico y al desarrollo y la transformación de las naciones latinoamericanas en posibles competidores en la arena mundial.

Mediante la promoción norteamericana del estatismo, vigorosamente auspiciada por la Alianza Para el Progreso, se ha impuesto en todos los países que practican tales métodos —que son la abrumadora mayoría— el retraso, el estancamiento, la ineficiencia, la corrupción y las crecientes pérdidas de las empresas estatales —regla ecuménica— que abruma a los contribuyentes, empobrecen al país y lo lanzan en la espiral de la inflación.

Por esta vía se ha conducido a las naciones latinoamericanas a una doble explotación: impedir la fabricación de productos manufacturados que salgan a competir con ventajas en los mercados del mundo y establecer la posibilidad de continuar adquiriendo materias primas en condiciones ventajosas para las corporaciones nativas, que las importan a la metrópoli.

Recibiendo y aplicando las recetas demócratas norteamericanas América Latina no ha obtenido ni beneficencia, ni justicia social, ni más equitativa distribución de la riqueza, ni incorporación de los marginados, ni disminución de la miseria. Por el contrario: a causa de la política seguida se ha engendrado más pobreza, más retraso, más ineficacia, más andrajo y una corrupción irritante y agresiva.

Esto quiere decir que el plan de los "liberals" ha realizado con éxito la empresa de sacar a Latinoamérica —con la sola excepción del Brasil hasta hoy— de la rueda de los posibles competidores. Y esto quiere decir además, y muy claramente, que los agentes más eficaces de este plan neo-imperialista han sido los progresistas, los curas tercer mundistas, los socialistas y comunistas. Ellos han realizado en la práctica la contradicción dialéctica de ser los más eficientes agentes del imperialismo norteamericano.

Evidente es que, con esta campaña y con esta política, los comunistas sirven también los planes de Moscú. En esta etapa, Rusia despliega una potente ofensiva económica para vender equipos por valor de muchos millones de dólares a los países latinoamericanos.

Este tipo de operaciones son proyectadas para el futuro, en escala muchísimo mayor. Para que ellas puedan ser practicables, es indispensable que las em-

presas transnacionales permanezcan lejos, sin promover un crecimiento económico que frustraría las perspectivas soviéticas.

Una fuerza poderosa que participa activamente en esta actividad que junta en un concubinage estrafulario a los "liberals" norteamericanos y a los comunistas de obediencia moscovita y castrista, está constituida por los sindicatos de los Estados Unidos.

Las fuerzas de la AFOL-CIO, que comanda autocráticamente George Meany, son adversarias acérrimas de la actividad de las transnacionales en América Latina y de la industrialización de estos países. Es que toda inversión de transnacionales en cualquier país que fuere, se traduce forzosamente en desocupación en los Estados Unidos. Los motores fabricados en el Brasil y utilizados en los automóviles de Ford, de Chrysler o de General Motor, eliminan a los trabajadores que los fabricaban en Chicago, o en Detroit. Evidente es que esos trabajadores han debido emigrar hacia otras actividades, pero han debilitado muy sensiblemente el sindicato de la industria automotriz, donde se hallaban organizados. Este debilitamiento sindical, que significa pérdida de poder, de influencia, de capacidad de presión sobre el Congreso, es considerado como un grave mal que debe ser cuidadosamente prevenido. La prevención sólo puede ser alcanzada si se impide que los trabajadores empleados en las fábricas latinoamericanas por las empresas transnacionales, hagan competencia a los sindicatos norteamericanos.

No se necesita una meditación muy prolongada para comprender la magnitud de los poderes que están operando para impedir que América Latina ingrese en la órbita de la revolución industrial.

Una situación económica pastoral

La idea de la "situación económica pastoral" tiene origen registrado soviético. Fue el plan que Rusia encargó para su ejecución al Secretario del Tesoro de Franklin D. Roosevelt, Henry Morgenthau.

En el año 1948, la espía norteamericana al servicio de Rusia, Elisabeth Bentley, a la que se bautizó con el apodo de "Mata Hari", no obstante que se parecía a la juncal javanesa como una alcachofa se puede parecer a una orquídea, se presentó voluntariamente para acusarse de haber actuado como espía al servicio de Rusia. Acusó al mismo tiempo a treinta y dos funcionarios del gobierno, de quienes había recibido documentos secretos.

En medio de la expectación causada por las revelaciones de la Bentley, hizo su aparición el ex comunista que había elegido la libertad, Witaker Chambers. Miembro del Partido Comunista de 1924 a 1937, se marcó por el camino de los renegados tras haber declarado: "Sé que abandono el bando triunfador por el del vencido, pero es mejor morir al lado de los que pierden, que vivir bajo el comunismo".

Chambers reveló los nombres de los funcionarios del gobierno que estaban encargados por el Partido Comunista, no de tareas de espionaje rudimentario, sino de operaciones destinadas a favorecer la infiltración comunista en el corazón mismo del gobierno de Washington.

Ese equipo estuvo constituido por el señor Witt, ex secretario del Consejo de Relaciones Laborales Nacionales. John Abt, ex abogado del Departamento del Trabajo; Lee Bressman, ex asesor, ayudante general para la "Agricultural Adjustment Administration", y más tarde, para la "Work Progress Adminis-

tration"; después alto asesor del C. I. O. —Committee Industrial Organization—. Finalmente, Chambers lanzó la acusación que debía conmover a los Estados Unidos, contra Alger Hiss, alto funcionario del Departamento de Estado. Hiss había tenido la responsabilidad de organizar la Conferencia de Dumbarton Oaks, el trabajo de la delegación norteamericana en la Conferencia de Yalta entre los tres grandes y la reunión de San Francisco, donde se escribió la Carta de las Naciones Unidas y donde se le obsequió a la Unión Soviética dos votos en el certámen mundial: el de Bielorrusia y el de Ucrania, a los que Viacheslav Molotov no tuvo inconveniente en hacer pasar como si hubiesen sido naciones distintas e independientes y no dos provincias soviéticas.

Chambers denunció asimismo a Donald Hiss, hermano de Alger, que actuó en el Departamento del Trabajo; a Henry Collins, que perteneció al mismo Departamento y, más tarde, a los servicios norteamericanos de guarnición en Alemania. Y acusó formalmente a Harry Dexter White, que había llegado a ser Subsecretario del Tesoro y brazo ejecutivo de Morgenthau en el plan de "reducir a Alemania occidental a una situación económica pastoral...".

Richard Nixon, miembro del Comité de Actividades Antinorteamericanas, fue el único representante del Congreso que se empeñó en llevar el esclarecimiento de las denuncias y acusaciones de Chambers hasta sus últimas consecuencias. Gracias a esta firmeza se llegó a esclarecer la plena culpabilidad de Alger Hiss y a obtener la confesión que llevó al funcionario a la cárcel, probando que había sido agente calificado del espionaje soviético y el autor de los famosos "Documentos Calabaza" que, se probó, habían sido escritos en la máquina de Alger Hiss.

Fue durante este proceso que se descubrió que el Secretario del Tesoro, Henry Morgenthau, había trabajado en beneficio de los planes del Kremlin. El y su ayudante inmediato, el Subsecretario Harry Dexter White, elaboraron el plan que debía transformar a la Alemania occidental en país sin industrias, económicamente retrasado y débil, incapaz de ofrecer resistencia a la futura penetración y absorción soviéticas. Según el Plan ideado para la ejecución del Plan Marshall en Alemania, el sector occidental del país "debía quedar reducido a una situación económica pastoral...".

Aquel plan recomendaba que Alemania sólo debía dedicar los fondos suministrados por Estados Unidos, a construir casitas, para sacar a los trabajadores alemanes de los tugurios, de las cuevas, de los sótanos donde habitaban, "en condiciones infra-humanas". Se recomendaba asimismo la construcción urgente de hospitales, de maternidades, de escuelas rurales, de campos de deporte para el pueblo.

El alegato defensor de esta política estuvo constituido por una descripción dramática de las miserables condiciones en que estaban viviendo los alemanes de Occidente después de la guerra, con sus ciudades destruidas por los bombardeos.

Es hecho histórico la gestión que los emisarios de Harvard realizaron ante el gobierno de Konrad Adenauer, y la manera en que él y su Ministro de Economía Ludwig Erhard rechazaron el plan norteamericano. Exigieron utilizar los fondos del Plan Marshall, para construir no casitas, ni maternidades, ni escuelas, sino fábricas, más fábricas, muelles, autopistas, aeropuertos.

El gobierno de Adenauer rechazó el plan Morgenthau, reconociendo que el país debía comenzar muy por debajo de cero, ya que previamente, "Alemania

debía limpiar los cuatrocientos millones de metros cúbicos de escombros dejados por la aviación aliada".

Cuando se descubrió el plan, obteniendo confesiones agobiadoras, Dexter White cayó fulminado por un síncope cardíaco, tras haber reconocido que, por encargo de Moscú, se había tratado de imponer a Alemania occidental un plan que debía reducirla a "una situación económica pastoral".

La empecinada labor emprendida y realizada por el alto comando demócrata y por los "liberals" de Estados Unidos, en América Latina, parece empeñada en imponer sobre el sector meridional del hemisferio la situación económica pastoral que los servidores de Rusia pretendieron imponer sobre la Alemania de occidente.

Desde Washington se ha incitado a las corrientes progresistas latinoamericanas a formar Estados Benefactores, cubriendo la propaganda con dolientes lamentaciones sobre las condiciones infra-humanas en que viven los sectores marginados de la población. Se ha presionado para imponer el intervencionismo estatal en la economía, para acorralar y desprestigiar a la empresa privada y para cerrar las vías que conducen a los pueblos a la revolución industrial.

A causa de la aplicación de esta política, la situación económica de América Latina ha quedado reducida a condiciones pastorales. A tal política ha venido a unirse el nacionalismo exacerbado y enfermizo, el antimperialismo retórico, agresivo y resentido, que cierra las posibilidades de entendimiento con las empresas transnacionales.

Con esta política se ha impedido el proceso de industrialización latinoamericana y, con ello, la posibilidad de que la moderna producción manufacturada salga de estos países a competir en los mercados del mundo.

Postura del Congreso norteamericano

Esta política explica el duelo inconsolable de los "liberals" del alto mando demócrata y de los progresistas de Estados Unidos, por el derrocamiento del gobierno marxista en Chile. El desastroso final del socialismo de Allende —destinado a servir de lección ejemplar a América Latina— irritó hasta el histerismo a los "liberals", provocando la exaltada reacción de los representantes demócratas en el Congreso.

Aquí residió la razón que justificó plenamente la queja y la denuncia que, entre dolido e indignado, hiciera el Presidente de la Junta Militar, general Augusto Pinochet Ugarte, denunciando la postura favorable al comunismo, de la mayoría demócrata del Congreso de Estados Unidos. Los comunistas, democristianos e izquierdistas latinoamericanos, tacharon la queja del general Pinochet de exagerada y de macartista. Pero, a la luz de los hechos, esa queja y esa denuncia fueron netamente justas ya que reflejaban fielmente la realidad.

Esta actitud de la mayoría demócrata del congreso, fue la culminación de una campaña iniciada al comienzo de la década del 50. A través de un cuarto de siglo los "liberals" de Universidades, cenáculos intelectuales, círculos políticos demócratas, economistas, artistas, escritores y periodistas de izquierda, desencadenaron con extremada virulencia, la propaganda elaborada sobre el alegato de la redención de los pobres, de la injusta distribución de la riqueza, de las condiciones infra-humanas en que vivían —y continúan viviendo— los sectores marginados de las sociedades latinoamericanas.

Fue este espíritu el que llevó a la planeación de la especie de "Internacional de Washington", que viene

funcionando paralelamente y en competencia con la acción del "Kominform" sobre América Latina. Las potencias progresistas de los Estados Unidos promovieron la creación y organización de los Partidos Demócratas Cristianos, que debían realizar el plan de crear una situación económica pastoral en América Latina, impidiendo que las empresas transnacionales interviniesen para promover la revolución industrial y para inundar con la producción manufacturera latinoamericana los mercados del mundo.

La obra de infiltración de los "liberals" norteamericanos encontró en todo momento la cooperación decidida de la burocracia dorada de las Naciones Unidas. Tanto en Chile bajo el régimen marxista, como en toda la América Latina, permanentemente, se ha comprobado que la intervención de la CEPAL, de la FAO, de la UNESCO, de la UNICEF, y de las Comisiones diversas que operan bajo el manto de la ONU, ha sido tanto o más perniciosa que la de las agencias del comunismo internacional.

Los partidos Demócrata-Cristianos en América Latina, han desplegado en todas partes, la misma filosofía, idénticas doctrinas, análogas posiciones ideológicas y el mismo criterio estatista, adverso de la economía social de mercado, enemigo enconado de la empresa privada y de la economía libre.

Todos estos partidos aparecieron simultáneamente en todos los países de América Latina, financiados por las corporaciones nativas norteamericanas que financiaron el ascenso y la consolidación del régimen comunista de Fidel Castro.

Históricamente está probado que la cooperación mancomunada de los comunistas de Moscú, de La Habana, de Belgrado y de Pekín, con las corrientes promovidas por los demócratas y por los "liberals"

de los Estados Unidos, arrastró a Cuba, al Perú, a Chile, hacia el comunismo; a Santo Domingo, a la guerra civil; al Uruguay, al fondo de una crisis sobreaguda; al Brasil, a Bolivia, a Guatemala, al borde mismo del precipicio; a la Argentina, a Costa Rica y a los demás países, a la crisis económica y política en que se debaten, envueltos en insalvable frustración, de la que sus pueblos no serán redimidos sino mediante acciones de rescate como las impuestas en el Brasil y en Chile.

La áspera y dramática frustración histórica, está demostrando que la mancomunidad de las ideas comunistas y "liberals" norteamericanas, han arrastrado a la América Latina a un fracaso manifiesto, del que los pueblos han comenzado a realizar clara toma de conciencia. La reacción contra ambas formas de infiltración abrirá una perspectiva nueva, fecunda y plena de vigorosas fuerzas de creación. Por lo pronto, Santo Domingo, Guatemala, el Uruguay, Bolivia y, muy particularmente el Brasil y Chile, están demostrando que el comunismo está perdiendo la batalla.

Capítulo III

LA DEMOCRACIA CRISTIANA

Dispositivo y tentáculos / Frustraciones y victorias /
Cristianismo materialista / La revolución semántica /
El animal que no es pato.

Dispositivos, y tentáculos

El amplio y eficiente dispositivo que debía operar en América Latina, poniendo en ejecución el plan de las corporaciones nacionales norteamericanas para retardar el ingreso de estos países en la órbita de la revolución industrial contemporánea, fue organizado por los capitostes del Partido Demócrata, con riguroso sentido científico de alta operatividad práctica.

Los instrumentos prácticos de tal dispositivo contaron, desde su iniciación, con una gran riqueza de elementos financieros, políticos, ideológicos, propagandísticos, técnicos. Ellos actuaron a modo de tentáculos especializados, desempeñando, cada uno, funciones específicas en los diversos campos de la actividad.

Instrumento de gran influencia ha sido y sigue siendo la prensa de los Estados Unidos, encabezada por el diario más grande del mundo: "The New York Times" de Nueva York. No puede subestimarse, ni menos olvidarse, el papel decisivo que este diario desempeñó en el triunfo del régimen de Fidel Castro en Cuba. Su editorialista Herbert Mathews figuró como uno de los

más empecinados paladines del castrismo, aún después que Castro se hubo proclamado marxista-leninista. El gran diario, a la cabeza de una brillante constelación de órganos de prensa norteamericanos, todos demócratas, presentó a Fidel Castro, con verdadera tenacidad, nada más que como generoso reformador social, en circunstancias en que el dictador cubano entregaba a su país al sojuzgamiento colonial soviético.

No es el caso de hacer aquí el análisis de la función siniestra que ha desempeñado sobre la vida de estas naciones la Alianza para el Progreso, otro de los instrumentos de dominación y sojuzgamiento, que tanta y tan poderosa influencia ejerció sobre Chile durante el gobierno de la Democracia Cristiana.

El instrumento político, ideológico, doctrinario, propagandístico y de movilización de masas estuvo y está constituido por la red de Partidos Demócratas Cristianos, organizados en cada una de las naciones latinoamericanas. Fue una especie de remedo de la Internacional Comunista y el comando supremo de esta Internacional operó naturalmente desde Washington.

Desde el comienzo se estableció que la actividad política de carácter izquierdista no tendría éxito si no conseguía movilizar los grandes contingentes de la clase media, esa nueva categoría social que se alzaba como erupción incontenible en América Latina. Para movilizar tan abigarrados elementos, no prestaban utilidad las categorías políticas existentes, ni las movilizaciones esporádicas y tormentosas de caudillos inseguros y veleidosos: Arturo Frondizi, Rómulo Betancourt, Juan Domingo Perón, Haya de la Torre, Juan Bosch, Velasco Ibarra, Paz Estensoro, Janio Quadros, Joao Goulart, Arnulfo Arias, José Figueres.

De otro lado, el comunismo —que habría podido ser utilizado como instrumento— despertaba inconstancia-

bles resistencias en América Latina. El clero católico, en aquel entonces, no estaba dispuesto a dejar pasar la idea blasfema de "la religión es el opio del pueblo". Repudiaba aún militantemente el ateísmo y sentía repugnancia por las prédicas materialistas de las que se hacía pontífice el comunismo. Los Partidos Comunistas estaban comandados por pequeño-burgueses, resentidos sociales, ambiciosos de figuración y de poder.

Los consorcios nacionales norteamericanos tenían necesidad concreta de una verdadera quinta columna política, con capacidad de operar superando las resistencias, anestesiando las desconfianzas, acallando las dudas y realizando la amplia apertura a la izquierda, a las concepciones y a las prácticas estatistas, a las generosidades del Estado Benefactor, a la prédica lacrimosa en favor de los pobres, del advenimiento del reino de la justicia social y en contra de los ricos.

Este vigoroso tentáculo del neo-imperialismo norteamericano fue constituido, a través de todos los países de América Latina, por los partidos demócrata-cristianos.

Para la creación de esta red, los expertos demócratas de Estados Unidos buscaron y obtuvieron —paradoja increíble— la colaboración ideológica y financiera de la Unión Cristiano-Demócrata Alemana, entonces en la cumbre de su prestigio político y económico.

La cooperación quedó establecida en manos del clero alemán, que se preocupó bien poco del control ideológico, mucho menos todavía de la orientación económica, concentrando su vigilancia en el aspecto meramente confesional.

Juntos, alemanes y norteamericanos de izquierda promovieron dentro del clero católico, nativo y extran-

jero, instalado en Latinoamérica, las vinculaciones con los laicos merecedores de confianza y capaces de asumir las funciones de organizadores y de futuros jefes de los partidos democristianos.

No hay entidad política de esta tendencia que no haya sido fundada, organizada y promovida en la vida política de estas naciones con dinero norteamericano y alemán fusionados, y aumentado a veces por óbolos de la Democracia Cristiana de Italia. Todos los órganos de propaganda de la Democracia Cristiana latinoamericana han sido financiados con dólares. Las movilizaciones de masas fueron pagadas con la contribución de los magnates de las corporaciones nacionales norteamericanas. Las elecciones de los candidatos democristianos, en todas las naciones latinoamericanas, han sido subvencionadas con dólares. Estos son hechos que han sido debida y públicamente comprobados.

Frustraciones y victorias

El esfuerzo más tenso y las esperanzas mayores fueron concentradas en México, por su tradición revolucionaria; en la República Argentina, en el Brasil, en Chile, en Colombia y en Venezuela. Tal concentración no significó abandono o subestimación de las naciones menores. Sólo que en los países más influyentes se concentró la mayor inversión financiera.

En México prefirieron la absorción y desviación del partido Acción Nacional —PAN— con el propósito de transformarlo en entidad demócrata-cristiana, plan que parece haber fracasado definitivamente. Ciertamente hicieron del PAN una organización tan izquierdis-

ta como el Partido Comunista, pero ni orgánica ni ideológicamente consiguieron organizar una fuerza semejante al Copei de Venezuela, o al Partido Democristiano de Chile.

En el Brasil, el intento fue arrollado por la demagogia del Partido Trabalhista de Joao Goulart, y por el Partido Comunista de Luiz Carlos Prestes, primero; y luego, más tarde, por los militares.

En la Argentina se movieron torpemente, penetrados por el sectarismo dogmático del clero español y sus peleas internas con el clero italiano. Frente a la muralla infranqueable del peronismo y bajo las intrigantes maniobras del radicalismo de Arturo Frondizi, se perdieron en luchas intestinas cargadas de bizantinismo, de pedantería y de esterilidad. En el Perú, los fondos y el comando cayeron en manos de un grupo de abogados, política y electoralmente fracasados, que no introdujeron otra novedad en la política peruana que la de celebrar sus minúsculas manifestaciones precedidas por un bombo, manera circense de llamar la atención. Bautizados con el apodo de "Los cuatro gatos" —el que refleja bien su fracaso como organización de masas— han terminado constituyendo el acolitazgo intrascendente de la revolución impuesta por los generales peruanos, bajo la dirección del comunismo titoísta.

En Venezuela, no solamente alcanzaron éxito masivo y electoral —que sus protectores no esperaban— sino que llegaron al gobierno llevando a él a un plantel sobresaliente que acaba de ser derrotado. Los democristianos abandonaron el gobierno sin que Venezuela haya sido transformada en el reino de la justicia social que prometieron y sin que la crisis económica haya sido superada. Administraron el país sin disponer de mayoría parlamentaria y bajo el espectro

del ejemplo de Chile, donde vieron proyectarse sobre la vida del país la sombra de Kerensky.

En Santo Domingo, un Partido Demócrata minúsculo pero agresivo, aliado del Partido Revolucionario Dominicano de Juan Bosch, ha terminado confundiendo con los grupos castristas, rumiando su resentimiento en una oposición que dista mucho de ser democrática.

En Bolivia, la Democracia Cristiana se deslíe y desarticula tras haber maniobrado desesperadamente dentro de la política comunizante de Juan José Torres y de Juan Lechín.

Donde la empresa germano-americana alcanzó su éxito más espectacular y resonante fue, incontestablemente, en Chile. Esto, gracias a la cuantiosa ayuda financiera, a la participación organizadora y directiva del cura jesuita belga Roger Veckemann y a la influencia ideológica del grupo de jesuitas reunidos en el "Centro Belarmino".

La creación política realizada bajo la dirección del cura belga Roger Veckemann, amigo personal del Presidente Kennedy y administrador de la fortuna que fue recolectada entre las corporaciones nacionales en Estados Unidos, alcanzó los linderos de la perfección. Ideológicamente fue en Chile donde se elaboró la doctrina demócrata de América Latina, bien diferente por cierto de la europea de Konrad Adenauer.

De Chile salió al resto del hemisferio el sistema de ideas que llevó la descomposición al seno del clero católico y el que engendró la hoguera que arde en el seno de la Iglesia, amenazándola con el cisma provocado por la rebeldía de los progresistas.

Del Centro Belarmino de Chile salió el apocalíptico mensaje que había de conmover profundamente y de manera desquiciadora al humilde párroco que laboraba

en silencio, en oscuro anonimato, al margen del torbellino de la intercomunicación mundial de masas. Dedicado a la salvación de las almas de la grey que le había confiado el Señor, entre su misa para un puñado de fieles, el sermón sencillo, el catecismo dominical y las obras pías de la parroquia, transcurría la existencia quieta de miles de curas que tal vez se sentían abandonados de Dios y de los hombres.

Hasta ellos llegaron la clarinada de Patmos y el mensaje del Centro Belarmino, convocándoles al combate, transformando los Evangelios en arsenal bélico y haciendo de cada cura anónimo y olvidado el candidato posible a líder de masas insurgentes, a conductor de multitudes, a capitán de guerrilla, a personaje sobresaliente, conocido, entrevistado, reportado, fotografiado en los periódicos, transformado de humilde cura en émulo de protagonista de cine.

La vanidad hiperestésica que duerme en el corazón de cada místico, la ambición que se agazapa detrás de cada voto de castidad, de obediencia y de pobreza, se alzaron como torbellino en millares de curas que habían llegado al hartazgo de la humildad. Y así se hizo nacer la Iglesia rebelde, la legión de curas tercermundistas, los apóstoles que encontraron su campo de acción, en vez de en las parroquias olvidadas, en las ciudades turbulentas conmovidas por la revolución chilena, por la revolución latinoamericana.

Mientras la Democracia Cristiana europea actuó en política aplicando en economía un sistema de libertad —que sacó a Alemania y a Italia de la crisis en que hundiera a esos países la guerra— respetando celosamente el principio y el derecho de la propiedad privada, la Democracia Cristiana de América Latina enarboló los pendones del estatismo y de la abolición de la propiedad privada.

Este fue sin duda la más grave y trascendente de las abdicaciones de la democracia y del cristianismo frente a la infiltración del marxismo. Tras el desposorio de esta filosofía, sobrevinieron luego todos los demás que transformaron a la Democracia Cristiana de América Latina en eficaz sucursal ideológica del marxismo.

Por el camino de las citas arrancadas a las encíclicas de algunos Papas, la Democracia Cristiana del Centro Belarmino y de la América Latina desembocaron en la subestimación y en el olvido de otras encíclicas igualmente válidas y respetables.

Olvidaron que León XIII en su "Rerum Novarum" establece categóricamente: "Quede pues sentado que cuando se busca el modo de aliviar a los pueblos, lo que principalmente y como fundamento de todo se ha de tener presente es ésto: que se debe guardar intacta la propiedad privada"...

El Gran Padre de la Iglesia, Santo Tomás de Aquino, en su "Del Estado Episcopal" (2-2 q. 186 art. 6) escribió: "Quién se reserva para sí, o da a otros lo que no le pertenece, peca mortalmente y queda obligado a restituir..."

El hombre, para cumplir el mandato de ganar el pan con el sudor de su frente, fue el creador de la propiedad privada y de su derecho, cuando de "homo sapiens" se transformó en "homo faber" y fabricó con su cerebro y con sus manos, las primeras herramientas. Su primera hacha de sílex, su primera pértiga, su primera lanza, la primera honda con la que abatió su primer animal. Nada más legítimo, ni más glorioso, ni más progresivo y revolucionario que aquellas creaciones, es decir aquella propiedad.

Y Dios mismo consagró el principio de esa propiedad privada y la impuso como mandamiento para el hombre cuando escribió sobre la Tabla de piedra: "No

Robarás". Es decir, no tomarás la propiedad de tu prójimo, no lesionarás su posesión, no atentarás contra ella. Y luego, remachando esta filosofía, hizo grabar el décimo precepto del Decálogo: "No codiciarás los bienes de tu prójimo: ni su mujer, ni su buey, ni su asno, ni su siervo, ni su sierva; ni nada de lo que se encuentre en la casa de tu prójimo".

Cristianismo materialista

Los Demócratas Cristianos de América Latina y sus mentores y financieros, tanto alemanes como norteamericanos, se acogieron como a una fortaleza y desplegaron como su propia teoría fundamental la filosofía básica del materialismo histórico de Marx. Se presentaron como los adversarios auténticos del comunismo, como los cruzados predestinados a contenerlo, pero no combatiendo a los comunistas de carne y hueso, sino las causas profundas que engendraban el peligro en la sociedad contemporánea. Y para lograrlo, se presentaron como incandescentes defensores de los pobres, como emisarios evangélicos de la igualdad entre los hijos de Dios. Asumieron desde el primer momento, con categoría de 'misión, la empresa de arrebatarse sus bienes a los ricos, para distribuirlos equitativamente entre los pobres. Y pusieron en práctica las normas dictadas por esta filosofía, a causa de que aquí residía la causal profunda del comunismo.

Ante todo, los democristianos latinoamericanos olvidaron a León XIII otra vez, quien en su "Rerum Novarum" sentencia: "Sea pues el primer principio y como la base de todo que no hay más remedio que acomodarse a la naturaleza humana, que en la sociedad

civil no pueden todos ser iguales, los altos y los bajos. Afánanse en verdad los socialistas, pero en vano es ese afán y contra la naturaleza misma de las cosas. Porque ha puesto en los hombres la naturaleza misma muchísimas desigualdades. No son iguales los talentos de todos, ni igual el ingenio, ni la salud, ni las fuerzas, y a la necesaria desigualdad de estas cosas sigue espontáneamente la desigualdad de la fortuna"...

Renunciando al pensamiento cristiano así expresado por un Pontífice sabio y eminente, los demócratas latinoamericanos prefirieron desposar la doctrina del materialismo histórico que establece: "Las condiciones materiales de existencia determinan la conciencia y el pensamiento de los hombres": O sea, que la ideología —que es el comunismo— los sistemas de ideas, los pensamientos que agitan y conmueven a los hombres, las concepciones ideales que les llevan a la acción, no son creaciones espirituales sino meros sub-productos de las condiciones materiales de existencia. He aquí que encontramos en un mismo terreno filosófico a comunistas y demócratas cristianos. No será por cierto la única vez que hayamos de constatar este encuentro.

Los democristianos latinoamericanos realizaron este desposorio del filosofema marxista prescindiendo de todo sentido de responsabilidad, puesto que tal filosofema es falso, ya que está desmentido en sus raíces por la realidad, o sea por el valor que manda sobre todas las teorías, creencias y nociones.

Es un hecho histórico macizo que no fue Cuba el país latinoamericano más pobre, el de más bajo nivel de existencia, el de peores condiciones de vida en América Latina. Bien al contrario, Cuba figuraba en niveles dietéticos populares a la altura de Canadá, Inglaterra y Estados Unidos. En lo que concierne a

la posesión y el uso de artefactos que hacen cómoda la existencia. Cuba se distinguía en 1958 como poseedor en muy altos niveles de teléfonos, de automóviles, de televisores, de aparatos domésticos eléctricos.

No obstante estas condiciones de existencia, de un día al otro, como por un capricho del destino, el pueblo cubano se encontró al otro lado de la cortina de hierro.

Chile, sin duda no había llegado a caer en los más bajos niveles de existencia, ni en la miseria que engendra al comunismo según los democristianos, en el año 1970. La pobreza chilena no llegó a ser jamás la del pueblo boliviano, ni llegó a exhibir los grados que marcan los campos de México, las sierras del Ecuador o las regiones del Nordeste brasileiro. No obstante, fueron Cuba y Chile, y no México, ni el Ecuador, ni el Brasil, los países latinoamericanos que se deslizaron hacia la servidumbre comunista.

Luego, es falso que sean la pobreza, el retraso y la miseria las causales del comunismo.

El comunismo, en los hechos, es la proyección de una empresa política colonialista, que cuenta con poderosos medios financieros, con quintas columnas manipuladas desde el extranjero y que tiene éxito allí donde encuentra alero donde guarecerse, campo de intrigas que favorezca su incubación prestándole abrigo, apaciguamiento e impunidad. Por lo que se puede concluir, de acuerdo con la realidad universal, que comunismo es igual a impunidad. Donde hay impunidad para el comunismo, su penetración y su dominación prosperan. Donde en vez de impunidad hay mano dura, no hay comunismo.

Por lo cual se puede concluir que Lenin sigue teniendo razón, cuando al referirse a las relaciones con el capitalismo, afirmaba: "Entre ellos y nos-

otros no hay sino una cuestión; y ésta es una cuestión de fuerza".

Pero, haber asumido frente al comunismo una posición de fuerza, en vez de apaciguamiento, habría conducido a la Democracia Cristiana a la derecha. Y para desarrollar el plan político norteamericano —que era el encargo— la Democracia Cristiana estaba obligada a desarrollar una política de izquierda. Tan de izquierda que ingresara en la línea de enconada competencia con el comunismo.

Aquí, el Centro Belarmino y los democristianos de América Latina volvieron a olvidar una encíclica valiosa. El "Quadragesimo Anno" del Papa Pío XI, donde está escrito: "Socialismo religioso y socialismo cristiano son términos contradictorios; nadie puede al mismo tiempo ser buen católico y socialista verdadero". Se afirmó entonces que tales pasos y tales actos eran imprescindibles con el fin de contener al comunismo y de cerrarle los caminos. El ejemplo histórico de Chile constituye la demolición cabal de esa argumentación.

La revolución semántica

La Democracia Cristiana en América Latina llegó sin ocultar sus propósitos y finalidades socialistas. Un socialismo democrático, saturado de libertad para el individuo, humanista y humanitario, benefactor y justicialista. O sea, en la realidad un socialismo que no existe, que ha demostrado con hechos que no puede existir y que es mera utopía de reformadores del mundo. Por aquí, los democristianos fueron conducidos a transformarse en mercaderes de ilusiones y.

sin quererlo seguramente, en empresarios de un engaño funambulesco, con contornos de estafa.

Bajo el tutelaje ideológico de Washington, manipulados por expertos en psicología de masas, por sociólogos de Harvard, de Princeton y de Yale, fabricaron un lenguaje sentimental, asequible fácilmente a la emoción, no al razonamiento de las masas. Al desplegar tal ideología y al llevar su contenido hasta el pueblo, lo primero que los democristianos fueron obligados a elaborar fue una cuidadosa y bien destilada revolución semántica, que suavizara las asperezas de la agitación y propaganda del marxismo y que acolchonara la brusquedad de la doctrina comunista.

Mediante tal revolución semántica, la Democracia Cristiana cambió las palabras, suavizó los términos, fabricó nuevas etiquetas, pero preservó el mismo contenido ideológico y conservando las mismas esencias revolucionarias. Cambiando las palabras se encuentra que nada hay más parecido al comunismo que la doctrina democristiana.

La revolución semántica se ha convertido en peligro porque ella vino a dulcificar la aspereza comunista, a confitar la acritud del marxismo, a refinar lo burdo del comunismo, llegando a transformar lo inaceptable en tolerable y, a veces, en apetecible.

Este ha sido uno de los aspectos perniciosos de la expansión democristiana sobre la política de América Latina. Ha generado confusión espesa en las ideas, administrando como fórmulas cristianas grandes dosis de marxismo, empleando una fraseología rebuscada pero que no produce la repugnancia que la lexicología comunista. Dio al cachorro del tigre la apariencia engañosa del gato doméstico; desarmó la desconfianza popular y dio a lo suyo un aspecto de de-

cencia, de humanismo, hasta de concepción religiosa. De esta manera, la Democracia Cristiana en América Latina, deliberadamente o sin quererlo, consciente o inconscientemente, se convirtió en la potencia que limpia las vías del comunismo y le allana los caminos de acceso al poder. La demostración histórica irrefutable de este aserto lo ofrece Chile con evidencia tal que ahorra la argumentación del alegato.

La revolución semántica de los democristianos vino a reemplazar la amenaza terrorífica de la "revolución proletaria mundial" prometida por los comunistas, por el académico "cambio de estructuras", de los demócratas cristianos. Entre uno y otro término, hay la distancia que va de lo sanginario a lo mesurado. Pero, si se examinan los propósitos fundamentales de una y otra acción, nos encontramos con que entre ellos, no hay sino diferencias de matices.

Los comunistas proclaman, de acuerdo con Marx, "la lucha de clases del proletariado contra la burguesía" con todas sus catastróficas consecuencias. Los demócratas cristianos hacen silencio sobre la lucha de clases pero proclaman como suya la "Lucha del pueblo contra la oligarquía". Mientras el pueblo es un concepto más amplio y más inofensivo que el proletariado de Marx, la oligarquía es un término antipático, más repulsivo y antidemocrático que la burguesía.

Mientras el comunismo proclama su decisión de destruir el sistema capitalista, sin dejar de él piedra sobre piedra, la Democracia Cristiana confita el mismo concepto, presentándolo ante sus masas como la alegre promesa de conducir al pueblo "por la vía no capitalista de desarrollo".

Por la vía anti-capitalista del comunismo el proceso económico de un país marcha hacia la abolición de la propiedad privada como finalidad. Por la vía no

capitalista de desarrollo de la Democracia Cristiana se llega exactamente a la misma meta. Se introduce sólo una variante en el procedimiento y en los métodos. Mientras los comunistas proceden al estrangulamiento del sistema de propiedad privada, los demócratas cristianos marchan hacia ese mismo fin transformando progresivamente la propiedad privada en propiedad estatal e imponiendo el monopolio de los medios e instrumentos de producción, concentrándolos en manos de la burocracia gubernamental.

Los comunistas anatematizan al sistema capitalista, acusándole de promover “la cruel explotación del hombre por el hombre”. Los democristianos rehusan emplear tales términos, para diferenciarse de los marxistas, y acusan al sistema capitalista de imponer una “injusta e inequitativa repartición de la riqueza”. Sin explicar por cierto, dónde, cuándo o cómo tuvo realización histórica esa repartición.

Para suprimir la explotación del hombre por el hombre, —que se impone despiadada y trituradora en Rusia y en todos los países socialistas—, los comunistas exigen la desaparición del sistema capitalista. Para imponer la equitativa y justa distribución de la riqueza, los democristianos exigen arrebatárles su riqueza a los ricos, para entregarla a los pobres. Como puede comprobarse, la concordancia no puede ser más entrañable entre la solución comunista y la solución democristiana.

Los marxistas repiten —no obstante la refutación rotunda de la realidad— las leyes de Marx sobre la concentración del capital, de modo progresivo, en cada vez más pocas manos, al mismo tiempo que la ley de la pauperización de las masas, que aumentaría sin cesar. Los democristianos se niegan a ingresar en el

laberinto marxista y se contentan con inventar la acusación —falsa por cierto— de que los ricos se vuelven más ricos, mientras los pobres se vuelven más pobres.

Comunistas y democristianos se acercan estremecidos al mismo comulgatorio de odio enfurecido contra el sistema capitalista. Mascullando análogas jaculatorias lo denuncian como el envenenado manantial de todos los males que padecen los pueblos latino-americanos. Ni comunistas ni democristianos se detienen a considerar razonablemente que en América Latina los pueblos padecen de pobreza, de retraso, de toda suerte de carencias, no por culpa del capitalismo sino como consecuencia de la falta de capital en estos países.

A la consigna de “mano tendida a los católicos”, lanzada por los comunistas, los democristianos replican con la necesidad evangélica del “diálogo”, sirviendo a una “concepción ecumenista”. Fingen olvidar que el comunismo, a través de su siniestra historia, solamente acepta el diálogo cuando se encuentra en situación de incapacidad, de minoría, de inferioridad. En cuanto obtiene la más mínima ventaja sobre cualquier adversario, avasalla con toda forma de diálogo, impone el silencio y acalla al contendor por la fuerza.

Para comprobar esta verdad, basta observar lo que acontece en las universidades de América Latina. En ninguna consiente el comunismo la menor expresión que pueda representar la más mínima divergencia con el comunismo, ni en el pensamiento ni en la acción.

Donde los marxistas anuncian la imposición del comunismo por medio de “la dictadura del proletariado”, los demócratas cristianos consuelan ofreciendo una “revolución en libertad”.

Y cuando los comunistas ofrecen como meta final su "sociedad sin clases", los democristianos libran concurrencia con ellos prometiendo su "sociedad comunitaria".

Mediante esta revolución semántica, la democracia cristiana ha hecho accesible, tolerante y digno de confianza al marxismo a través de toda América Latina. Y el hecho innegable es que, más allá de la revolución semántica y de las diferencias de procedimiento, nada hay más cercano de un constructor del socialismo marxista-leninista que un cambiador de estructuras sociales demócrata cristiano. Ideológicamente, se vuelve difícil hasta el lindero de lo imposible establecer fronteras políticas entre Luis Corvalán, Carlos Altamirano o Radomiro Tomic. Evidentemente, el democristiano Tomic no es comunista, pero a casos como el de Tomic y de los democristianos de su ala se puede bien aplicar la sugestiva alegoría del cardenal Cushing:

"Hay muchísimas personas que no son comunistas, pero respecto de quienes se podría repetir aquella pregunta: "¿Qué será aquel animal que no es pato, pero que nada como pato, vuela como pato, grazna como pato, camina como pato y vive entre patos... qué será...?"

Tomic, como otros, como el grueso del Partido Demócrata Cristiano, han sido los ingenieros, los técnicos, los calculadores de resistencias de materiales, los albañiles y mamposteros del puente a través del cual el comunismo alcanzó a pasar rumbo al poder, salvando el abismo que le separaba de la voluntad popular.

Pero, por sobre todo, los demócratas cristianos se han hecho en América Latina los encarnizados empresarios del estatismo en economía, de la economía

dirigida, del intervencionismo estatal en las actividades privadas y de todo lo que ha demostrado, a través del mundo entero, desembocar en la negatividad pura para los intereses populares.

Por inveterada experiencia universal se comprueba que tal clase de política económica, tal estilo de gestión y tales métodos se traducen inexorablemente en baja de la producción, en disminución de la productividad, en alza de los precios, en escasez, en inflación, en fuga de capitales, en disminución de las inversiones, en crisis general que determina la asfixia económica del país.

Este ha sido el resultado de la gestión que arrastró a Chile hasta uncirlo al carro de victoria del comunismo. Este fue el Estado Benefactor que produjo los mismos frutos que todos sus semejantes del mundo. Porque no hay un país de la Tierra donde el régimen estatista o el Estado Benefactor haya generado, no ya bienestar, pero por lo menos un ligero alivio de la pobreza. Ninguno hay sobre el planeta que pueda dar a su pueblo los niveles de vida y las rentas per cápita de los países de libre empresa y de economía social de mercado.

Inequívoco es que han sido amplia, generosa y plenamente servidos los intereses de las corporaciones nacionales imperialistas de los Estados Unidos. Chile ha quedado bastante lejos del año 1964 en cuanto a crecimiento económico se refiere y más todavía en lo que concierne a su posibilidad de intervenir como productor industrial capaz de salir a librar alguna clase de competencia en los mercados del mundo. La intervención foránea en la organización, movilización y victoria del Partido Demócrata Cristiano en Chile, no solamente no se ha perdido, sino que ha rendido excelentes dividendos.

Queda un brillante equipo de oradores tempestuosos que agitan a las masas con mucha mayor eficiencia que los comunistas. Queda un lenguaje político hinchado y confuso con inmensa capacidad para confundir las mentalidades menos esclarecidas. Queda la irracionalidad explotada con verdadera sabiduría por los denunciadores de la miseria, de los linderos infrahumanos de existencia, de los días de dolor, sin un solo día de alegría, de los habitantes de los barrios "callampas". Y esto es capital político que puede aún rendir mayores beneficios para el rico mecenazgo "liberal" de los Estados Unidos, si los militares cometiesen el gravísimo error de entregar el gobierno del país, de nuevo, a los demócratas cristianos.

Capítulo IV

EL COMPLEJO DE CULPA

Panorama político en 1964 / El complejo de culpa / La
elección de Curicó / Capitulación incondicional / Pe-
cado y penitencia.

Panorama político en 1964

El panorama político de Chile hacia 1964, vísperas de las elecciones generales, ofrecía la presencia actuante de tres bloques electorales poderosos.

En primer término, independientemente de los contingentes electorales que arrastraba cada uno, la derecha, formada por la alianza electoral de los tres partidos históricos de Chile: los conservadores, los liberales y los radicales. Amplio conglomerado de centro-derecha, con capacidad de acaudillamiento de un buen tercio del electorado. En aquellos días, la "voz de las cifras" —o sea el cálculo aproximativo de los contingentes de electores de cada partido— atribuía ese porcentaje a la coalición de fuerzas tradicionalis-

tas.

En segundo lugar se hacía presente, dueño de una vasta influencia popular, el Partido Demócrata Cristiano. Desde 1960 había cesado de ser el grupo con votaciones inferiores al 10 por ciento del electorado, para presentarse como una tercera fuerza en la vida

política de Chile, con justificadas aspiraciones a la Presidencia.

En tercer lugar actuaba el Frente Revolucionario de Acción Popular —FRAP— constituido a imagen y semejanza del antiguo y desaparecido Frente Popular, por la unión de los partidos Socialista y Comunista y de agrupaciones menores de escasa importancia numérica.

Los tres bloques políticos aparecían conduciendo contingentes electorales que equiparaban sus fuerzas, con alguna probable ventaja en favor de la Democracia Cristiana, y con un honroso tercer puesto para el bloque de la variopinta de la izquierda.

La perspectiva neta entonces —antes de las elecciones parciales de Curicó— era que ninguno de los tres candidatos —Julio Durán, Eduardo Frei y Salvador Allende— obtendría la mayoría de sufragios prescrita por la Constitución del país para alcanzar por voto directo la Presidencia de la República. Por tanto, para conquistar la magistratura en las condiciones que se presentaban, era necesario el voto del Congreso.

Esta situación planteaba para el bloque tradicionalista de centro-derecha, liberales, conservadores y radicales el deber ineludible de utilizar las elecciones como abroquelada plataforma para defender posiciones inalienables y para sustentar enérgica y agueridamente ideas fundamentales, de inmensa trascendencia para el porvenir de Chile.

La contienda electoral de 1964 debió haber asumido la categoría histórica de batalla campal entre los dos sistemas económicos que se disputan la dominación del mundo. El sistema de economía social de mercado, de empresa privada, de libertad política, posición obligatoria de la derecha, y el sistema estatista, paternalista, de Estado Benefactor y de tenden-

cias socializantes, tanto de la Democracia Cristiana como de los Partidos Socialista y Comunista. Entre unos y otros no había, como no sigue habiendo actualmente, sino diferencias de matices, discrepancias de procedimientos y de ritmos, más ninguna diferencia esencial de naturaleza.

Lo que planteaba la contienda electoral de 1964 fue una cuestión de esencia capital y de principio. Y en política como en posiciones ideológicas, como en filosofía existencial, no se pueden traicionar las esencias sin quedar obligado a pagar un precio que lo cobra con réditos usuarios el proceso histórico. En aquella circunstancia, la derecha chilena traicionó a su esencia, capitulando ante la agresividad del socialismo.

La potencia de la agresión izquierdista y socializante la llevó en su entraña, en 1964, la Democracia Cristiana. Corriente política nueva, ideológicamente conducida por el Centro Belarmino creado para la circunstancia política por el jesuita belga Roger Veckemmann, ricamente financiada por el Departamento de Estado de Washington, y por las corporaciones nacionales norteamericanas, interesadas en sacar a Chile y a toda la América Latina de la rueda de la competencia internacional. El Partido Demócrata Cristiano descargó contra conservadores y liberales, principalmente, los explosivos de su agitación social tempestuosa, mucho más eficaz que la descargada por socialistas y comunistas.

La Democracia Cristiana hizo caer sobre las cabezas de los derechistas chilenos la furiosa tormenta del lenguaje pedante y oscuro de los anatemas del Antiguo Testamento, de la confusión embriagante y, sobre todo, del dolor, de la marginación; de los linderos infrahumanos de existencia de los olvidados pobladores de los barrios "callampa".

El padre Veckemann y los demócratas cristianos mostraron una preferencia obsesiva por el Antiguo Testamento, por sus profetas coléricos, por los versículos más cargados de amenazas y castigos. Si sabemos que en el Antiguo Testamento sólo hay veintinueve referencias a la risa —ese divino distintivo obsequiado al hombre como privilegio humano— que hasta trece de estas risas entrañan escarnio, desprecio o sarcasmo y que solamente dos de estas risas “nacen de un corazón alegre y contento”, se apreciarán las cargas de amargura, de resentimiento, de cólera, de odio, que los demócratas cristianos derramaron a modo de corrosivo social sobre las masas inciviles, sobre las juventudes resentidas y desorientadas y sobre los políticos frustrados.

El cristianismo, empresa trascendente de amor al prójimo, sin preguntar si se es samaritano o si se es judío, de perdón de los enemigos, de paz en la tierra para los hombres, fue transformado por los demócratas cristianos en enardecido ataque contra los ricos, en exacerbación de la envidia, del resentimiento y de la cólera de los pobres contra quienes tienen algo más que ellos.

El complejo de culpa

La experimentada sapiencia política de conservadores, liberales y radicales perdió la brújula. Un pasado secular se tambaleó frente a la acometida, ebria de charlatanería rebuscada y de conceptos iluminados. La derecha chilena sufrió el deslumbramiento de la novedad, y sobre todo se dejó invadir por el ánimo de contrición que se deriva de un complejo de culpa.

Los curas adictos a la causa de la Democracia Cristiana desplegaron una campaña de penetración intensiva, dotada de esa potencia que solamente la autoridad espiritual del confesor puede lograr.

La tenacidad con la que conservadores y liberales fueron arrastrados al reconocimiento humilde y a la contrición dolida de sus pecados, alcanzó una intensidad tal que consiguió crear en la mentalidad de sus confesados la confusión ingenua entre la religión y la política, entre la creencia y la economía.

Los conservadores y liberales chilenos fueron persuadidos de que si había niños que padecían raquitismo en la faja de tierra que es geográficamente Chile, era porque los hijos de los "palo-gruesos" tenían piernecitas rectas y rostros saludables. Si pululaban gentes que no comían, era porque los oligarcas tenían servidumbre que comía sobre una mesa con mantel. Si había pobreza y miseria en las ciudades y en los campos de Chile, era porque los oligarcas, los "momios", movían fábricas, puertos, minas y fundiciones. Si los "rotos" vestían andrajos, era porque los ricos cometían el pecado mortal de cambiarse de camisa todos los días.

Una de las armas utilizadas desde hace tiempo por los norteamericanos "liberals" y por la gran prensa de Estados Unidos, para hacer penetrar más fácilmente las ideas de izquierda en la mentalidad popular latinoamericana, es la de la creación y el cultivo del complejo de culpa entre los que son o pueden ser empresarios en América Latina. La humilde aceptación de la culpabilidad de la miseria se vuelve instrumento psicológico por excelencia para determinar la rendición sin combate y la capitulación a menudo incondicional. La realidad latinoamericana ofrece, como todas las sociedades, aún las más desarrolladas, la dolorosa

diferencia de situaciones económicas distintas y contrarias. Mientras de un lado hay sectores que viven en la holgura y en la comodidad, hay otros que no poseen ni lo indispensable para una existencia de niveles humanos.

Esta situación ha existido a través de todas las etapas anteriores y desde los orígenes del hombre. Dios nos hizo desiguales —como lo proclama el Papa León XIII en su encíclica “Rerum Novarum” y esta desigualdad prevalece a través de los milenios.

La desigualdad no se debió al talento y a la pericia de los hombres de la caverna que supieron fabricar sus herramientas primitivas y multiplicar su producción y su propiedad. Se debió más a la impericia o a la ineptia de aquellos otros que no supieron fabricarlas, quedando rezagados respecto de los primeros. Resulta así que la desigualdad es milenaria y ella no puede ser curada con imposiciones de manos o con toques de flauta de encantadores de serpientes.

Lo que la Democracia Cristiana quiere olvidar, lo mismo que comunistas y socialistas, es que la desigualdad de hoy fue muchísimo más profunda, más aguda, más dolorosa en los siglos pasados que en el presente. Hoy, gracias a la moderna tecnología —creación de unos pocos seres geniales— se benefician millones de seres que, de no ser por la revolución industrial, estarían viviendo frente a peligros mortales como la peste, las hambrunas y las infecciones masivas. Nuestra era es de ascenso de los pobres a la categoría de ricos; es la era en la que los marginados comienzan a disfrutar de los beneficios que engendra la abundancia.

La llamada oligarquía chilena se dejó poseer en 1964 por el masoquismo del complejo de culpa, fabricado

por los psicólogos norteamericanos y administrado en calidad de sacramento por los curas partidarios de la Democracia Cristiana. La derecha se sintió culpable ante las imprecaciones de los fabricantes de apocalipsis que hablaban, no en nombre de Cristo, sino en el de Juan Bautista y la secta de los Esenios del desierto.

En esta situación psicológica de los dos bandos que debían decidir sobre el destino de Chile se situó la contienda ideológica en la víspera de las elecciones de 1964.

La elección de Curicó

En aquella situación de crisis psicológica de la derecha, de complejo de culpa, de vergüenza de ser y de aparecer capitalista, de temor a defenderse en público y en voz alta, llegó la elección de Curicó que tanta y tan nefasta influencia tuvo sobre el desenlace de las elecciones generales de Chile en 1964 y sobre el destino ulterior del país.

En la elección parcial, por fallecimiento de un diputado de la Provincia de Curicó, se hicieron presentes los tres bloques electorales, llevando cada uno al candidato de su tienda política. Antes de aquella elección estaban unidos aún conservadores, liberales y radicales. Esta alianza estaba representada por el conservador Rodolfo Ramírez Valenzuela.

Los democristianos se hicieron representar por su candidato Mario Fuenzalida Madriaza.

El bloque socialista-comunista eligió como candidato al que mejor podía desempeñarse como tal. Se

leccionaron al médico Oscar Naranjo Arias, oriundo de Curicó, hijo del diputado muerto, curicano de cepa, cultivador de la tradición curandera y médica de todas las aldeas de la provincia. La popularidad de Naranjo era alegre, abrumadora y provinciana, con la alegría de los huasos y del vino chileno.

Los conservadores y liberales, padres de vieja experiencia política y electoral, debían saber muy de antemano que la victoria de Curicó tenía que ser de Naranjo.

Debieron saber asimismo que este juego de circunstancias especiales, calificadamente típicas, no iban a desempeñar ningún papel en las elecciones nacionales. Curicó y sus elecciones no eran representativas de la realidad política nacional.

Curicó es una provincia agraria que produce trigo, cebada y arroz. Desconocía hasta entonces todo proceso industrial y con una población de poco más de cien mil habitantes, tiene una capital con 33 mil pobladores, ocupando un vigésimo lugar en el orden de las provincias chilenas.

Se comprende bien que una provincia de esta categoría no podía erigirse en representativa electoralmente del país entero. Sólo una clase social intensamente trabajada por el complejo fabricado por los psicoanalistas norteamericanos, acobardada por el fuego cruzado de adversarios que obtenían sus armamentos del mismo arsenal ideológico, pudo llegar a aceptar que Curicó podía ser punto electoral representativo de Chile. La derecha aceptó este criterio y cometió el error trascendente que ha debido pagar el pueblo de Chile. Y el Partido Radical cometió el error de aceptar que Curicó fuese la vara profética con la que debían medirse las elecciones generales de Chile.

La aceptación de que Curicó fuese la imagen es-
corzada del proceso presidencial, fue más grave to-
davía si, teniendo en consideración las circunstancias
que rodearon la elección, los resultados estuvieron
bastante lejos de aparecer catastróficos.

El socialista Naranjo ganó por 9.566, alcanzando el
39.8 por ciento del total de sufragios, y ganando por
5.1 por ciento al conservador Ramírez Valenzuela, que
le siguió inmediatamente después con 7.950 votos, o
sea con el 33.9 por ciento del total. En tercer lugar
llegó el democristiano Fuenzalida con 6.621 votos, o
sea el 27.3 por ciento del total de sufragios emitidos
en la elección.

A la derrota de Curicó se la apodó "El naranjazo",
el golpe que inexplicablemente determinó el retiro de
la candidatura presidencial del radical Julio Durán y
la preparación de paso de la derecha en masa, con
armas y bagajes, al campo de la Democracia Cristia-
na.

Capitulación incondicional

No presentó la derecha la batalla campal en defensa
de sus principios. No hubo lucha ideológica indeclina-
ble como lo exigía la circunstancia de que el sistema
de la economía social de mercado, el régimen de em-
presa privada, enfrentaba el ataque por partida do-
ble de marxistas y democristianos, surgido de los mis-
mos abrevaderos ideológicos. La derecha capituló an-
te el ataque socialista sin presentar combate. Y nada
hizo más daño a la mentalidad del pueblo chileno que
esta ausencia de enfrentamiento, que debió ser la del
gran esclarecimiento.

Con esta capitulación, con este repliegue sin pelea a la última trinchera, con este abandono de las grandes ideas defensoras del mundo libre, el pueblo de Chile fue preparado para el advenimiento pacífico del marxismo. Todas las resistencias fueron entonces quebrantadas.

Las consecuencias políticas de "el naranjazo" llenaron la trascendencia, no solamente sobre el proceso electoral nacional de 1964, sino sobre el proceso histórico que siguió para toda la vida chilena. El error de Curicó ha trascendido hasta la épica jornada del 11 de septiembre de 1973.

La alianza conservadora-liberal-radical se dispersó en desorden, sin retirada estratégica, víctima de un entreguismo que era el fruto de la mala conciencia creada por los curas tercer-mundistas y por los consortes del jesuita belga Roger Veckemann. Los aliancistas se vieron escindidos en católicos y masones y los radicales se replegaron a un aislamiento infecundo y destructivo que debía atentar luego contra la supervivencia misma del partido. Liberales y conservadores fueron en desbandada hasta las goteras de la tienda democristiana, formando lo que el humorismo chileno llamó "el FAF" o sea, "Freísmo a la Fuerza".

Nunca la derecha chilena apareció más lejos de su tradición ni más extraña a su creación política. Buscó pretexto para su capitulación incondicional y se embarcó en una política de apaciguamiento semejante a la de Neville Chamberlain frente al fascismo. Chamberlain juró que hacía apaciguamiento en la reunión de Munich para evitar la guerra, y la guerra llegó mucho más pronto de lo que estuvo programada por Hitler. La derecha de Chile juró que se uncía al carro de la victoria de la Democracia Cristiana para evitar

el triunfo del comunismo. Y el triunfo democristiano sirvió precisamente para facilitar la instalación del marxismo en Chile.

El error profundo de la derecha fue considerar a la Democracia Cristiana como un partido más del proceso democrático chileno, una entidad que había nacido a semejanza de los liberales primero, de los radicales después, a través del siglo XIX. No llegó a medir la diferencia de naturaleza entre partidos democráticos, con discrepancias y matices, pero ubicados en la trinchera del mundo libre.

La Democracia Cristiana, en cambio, era un partido declaradamente enemigo de la empresa privada, adversario rotundo del sistema de economía social de mercado. Los viejos partidos habían llegado a buscar, cada uno por sus peculiares caminos, un perfeccionamiento del sistema mediante la realización de reformas de toda clase. La Democracia Cristiana no tenía ningún ánimo reformista; llegaba con espíritu revolucionario a cambiar, de fondo a colmo, las estructuras y a imponer una "vía no capitalista de desarrollo", según declararon después Gumucio y otros, al sacarse la careta. Su misión era semejante a la que a través del mundo ha asumido el comunismo. Por esto, no era —como fueron los anteriores— un mero adversario político. Era un enemigo público del sistema, al que se hacía obligatorio combatir enérgica, indeclinable e inflexiblemente.

Poseída por la tradicional tolerancia democrática, la derecha no captó la verdadera esencia política de la Democracia Cristiana. Se dejó seducir por la presencia de la cruz, por la invocación confesional, por los signos externos de la religión. Le sucedió lo que al ingenuo y enfervorizado pueblo cubano, que fue des-

luminado con la medalla de la Virgen de la Caridad que Fidel Castro llevaba pendiente del cuello al bajar de Sierra Maestra.

No intervino un esclarecimiento que mostrara la magnitud de las diferencias que existían entre la Democracia Cristiana y el comunismo. Diferencias que son solamente de matices y de ritmo, pero no de esencia ni de naturaleza. La entraña de la política económica de la Democracia Cristiana es portadora de los mismos propósitos, de las mismas metas del marxismo. Esta realidad no ha sido asimilada por todas las derechas de América Latina. La Democracia Cristiana no diferencia su política económica de la del socialismo sino por aquel matiz que definió bien el economista soviético —el húngaro sefardí— Eugéne Varga: mientras los comunistas tratan de imponer el comunismo mediante la acción armada y el golpe de Estado del camarada Lenin, los demócratas cristianos se proponen llegar a la misma meta mediante “una serie sucesiva de “New Deals”

En medio del encandilamiento producido por la irrupción de la nueva fuerza política en el escenario electoral chileno, la derecha descuidó el análisis exhaustivo de las diferencias que existen entre intervencionismo gubernamental, estatismo, Estado Benefactor, control estatal, socialismo de rostro humano y socialismo staliniano o comunismo.

Entre estas diversas situaciones no hay ninguna diferencia esencial. Sólo diferencias de grado, de ritmo. Es algo lo más parecido al embarazo. Nadie ha visto jamás un cuarto de embarazo, medio embarazo ni tres cuartos de embarazo. Hay embarazo o no hay embarazo. Exactamente lo mismo acontece con cada una de estas formas económicas. Todas ellas forman

parte inseparable del proceso que lleva al comunismo, sin importar, ni poco ni mucho, los nombres que tengan sus gestores o las banderas bajo las cuales hayan puesto en marcha los procedimientos.

La derecha chilena víctima de su benevolencia democrática, no esclareció que el fenómeno democristiano de Chile fue algo semejante al fenómeno nacional-socialista de la Alemania hitleriana. La misma crisis de partidos centristas que aglutinasen a la clase media. La misma clase media fanatizada, insurgente y agresiva. La misma tendencia al estatismo totalitario. La misma corriente de imposición del poder del Estado sobre el individuo avasallado. La misma furiosa agresividad contra el sistema de economía social de mercado y la misma voluntad de dominación contra la empresa privada.

Pecado y penitencia

Conservadores y liberales se juntaron, divorciándose de sus aliados radicales, para dar a los democristianos una victoria arrolladora, la que ensoberbeció sobre todo al ala izquierda del partido. Hizo que los democristianos, sobre todos los más demagogos, los del estilo de Radomiro Tomic, de Jacques Chonchol, de Bernardo Leighton, se sintiesen los amos invencibles de Chile y los promotores de la apertura de "la vía no capitalista de desarrollo".

La elevada votación que recibieron, la insólita mayoría conquistada en el Parlamento, la autoridad de que les revistiera su victoria campal ante la fuga de la derecha, hizo ingresar a la Democracia Cristiana

por el triunfalismo de arcos floridos bajo los cuales no tenía voz ni voto el clásico esclavo romano que murmuraba al oído del triunfador: "recuerda que eres mortal".

Embriagados de zumos victoriosos se lanzaron en las vías de la estatización, del dirigismo, de la represión económica, jurídica y policial contra la propiedad y la empresa privadas, del ataque contra los propietarios legítimos de la tierra, a quienes se comenzó a infligir trato de delincuentes.

La colaboración inicial sin condiciones de la derecha fue responsable de que la Democracia Cristiana impusiese en Chile una reforma agraria absurda, cargada de estulticia, que no supo tomar en cuenta para nada las condiciones concretas en las que se realizaba la producción en cada sector del país, en cada zona de producción, en cada fundo. Fue reforma agraria irracional y perniciosa, ya que para imponerla, el gobierno no quiso tomar en consideración sino la extensión de los predios. Sobre el izquierdismo delirante de la Democracia Cristiana se instaló el fetichismo del hectareaje, con prescindencia en la práctica de todos los otros factores que intervienen directamente en la producción. Predominó el mecanismo crudo y anti-económico de la hectárea monda y lironda, lo que se tradujo fatalmente en baja de la producción, descenso de la productividad, y engendro de la escasez.

Chile padeció —lo mismo que otros países de América Latina— una reforma agraria jacobina, es decir, reaccionaria. Como doctrina agraria se impuso el primitivo grito de guerra de la Revolución Mexicana: "La tierra para quien la trabaja con sus manos" en vez de la voz de orden creadora y promotora de abun-

dancia: "La tierra para quien sabe trabajarla, en lo posible, con maquinarias".

La acusación más severa, realista y comprobada contra la Democracia Cristiana es que los marxistas que llegaron tras ellos no hicieron sino marchar sobre sus huellas, ampliar los mismos caminos, ensanchar y alargar las mismas realizaciones.

Y esta fue la áspera y dolorosa penitencia que la derecha debió soportar de 1964 a 1973, para redimir el pecado de su fuga, de su capitulación sin condiciones, de su entreguismo tras el naranjazo, de su sometimiento a los consejos de los curas tercer-mundistas.

Capítulo V

LA POLITICA DE KERENSKY

Modelo de apaciguamiento / No hay enemigo a la izquierda / El poder, pacíficamente / Estatutos de garantías / Sí sabían lo que hacían.

Modelo de apaciguamiento

Entre las corrientes políticas surgidas en el tempestuoso proceso de este siglo, ocupa una clasificación singular y específica la filosofía, la tendencia, la praxis del kerenskismo. Su creador y primer realizador en la historia política fue Alejandro Kerensky, Primer Ministro del gobierno provisional que precedió a los bolsheviks y a la implantación del comunismo en Rusia.

Esa política se ha hecho clásica como el modelo representativo de la acción que abre las puertas del poder a los comunistas, que limpia sus caminos, que les ablanda posiciones y les ofrece las oportunidades favorables para su acceso al gobierno.

Kerensky fue un burgués mimetizado, que se avergonzó siempre de aparecer como tal. Político idealista, enamorado de su propia oratoria, retórico e iluminado, con los errores que acumuló abrió los caminos para el advenimiento del comunismo. Sin quererlo, sin decidirlo, sin saberlo, Kerensky resultó el instrumento que Lenin utilizó astuta y sagazmente, preparándolo

le la caída, para despejar ante los comunistas el camino del poder.

Kerensky, como miembro del Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado —decisivo para toda Rusia— tenía facultad para plantear problemas, sugerencias y proyectos en su seno. Pero no lo hizo nunca, a causa de que el Comité Ejecutivo era un organismo formado por un número restringido de personas, ante quienes no tenía sentido pronunciar grandes y bellos discursos. Por esto, pasando por encima del Comité Ejecutivo —lo que le enajenó la voluntad de este organismo decisivo— prefirió siempre dirigirse a los plenos del soviét tratando de embriagarse y de embriagarlos con discursos, mediante los cuales obtenía a menudo su consagración contra la voluntad del Comité Ejecutivo, lo que fue su perdición.

El error obsesivo de Kerensky estuvo constituido por su empeño en no aparecer derechista, de mantener en todo momento una postura izquierdista y de competir con los bolsheviks en izquierdismo. Esto le hizo debilitarse de modo incontenible, ya que se separaba de todos aquellos de sus partidarios que eran acusados por Lenin y sus amigos de reaccionarios o de tibiamente revolucionarios. Por este camino se aisló hasta convertirse en inerme víctima de los comunistas.

Kerensky se movió dentro del error político de prestar fe a los pactos, compromisos y convenios que podían frenar la conspiración comunista. No llegó a tomar conciencia de que todos los pactos con los comunistas eran meros pedazos de papel. Tenían valor mientras los bolsheviks utilizaban los convenios en su favor y a favor de sus planes pero carecían de toda importancia si los compromisos llegaban a estorbar su acción o a limitar la capacidad de sus ataques.

Kerensky padeció de la confianza mística en los poderes carismáticos de su oratoria; tenía fe romántica en el poder de las palabras y en la milagrosa influencia que se sentía capaz de ejercer, no solamente sobre sus partidarios sino también sobre sus adversarios. Esto lo condujo a sentirse capaz de contener las asechanzas, el asalto y el golpe de Estado de los bolscheviquis.

Con sus errores, vacilaciones, intrigas, ambiciones y maniobras, el Primer Ministro del último gobierno provisional ruso resultó prestando a los comunistas servicios que éstos no recibieron de sus más devotos colaboradores. Incuestionable es que tal colaboración no fue jamás ni consciente ni deliberada. Fue la resultante fatal de una política que sirvió, sin quererlo y hasta sin saberlo, los planes comunistas.

Sin Kerensky, la victoria de Lenin en Rusia se habría tornado imposible. Fue merced a su debilidad, a sus errores —que fueron aprovechados magistralmente por Lenin— que los bolsheviquis lograron conquistar el poder, planificar y realizar el golpe de Estado que eliminó toda sombra del gobierno provisional y del poder de Kerensky.

Aquella política desarrollada en Rusia en 1917 ha recibido ulteriormente el nombre de política de apaciguamiento. Es la política que acentúa lejos de conjurar, que acerca lejos de alejar el peligro que se pretende evitar. El apaciguamiento es la política de arrojar carne a las fieras, de alimentar al cuervo que ha de sacarnos los ojos, de torcer la cuerda con la cual hemos de ser estrangulados.

Esta fue la política que se ha hecho clásica, desarrollada por Kerensky entre febrero y octubre de 1917. Llamado al gobierno provisional que presi-

diera el príncipe Lvov, como representante de la izquierda política, Kerensky ocupó el Ministerio de Justicia. Cartera de segunda y hasta de tercera categoría que constituía, no obstante, una parte de poder que pudo bien utilizar en favor de su partido. Pero era ambicioso y estaba poseído por el demonio del poder y obsesionado con el anhelo de ascender y dominar todo el gobierno.

Esta es una de las características del kerenskismo. Concentrar los esfuerzos en debilitar, desprestigiar y desorganizar las fuerzas de la derecha. Kerensky ambicionó el puesto de Primer Ministro, pero sabía que mientras el príncipe Lvov, Miliukov, Nekrasov, Tereschenko, Guschkov — todos hombres superiores a él — ocupasen las carteras principales, su camino personal permanecería obstruido.

Toda la política de Kerensky, entonces, se concentró en socavar las posiciones de sus colegas, en conspirar contra ellos, apoyándose, de vez en cuando, en los bolsheviks. Fue entonces cuando Lenin decidió que los bolsheviks sostuvieran a Kerensky como la soga sostiene al ahorcado. Por esto fue que Lenin lanzó la consigna: "¡Abajo los diez Ministros capitalistas...!", que ahorra y dejaba indemnes a Kerensky Ministro de Justicia, y a su colega Chkheidze, Ministro del Trabajo.

La tendencia cultivada por Kerensky y la que ha legado a quienes, consciente o inconscientemente, le han imitado en política, fue entrar en competencia, en las ideas y en la acción, con el izquierdismo de los comunistas. Los que siguen su ejemplo se dejan arrastrar por el empeño de competir en una carrera en la que los comunistas tienen todas las de ganar y sus competidores todas las de perder.

Estas fueron las características del kerenskismo, que han llegado a formar una filosofía política. Es como una ideología de debilidad, de indecisión, de créditos y de concesiones al comunismo. Y es la fabricación de contingentes políticos que desertan constantemente, pasándose del izquierdismo difuso al marxismo definido.

No hay enemigo a la izquierda

Las características del kerenskismo han correspondido, a través de su actuación en la última década, al Partido Demócrata Cristiano de Chile. Los democristianos —y no sólo el ala izquierda de Chonchol y de Gumucio, o la de Radomiro Tomic—, fueron los realizadores de una política de apaciguamiento pertinaz frente a la actividad, a las campañas y a los ataques del marxismo. La Democracia Cristiana proporcionó a los comunistas ese alimento vivificante y tonificante que es la impunidad. Su partido puso en práctica la gran directiva de Kerensky: “Para la causa de la democracia, no hay enemigos a la izquierda”.

Así, el sector enemigo, al que había que aniquilar, quedaba siempre a la derecha. De aquí resultó una alianza tácita, pero efectiva, entre democristianos y comunistas. Alianza que reconoció a un solo y mismo enemigo; el sector que ambos denominaron “la oligarquía”.

Junto con la política de apaciguamiento, practicada en el mejor de los estilos kerenskistas, la Democracia Cristiana aplicó la política —consecuencia de su alianza tácita, inconsciente y seguramente involuntaria con

el comunismo— de reclutar contingentes radicalizados que luego iban a engrosar las filas del marxismo. La fiebre izquierdista llegaba a tales temperaturas que borraba las divergencias ideológicas entre uno y otro sector y tornaba asequible la deserción, sin causar mayores remordimientos y sin sugerir la idea de algo parecido a la traición.

Es un hecho histórico que la Democracia Cristiana aportó la cooperación política al marxismo de grupos organizados y embanderados, que pasaron con armas y bagajes al lado del comunismo, convirtiendo a la Democracia Cristiana en incubadora de Ministros comunistas. Chonchol, Gumucio y sus amigos, no fueron sino polluelos democristianos que, al sentir las alas más grandes que el nido, fueron a convertirse en cuervos marxistas. Esta fue una operación típicamente kerenskista; fue lo mismo que hiciera Kerensky en favor de los comunistas.

Pero aparte de estos grupos, la labor izquierdista de la Democracia Cristiana acarreó hacia el comunismo a millares de ciudadanos. La gruesa diferencia de votos de comunistas y socialistas entre 1964 y 1970, que ascendió a más de ciento cincuenta mil personas con derechos ciudadanos, fue en gran parte aporte de la Democracia Cristiana, es decir, aporte kerenskista.

De otro lado, es evidente que las sucesivas promociones de cisma y las escisiones que desvencijaron al Partido Radical fueron consecuencia principal de la acción corrosiva desarrollada por la Democracia Cristiana, mucho más que resultado de las maniobras comunistas.

El eslabón ideológicamente más débil de la alianza de centro-derecha, era el radicalismo. Permeable más que ninguno a los ataques, a las imprecaciones, a las

invektivas, un radical detestaba que se le llamase "momio". El partido de Tomic y de Chonchol sabía conscientemente que los radicales desertores de la alianza de centro-derecha no pasarían jamás a las filas democristianas. Para un masón radical, un democristiano, dijese lo que dijese, era siempre un "pechoño"; o sea, un papahostias. La tradición radical conducía forzosamente al desertor hacia las filas del marxismo.

La gran masa del Partido Radical chileno estuvo constituida por lo que Lenin denominó la "pequeña burguesía". Sectores de clase media laica, progresista, poco firmes ideológicamente. Eran esa categoría sociológica a la que la catalogación de Lenin caracteriza como incapaz de constituir una clase social. "Son desconcertadas gentes que se mueven entre el terror y la esperanza: el terror de caer en el proletariado y la esperanza de llegar a ser burgueses..."

Traducido este criterio a la actividad política, los contingentes populares del radicalismo disidente de Chile se movían bajo los enfurecidos ataques democristianos a la oligarquía y a sus aliados, entre el terror y la esperanza. El terror de quedar en el campo de la oposición al gobierno, proscritos y eliminados de la burocracia administrativa, y la esperanza de ocupar puestos públicos y hasta Ministerios si se alineaban con los contingentes marxistas.

Se vuelve claro que la Democracia Cristiana ayudó al marxismo —en el mejor estilo de Kerensky— llevando hacia su órbita a importantes contingentes del Partido Radical.

Pero no solamente con su demagogia la Democracia Cristiana acarreó gruesos contingentes humanos hacia el marxismo. Además —sobre todo a través de la corriente que seguía a Radomiro Tomic— influyó con fuertes potencias ideológicas.

Aquellas gentes razonaban con simplismo de populacho, pero no sin lógica. Si los demócratas cristianos desposeían al propietario de ochenta hectáreas, un marxista no podía menos, para ser consecuente con su posición ideológica, que levantar la bandera de la "liquidación de los "kulaks" como clase" en los campos chilenos.

Así como Kerensky influyó exacerbando las reivindicaciones bolsheviquis, así la Democracia Cristiana influyó sobre su propia izquierda, sobre los "termocéfalos" del Partido Socialista, sobre los comunistas atacados de "izquierdismo, enfermedad de infancia" que dijera Lenin, y más que todo, sobre las petulantes bandas armadas del Movimiento de Izquierda Revolucionaria y sobre la barbarie del estulto Movimiento Campesino Revolucionario, que actuó como el primer hambreador del pueblo chileno. Todo este izquierdismo frenético y esquizofrénico se abrevó en los manantiales evangélicos de la Democracia Cristiana. Esta responsabilidad histórica no puede ser ni disminuída, ni negada y, de ninguna manera, justificada.

Así como Kerensky influyó en Rusia y colaboró con los bolsheviquis, exasperando las reivindicaciones comunistas, así la Democracia Crstiana influyó sobre todas las fuerzas populares que actuaban a su izquierda. Se comprende bien que jamás un marxista que se estime aceptará permanecer haciendo seguidismo —tan condenado por Lenin— respecto del más izquierdizante de los democristianos. Siempre se esforzará por ser —y sobre todo por aparecer— ubicado y actuando en posiciones mucho más avanzadas. Es lo que exige la masa: es lo que se debe pagar como adulación de la muchedumbre. Y aquí encontramos, como otra de las realizaciones ideológicas del kerenskismo, la política impuesta en Chile por la Democracia Cris-

tiana, especialmente por la tendencia acaudillada por el candidato presidencial frustrado, Radomiro Tomic.

Así como Kerensky con su política de concesiones, acomodados, vaivenes y maniobras, fue empujando a socialistas revolucionarios, mensheviks y hasta kades, a la órbita de los bolsheviks, así el Partido Demócrata Cristiano de Chile arrastró como rebaño a sus candentes socialcristianos para convertirlos en milites de Unidad Popular.

Si Unidad Popular alcanzó el primer puesto de mayoría relativa en 1970, tras haber permanecido rampante en un modesto tercer lugar a través de sucesivas elecciones, fue porque recibió la eficiente colaboración de los demócratas cristianos.

El poder pacíficamente

Kerensky se vió compelido a dejar el poder en manos de los comunistas, abandonado por la mayoría de los obreros, campesinos y soldados, apabullado y vencido por la insurrección popular que capitanearon los bolsheviks movilizándolo al pueblo, y expulsado por el golpe de Estado que dirigieran Lenin y Trotzky. No entregó el poder, sino que debió abandonarlo porque le expulsaban ignominiosamente de él, porque el pueblo al que hechizó con su oratoria reberviente se negó a batirse en defensa de su causa, de su gobierno, de su persona. Huyó de Rusia como solitario fugitivo que escapaba llevando a cuestas su apaciguamiento y su carga de errores.

En Chile, la entrega del poder a los comunistas se realizó como un traspaso. Todo pomposamente cubier-

to por el venerable manto jurídico de los "Estatutos de Garantías Democráticas", que frente a los comunistas no valían el papel en que estaban escritos. Lo cual no era ignorado por los democristianos a la hora misma en que estampaban su firma en los compromisos.

La entrega del poder a los comunistas en Chile estuvo muy lejos del dramatismo del octubre ruso. Fue entrega concertada, pactada, deliberada y consciente; apacible, solemne y ensayada como un ceremonial o como un ballet. Fue la consagración con protocolo del capitosté marxista, por una mayoría parlamentaria que, sin los votos de la Democracia Cristiana, no habría podido constituirse jamás. Aquí, sin duda que el estilo de Kerensky fue perfeccionado, estilizado y superado.

Lo que en la Rusia de 1917 fue drama histórico, en el Chile de 1970 fue comedia de equivocaciones. El partido demócrata cristiano, libremente, sin presión interna de ningún género, libre de cualquier temor sobre el porvenir de Chile, resolvió actuar del mismo modo que la turba ante Poncio Pilatos.

—¿A quién queréis que os suelte... a Jesús o a Barrabás...?

—¡Suelta a Barrabás y crucifica a Jesús...!

Y los democristianos, presionados por los sacerdotes y movidos por los Escribas y Fariseos, soltaron a Barrabás. Allende fue convertido por su decisión en Presidente de Chile.

Unidad Popular había obtenido en las elecciones la primera mayoría relativa. Allende ascendió al primer lugar de la votación ciudadana obteniendo un millón 75 mil votos; inmediatamente le seguía Jorge Alessandri, con un millón 36 mil sufragios. O sea, que Allende superaba al candidato de centro-derecha por

nada más que 39 mil votos. Mientras el candidato marxista alcanzaba el 36,3 por ciento de la votación total, Alessandri exhibía un 34,9 por ciento lo que significó la leve ventaja de 1,4 por ciento. La frustración del democristiano Radomiro Tomic llegó a 27,8 por ciento, dejándole fuera de la rueda de la competencia. La disyuntiva que se planteó a los democristianos fue neta y tajante: o Jorge Alessandri o Salvador Allende.

En el Congreso, constituido por la reunión del Senado y de la Cámara de Diputados, los marxistas estaban en minoría flagrante. No contaban sino con 78 parlamentarios, o sea menos de la mitad, ya que el Congreso Pleno constaba de cincuenta Senadores y ciento cincuenta diputados. La Democracia Cristiana decidía con sus setenta y cinco votos.

En medio de la indecisión kerenskista de los democristianos, los partidarios de Alessandri plantearon una solución inteligente y practicable sin provocar conmociones: si el Congreso elegía a Jorge Alessandri, éste se comprometía a renunciar inmediatamente el cargo, para que se convocara a nuevas elecciones, en las que la ciudadanía habría tenido que optar en la disyuntiva: o la democracia o el marxismo.

Radomiro Tomic combatió ardorosamente esta solución que, sin duda alguna, cerraba los caminos de acceso al poder a los comunistas. Invocó la razón rabulesca y pérfida de que éso significaría hacer del acto electoral una componenda. Como si la designación de Allende no constituyese una de las más repugnantes componendas que se hayan celebrado con los comunistas desde los días de Kerensky.

Estatutos de garantías

Para limpiarse de la vergüenza que implicaba esta ominosa traición al régimen democrático y al pueblo

de Chile, la Democracia Cristiana recurrió al subterfugio jurídico de aparecer preservándolo, en el papel, de futuros atropellos comunistas. Pocas veces la hipocresía y el fariseísmo han alcanzado más altos niveles que los que registraron los "Estatutos de Garantías Democráticas", así, con mayúsculas, a ver si ganaban más valor que con simples minúsculas.

Como ha sido habitual para los comunistas a través del mundo, los estatutos fueron flagrantemente violados. Ellos corrieron la suerte de las promesas que los bolsheviquis hicieron a los socialistas revolucionarios, a los mensheviquis, a los "nepman" y a los campesinos. La misma suerte que los compromisos con el Presidente Eduardo Benes de Checoslovaquia y con Jan Massaryck antes del golpe de Estado de Praga. La misma que los pactos sellados con los Pequeños Terratenientes de Hungría. La misma que corrieron los solemnes acuerdos del Kremlin con el rey Miguel de Rumania. La misma suerte que corrió el héroe anti-fascista mundial, el comunista búlgaro Jorge Dimitrov, asesinado por los médicos de Stalin.

Todos estos antecedentes están registrados por la historia. Era obligatorio que los democristianos los conocieran. No obstante, prefirieron, en el estilo de Kerensky, prestar a las promesas comunistas la misma fe que tenían en la doctrina social de la Iglesia.

Salvador Allende prometió respetar a los partidos políticos. Y es hecho histórico que tramaba el degüello bárbaro de los dirigentes de los partidos que le hacían oposición.

Firmó que todas las corrientes tendrían libre acceso a los medios de comunicación de masas. Y, en los hechos, avanzó cercenando a diario esa libertad, contriniéndola y marchando a su anulación.

Convino en que la fuerza pública estaba organizada única y exclusivamente en las fuerzas armadas. Y ha quedado demostrado que el régimen marxista había organizado un ejército paralelo, equipado con armamento soviético, y que tenía como espinazo a una legión extranjera de guerrilleros venidos a Chile de los cuatro puntos de la rosa de los vientos.

Proclamó que la educación sería independiente de toda intromisión ideológica oficial. Y jamás la infiltración comunista fue más amplia, más profunda y más cínicamente realizada que bajo el gobierno marxista.

La garantía respecto del derecho de asociación fue pisoteada y hundida en el ludibrio, en el caso de los comerciantes, de los profesionales, de los camioneros, de los campesinos que se resistieron al sojuzgamiento y a la arbitrariedad, de los mineros del cobre.

Y la modernización de las garantías constitucionales del derecho de reunión y de libertad personal se expresó más tarde en las metralletas del MIR, en las amenazas, en los chantajes, en la imposición del mercado negro por parte de los capitostes de Unidad Popular.

Con los ESTATUTOS DE GARANTIAS DEMOCRATICAS —así con mayúscula y todo— sucedió lo que se sabía conscientemente que iba a suceder antes de que comunistas y democristianos las firmaran. Y esta fue la expresión histórica de la aplicación de la filosofía de Kerensky en la vida política chilena.

Los democristianos, como si profesaran el optimismo de lo catastrófico, votaron en favor de Allende y en contra de Alessandri. Es decir, votaron por la antidemocracia y por la dictadura del proletariado —representadas netamente por Unidad Popular—, y en contra de Alessandri y de la continuidad del régimen

democrático de vida en Chile. Porque nadie, ni el más acérrimo e injusto de sus adversarios, podía afirmar que Alessandri y la perspectiva de su renuncia inmediata podía insinuar la lejana posibilidad de una dictadura; en tanto que cualquiera podía vaticinar el advenimiento de una dictadura de Salvador Allende, como la que efectivamente estaba preparando Unidad Popular.

El voto de la Democracia Cristiana en favor del marxismo fue expresión nítida de su política de apaciguamiento. Y el apaciguamiento, en cualquiera de sus grados, no es sino expresión de los diversos niveles de la cobardía existente en las posiciones políticas. Apaciguar quiere decir olvidar el principio moral imprescriptible: ni la libertad ni el respeto de uno mismo son negociables. En el caso del apaciguamiento se negocia con la libertad.

La Democracia Cristiana sabía lo que hacía cuando, desde dentro, abrió a Allende las puertas de la Moneda. Los democristianos sabían la clase de personaje que era Allende. Conocían sus ambiciones y sus audacias, sus capacidades de agresión, los grados de su amoralidad y de su oportunismo y las obediencias ideológicas a que se hallaba sometido. No obstante, con plena conciencia del mal que le hacían a Chile se pusieron gustosamente sobre los hombros las andas en las que llevaron al marxismo al poder, tal como en una procesión.

Que lo conocían bien lo demuestra la entrevista que el ex Presidente Frei concediera al periodista español Luis Calvo y que fuera publicada en el diario de Madrid "ABC", el 10 de octubre de 1973. El ilustre personaje chileno dice:

"¿Por qué se ha mentido al mundo? ¿Por qué en Europa, donde Salvador Allende no era conocido y donde

no están al corriente de nuestros dramas —que son tan numerosos— han idealizado a un hombre tan frívolo, y más frívolo políticamente que moralmente, como era Allende?

"Yo sé que Allende era orador fácil y superficial, simpático, bromista, político sólo en el sentido de hacer política... Pero Allende no era ni un ideólogo, ni un hombre de Estado. Buscaba nada más que mantenerse en la cúpula del poder. El poder llegó a él con fuerza de deslumbramiento, lo que aumentó en él su orgullo innato, lo que le obligó a pactar con sus enemigos políticos, es decir sus camaradas marxistas y hasta, tal vez, a rendirse a ellos..."

En este puñado de verdades hay una media verdad que es imperativo completarle al señor Frei. No fue el deslumbramiento del poder lo que obligó a Allende a pactar con sus camaradas marxistas. El compromiso había quedado sellado desde antes de que los comunistas y Moscú abandonaran la candidatura del radical Alberto Baltra para acoger la de Allende. La rendición de Allende al comunismo fue previa a la aprobación de su candidatura y a la campaña electoral. No se puede hacer borrón y cuenta nueva, desconociendo que Allende hizo toda su campaña bajo las banderas del marxismo y sobre la promesa de conducir a Chile al socialismo. Todo esto era pan comido para la Democracia Cristiana.

El ex Presidente Frei afirma en su entrevista:

"Los europeos están enceguecidos por la gran mentira de la experiencia de la democracia hacia el comunismo, lo cual no es posible. Es una contradicción en los términos mismos. Es una antinomia."

O sea que los europeos padecen ahora el mismo enceguecimiento que llevó a la Democracia Cristiana a consagrar a Allende Presidente de Chile. Antes de

aquella consagración, se sabía que la experiencia de un comunismo democrático era una mentira. Sabían —y lo sabían conscientemente— que era un imposible, una contradicción y una antinomia. No obstante, 78 parlamentarios democristianos, elegidos por el pueblo chileno, votaron por Allende; quien: "No era un ideólogo sino solamente un maniobrero. Sabía que no era posible, pero utilizaba "la muñeca" (Frei se refiere a la articulación que une la mano al antebrazo) para engañarnos. Es alarmante que los europeos no lo sepan. Nuestro país está destruído..." Salvador Allende traicionaba todas sus promesas alejándose de la legalidad y comenzando una obra de destrucción total de la nación..."

La verdad histórica comprobada y comprobable es que Allende no "comenzó la obra de destrucción...". No hizo sino continuarla, proseguir una obra iniciada, pues no se puede eclipsar la verdad categórica de que Allende se encontró con la cuarta parte de la economía chilena estatizada, es decir socializada, por obra de los demócratas cristianos.

El ex-Presidente Frei afirma para la opinión europea:

"El mundo entero ha contribuído a la destrucción de este país que no tiene otra salida para su salud que ser gobernado por militares".

Es cierto, como lo afirma el ex-Presidente Frei, que "el mundo entero ha contribuído a la destrucción de Chile". En efecto: los comunistas de todos los sectarismos; los demócratas de Estados Unidos, los "carbeza de huevo"; la gran prensa, las corporaciones nacionales norteamericanas, los curas tercer-mundistas de todas las órdenes religiosas, los izquierdistas infiltrados por el comunismo. Ciertamente. Pero es forzoso reconocer que en los primeros puestos como destructores figuran el cura jesuíta belga Roger Veckemann.

su Centro Belarmino y los Chonchol, los Gumucio y los Tomic.

El ex Presidente Frei caracteriza luminosamente la reforma agraria impuesta a Chile:

"No hubo reforma agraria. Hubo estatizaciones. Las guerrillas armadas iban al campo en nombre del Estado y se apoderaban por la fuerza de las tierras que querían. Arrebataban al propietario la tierra, pero no para cultivarla. La Unidad Popular arruinó al campesinado. Se apoderó por la fuerza de las armas de la pequeña y la mediana propiedad. Su objetivo no era hacer una agricultura semejante a los modelos yugoslavo o polaco, sino de formar haciendas estatizadas..."

Pero este procedimiento no fue sino la continuación del que seis años atrás había iniciado la Democracia Cristiana. Su reforma agraria no se propuso el mejoramiento del agro sino su reparto mecánico y anti-económico. No expropió los campos inadecuadamente explotados, las tierras que padecían de primitivismo, de ausencia de maquinarias y de cultivo técnicamente realizado. No se limitó —como era científicamente adecuado— a expropiar las tierras retrasadas dejando en poder de sus antiguos propietarios las que estaban sometidas a cultivo tecnológicamente avanzado. Se procedió con criterio marxista, con la idea obsesiva de aniquilar a los propietarios y de aplastar a los "mormios".

La Democracia Cristiana preparó así los caminos del marxismo. Lo que los marxistas —armados o no— llegaron a hacer en los campos chilenos, fue nada más que proseguir, a mayor ritmo, con mayor violencia, lo que los demócratas cristianos habían comenzado. El ex-Presidente Frei anuncia en el "A B C" de Madrid, que "hay muchos funcionarios democristianos

que colaboran por su propia cuenta y a título personal con la Junta Militar".

Tal apertura es positiva porque abre los caminos de una vasta y fecunda unión nacional, ahora más necesaria que nunca. Pero, siempre que esta colaboración se realice libre de intromisiones ideológicas, de tendencias apaciguadoras, estatistas, socializantes o titoístas, como las propugna Tomic.

Esa colaboración no podrá ser benéfica para Chile y para toda América Latina sino en función de que ella se inspire humildemente —con verdadera humildad cristiana— en la sincera contrición de imprimir al proceso económico un carácter sano: de retorno a la economía social de mercado, de respeto a la empresa privada y de eliminación progresiva de la estatización y de las herencias que dejan las formas socialistas, que no harán sino prolongar la situación inflacionaria y obligar al gobierno a emitir billetes para pagar los subsidios que impidan la quiebra de las empresas estatales.

Capítulo VI

CRASO ERROR DEL POLITBURO

Crisis de los infalibles / Situación revolucionaria / Se
pasaron los militares / Fisura en la Iglesia Católica /
La Iglesia revolucionaria.

Crisis de los infalibles

Por razones que fueron claramente apreciadas por un sector del Komintern, y hasta por dirigentes comunistas latinoamericanos, la Internacional Comunista cometió el grave error de acordar en 1934 la insurrección armada en el Brasil.

Poco más de un año más tarde, en noviembre de 1935, la insurrección organizada bajo el comando político del ex diputado del Reichstag, Arthur Ewert (a "Berger", estalló prematuramente bajo el abortivo suministroado por Getulio Vargas. El desastre fue total y la represión asumió los caracteres de sangrienta carnicería. Ewert fue aprisionado y entregado a Hitler, quien le hizo cortar la cabeza con hacha. Fue entregada asimismo la alemana esposa de Luis Carlos Prestes, Secretario General del Partido Comunista del Brasil, cuya suerte fue ignorada para siempre. Y los núcleos marxistas que se habían constituido dentro del ejército fueron aniquilados. Sólo treinta años más tarde, los comunistas reaparecieron aliados a Joao Goulart y como tropas milicianas de los "grupos dos onze" organizados por Lionel Brizzola.

Hacia 1969, el Politburó del Partido Comunista de la Unión Soviética dispuso la marcha hacia la conquista del poder en Chile.

La decisión de Moscú sobre Chile y las directivas impartidas al Partido Comunista más grande, mejor organizado y más sumiso de América Latina, no se produjeron pronta ni ligeramente. De modo previo, muy ampliamente y despacio, se examinaron las diversas situaciones y fueron sometidos a bidestilado análisis procedimientos distintos.

La primera insinuación examinada estuvo sustentada en el criterio amplio de la expansión mundial de la revolución, sin reparar en los medios. Lo esencial fue la consideración del avance popular en el mundo hacia finalidades revolucionarias, pasando heréticamente sobre el dogma leninista de que la revolución proletaria mundial debe ser dirigida por la vanguardia de clase, por el partido del proletariado.

Ante la autoridad infalible de Mikhail Suslov, de Dimitri Poliansky y de sus colegas, se planteó la posibilidad de que el Partido Comunista prescindiese de su alianza con el Partido Socialista y llevase el contingente de sus votos a favorecer el triunfo de Radomiro Tomic, el candidato democristiano de izquierda.

La proposición titoísta se sustentaba en la mínima diferencia ideológica y política entre el programa de la revolución de Moscú y el que Tomic iba a realizar. Se insinuaba que sobre esta tendencia operaría con toda su potencia el comunismo yugoslavo, vinculado a la corriente y a la política de Tomic. Además, el Partido Comunista de obediencia moscovita quedaría en absoluta libertad para presionar al gobierno de Tomic a fin de imponerle realizaciones más avanzadas en la vía de la estatización de las empresas privadas y, por tanto, en la implantación del socialismo. Con esta política se preveía un ablandamiento mayor de los cami-

nos comunistas y una ecisión profunda en la Democracia Cristiana, lo que no podía sino favorecer al Partido Comunista y a su política. Se calculaba que al fin del período de Tomic el Partido moscovita contaría con medio millón o más de miembros militantes.

La objeción moscovita mayor fue que, por el camino propuesto, el Partido Comunista era obligado a abandonar su papel de dirigente de la revolución, y a depender de la orientación política de Tomic que quedaría siempre —a pesar de la influencia de Belgrado— bajo la tutela norteamericana. Cualquier cambio en la marea económica de los Estados Unidos podía determinar inesperados cambios y bruscos virajes de parte del izquierdismo de Tomic, por mucha que fuese su radicalización presente.

En segundo lugar, el avance revolucionario que pudiese desarrollar Tomic quedaría siempre fuera del contralor de Moscú y bien podía sobrevenir una desviación hacia el maoísmo.

Por último —y esta fue la razón juzgada de mayor importancia— las condiciones revolucionarias en América Latina estaban maduras tanto objetiva como subjetivamente. Por lo tanto, se hacía necesario crear en Chile un campo de gravitación revolucionario útil para toda la América Latina y transformar la futura revolución chilena en parte integrante y activa de la revolución proletaria mundial.

La madurez de la situación revolucionaria, su amplitud y su profundidad fueron sometidas al análisis severo del Politburó del Partido Comunista de la Unión Soviética. Los resultados de este análisis fueron condensados y revisados por los miembros de la Academia de Ciencias de la URSS y publicados luego en dos ensayos ideológicos en la revista "América Latina" que se edita en Moscú bajo la dirección de un

Comité que está presidido por el hijo de Anastas Mikoyán. En la edición número 2, de comienzos de 1971, fueron publicados ambos ensayos.

Aquel enjuiciamiento fue erróneo. Se tomaron en consideración los casos del Perú, de Bolivia, de Panamá, de Helder Cámara, Mendez Arceo y el ascenso del Partido Comunista de Chile como señales definitivas de la madurez de las condiciones revolucionarias que dominaban América Latina.

Pero no repararon en la vigorosa y creciente influencia del Brasil, respaldada por un éxito económico portentoso, al lado mismo de la catástrofe económica de Cuba que tiene que seguir viviendo del subsidio socialista. No contaron con el vuelco espectacular de Bolivia, con la drástica reacción uruguaya, con el aislamiento peruano, con los pasos contados de la Argentina, con el deslizamiento del Ecuador hacia el campo de las empresas multinacionales, con la ineptia política de comunistas y socialistas chilenos y con la poderosa e incontrastable intromisión de la burocracia dorada de las Naciones Unidas, que no actuaron como el dócil instrumento que Moscú había descontado.

Además, sobre el análisis y sobre la práctica política que de él se derivó, estuvo influyente en todo momento la incisiva competencia de China comunista. Moscú tenía imperiosa necesidad de demostrar que el camino pacífico, parlamentario y legal hacia el comunismo no constituía revisionismo, sino al contrario, visión justa, táctica clarividente, orientación operativa en la lucha por la revolución proletaria mundial. Moscú sentía en el flanco clavado el espolón de la urgencia de probar ante el comunismo mundial que el cetro ideológico del marxismo estaba en manos del Kremlin y no en las de la Ciudad Prohibida. Y además, Moscú tenía ante la perspectiva inmediata las elecciones parlamentarias de Francia, el Programa común de

comunistas y socialistas, el Frente Popular francés, el destino del comunismo en Europa occidental.

Por ésto se decretó la marcha hacia la constitución de la Unidad Popular, el hundimiento de la candidatura del radical Baltra como por una trampa de teatro, y la marcha, a tambor batiente sobre el Palacio de La Moneda, "la casa donde tanto se sufre", como dijo Arturo Alessandri.

Como quiera que los ensayos publicados bajo la dirección de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética en la revista "América Latina" de Moscú no han tenido difusión a pesar de su importancia, y son desconocidos no sólo del gran público, sino de los altos círculos políticos, es de sumo interés la reproducción liberal de sus fragmentos más importantes.

La situación revolucionaria

"La lucha por la liberación antimperialista en América Latina forma parte integrante de la revolución proletaria mundial. Está caracterizada por la profundización y la radicalización de los objetivos y de las tareas y por el ingreso más y más activo de muy amplias capas de la población en las filas de los combatientes contra la opresión imperialista y por el progreso social."

"La situación actual confirma lo que se vaticinó en la Conferencia internacional de partidos comunistas y obreros, que se celebró en Moscú en 1969: "Movimientos democráticos antimperialistas militantes, procesos revolucionarios que despejan la vía al socialismo... se desarrollan a través de esta parte del mundo..."

"El proletariado y los Partidos Comunistas y obreros están desempeñando un papel más y más impor-

tante en el movimiento antimperialista de América Latina. La ventaja histórica y la garantía del desarrollo de este movimiento son la existencia de la actividad de la clase obrera. Esta conclusión se halla profundamente justificada por la vida misma."

"Casi todos los países de América Latina tienen hoy día una estructura de clase y una estructura social diferenciada y desarrollada de las relaciones capitalistas relativamente maduras que se ha creado allá y lo que determina la agudeza y las dimensiones de los antagonismos y de los conflictos."

El ensayo "América Latina en el proceso revolucionario mundial" se extiende luego en una descripción del fracaso que han sufrido las reformas intentadas desde arriba y en las serias dificultades que han creado las inversiones de los Estados Unidos. No menciona a la "Alianza Para el Progreso" pero todo indica que hace referencia a su desdichada gestión.

Luego el mencionado ensayo prosigue:

"Los intereses de los monopolios imperialistas están íntimamente vinculados a los intereses de los latifundistas nativos y de la gran burguesía. Es por ésto que la lucha antimperialista se halla tan ligada a la lucha de clases interna, lo que las fuerzas progresistas consideran como el más importante factor de profundización del proceso revolucionario latinoamericano..."

"Por ésto fue justa la apreciación que dejara escrita la Conferencia de los Partidos Comunistas y obreros, que se reuniera en Moscú en 1969, que dice: "La lucha por la soberanía nacional y la independencia económica reales, está vinculada a la lucha de clases aguda contra la explotación capitalista, y ante todo contra los monopolios extranjeros y locales y contra los latifundistas."

"La revolución cubana ha sido un ejemplo resplandeciente. Engendrada por contradicciones internas, ella fue también el resultado de la nueva correlación de fuerzas mundiales y la consecuencia del debilitamiento del imperialismo."

"La lucha contra el latifundismo, cuyos intereses están indisolublemente vinculados a los intereses de la pequeña burguesía y a los intereses extranjeros, se halla ahora dirigida, no solamente contra las supervivencias pre-capitalistas tradicionales, sino contra el capitalismo propiamente tal, contra todo su sistema, comprendida la gran propiedad de la tierra. Esto significa que la lucha de clases en los campos se vincula más y más estrechamente con el desarrollo general del proceso revolucionario en América Latina. La tarea, por tanto, es profundizar la etapa democrática de la revolución para hacerla pasar a la etapa socialista..."

"Rasgo característico de la correlación de fuerzas en América Latina es la actividad política creciente de las capas medias urbanas, ante todo de los intelectuales, estudiantes y profesores progresistas y algunos grupos de funcionarios. Llama poderosamente la atención el crecimiento cuantitativo de estos grupos y la manera en que progresa rápidamente su incorporación a la actividad política y revolucionaria."

"Así, el contingente de estudiantes latinoamericanos ha aumentado fuertemente en los últimos años. De 1930 a 1966 el número de estudiantes ha aumentado de 248 mil a más de 880 mil. La mayor parte de los estudiantes latinoamericanos son salidos de las capas medias urbanas que, explotadas por la oligarquía local y por los monopolios extranjeros, se acercan a la clase obrera, por sus intereses y por su situación, lo que sucede también con las grandes masas de empleados y de burócratas del Estado."

"Representantes cada vez más numerosos de las capas medias de la población, entre los intelectuales progresistas, los estudiantes, los empleados, los maestros y profesores, adoptan las posiciones del marxismo-leninismo, vinculan sus aspiraciones y sus ideales a los del proletariado latinoamericano y a los de su vanguardia política."

Parece que los analistas del Politburó, y de la Academia de Ciencias después, se dejaron deslumbrar y cometieron el grueso error de considerar a estos "intelectuales progresistas, profesores y estudiantes de vanguardia" como "marxistas-leninistas".

Los miembros del Politburó se entusiasmaron con su propio análisis, se indigestaron con su propio chocolate, lo que indujo a los ideólogos del Kremlin y a la Academia de Ciencias de la URSS a convertir la toma del poder por el marxismo en Chile en desdichada aventura blanquista.

Se pasaron los militares

Conforme al análisis de los infalibles, América Latina giraba ya en la órbita de la revolución con una cosmonave "Soyuz". Los obreros, los campesinos, los intelectuales, los estudiantes, las capas medias urbanas, eran ya tributarios del pensamiento del marxismo-leninismo.

Y un segundo análisis comprueba que también dos de las categorías consideradas como las más reaccionarias de América Latina en el texto del "Proyecto de Tesis" de Moscú, de 1930, se han pasado al campo de la revolución proletaria mundial. Estas categorías son los militares y la Iglesia Católica.

En el ensayo en referencia se cita concretamente a tres países cuyas Fuerzas Armadas se han convertido en aliados de Moscú: el Perú, Bolivia y Chile. Tal convicción actuó como factor decisivo en la resolución del Politburó.

"Un aspecto característico de la situación socio-política de América Latina es que, bajo la influencia del movimiento de liberación antimperialista, aparecen visiblemente tendencias progresistas y hasta democráticas revolucionarias en instituciones sociales aparentemente tan inmutables como el Ejército y la Iglesia Católica.

"Son más y más numerosos los militares que toman conciencia del papel poco envidiable que les asignan el Pentágono y los medios dirigentes de los países de América Latina, o sea el de mercenarios que luchan contra su propio pueblo. Este proceso es estimulado por las condiciones favorables que se crean ahora para superar la estructura de casta del Ejército, para hacerle comprender los problemas sociales de la realidad nacional. A ésto contribuye la democratización del cuerpo de oficiales, que se reclutan en su mayor parte en las capas medias laboriosas de la población."

"Un número de militares que no cesa de aumentar, atraviesa una "crisis de conciencia" y comienza a comprender toda la vergüenza de su participación en acciones llamadas "anti-guerrilleras y anti-subversivas", pretexto mediante el cual se reprime a las fuerzas patrióticas y progresistas. La política antimperialista y progresista de los gobiernos militares del Perú y de Bolivia puede servir de ejemplo de los importantísimos cambios que se operan en las filas de las Fuerzas Armadas de América Latina".

Como puede comprobarse, a los miembros del Politburó les sucedió lo que a aquel periodista inglés que

fue comisionado por su diario a trabajar en Francia. Su primer encuentro lo hizo con un profesional pelirrojo, pecosos que, hablaba el inglés como su idioma materno. El periodista hizo un análisis semejante al moscovita y al día siguiente envió su primera crónica: "Estoy en Francia y encuentro que los franceses son pelirrojos, pecosos y que hablan correctamente el inglés..."

Por los generales de la catadura de Velasco Alvarado, los jerarcas del Kremlin concluyeron que "se realizaban importantísimos cambios favorables en las Fuerzas Armadas de América Latina". Ni siquiera alcanzaron a tener la perspicacia de avizorar que la aventura de Juan José Torres en Bolivia era un salto en el vacío y una pirueta sin mañana. Y en cuanto a la posición y a la actitud de las Fuerzas Armadas de Chile, el error fue una verdadera rueda de molino. El ensayo moscovita prosigue:

"El Perú y Bolivia no son los únicos países donde se desarrollan profundos procesos antimperialistas dentro de las Fuerzas Armadas. Las tendencias progresistas dentro de las Fuerzas Armadas chilenas han desempeñado, en estos últimos tiempos, un papel importante en los destinos del país. Se observan también tendencias progresistas en las Fuerzas Armadas de Panamá y en las de otros países. No es una casualidad que, en su informe al Presidente de los Estados Unidos, presentado por el comisionado Nelson Rockefeller después de su jira por América Latina, haya notado con verdadera inquietud que "un nuevo tipo de militar influenciado por el ultranacionalismo extremo" se está creando en esos países".

"Procesos no menos característicos y asimismo profundos se constatan en el seno de la Iglesia Católica, y en el movimiento católico en general. Tendencias de

izquierda se manifiestan en el clero, cuyos representantes son partidarios de la cooperación con todas las fuerzas progresistas en la lucha por las reformas sociales radicales y por la liberación de los países latinoamericanos del yugo del imperialismo".

"Estos procesos toman una importancia tanto más grande que la América Latina es una importante "región católica" del mundo, donde vive el 34 por ciento de los católicos del planeta. La jerarquía de los países de América Latina trata cuidadosamente de guardar el control del proceso de renovación y de no consentir que se sobrepasen los linderos de las reformas liberal-burguesas. Sin embargo, los representantes más radicales de la Iglesia Católica de América Latina intervienen abiertamente contra la Iglesia oficial militando por su renovación radical."

"La ampliación de la lucha por la reforma latinoamericana testimonia la profundización incesante del proceso revolucionario antimperialista en esa parte del mundo, la aparición de posibilidades plenamente favorables a la empresa de descargar golpes más y más sensibles sobre las posiciones del imperialismo yanqui y de sus aliados."

"El hecho de que la vanguardia política de las masas laboriosas, los Partidos Comunistas, desempeñen un papel más y más importante en la lucha por la liberación antimperialista, toma, en estas condiciones, una importancia señaladamente particular."

"Desarrollando la gloriosa tradición de las luchas antimperialistas revolucionarias, los Partidos Comunistas de esa parte del mundo han ampliado sensiblemente sus filas, han reforzado su cohesión bajo los principios del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario."

"Los Partidos Comunistas latinoamericanos atribu-

yen una gran importancia al análisis del proceso revolucionario de liberación. Los últimos documentos programa de los Partidos Comunistas de la Argentina, de Chile, del Uruguay, de Colombia y de otros países, consideran ya la revolución en América Latina como un solo proceso indisoluble que ha creado las condiciones favorables para un paso rápido de la etapa democrática, agraria y antimperialista al plano de las reformas socialistas, sobrepasando el cuadro de la sociedad capitalista. La lucha antimperialista es analizada por todos los Partidos Comunistas, en vinculación con la estrategia y la táctica generales de la lucha revolucionaria, teniendo en cuenta las condiciones nacionales de cada país."

Lo cual significa que los Partidos Comunistas de América Latina contribuyeron, con sus análisis "marxistas-leninistas", a inducir a error al Politburó del sapiente e infalible Partido Comunista de la Unión Soviética. Con esos análisis lo condujeron a repetir en Chile, en 1970, el error del Brasil en 1934.

Fisura en la Iglesia Católica

La misma revista moscovita "América Latina" y siempre en su número 2 del año 1971, publica un artículo dedicado al análisis de lo que acontece en el interior de la Iglesia Católica. Este análisis completó los anteriores y llevó a los ideólogos del Kremlin a decretar la conducción de Chile rumbo al socialismo y al otro lado de la cortina de hierro. Este artículo dice textualmente:

"En la década reciente se han producido cambios considerables dentro del catolicismo latinoamericano."

"Como consecuencia del desarrollo del proceso revolucionario mundial, los "valores" ideológicos, políticos y humanistas de la religión cristiana han sido desmonetizados en amplia medida. Se ha debilitado sensiblemente su influencia sobre los creyentes. La seria agravación de las contradicciones en los países de esta parte del mundo ha contribuido a atraer ampliamente a las grandes masas, aún de creyentes, a la lucha revolucionaria. Dentro del clero se critica cada día con más vigor y en voz alta el conservadorismo de la política oficial de la Iglesia. Desde comienzos del año 60, voces inquietas se elevan en los medios eclesiásticos para denunciar que la Iglesia pierde su autoridad, que ella no toma en cuenta las necesidades ni las esperanzas de sus creyentes. Esto viene obligando a la Iglesia a otorgar un lugar mucho mayor a la política social."

El análisis prosigue llegando a considerar a la Iglesia Católica de América Latina dividida en cuatro corrientes distintas y antagónicas. La Iglesia oficial; la Iglesia conservadora; la tendencia de Helder Cámara, y la Iglesia revolucionaria. Moscú cuenta con estas dos últimas como colaboradoras de la revolución proletaria mundial. Y contó con la última, cuyo mejor representante fue el cura belga Roger Veckemann, para realizar en Chile la revolución marxista. El ensayo dice literalmente:

"La Iglesia oficial, estando obligada por las circunstancias a preocuparse de política social, tiene que prestar atención a las reivindicaciones de reformas democráticas avanzadas que plantean las masas populares. Los dirigentes de la Iglesia y los medios clericales moderadamente reformistas en muchos países de América Latina no consideran posibles sino reformas políticas y económicas burguesas, bastante limi-

tadas. Se trata de la reforma agraria, del desarrollo de la economía y de la cultura, de la democratización de la enseñanza. La discusión no se refiere a ciertos aspectos del sistema capitalista, como por ejemplo el de la propiedad privada. Pero esta posición de la Iglesia, vacilante e inconsecuente, hubiese sido inconcebible hace poco tiempo."

"La Iglesia Católica tiene un punto de vista oficial sobre los medios de reformar la estructura social de los países subdesarrollados y en particular la de los países de América Latina. El está expuesto en la resolución del Concilio Vaticano II "La Iglesia en el mundo moderno", en la encíclica de Paulo VI "Populorum Progressio" y en las resoluciones adoptadas en el segundo congreso general del Consejo del episcopado latinoamericano, en 1968."

"Habiéndose pronunciado por reformas económicas, sociales y políticas que no tocan los fundamentos del sistema capitalista, la Iglesia ha tratado de indicar las grandes líneas de fuerza que permitirían realizar reformas mediante una evolución social pacífica. La encíclica "Populorum Progressio" dice que "el llamamiento para comenzar las reformas urgentes debe dirigirse en particular a quienes por sus funciones, por su formación, por su situación y por el poder que ejercen, tienen mayores posibilidades de actuar."

El análisis se extiende luego en forma crítica sobre las tendencias reformistas de la Iglesia oficial, sobre su inutilidad y sobre la imposibilidad de realizarlas. Afirma que mediante estas tendencias, lo único que la Iglesia busca es mantener su influencia, frenar las manifestaciones militantes de las masas trabajadoras y mantener la lucha dentro de los límites de los sindicatos dóciles.

"La tendencia conservadora del catolicismo latino-

americano representa a esta hora una minoría, pero continúa ejerciendo influencia sobre el plano político. Sus portavoces ocupan puestos sobresalientes en la jerarquía de la Iglesia y en gran número de sus instituciones laicas. Es cierto que la noción misma de conservadorismo ha cambiado, pero ella sólo se contenta con un mínimo de concesiones, dejando intactos, no solamente las tradiciones y el dogma de la Iglesia, sino también los fundamentos del orden social existente."

"La elección entre evolución y revolución no existe para los conservadores. La vía evolutiva del desenvolvimiento es la única aceptable. Algunos de los de esta tendencia afirman que la violencia es un medio de resistencia indigno de un católico. A esta afirmación tratan de darle un fundamento moral cristiano. Es así que el Vice Presidente del Consejo del episcopado latinoamericano, Mac Grath, ha declarado: "La violencia, cualquiera que sea la forma que adopte, niega el espíritu del Evangelio."

"Los adversarios de la revolución se fundan en el axioma de la perennidad del orden social en la legislación de los países capitalistas. Esta línea, rigurosamente ortodoxa, es, por ejemplo, la del jefe de la Iglesia argentina, el cardenal arzobispo Luis Concha Córdoba, la de Monseñor P. Saguda y la del grupo militante de los estados del sur del Brasil, que él dirige; asimismo Monseñor Chávez y González, obispo de Salvador, y varios otros."

"La mayor parte de los conservadores son ideológicamente vinculados a la clase burguesa. Por su situación material, social y política, ellos pertenecen a las clases dirigentes. De allí proviene su viva reacción contra toda manifestación de "libertad de pensamiento" sobre cuestiones como el contenido de las reformas sociales y los medios de realizarlas."

La iglesia revolucionaria

Es evidente que Moscú enjuicia con delicada benevolencia al obispo brasileiro de Olinda y Recife, Helder Cámara. No está de acuerdo con su tendencia de "acción no violenta" ni con sus profesiones de fe gandhista. Pero, en el ensayo publicado en "América Latina" saluda y aprueba una posición que sobrepasa la doctrina oficial de la Iglesia y abre la posibilidad de diálogo y de unidad de acción con los elementos próximos al comunismo. Enfocando la tendencia de Helder Cámara dice:

"Los reformistas católicos de esta tendencia piensan con razón que las clases dominantes no harán por su gusto ningún sacrificio en favor de los pobres. Pero el crecimiento de la acción revolucionaria hace más y más sensible la posibilidad de eliminar a los medios dirigentes por la fuerza. Partiendo de la situación que se ha creado, proponen un programa que prevé la participación organizada de los trabajadores en el movimiento por las reformas sociales".

"La posición del arzobispo brasileiro es la de un político burgués que ve lejos. Se esfuerza por mantener el control sobre las amplias masas de trabajadores. El obispo y sus partidarios razonan de manera realista: "Hay que introducir de urgencia cambios sociales para evitar la revolución violenta". Cámara cree que la única posibilidad de evitar la revolución reside en la intervención de la Iglesia en la lucha por la abolición de la injusticia social, que ya está empeñada fuera de ella."

"Helder Cámara no se aleja de la doctrina oficial de la Iglesia. Pero, objetivamente, sus llamamientos al avance de la conciencia del pueblo y a su unidad organizada —aún si es una acción no violenta— tienen una resonancia tan grande en la sociedad que llegan

a sobrepasar los marcos de la doctrina oficial. "Las ideas del obispo Cámara son atractivas para los simples creyentes, pues llaman a la acción apoyándose sobre argumentos sacados de la doctrina cristiana. Ellas contribuyen en gran medida a unificar las amplias masas interesadas en la abolición de la omnipotencia de los monopolios y en la ejecución de reformas democráticas profundas. Así, él crea la posibilidad del diálogo entre esta tendencia y los partidarios de las acciones más enérgicas y radicales."

La que Moscú califica de "tendencia revolucionaria", en su ensayo publicado en "América Latina", es la que recibe la adhesión y la celebración del Politburó y de la Academia de Ciencias.

"Existen en América Latina núcleos de diferentes organizaciones clericales, junto con los Partidos Demócratas Cristianos, y católicos, que ven en la acción revolucionaria la única posibilidad de resolver radicalmente los problemas de América Latina. Ellos representan la tendencia de extrema izquierda del catolicismo latinoamericano."

"Los unos operan con nociones claras de la necesidad de la lucha violenta. Los otros llegan a hablar de revolución, noción en la que introducen un contenido ideológico y político diferente. En los dos casos se trata de luchar contra el imperialismo y de realizar rápidamente reformas democráticas, no importa por qué medios, inclusive la violencia. Una parte de los representantes de esta tendencia considera la lucha por la democracia como el medio de edificar el socialismo."

"Los partidarios de la lucha violenta buscan un fundamento teórico en las Escrituras, sobre todo en el Antiguo Testamento y en la tradición de la Iglesia. Interpretan frecuentemente ciertas tesis de las encíclicas papales de estos últimos años y los documen-

tos del Concilio Ecuménico en el espíritu de justificación del movimiento revolucionario."

"De aquí hacen desprender la conclusión de que la Iglesia debe reconocer el derecho de la insurrección popular contra la tiranía."

"El sector de católicos que vinculan la lucha contra el imperialismo con la perspectiva de una evolución social, está ya en un elevado nivel teórico y de conciencia. La figura más sobresaliente y entera de esta corriente fue el padre Camilo Torres."

"Desde 1965 Camilo Torres había propuesto un programa radical de reformas democráticas. Declaraba que su programa no podría ser realizado sino después de la toma del poder por el pueblo. La única manera de llegar a tomar el poder era la revolución."

"Ciertamente es que reina gran confusión ideológica entre los católicos partidarios de las acciones rápidas y enérgicas. A veces confunden sus conocimientos fragmentarios de la teoría marxista de la lucha de clases y los argumentos de la doctrina cristiana tradicional. Los izquierdistas del Brasil, por ejemplo, consideran que su país no puede ser salvado sino por "un marxismo que tenga sus raíces en el Evangelio". Este grupo de curas que busca su "propio modelo de socialismo" yerra manifiestamente en medio de las tinieblas.

Hasta aquí el análisis realizado por el Politburó del Partido Comunista de la Unión Soviética, consagrado por la Academia de Ciencias de la URSS y publicado por la revista que dirige el joven Mikoyán. Y es en este análisis donde encontramos el manantial del error que cometió Moscú al lanzar a su quinta columna más numerosa, sumisa y bien organizada de América Latina en la aventura de la toma del poder y de la creación del socialismo en Chile.

Capítulo VII

AVENTURERISMO POLITICO

La aventura blanquista / Personalidad de Allende /
Desprecio de la clase media / La táctica de la aventura.

La aventura blanquista

Moscú y los comunistas de obediencia moscovita han acusado al Ché Guevara —con toda justeza por cierto— de aventurerismo político. Y con análoga calificación han estigmatizado las frustraciones guerrilleras del castrismo y las insurgencias rurales del maoísmo.

Ahora, después de la segunda revolución chilena, la del rescate del país, la acusación se vuelve contra Moscú. Los comunistas de obediencia moscovita y los socialistas, sus aliados, Salvador Allende y la Unidad Popular, se hicieron los héroes de una dramática y enloquecida aventura política. Aventura en la cual no hubo estructura ideológica, ni austeridad doctrinaria, ni concepción estratégica, ni capacidad táctica. Llegó a faltar hasta sentido común. Al analizar su proceso nos encontramos con una vasta y atrevida operación política, en la que, a modo de respunte, pasa la aventura. En el gran trasfondo es el aventurerismo de otro estilo, pero de la misma esencia del que llevara a la muerte al Ché Guevara.

En el desarrollo de su política, la Unidad Popular —pero sobre todo el Partido Comunista— no supieron

tomar como guía de sus acciones las experiencias de la revolución soviética de octubre, ni los avances y repliegues realizados por los bolsheviquis, ni la política desplegada por Lenin en su marcha hacia la toma del poder, entre marzo y octubre de 1917. Menos todavía las tácticas desplegadas con posterioridad a la toma del poder para imponer el socialismo.

La preocupación capital de Lenin, entre abril y septiembre, se concentró en la conquista de la mayoría.

Los "marxistas" chilenos no tuvieron memoria para recordar que en julio Lenin se negó a tomar el poder. Sólo el 31 de agosto el Congreso de los soviets de Petrogrado aprobó por primera vez la moción programática presentada por los bolsheviquis, la que recibió 270 votos en favor, 115 en contra y 51 abstenciones. Entre julio y octubre los comunistas subieron los votos en su favor de 11 a 51 por ciento. Mientras tanto, los socialistas revolucionarios sufrían una grave desertión de sus huestes, pasando de 58 a 14 por ciento. Los mensheviquis descendían del 12 al 4 por ciento y los kadetes del 17 al 15 por ciento.

En las elecciones de Moscú, la guarnición de 17 mil soldados daba una votación de 14 mil en favor de las tesis comunistas.

Los comunistas y socialistas chilenos repitieron reiteradamente la clásica sentencia de Lenin: "La cuestión fundamental de toda revolución es la cuestión del poder". "El problema del poder es el problema capital de toda revolución...". Pero no pusieron la misma atención en recordar y poner en práctica la doctrina enunciada por Lenin a continuación. "Nosotros afirmamos que el poder del Estado es incontestablemente necesario, no sólo para la Rusia actual, sino para todo Estado que intenta dar el paso hacia el socialismo. El poder —el más sólido posible— es sin duda necesari-

rio. Nosotros queremos solamente que tal poder sea puesto completa y exclusivamente en manos de la mayoría de los diputados de los obreros, campesinos y soldados. Para llegar al poder, los obreros conscientes deben conquistar la mayoría. Mientras haya violencia contra las masas, no habrá otro modo de conquistar el poder. Nosotros no somos "blanquistas". No queremos la conquista del poder por parte de la minoría..."

Evidentemente, Lenin no era blanquista. Pero Allende y sus amigos, sí. Decidieron hacerse cargo del poder con una minoría y, con esa minoría, se lanzaron a la aventura de apabullar a la mayoría.

Y es que en Chile se exhibió el fenómeno que es común a la América Latina. En toda la vastedad de este lado del mundo hay centenas de miles de comunistas, pero no hay un solo marxista. Hay repetidores de consignas, hay traductores de discursos, de sentencias y de directivas; hay lectores obnubilados por la oscuridad y el enrevesamiento de "El Capital", pero marxistas, no.

No hay un solo estudio latinoamericano elaborado conforme a la filosofía y a las normas ideológicas del marxismo. No hay un latinoamericano que haya interpretado la realidad de nuestro mundo conforme al espíritu de la doctrina de Marx. No hay acontecimiento, no hay proceso, ni siquiera episodio latinoamericano que hayan sido analizados a la luz de las leyes, de las teorías, de los dogmas del marxismo. Y es que en América Latina se ha tomado por marxismo la servil repetición mecánica de los textos elaborados por Moscú, de la propaganda fabricada para países atrasados.

Uno de los casos que los comunistas reivindican como el más brillante de todos en el campo intelectual marxista, es el de la literatura del escritor peruano José Carlos Mariátegui. Pero, cualquier comunista

medianamente ilustrado sabe bien que el marxismo de Mariátegui rebosa idealismo en la línea y en la interlínea. Todo su materialismo se reduce a la repetición de la palabra, sin el menor enlace con el concepto ni con la esencia.

Para Mariátegui, el fenómeno italiano del fascismo —"la Biología del Fascismo"— fue la creación idealista de Gabriel D'Annunzio y de sus teatrales "fascios di combattimento". Mussolini no fue sino el político que llegó para adaptarse a la literatura d'annunziana y para adaptarla al proceso histórico de Italia.

La "Defensa del Marxismo" es el alegato idealista en el que campean Sigmund Freud y Benedetto Croce. Y la concepción de las comunidades primitivas del incanato como fundamento del socialismo futuro, demuestran que Mariátegui no tenía noticia de la carta que escribiera Carlos Marx a Vera Zazulich sobre el "mir" ruso. Para Mariátegui, el único aporte del negro desde la era colonial fue su sensualismo lujuriente y su indolencia de esclavo. Y los Consejos de Obreros, Campesinos y Soldados —los soviets— son para él algo semejante a los Consejos Municipales.

Por esto es que existe un opúsculo escrito por el profesor rojo Iván Mirochewsky, quien se tomó el trabajo de publicar un despiadado ataque contra la obra de Mariátegui, catalogándola como "el producto literario superficial de una mentalidad pequeño-burguesa". Y es que Mariátegui de marxista no tuvo sino su romántica declaración que le sirvió para epatar a los burgueses peruanos: "soy un marxista convicto y confeso."

Pero Allende, como Altamirano, Corvalán Teitelboim o Neruda, fueron y son más ignorantes en marxismo que el peruano Mariátegui. En 1970, todos ellos hicieron "blanquismo" y no marxismo. Por ésto, desde

sus lejanos orígenes, la revolución marxista chilena nació y se desenvolvió bajo el signo de la aventura.

La personalidad de Allende

Durante treinta años, Salvador Allende persiguió; con tenacidad de obsesido, la idea de alcanzar la Presidencia de la República de Chile. Fueron treinta años de intrigas, de humillaciones y maniobras, de tira y afloja, de éxitos y de fiascos. Fueron treinta años de pelea sin tregua, llenos de virajes bruscos en las ideas, en las posturas, en las posiciones, que no dejaron tiempo para la meditación, para la contemplación, de los problemas, para el examen de las soluciones.

Salvador Allende no fue un marxista, sino un político oportunista, bizantino y vanilocuente, como los que pululan en América Latina en todos los confines de la izquierda. De todo el torrente fluvial de sus discursos, no es posible entresacar ninguna concepción teórica, ninguna orientación filosófica. En todo el farrago de verbalismo superficial, no es posible encontrar una idea original sobre el proceso chileno del que se había vuelto protagonista. Ni siquiera el más devoto de sus partidarios puede citar un pensamiento dotado de agudeza o de profundidad. De él puede repetirse los del Eclesiastés: "vanidad de vanidades y todo vanidad".

La oratoria de Allende corrió permanentemente ebria de retórica, agitándose en una marejada de banalidad, dominada por el deseo —siempre en tensión—, de adular a la muchedumbre y de cortejar los resentimientos, las envidias, las indignaciones epidérmicas, fácilmente irritables, de la masa. Sus discursos

están hechos de aspavientos, de explosiones sentimentales, pletóricas de fanfarronería donde campea la irracionalidad, y de donde la razón parece haber sido enviada a exilio perpetuo. Ni ideólogo, ni hombre de Estado, ni conductor, ni marxista. Político de izquierda latinoamericano, emocional, veleidoso y manipulado por la aventura, Allende no podía ser sino el héroe de una política de aventurerismo.

Allende no fue jamás un marxista, porque siempre fue tan ignorante de marxismo como de liberalismo, ya que jamás cultivó la política —no ya como ciencia— sino como mero conocimiento. Pero, sin ser marxista, fue uno de sus alumnos sobresalientes en el aprendizaje de métodos, procedimientos y maniobras, de sello comunista. Del comunismo tomó sin duda la amoralidad, la inescrupulosidad y el cinismo. En esto sí era leninista, ya que Lenin sentenció: "¡No claméis tanto contra el cinismo! ¡El cinismo está en las cosas, no en las palabras que expresan las cosas!"

Su práctica política de mentir sistemáticamente y de actuar a base de medias verdades fue tomada de legítima fuente leninista. Allende no se proclamó jamás, en público, partidario de la dictadura. Bien al contrario, de modo pertinaz, se declaró siempre demócrata, respetuoso de los derechos de la oposición, y más todavía, de las normas de la Constitución. Aparecía así porque tenía conciencia de que esta postura agradaba al pueblo de Chile. "¡No hay nada que les guste más a los chilenos que las elecciones...!", repetía como media parte de la verdad, dejando en la sombra la otra mitad, o sea que al chileno le agradan el juego limpio, las elecciones sin fraude, los comicios en los que ni votan los muertos, ni el sufragante vota dos veces, que eran los que prefirió Allende para hinchar una popularidad artificial.

Se proclamó demócrata con la mano en el pecho.

pero la ley votada por el Parlamento fijando las áreas económicas, ni fue vetada, ni fue promulgada, ni sometida a plebiscito. Quedó como alimento para los ratones chilenos, hambreados también por el régimen socialista.

Prefirió burlar los acuerdos del Congreso a oponerse a ellos. Al ataque de las disposiciones judiciales prefirió la recomendación a sus autoridades subalternas de no hacer caso ni de los jueces, ni de los magistrados, ni de sus dictámenes o sentencias. Sucedió de tal manera como si en el país no existiesen ni Poder Legislativo ni Poder Judicial.

Pese a su larga vida parlamentaria, Allende no adquirió jamás el sentido del Estado. Como no cultivó jamás la capacidad de calcular friamente y de ser humilde ante la realidad, se transformó en político mediocre. Fue socialista de esa típica estirpe latinoamericana que no sintió jamás por el comunismo la reacción fría y visceral de los socialistas clásicos del estilo de Kautsky, de Otto Bauer, de León Blum. Reacción frente al dogmatismo moscovita, frente a su total ausencia de sentido de la libertad de los demás, frente al maquiavelismo, frente a su carencia de toda moral. Lo que mantuvo siempre frente a los comunistas —hasta el momento de su suicidio— fue una desconfianza medular. Los sabía traicioneros y temía que le hicieran un día lo que le hicieron a Jan Masaryk.

La dirección revolucionaria de una personalidad tan endeble, tan chata y mentalmente indigente, no podía sino transformar el acontecimiento histórico en desdichada aventura. Puede ser que él sólo no tuvo la culpa de esto. Lenin sentencia: "Ninguna clase ha logrado en la historia instaurar su dominio si no ha conmovido a sus propios jefes políticos, a sus repre-

sentativos de vanguardia, capaces de organizar el movimiento y de dirigirlo...".

Ni el socialismo ni el comunismo chileno lograron conmover a Allende como quería Lenin. Por eso, las elecciones de 1970 no tuvieron estrategia sino ambición —ambición ante la cual se rindió Moscú—. No hubo espíritu ni sentido lealmente revolucionarios, sino sólo lucha sin principios por el poder.

Ortega y Gasset realizó un verdadero hallazgo cuando, bajo la influencia filosófica de Hegel, estableció la contradicción que existe entre el Hombre y su Circunstancia. Ambos contrarios se oponen fundiéndose dentro de la unidad inseparable que, a través del proceso, resulta haciendo imperar a uno de los contrarios, hegemonícamente, sobre el otro. O el Hombre domina, comanda y dirige la Circunstancia o, al revés, la Circunstancia domina y devora al Hombre.

El gran hombre, el que pertenece a la familia de los héroes de Carlyle, es el que tiene y demuestra capacidad para no solamente dominar la circunstancia, sino inclusive para crear la que le sea más favorable. El hombre mediocre, el frívolo, el retórico —como Allende— no sólo es incapaz de dominar su circunstancia sino que es inepto para no someterse dócilmente a ella.

Allende aceptó y encontró hecha la circunstancia de la implantación del socialismo en Chile. Lo querían el Partido Socialista y el Partido Comunista; lo quería Moscú y la burocracia dorada de las Naciones Unidas; lo quería Radomiro Tomic. Allende no pudo menos que querer lo mismo. En su empeño por imponerlo, debió emprender la carrera contra el reloj, en enloquecida pelea contra el tiempo. Todo el programa socialista tenía que ser embutido dentro de los

seis años de duración del período de Allende. Esta circunstancia implacable, como un lecho de Procusto, transformó toda su actividad política, todo el juego de factores humanos, todas las perspectivas abiertas ante su gobierno, en un desafío inmisericorde: o él aplastaba a sus opositores despiadadamente hasta el aniquilamiento como paso previo para imponer el socialismo, o el descontento popular, la desesperanza y la desesperación de las masas lo arrojaban del gobierno. De esta manera la función de gobernar se convirtió para Allende en una pelea con su propia sombra.

No podía soportar hasta el final de su período las limitaciones que impone el régimen democrático. Tenía que apresurarse para llenar su propio itinerario: convertirse en líder del tercer mundo; ser consagrado capitoste de la farsa de los países no alineados; llegar a instalarse como dictador de Chile en el estilo de Fidel Castro, de Tito, de Mao Tzé-tung. El gobierno debía cambiar de modo tal sus estructuras que había de quedar transformado en dictadura del proletariado; en régimen del paredón transpasado por la brutalidad del espíritu staliniano.

Fue un error aventurero de Allende haberse propuesto a Fidel Castro como paradigma a imitar. Su pretensión fue convertirse en dictador de Chile, como Castro se había impuesto dictador de Cuba. Ignoraba por cuáles medios, empleando no sabía cuáles artes, marchando por qué caminos, pero su obsesión le hizo repetir en Chile el caso de Castro.

Aquí hubo aventurerismo y hubo, además, grosero mecanicismo. La situación de Cuba bajo Batista no era comparable en nada a la de Chile bajo la Democracia Cristiana. Allende no fue producto de explosión popular cargada de irracionalidad, sino el de la

marcha razonable de un proceso lleno de legalismo que había llegado hasta los "Estatutos".

Los destinos de ambos hombres eran medularmente distintos.

El oscuro y aventurero deseo de imitar a Castro llevó a Allende, en la hora sombría de la desesperación, a recurrir a él como a un maestro en busca de orientación y de consejo. Carente de estrategia, consciente de lo inconsistente de su táctica, perdido en el dédalo de la aventura y transpasado por su vieja desconfianza hacia los comunistas moscovitas, consciente de que el piso se deslizaba bajo sus pies, recurrió a la asesoría de Fidel Castro.

Y Castro, con la visión clara de que socialismo y democracia son irremediablemente incompatibles, de que es imposible imponerle a un pueblo el comunismo sin imponerle previamente una implacable dictadura, envió a Chile a sus dos emisarios más calificados: Carlos Rafael Rodríguez, el ideólogo castrista y Manuel (Barbarroja) Piñeiro, jefe de la policía cubana, forjado en las fraguas de la KGB soviética.

Por ese camino de aventuras, Allende llegó a la desembocadura inevitable del baño de sangre, de la decapitación de las Fuerzas Armadas, de la liquidación física de la oposición. Los cubanos habían llegado a repetirle a Allende en Tomás Moro las frases de Trotzky y de Lenin: "Cuando entre dos campos de la sociedad no puede haber conciliación, el problema se resuelve mediante la guerra civil", escribió concretamente Trotzky, lo cual era ratificado por la sentencia de Lenin: "En la historia no ha habido una sola revolución que se haya desarrollado sin guerra civil".

Y Allende concibió, planificó y organizó la guerra civil, como una aventura más, como otro de los capítulos de su aventurismo político.

Desprecio de la clase media

En el acucioso análisis del Politburó sobre América Latina encontramos un olvido absurdo, una subestimación asombrosa del factor más poderoso, influyente y fuerte de la vida latinoamericana. Ni el Politburó, ni el Partido Comunista de Chile, ni Allende, tomaron en consideración a la clase media como categoría determinante y decisiva en toda la actividad latinoamericana, económica, política y social.

No se puede menospreciar en cualquier análisis, por somero y superficial que pueda ser, sobre América Latina, a la clase media como categoría homogénea, dueña de sus propios valores, con extraordinaria capacidad de influencia mental. La categoría social que marca los ritmos de las marchas del pueblo, la que dirige la evolución del pensamiento, la que tiene capacidad para imponer las grandes decisiones históricas, es la clase media. La que Lenin llamó siempre despectivamente "la pequeña burguesía". Esa pequeña burguesía, dotada de una conciencia lúcida de la realidad, fue la que se alzó masivamente contra la imposición socialista del régimen de Allende.

Allende, victorioso después del voto favorable del Congreso, no fue capaz de meditar que Chile era un país típicamente pequeño-burgués, como decía Lenin, o sea, constituido por una abrumadora mayoría de clase media, engendro legítimo de la democracia chilena.

Lenin ha escrito que "la teoría de la lucha de clases no fue creada por Marx sino por la burguesía antes de Marx". Si la burguesía fue la promotora de tal lucha, pues ello quiere decir que tiene el poder de cancelar esa lucha cuando lo estime conveniente. A lo que luego añade: "El sueño dorado de la pe-

queña burguesía es la desaparición de la lucha de clase entre el proletariado y la burguesía”.

Ese sueño dorado se había convertido en realidad en Chile, de lo que Moscú no se ha dado cuenta. Es un fenómeno concreto, que fluye de la realidad con el vigor de un hecho macizo, que la teoría de la lucha de clases del marxismo, entre la burguesía y el proletariado, estimada como uno de los descubrimientos sociológicos y filosóficos de más honda trascendencia, ha perdido vigencia y validez. Sucede con ella lo que ha acontecido con cada una de las teorías, de las leyes, de las tesis del marxismo...: todas son refutadas por la realidad.

En la sociedad de nuestro tiempo no existe en la realidad ninguna clase de lucha entre burguesía y proletariado. Es evidente que estallan discrepancias, más o menos agudas, entre empresarios y obreros —entre burgueses y proletarios— cada vez que los sindicatos plantean reivindicaciones ante las empresas. Las discrepancias alcanzan los más variados niveles de desacuerdo y hasta de discordia. Obreros y empresarios se lanzan al rostro cifras, cálculos, pérdidas y ganancias, guarismos de productividad y de beneficios. Pero el desenlace de todos los pleitos es siempre el mismo. Sobrevienen el entendimiento, las concesiones mutuas, el acuerdo por un nuevo plazo, durante el cuál cesa la pelea. Se impone la paz entre los litigantes —más que luchadores— reina la armonía y funciona la cooperación en el trabajo.

Los hechos demuestran, una y otra vez, que Marx erró en su pronóstico apocalíptico sobre la lucha de clases, sobre el conflicto de intensidades crecientes entre la burguesía y el proletariado.

Frente a esta realidad que refuta al marxismo, los marxistas acusan al proletariado de aburguesamiento.

de traición a su clase, a la revolución y al proletariado mundial. Y el proletario como individuo sólo piensa en obtener más, siempre un poco más, y en mejorar sus condiciones de existencia. Y en los países desarrollados estima en muchísimo más la adquisición de otro automóvil, la casa propia, la profesión para los hijos, que la emancipación de los trabajadores del mundo y la divisa que se ha vuelto inoperante: "¡Proletarios de todos los países, uníos...!"

Para encubrir el fracaso, para reemplazar los contingentes que estaban predestinados a realizar la lucha de clases, los comunistas han debido recurrir a infiltrar las universidades, los cenáculos intelectuales, las organizaciones magisteriales, los campos profesionales, la mente de personas que jamás han trabajado con sus manos y que, por tanto, no sólo no son proletarios sino que están económicamente al otro lado del proletariado.

Lo que ayuda a la demostración es que los Partidos Comunistas de América Latina no están dirigidos por proletarios. Todos ellos tienen en sus cúpulas la autoridad de pequeño-burgueses resentidos. Allí están visibles y operantes, los casos de personajes como Luis Corvalán Lepe, Orlando Millas, Volodia Teitelboim, Carlos Contreras y compañía.

Lo que Lenin llamó "el sueño dorado de la pequeña-burguesía" se está cumpliendo en el mundo capitalista y también en América Latina, y en Chile particularmente. Por consiguiente, era un error haber pretendido que con un tercio de la ciudadanía a su favor, Unidad Popular iba a instaurar el socialismo en Chile.

Cuando Moscú, la burocracia dorada de las Naciones Unidas y Unidad Popular vieron enfrentarse al marxismo, no solamente a los Nacionales, a los

Radicales democráticos y a los Demócristianos, sino también a los profesionales de la CUPROCH, a los camioneros y a los tenderos, a los mineros del cobre, es decir a la flor de la clase media chilena, un deber primario de sentido común los obligaba a replegarse. No ya un alto sentido de estrategia, un fino cálculo de táctica, sino un burdo instinto de conservación estaba indicando la apremiante necesidad del repliegue. Pero, ni socialistas ni comunistas en Chile parecieron conocer la regla de Lenin: "No se puede triunfar sin conocer la ciencia de la ofensiva y de la retirada".

Frente a los pequeños comerciantes, la actitud del gobierno de Unidad Popular fue violenta, agresiva, sin la menor comprensión de la realidad y de la perspectiva inmediata. Tampoco aquí recurrieron a los textos, ni buscaron refugio en las citas que tanto agradan a los comunistas. De lo contrario, habrían repetido con Lenin: "Es preciso comprender que en el caso del pequeño comercio, no sólo resulta anti-económico nacionalizar, sino que es necesario aceptar incluso determinados sacrificios, con tal de que mejoren su situación, permitiéndoles mantener su propio comercio."

Donde se llega a salir de la esfera del simple sentido común, para invadir los campos de la estulticia, es cuando se asiste a las expediciones punitivas que los guerrilleros del MIR, ante la tolerancia del gobierno y de sus autoridades, desplegaron sobre los campesinos poseedores de tierras. Por las dimensiones de los predios se trataba evidentemente de campesinos medios y hasta de campesinos pobres. Contra ellos fue a descargarse la locura de las bandas armadas que toleró Allende, violando aque'la norma leninista dictada en marzo de 1921 en Rusia: "Es preciso comprender que

no hay nada más estúpido que la idea misma de la violencia ejercida en las relaciones económicas con el campesino medio..." Fue la misma política que en España, en el lado republicano, vo'có al campesinado en favor de Franco.

Este desprecio de la clase media, este desconocimiento de sus potencias vitales, de la magnitud poderosa de sus resistencias y de sus reacciones; esta desestimación de su capacidad como categoría social en América Latina, constituyeron el error que no tuvo redención en Chile. A causa de este desprecio, Unidad Popular y tanto comunistas como socialistas olvidaron el deber urgente que la realidad les planteaba y que consistía en emprender la conquista encarnizada de la mayoría. La ausencia de esta conquista, la falta de esta mayoría, les llevó a transformar su hazaña del 4 de septiembre de 1970 en la aventura "blanquista", aquella en la que "los comuneros de París pretendieron atrapar el cielo con las manos". Ya los comunistas tenían bajo las narices la receta de Lenin, que no quisieron tomar en cuenta: "Quién dice ¡Tomad el poder...! debe saber por poco que medite, que la tentativa de tomar el poder no es más que una aventura de tipo blanquista, mientras no se apoye en la mayoría del pueblo..."

Unidad Popular, con su solo tercio de apoyo popular —y que Allende trató de inflar mediante el empleo de picardías electorales— se lanzó en la empresa de despreciar a la clase media chilena, de imponer el socialismo, lo que constituyó evidentemente, más aún que una desatentada aventura política, un verdadero crimen. Y esta calificación es de sello leninista: "Lanzar sola a la vanguardia a la batalla decisiva, cuando toda la clase, cuando las grandes masas no han adoptado aún una posición de apoyo directo a esa vanguar-

dia, o, al menos, de mentalidad benévola con respecto a ella, de modo que resulten incapaces por completo de apoyar al adversario, sería, no solo una estupidez, sino, además, un crimen."

Según la más austera ortodoxia del leninismo, la aventura marxista de Chile fue blanquismo vulgar, que transpasó los linderos de la criminalidad.

La táctica de la aventura

La táctica que puso en práctica Unidad Popular al asumir el gobierno, no buscó en momento alguno la concordancia dialéctica —tan cara verbalmente a los comunistas— entre los dos polos de una contradicción indisoluble.

A un lado, existía el hecho concreto del rechazo sufrido por Unidad Popular de parte de los dos tercios masivos del electorado chileno. De tres chilenos adultos, dueños de conciencia política, con capacidad de discernimiento y decisión sobre el rumbo general del país, dos fueron adversos al programa, a los planes y al gobierno marxista. Al otro lado, se desplegaba la táctica que pretendía imponer, ora cínica, ora subrepticamente, una política que previamente había sido repudiada por los dos tercios de la ciudadanía.

Un sentido elemental de la realidad y de la medida de las proporciones, obligaba al gobierno a concentrar inteligente y enérgicamente todos sus esfuerzos en la conquista de la mayoría. Ante Unidad Popular el camino hacia esa conquista se ofrecía con definida claridad: el sector más cercano políticamente, el que ofrecía mayores grados de comunidad ideológica, era

el ala de la Democracia Cristiana que seguía al candidato frustrado, Radomiro Tomic.

Es probable que solapadamente, en la penumbra de la trastienda política, se hayan desarrollado negociaciones de la más diversa índole entre ambos campos. Pero es inequívoco que estas gestiones no tuvieron valor operativo de ninguna clase; ellas se perdieron en maniobras intrascendentes que no llegaron a ejercer influencia sobre la masa.

En Rusia —matriz clásica de toda revolución socialista— Lenin se negó a intentar la toma del poder en julio de 1917, a causa de que los bolsheviks no habían logrado conquistar la mayoría. Y más tarde, cuando a pesar de haber ganado ya la mayoría y de haberse instalado en el poder, el comunismo de guerra desquiciaba la economía, cuando el racionamiento de guerra se hizo inevitable, cuando la hambruna comenzó a azotar los campos rusos, Lenin ordenó el gran repliegue de la Nueva Política Económica, que fue la magna rectificación de toda su política socialista. Sobre la economía soviética, en vez del socialismo, aparecieron los "nepman" y los "kulaks".

Nada más parecido a aquella situación que la que Allende y Unidad Popular habían provocado con su táctica aventurera y su política "blanquista". Los comunistas chilenos no tuvieron imaginación para insinuar la rectificación y la aplicación de la NEP leninista.

Lejos de pensar sagazmente en rectificaciones, los comunistas piloteados por Moscú y los socialistas manipulados por la burocracia dorada de las Naciones Unidas se lanzaron en la más estrambótica carrera de competencia en la imposición de medidas socialistas. El nombre que merece aquella carrera y sus diferentes etapas es, por lo menos, suavemente, el de aventura, impulsada por un calificado aventurerismo.

No sólo una simplísima concepción dialéctica, sino un elemental cálculo aritmético, señalaba clamorosamente a los marxistas que su deber de cada día era aplicar una política que, sin satisfacer al tercio de sus seguidores, aplacase el descontento y amenguase la separación respecto de los dos tercios adversarios. Era imperativo suavizar las resistencias, disminuir las tensiones y satisfacer las exigencias de un sector de la Democracia Cristiana, con la finalidad de socavarla y de, por lo menos, neutralizar algunos de sus votos en el Parlamento.

Se hacía imperativo aislar a la derecha, separando a la Democracia Cristiana del bloque de la oposición. Para ésto era obligatorio desarrollar una política que se hubiese colocado nada más que un paso delante del izquierdismo democristiano. Pero bajo el gobierno de Unidad Popular, la sagacidad, la mesura y el realismo estuvieron proscritos. Y sobre esta proscripción se instaló, en gloria y majestad, el más desenfrenado y primitivo espíritu de aventura.

Capítulo VIII

LA BUROCRACIA DORADA

El "apparatchik" de Moscú / La dualidad de Poder /
La práctica burocrática / El blanquismo burocrático.

El "apparatchik" de Moscú

En todos los países en donde Moscú se propone la realización de tareas específicas que superen la mera agitación y propaganda, la organización partidaria y las tareas rutinarias de los Partidos Comunistas, se constituye un equipo director supremo. Un organismo integrado por personas seleccionadas en Moscú, de probada confianza y capacidad, que llegan a instalarse con facultades excepcionales que están por encima de la autoridad de las más altas jerarquías del Partido.

Este organismo ha sido denominado "apparatchik", lo que podría traducirse en "aparato". En efecto, se trata de un aparato que utiliza los Partidos Comunistas, desde el secretariado, el politburó y el comité central, hasta la última célula, como meras "correas de transmisión".

Todo "apparatchik" trabaja en todo momento, íntimamente vinculado y bajo la dirección de los organismos que funcionan en Moscú, encargados del tutelaje de los Partidos Comunistas del mundo occidental. Pero, a pesar de ello, los miembros de todo "apparatchik"

chik", individual y colectivamente, son responsables de los fracasos que puedan ocurrir. Los éxitos siempre corresponderán a la suprema dirección moscovita. El sistema no es muy justo, pero tiene la virtud de resguardar la infalibilidad de Moscú, que es intangible.

La misión que el Komintern envió a Chile en 1935 con la misión de promover la organización del Frente Popular, constituyó un "apparatchik" que trabajó dirigiendo, dictando directivas, aplicando medidas prácticas de toda clase, sin haber incorporado jamás a él un sólo miembro del Partido Comunista de Chile y adoptando resoluciones independientemente del secretariado, del Buró Político y del Comité Central. El "apparatchik" funciona así como un aparato calídicamente totalitario que pulveriza aquel "centralismo democrático" de que hablaba Lenin y del que se jacta hasta ahora el comunismo internacional.

No hay datos que permitan establecer la fecha en que se organizó en Santiago el "apparatchik" que se puso al frente de la revolución, de la toma del gobierno y de la actividad política ejecutora de la implantación del socialismo. Todo indica que fue poco antes de la aparición pública de "Unidad Popular" como alianza electoral y política. Seguramente todos sus integrantes fueron soviéticos que vivieron en Chile disfrutando del fuero diplomático y acreditados como miembros de la Embajada del Kremlin.

Como es de rutina, el fracaso de Chile ha sido cargado sobre las espaldas de los miembros del "apparatchik". La brusca ruptura de relaciones ha tenido, entre otras finalidades, la de hacer regresar a Moscú a los responsables, para someterles a implacables interrogatorios y para hacerles fabricar la corrosiva y "mordente" autocrítica, de la que ha de derivarse su plena culpabilidad, antes del envío a cualquiera de los

campos de concentración denunciados por Zakharov y descritos en las novelas de Solzenitzin.

La cadena de errores cometidos por el "apparatchik" de Santiago tiene su primer y fundamental eslabón en la falsa apreciación que el Politburó del Partido Comunista de la Unión Soviética hiciera de América Latina. Su enjuiciamiento cometió el grueso error de ubicar a las Fuerzas Armadas de Chile al mismo nivel que los infiltrados comandos militares del Perú. Vió proyectarse sobre la Iglesia Católica de Chile la sombra de Helder Cámara o las concepciones del cura Veckemann y del Centro Belarmino. Y menospreció la función que la clase media desempeña como categoría sociológica fundamental en el proceso general de Chile. No se requiere demasiada perspicacia para saber que estos errores no serán ni siquiera insinuados por los responsables del "apparatchik" de Santiago. Su autocrítica se concentrará sobre lo acontecido en Santiago, no en Moscú.

El "apparatchik" soviético de Santiago cometió el error de tolerar, sin réplica adecuada por parte del Partido Comunista de Chile, las acusaciones socialistas, respaldadas por Allende, que motejaron permanentemente las directivas rusas y comunistas de tibias, contemporizadoras con las tendencias burguesas, partidarias de prolongar el proceso de implantación del socialismo más allá del término del período presidencial de Allende.

Otro error capital que será imperdonable, es aquel del que se hizo culpable el "apparatchik" al enfrentar su apaciguamiento y el del Partido Comunista de Chile a la tolerancia y al amparo del Ejecutivo, y de Allende personalmente, de las actividades terroristas del Movimiento de Izquierda Revolucionaria y de su perniciosa rama campesina, el "Movimiento Campesino Revolucionario", que engendró el repudio hacia el go-

bierno en vastos sectores de campesinos indecisos y sin bando político. Es inequívoco que el Partido Comunista apaciguó ante la anarquía izquierdista y se resignó a tolerarla. No tuvo capacidad para plantear ante Allende y ante los socialistas la posibilidad de una ruptura y el retiro del apoyo comunista al gobierno que toleraba tales excesos. Esa debilidad constituyó un error capital.

Un grueso tercer error del "apparatchik" y del Partido Comunista de Chile fue su silencio ante la apremiante necesidad de salir en busca de mayoría. No plantearon la necesidad perentoria de acceder a algunas de las exigencias demócratas cristianas, para separarlos del Partido Nacional, o para dividirlos en "freístas" y "tomicistas" creando el campo de gravitación necesario para atraerlos, si no al lado del gobierno marxista, por lo menos a una zona neutral y pasiva. Si plantearon tal reivindicación ante Allende o ante los socialistas, nunca promovieron la campaña de masas que diese fuerza al reclamo y que hiciese comprender a los socialistas más renuentes la trascendencia que la aplicación de tal táctica tenía.

Por último, como desdichada cúspide de la pirámide de errores, el "apparatchik" y el Partido Comunista aceptaron en los hechos la existencia de una funesta dualidad de poder. Ellos comprobaron que de un lado existía el "apparatchik" soviético, pero del otro, con facultades mayores, con poderes mucho más operativos, con intervención mucho más amplia y más profunda, dentro del aparato del Estado operaba plenamente respaldado por Allende el equipo de "burócratas dorados" de las Naciones Unidas, que imponían su autoridad y sus resoluciones, coincidiesen o no con la línea estratégica y táctica del "apparatchik" y estuviesen o no de acuerdo con la línea programática del Partido Comunista.

Y, a manera de corona de la estulticia blanquista con que actuaron los comunistas, fulge su espeso y empecinado silencio frente a la política de estatizaciones, confiscaciones y expropiaciones de empresas realizadas mediante las "tomas" subrepticamente organizadas por los Ministros de Allende y por orden presidencial. No mostraron ante el país la decisión de plantearle al pueblo la necesidad de aplicar una "Nueva Política Económica" —semejante a la que aplicara Lenin— cuando el espectro de la catástrofe se hizo presente hacia fines de 1972. En vez de una actitud leninista adoptaron la más parecida a una posición liberal manchesteriana: dejaron hacer, dejaron pasar...

Estos errores adquieren mayor gravedad si se considera la categoría que el Partido Comunista había conquistado en Unidad Popular. En el Frente Popular, de 1938 y de 1946, el Partido Comunista opera y figura como aliado de fuerzas mucho más poderosas e influyentes. Las fuerzas mayoritarias estaban constituidas por partidos burgueses, principalmente el entonces poderoso Partido Radical. La debilidad del Partido Comunista se exhibió cuando, al pretender imponer sus concepciones y propósitos al gobierno radical de González Videla, éste tuvo a la mano todos los dispositivos legales para lanzar a su aliado a la proscripción.

Unidad Popular en 1970 fue una coalición más poderosa que las de 1938 y 1946. Y muchísimo más homogénea, a pesar de sus contradicciones intestinas. Y, dentro de ella, el Partido Comunista aparece como el mejor organizado, más férreamente disciplinado. El Partido Socialista ocupaba un segundo puesto, además de que el Partido Comunista dominaba ideológicamente a los grupos menores integrados a Unidad Popular. El Partido Comunista no era un aliado más de esta coa-

lición: era el peso político determinante, la fuerza ideológica dirigente y el orientador principal de la revolución hacia la cual se deslizaba Chile.

Por ésto, la derrota del gobierno marxista en Chile es ante todo una derrota comunista. Derrota campal del comunismo moscovita, en primer término, y derrota del comunismo internacional en América Latina y a través del mundo. Porque la caída de Allende tiene un carácter eminentemente mundial.

La dualidad de poder

La realidad política de nuestro tiempo nos ofrenda un proceso mundial rico en grandes y teatrales contradicciones. Una de ellas ha sido la de comprobar en Chile la desconcertante paradoja de dos equipos que trabajaron para amos enemigos, coincidiendo en las tácticas, en los métodos, en las posturas ideológicas, no obstante la oposición de las estrategias.

Mientras la estrategia de Moscú proponía fabricarse un nuevo satélite de estilo cubano, un foco ubicado en un campo conflictivo, promotor de la revolución mundial, los burócratas dorados de las Naciones Unidas no se interesaban sino por dejar a Chile en "situación pastoral", por destartalar su industria naciente, por sacar a su economía de la posibilidad de presentarse como competidor económico en el mercado mundial. Los primeros buscaban súbditos sometidos como Fidel Castro; los segundos, nada más que eliminar competidores, matando en germen las posibilidades de la competencia prevista por la Futurología.

En España, durante la guerra civil, el Presidente Manuel Azaña no conoció la existencia del "apparat-

chik" que operó como supremo comando de la guerra y de la revolución. El organismo de Moscú se vinculaba al mandatario por medio del cónsul soviético acreditado en Barcelona, el camarada Orlov, miembro del Partido y de la N. K. V. D. Indalecio Prieto no sólo conoció la existencia del "apparatchik" que operaba en el lado republicano, sino a cada uno de sus miembros, aunque con nombres de guerra.

No puede saberse si Allende conocía de manera oficial la existencia del organismo de Moscú. Pero es evidente que tuvo que entenderse con él, no por intermedio de los dirigentes comunistas chilenos, sino directamente. Mucho antes de ser elegido, Allende había expresado su renuencia a reconocer la autoridad del "apparatchik". Desde el comienzo se negó a obedecer sus directivas y a acatar sus sugerencias y orientaciones, creando la consiguiente tensión con Moscú.

Se había llegado al consenso dentro de Unidad Popular de que Allende gobernaría asesorado y bajo el contralor de un colegiado constituido por los dirigentes de los partidos que formaban la Unidad Popular. Pero la labor de este colegiado desembocó en el bizantinismo y disolvió su actividad en discursos fluviales sobre las cuestiones que una política vertiginosa planteaba a cada hora del día. A menudo, cuando terminaba la discusión, el asunto había sido superado por el devenir de los sucesos.

Allende tuvo necesidad de un equipo de su absoluta confianza que asumiese el comando y la dirección efectiva del gobierno y que fuese capaz de afrontar y de proponer soluciones para los problemas que se presentaban cada día. Dominado por la desconfianza que sintió siempre frente a los comunistas, renuente no sólo a obedecer, sino a siquiera escuchar con benevo-

lencia al "apparatchik", Allende organizó su propio equipo de asesores y consejeros, el que trabajó íntimamente vinculado a su persona.

El equipo asesor, consultor y dirigente del compañero Presidente de la República estuvo formado por cuatro categorías de personajes. La primera quedó constituida por un plantel selecto de burócratas dorados de las Naciones Unidas. La segunda, compuesta asimismo por burócratas dorados de la ONU, pero de segunda clase. En tercer lugar, por orden de mención, pero no siempre por la importancia de la función, estuvieron los extrajeros, entre ellos destacados cubanos. Por último, el cuarto equipo estaba constituido por las esposas, hermanas y amigas de los burócratas de las categorías anteriores.

Como supremo comandante del equipo de burócratas dorados actuó Pedro Vuskovic, personaje de primera categoría de la CEPAL —Comisión Económica Para América Latina— que depende del Secretariado de las Naciones Unidas. Vuskovic actuó como el ideólogo más autorizado de todo el equipo y como el hombre más íntimamente vinculado a Allende. Fue Ministro de Economía, Vice-presidente de la Corfo —Corporación de Fomento— y Coordinador con rango ministerial de todo el aparato económico del gobierno. Evidente es que Vuskovic tuvo siempre mayor autoridad, más amplia y decisiva influencia, mayores poderes, que todo el segunda clase. En tercer lugar, por orden de mención, "apparatchik" moscovita. No se entiende por cuáles misteriosas razones el Partido Comunista se resignó al papel de segundón al que fue relegado por la prepotencia de Vuskovic y de sus burócratas.

Allende y el socialismo chileno sorprendieron a toda América al instalar como equipo dirigente de la revolución marxista y de la marcha hacia el socialismo a miembros conspicuos de los organismos burocráticos

que tienen constituidos las Naciones Unidas... La CEPAL, la FAO —organización de las Naciones Unidas para la agricultura y la alimentación; el ILPES —Instituto Latinoamericano de planificación económica y social—; el CIENES —Centro Interamericano de Enseñanza Estadística—; el CELADE —Centro Latinoamericano de Demografía—; la UNICEF, organización que se ocupa de la infancia; la UNESCO —entidad de expertos para la educación—; la UNCTAD —organización de la ONU para el Tercer Mundo—, fueron el vivero de donde salieron los ideólogos, los estrategas y los tácticos del Partido Socialista.

Estas organizaciones internacionales que disponen de una tremenda fuerza financiera, suministraron a Allende los Ministros que ocuparon las carteras decisivas y los funcionarios que coparon el aparato del Estado.

Este equipo ministerial estaba al frente de un plantel de treinta y cinco burócratas dorados de primera categoría, todos ubicados en puestos claves.

En plano de segunda jerarquía operaban sesenta y siete burócratas más, todos salidos del mismo vivero de las Naciones Unidas. Y, por último veintitrés extranjeros, reclutados en los diversos organismos burocráticos que habían llegado a Chile llevados por la resaca de la revolución.

El equipo entero recibía la asesoría del argentino doctor Raúl Prebisch, el gran mezclador de residuos marxistas con teorías económicas de John Maynard Keynes. Prebisch fue el creador de la "Teoría estructuralista de la inflación, desarrollada y adaptada a los países latinoamericanos". La teoría fue aplicada por Arturo Frondizzi en la Argentina, creando la causal de las sucesivas y ruinosas devaluaciones del peso argentino. Joao Goulart fue otro de los pupilos del sabio argentino, el burócrata dorado número uno de las Na-

ciones Unidas. Creó, bajo tan insigne asesoría, una inflación que llegó a cerca del 100 por ciento, cifra que fue largamente superada en Chile por Salvador Allende.

Muchos habíamos denunciado la actividad sospechosa de estos realizadores de la "situación pastoral" de América Latina pagados muníficamente con sueldos, prestaciones y privilegios otorgados por las Naciones Unidas. Las denuncias fueron recibidas siempre con olímpico desprecio por los burócratas y con sonrisas de burla y de escepticismo por parte de los altos funcionarios de la organización mundial. Las acusaciones fueron tachadas de abrevarse en los manantiales de la guerra fría, de estar elucubradas con ánimo anti-comunista y anti-soviético y de ser, por lo tanto, contrarias a los anhelos de paz de la ONU y de sus servidores.

El plantel de burócratas dorados de las Naciones Unidas dispone de un potencial financiero que sobrepasa los cuarenta millones de dólares anuales, los que, cosechados en los países ricos y pobres del orbe, sirven para la realización eficaz de operaciones como la de crear la interesada "situación pastoral" en América Latina.

El proceso de la frustración socialista en Chile ha arrancado la máscara, diplomática y oficinesca, de asesores y de expertos de la burocracia dorada de las Naciones Unidas. Ha dejado ver el inícuo rostro de agentes de los consorcios nacionales norteamericanos, encargados de imponer en América Latina los planes que un día elaboran espías norteamericanos puestos al servicio de la Rusia Soviética.

Hay renuencia en el gran público a aceptar la posibilidad de esta obra de traición al destino de las naciones de América Latina. La influencia de las agencias informativas y el respeto por la categoría diplo-

mática crean la resistencia a la verdadera estimativa de la nociva labor que la burocracia dorada desarrolla, dilapidando en viajes, francachelas y buen pasar, el cuantioso fondo aportado por los países miembros de las Naciones Unidas.

Hoy día es incuestionable que, desde el Secretario General de la ONU hasta las taquímeas del gran palacio, saben lo que los burócratas dorados hicieron en Chile. Conocen sus nombres, cada una de sus actividades y la magnitud del desastre que han causado. Lo que ignoran probablemente es a quiénes han servido con estas obras, aunque saben que ese no ha sido el pueblo chileno.

Desde Pedro Vuskovic hasta Aníbal Pinto, comprendiendo chilenos y extranjeros que acudieron en carámen a implantar el socialismo, todos campean impunes, recibiendo la cuantiosa soldada en monedas fuertes que les permite vivir como triunfantes luchadores contra la pobreza. No ha habido ni habrá sanción, ni cesantía, ni siquiera reprimenda por parte del Secretario General, que hará como si no entendiera el castellano.

Hasta antes de que el proceso histórico chileno los presentase como en una galería, no se podía sino insinuar acusaciones fundamentadas en hechos menores. Ahora, cuando se les atrapa con el cuerpo del delito que es la situación ruinosa de Chile, creada por ellos, hay el derecho de acusarles ante el mundo libre, ante la gente honrada, como los peores agentes del extranjero, encargados de hacer a los pueblos latinoamericanos un mal mayor que el realizado por todos los partidos comunistas juntos.

Este plantel de burócratas dorados constituyó el equipo de poder del gobierno de Allende. Ellos actuaron no solamente como consejeros, asesores y exper-

tos, sino como Ministros, como funcionarios ejecutivos, como gerentes, presidentes y vice-presidentes.

Detentadores de un poder total, los burócratas dorados estuvieron en todo momento en situación de enfrentar al "apparatchik" comunista, de vetar sus resoluciones, de tamizar y diluir sus influencias. Dentro del gobierno se desarrolló una pelea a dentelladas, silenciosa y como la pelea de dos negros en la medianoche en el fondo de un túnel, pero no por ello menos desgarradora y debilitante.

Con este destronque de dualidad de poderes, el gobierno perdía el rumbo, enrevesaba sus caminos, transformaba su estrategia en laberinto y sus directivas en guirigay. Ante cada problema siempre hubo presentes la solución del "apparatchik" soviético de un lado y la de la burocracia dorada, del otro. Esta lucha intestina demoledora se desarrolló en el seno del gobierno a manera de diplomacia secreta, oculta al pueblo, encubierta por la apariencia de la fanfarrona unidad monolítica de las fuerzas revolucionarias que marchaban bajo los pendones de Unidad Popular.

Esta dualidad de poder determinó que el gobierno de Allende desenvolviera su actividad más íntima en permanente crisis.

La práctica burocrática

Como correspondía a su filosofía burocrática, el socialismo para la burocracia dorada se reducía a la estatización munda y lironda. El aniquilamiento de la empresa privada, la asfixia de lo que ellos denominan el Sector Privado, para el crecimiento y la hinchazón del Sector Público. De otro lado, ése era exactamente el encargo que traían.

La estatización amplia e intensa fue la política de Vuskovic, de Matus, de Garretón y de los demás. Fue bajo esta influencia que Allende desplegó su política desatentada de estatizaciones, de expropiaciones y de "tomas".

La resistencia comunista al equipo de asesores constituido por burócratas de las Naciones Unidas fue débil en un comienzo, a causa de que la totalidad de las personas que constituían los diversos escalones de ese equipo habían trabajado a través de largos años en estrecho y amistoso contacto con el Partido Comunista. Ninguno de los funcionarios de la burocracia dorada era comunista, con escasísimas excepciones, y por ello no estaban sometidos a la disciplina partidaria; pero siempre habían constituido el contingente más dócil de compañeros de viaje, de simpatizantes devotos y de tontos útiles, a través de actividades nacionales e internacionales desarrolladas a través de largos años.

Pero, a medida que los problemas se acumulaban ante el gobierno, a medida que Allende imponía sus propias soluciones, la tensión entre el "apparatchik" y la dirección del Partido Comunista frente a la burocracia dorada, se fue intensificando progresionalmente. Muy pronto se hacían presentes con caracteres más o menos agudos, en la política de Unidad Popular, dos direcciones, dos mandos: a un lado Moscú con sus poderes severamente mediatizados; al otro la burocracia dorada de las Naciones Unidas, que llevaba la ventaja de disfrutar de la confianza de Allende y de trabajar en estrecha relación y en permanente contacto con él y con las dependencias presidenciales.

Bien pronto, los comunistas se dieron cuenta de que los antiguos funcionarios colmados de amabilidad y de obsecuencia se habían transformado en genuinos

burócratas frente al público. Autoritarios, tajantes, sin la sonrisa de otros días, sin la genuflexión del buen viejo tiempo, con la sequedad del "vuelva usted mañana".

Del divorcio entre las dos direcciones —una de obediencia moscovita, la otra de obediencia norteamericana— se derivaron espesos sedimentos de anarquía, muy gruesos errores, y discrepancias —que fueron desde la vanidad personal hasta el desacuerdo insuperable— determinantes del desquiciamiento general que sufrieron el gobierno y el país.

Para controlar la política económica del gobierno, el Partido Comunista cometió el error de designar como Ministro de Hacienda a Américo Zorrilla, tipógrafo del diario "El Siglo" y administrador de menor cuantía. Por su formación y hasta por su temperamento, era un personaje totalmente negado para comprender y menos aún para abarcar la magnitud de la empresa que significaba dirigir la economía del país, y menos todavía conducirlo en la tempestuosa etapa de la transición violenta hacia el socialismo.

El desventurado proletario comunista, ubicado solemnemente en el Ministerio más importante del gobierno, en aquella circunstancia, conforme a las normas más ortodoxas de proletarización marxista y de bolshevización del Partido, fue a encumbrarse en la elevada posición para convertirse en ludibrio de sus aliados. Colocar a tal hombre en tal puesto fue parte de la aventura marxista en Chile. Zorrilla ni supo, ni pudo superar su inferioridad congénita, para controlar la política económica que imponían los burócratas dorados de la ONU, quienes —además de hacer ostentación de tener más mundo y más desparpajo que Zorrilla—, ya no estaban actuando como colaboradores y ni siquiera como aliados. Eran duros concurrentes que habían llegado dispuestos a imponerse a los comunistas principalmente.

La tolerancia comunista y el avasallamiento de la burocracia dorada progresaron simultáneamente. En el trasfondo se impuso como necesidad el mantenimiento de la apariencia sobre la esencia en el gobierno. A una mayor profundidad de la divergencia entre ambos poderes internos, correspondió un mayor esfuerzo por aparentar unidad revolucionaria monolítica. ¡Mientras tanto, la procesión iba por dentro!

El blanquismo burocrático

Tratar de imponer un cambio tan drástico y trascendente como el que significaba implantar el socialismo, sin tener el respaldo de la mayoría de la población, constituyó una *a v e n t u r a*, parecida a la que emprendió Louis Blanc en la Comuna de París. Pero, reducir toda la transformación a un estrangulamiento sistemático e implacable de la empresa privada, a una eliminación por decreto de la economía social de mercado, constituyó la mayor empresa burocrática en que jamás se haya embarcado a país alguno. Y ambas operaciones fueron practicadas bajo la iniciativa, el plan y el programa de la burocracia dorada de las Naciones Unidas.

Allende había iniciado su gobierno tranquilizando a la empresa privada y aplicando la táctica frente-populista de las "cuarenta familias". Aseguró que "de las treinta mil industrias existentes en Chile, comprendiendo la producción artesanal, solamente unas ciento cincuenta controlaban monopolícamente todos los mercados, la ayuda del Estado y los créditos bancarios y explotan al resto de los industriales del país..."

Aquí —seguramente bajo la inspiración de los comunistas— Allende ensayaba la táctica dictada por el

comunista húngaro Matías Rakosi y que su autor bautizó con el nombre de "táctica del salame". No morder, no atragantarse, sino comer tajada por tajada.

Los burócratas dorados no eran comunistas y, por tanto, no estaban comprometidos a aceptar la táctica del salame. Su comisión era crear rápidamente "la situación pastoral" de Morgenthau y de Dexter White. Bajo la presión de su equipo, las 45 empresas señaladas por Allende para ser estatizadas se convirtieron en las 91 que Vuskovic hizo "pasar al área social", o sea al poder del gobierno, o en las 225 que ya habían sido intervenidas y estatizadas según la denuncia oficial de la Contraloría General de la República.

Al método de las estatizaciones directas, y a causa de la resistencia planteada en el Parlamento, los burócratas dorados superpusieron los procedimientos mucho más ejecutivos de los "resquicios legales" de cuyo vientre salieron a la acción las "tomas". Mediante este procedimiento, grupos de extremistas o agentes del gobierno realizaban la ocupación del local de una industria, de un taller, de un establecimiento, tomando la empresa y, en los hechos, expropiándola.

En el mes de julio de 1973, el Ministro del Trabajo, el comunista Jorge Godoy, se jactaba de que treinta y cinco mil empresas —incluyendo talleres artesanales— habían sido ya acupados por los trabajadores. Esta declaración ministerial proclama que los comunistas estaban de acuerdo, habían aceptado la táctica aplicada por la burocracia dorada. Eran igualmente partidarios del estatismo a ritmo acelerado y, por consiguiente, partidarios de la ruina económica de Chile.

La estatización había sido convertida en un negocio productivo por la burocracia dorada. La estatización, por ésto, resultó un procedimiento, un método de corrupción en grande y en pequeña escala. Corrupción, a la vez, individual y colectiva.

Las industrias estatizadas, requisadas o expropiadas o simplemente "tomadas", pasaban a ser administradas por dirigentes de los partidos políticos aliados dentro de Unidad Popular. Cada empresa así administrada era saqueada en beneficio del partido que oficiaba de administrador, en primer lugar, y en beneficio de los administradores personalmente, en segundo término. De esta manera, cada partido y cada dirigente se volvían partidarios de la estatización o de la toma.

Al fenómeno administrativo se unía la posibilidad, ampliamente otorgada a los administradores por la burocracia dorada, de vender gran parte o la totalidad de la producción en el mercado negro, obteniendo en este tráfico ganancias fabulosas. Esas ganancias iban a manos del partido en gran parte, y al bolsillo de los administradores en su parte menor.

Esta marejada de corrupción, de enriquecimiento ilícito y de auténtica explotación con el hambre de un pueblo, barrió con los principios estratégicos, con los escrúpulos tácticos, con las normas del marxismo y del leninismo. Sólo esta corrupción explica el pesado silencio que el Partido Comunista guardó frente a los errores, a las tropelías, a las arbitrariedades del gobierno y del Partido Socialista. La burocracia dorada maniató y amordazó al Partido Comunista corrompiendo a sus hombres. En Chile se repitió el caso de España.

Las empresas estatizadas le dieron al gobierno de Allende y a Unidad Popular exactamente los mismos resultados que han dado a través de todos los países del mundo, sin una sola excepción. Es el mismo resultado que han dado en todos y cada uno de los países socialistas, sin que se exceptúe uno solo, y en todos los casos de estatismo en las economías de los países del

orbe entero. Desorganización crónica, enviciamiento burocrático que se traduce en exceso de personal y en aumento innecesario de los costos de producción; despilfarro, irresponsabilidad, anarquía en la producción, menosprecio por el consumidor y enriquecimiento ilícito de los gestores. Tal situación se ha convertido ya en un sistema, que es el que recomiendan a las naciones y gobiernos de América Latina los demócratas e izquierdistas norteamericanos.

El resultado inexorable de tal sistema es la pérdida al final de cada ejercicio; la necesidad de subsidios del Estado para impedir la quiebra, el gravámen sobre los contribuyentes para atender el pago de esos subsidios, o la emisión inorgánica de billetes y el desencadenamiento de la inflación. Luego, las alzas de precios, la pérdida del poder adquisitivo, el deterioro de las condiciones de vida del pueblo, la crisis y el desastre.

Tal fue la receta que trajeron desde Washington los burócratas dorados y desde Moscú los comunistas, que aplicaron en Chile y que hundieron en la ruina a su pueblo.

Capítulo IX

EN EL VORTICE DE LA FRUSTRACION

Bajo destino inexorable / Las desviaciones chilenas /
Los errores capitales / La frustracion mundial / La
doble dualidad de poder

Bajo destino inexorable

La frustración del socialismo en Chile, aún si sus realizadores hubiesen llenado de acierto sus gestiones, era inexorable. En Chile tenía que acontecer forzosamente lo que acontece en la Rusia soviética, en Yugoslavia, en China Popular, en Cuba, en todos los países socialistas, sin una sola excepción.

Después de una rica y variada experiencia, que dura ya más de media centuria, se comprueba inequívocamente que socialismo y miseria son fenómenos indisolubles; que sistema económico socialista y cruel rebajamiento de los niveles de existencia de las masas populares son realidades inseparables, y que la pauperización de los pueblos sigue al socialismo como la sombra al cuerpo. Lo que acontecía y sigue aconteciendo en el mundo, no podía dejar de tener cumplimiento en Chile.

La realidad histórica ha demostrado con reiteración testaruda que, un año sí y otro también, los gobiernos socialistas tienen que salir a realizar adquisiciones masivas de cereales y de toda clase de alimentos a través del mundo capitalista para salvar a sus pueblos

de la hambruna. La crisis agrícola, expresada en baja producción, en mísera productividad, en cosechas desastrosas, es achacada siempre por los socialistas a las condiciones climáticas adversas, como si Rusia y sus satélites no tuviesen dentro de sus territorios todas las variedades de climas del planeta.

Es como si los socialistas reconociesen que la Providencia es enconadamente anti-comunista, ya que les envía constantemente, todos los años, sequías, inundaciones, nevadas prematuras y todo género de plagas, semejantes a las que Jehová lanzara sobre Egipto en los días bíblicos. Y cometiendo la injusticia de preservar de tales desventuras a los países capitalistas...

La verdad científica es que el sistema socialista es el responsable de que se produzca esta paradoja mundial que llega al absurdo. Canadá, un país con menos de veinte millones de habitantes, ubicado en las inmediaciones del Círculo Polar; Argentina, con menos de 25 millones; Australia, con 12 millones, son convertidos en graneros de una nación con 240 millones de habitantes establecidos sobre la superficie más grande del globo.

El pueb'o ruso no puede expresar su protesta sino mediante chistes que circulan de boca en boca y que el "Samizdat" se encarga luego de hacer salir al extranjero. Todos están cargados de un agudo sentido del humor, al propio tiempo que de hondo sentido político.

El día onomástico del Ejército Rojo, el secretario del Partido Comunista, Leonid Brezhnev, se dirige al Mariscal Gretchko y, en arenga solemne, le pide tener listos los cohetes balísticos, las bombas nucleares, los arsenales atómicos con los que el mundo socialista debe aniquilar al mundo capitalista a fin de establecer el socialismo sobre el orbe entero. El ingenio ruso hace responder al mariscal Gretchko con raro pero realista

lenguaje: "Vuestras directivas y las de nuestro glorioso partido serán cumplidas, camarada. Sólo que permítame preguntarle: cuando hayamos destruído al capitalismo... ¿dónde compraríamos el trigo...?"

En el caso concreto de Chile se impone la consideración de dos realidades distintas, aunque no incomunicadas, ni menos separadas. De un lado, el fracaso del intento marxista con el propósito de implantar el régimen socialista en el país. De otro lado, la quiebra y frustración del socialismo, independientemente del éxito o del fracaso que haya sufrido el intento chileno.

La diferencia entre una y otra realidad reside en que mientras la frustración general del socialismo se debe a la estructura y a las fallas del sistema, la frustración del marxismo chileno se debe a los errores específicos cometidos por los dirigentes de Unidad Popular. En Chile hemos asistido así a una doble frustración: a la del marxismo como estrategia y como táctica revolucionarias, y a la del socialismo como sistema económico y como régimen político, incompatibles con la metodología democrática de vida.

Manantial de la gran desviación izquierdista que padeció el marxismo chileno fue la marejada de admiración que se abatió sobre Chile, procediendo de todos los continentes. Realizada la hazaña de llevar al comunismo al poder por las vías del sufragio democrático y de imponer la victoria de una revolución social trascendente, sin violencia y con métodos pacíficos, Chile conquistó una posición de primera categoría en el orbe entero, tanto en el mundo libre como en el campo totalitario.

En el mundo entero fuimos escasamente unos pocos los que consideramos la victoria comunista de Chile como una aventura o como salto en el vacío. La abru-

madora mayoría del consenso mundial estimó el triunfo marxista chileno como un signo de los tiempos, como la flor del brillante proceso democrático de Chile, como la nueva y rica posibilidad que se abría ante la angustia del mundo contemporáneo. Chile emergía, a modo de esperanza aguerrida y valiente, como paradigma que debía ser imitado por las viejas naciones de Europa occidental. Democristianos fanfanistas, socialistas nennianos, comunistas de obediencia moscovita en Italia, orientaron sus actividades políticas hacia el "camino chileno". Y los franceses del ingenuo señor Mitterrand y del siniestro George Marchais tomaron como modelo a Chile en vez de Moscú y fueron guiados por la estrella solitaria de la bandera de Chile.

Salvador Allende salió del oscuro anonimato de candidato en derrota para transformarse —como mágica Cenicienta— en estrella con luz propia, mucho más brillante que Castro, que el "Ché" Guevara y hasta que el propio Leonid Brezhnev. Allende no llegaba por los caminos del caudillismo primitivo y delirante de Cuba, ni por las tortuosas sendas burocráticas del jerarca moscovita. Allende llegaba gloriosamente por la honorable vía democrática. Y por ésto, el vanidoso y frívolo caudillo socialista se sintió obligado, como actor desde un escenario mundial, a satisfacer la curiosidad, la solicitud, la exigencia, el ansia de ver el grandioso desenlace, de aquel único deslumbrador y deslumbrado parterre de espectadores.

Para satisfacerlos pues Allende se sintió obligado a officiar de héroe de tragedia griega y a embarcarse en la vía de lo que creyó el comunismo de guerra de Lenin y que era, en realidad, la del padecimiento de "la enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo".

Las desviaciones chilenas

Los comunistas acostumbran denominar con el término "desviaciones" los caminos políticos errados que desvían al movimiento de la línea justa que éste debe seguir para tener éxito.

Es incuestionable que en el fracaso del marxismo en Chile intervinieron, en primer término, las desviaciones en que incurrió el bloque de partidos de Unidad Popular.

A pesar de lo esquemático que resulta catalogar y clasificar los errores y desviaciones políticos en que incurrió un gobierno zarandeado por la tempestad de contradicciones internas y por la tormenta revolucionaria, el intento clasificatorio presta utilidad para comprender la situación, para establecer sus medidas reales y para ponderar sus proyecciones y sus trascendencias.

El gobierno marxista de Chile padeció, desde el primer momento, una tara "blanquista", gruesa desviación de izquierda, congénita en el Partido Socialista y en el Mapu, y acentuada sobre la totalidad de Unidad Popular, por la presión de la expectación mundial que sufrió Chile. Esta desviación generó el áspero y triturante antagonismo con la aceptación de una posición y de una actitud democráticas, impuestas por las circunstancias específicamente chilenas.

Mientras la desviación imponía un ritmo acelerado con la marcha hacia la izquierda y una reacción en cadena de acciones violentas, la realidad, la posición concreta, los compromisos políticos contraídos, imponían una desviación centrista inevitable, un ritmo acompasado con la realidad y una política de no violencia, compatible con la aceptación de las condiciones democráticas.

Allende y Unidad Popular no solamente superestima-

ron increíblemente los poderes de su situación minoritaria y subestimaron las potencias adversas de la mayoría, sino que olvidaron por completo el sagaz enjuiciamiento de Lenin cuando escribe literalmente en su "Enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo": "La resistencia de la burguesía se ve "decuplicada" por su derrocamiento. Y su potencia reside no sólo en la fuerza del capital internacional, en la fuerza y solidez de los vínculos internacionales de la burguesía, sino además, en la fuerza de la costumbre", en la fuerza de "la pequeña producción". Porque, por desgracia, queda en el mundo mucha, muchísima pequeña producción. Y la "pequeña producción" engendra "capitalismo y burguesía" constantemente, cada día, cada hora, de modo espontáneo y de manera masiva...".

Ningún liberal, ningún economista burgués enunciaron un enjuiciamiento más certero, más justo y más nítido de la realidad económica. La esencia de la producción, la característica sustantiva de toda forma productiva, "es engendrar capitalismo, constantemente, cada día, cada hora, espontáneamente y de manera masiva...". Esta verdad categórica, que mantiene en vilo permanente al socialismo, fue menospreciada hasta el olvido por los marxistas chilenos.

No reconocieron en ningún momento que Unidad Popular, no solamente se hallaba en grave situación de debilidad política frente a sus adversarios —no obstante disponer del poder— sino que afrontaba el fenómeno sociológico, descubierto por Lenin, de "la decuplicación de la resistencia de la burguesía ante su derrocamiento" que en Chile no hizo sino crecer, crecer "cada día y cada hora", hasta traer abajo al régimen marxista.

De esta concepción falsa se derivó el primero y mortal error de los marxistas chilenos: en vez de una

orientación leninista emprendieron la vía del "blanquismo". O sea, la política de fuerza ejercida por el revolucionario francés dirigente de la Comuna de París. Louis Blanc, quien trató de imponer a una mayoría en abierta resistencia las concepciones y los planos de una minoría agresiva dueña del poder. Algo que fue como "la tentativa de atrapar el cielo con las manos", como enjuiciara Carlos Marx la situación. Desde entonces, nada ha sido más contrario al marxismo que el blanquismo, según la ortodoxia comunista.

Cierto es que la circunstancia chilena entregó a los marxistas el poder en situación de minoría. Consintieron en dejarse dominar y luego triturar por la circunstancia, en vez de crear una nueva, emprendiendo la conquista de la mayoría, o por lo menos procurando disminuir la debilidad de su minoría.

La gestión que indicaba la realidad estaba señalada hacia el rumbo de Radomiro Tomic, ya que demandaba escaso esfuerzo y no un empeño estéril, al mismo tiempo que poca imaginación, cotejar y ensamblar los programas de Unidad Popular y de la tendencia democristiana capitaneada por Tomic. Tal orientación política en busca de mayoría, aconsejaba, en vez de llamar al Gabinete el general Prats, incorporar a él a Tomic y a sus democristianos, para poner en actividad un programa común.

A esta orientación se opuso un factor que envolvió como una atmósfera toda la gestión del gobierno de Unidad Popular, y que impidió la enmienda y corrección de todos los errores.

Todo poder socialista tiene que ser, por fuerza, poder integral e implacablemente absoluto. Es el caso universal, y Chile, no por haber ingresado al marxismo por las entradas democráticas, podía liberarse de esta norma inherente al espíritu mismo de la ideología. Y es por ésto que bajo todo régimen socialista tiene cum-

plimiento irrefragable la sentencia de Lord Acton, que se convierte en ley sociológica: "Todo poder corrompe, pero el poder absoluto corrompe absolutamente..."

El poder absoluto como la corrupción son normas inseparables tanto en Rusia, como en Cuba, y en cada uno de los países socialistas sin exceptuar el Chile de Allende. El lujo sibarita encontrado en "Tomás Moro" y en "El Cañaveral" son mediocre pobreza en comparación con las mansiones de Peredelkino, de Unspenskoje, de Vnukowo de "Gorki 10" o de "Gorki 4": poblaciones ubicadas a inmediaciones de Moscú, en medio de bosques encantados y de instalaciones que no poseen los magnates del mundo capitalista.

En Vnukowo viven personajes como Viktor Louis, el periodista privilegiado del régimen. En Peredelkino, las personalidades importantes de la jerarquía del Partido y del Gobierno. En Unspenskoje, en medio de la cuidada arboleda, a orillas del río Moskowa, a unos treinta kilómetros del Kremlin, se alzan las mansiones de los más altos jerarcas soviéticos.

A pocos kilómetros al oeste de Unspenskoje están las poblaciones de "Gorki 10" y de "Gorki 4", donde se alzan las "datchas" —casas de campo— de los funcionarios que no pertenecen al Politburó o al Secretariado del Comité Central. Los dos "Gorki" no solamente están formadas por lujosas mansiones aisladas dentro del bosque, sino también por campos de golf; piscinas; canchas de tenis; campos de deportes; restaurant y cinema privado y almacén especial, donde los socios tienen derecho a llevar a sus hogares toda clase de productos importados: desde modelos de Dior hasta whisky escocés, champaña francés, sedas italianas

Y en este ambiente vive alegremente la juventud dorada, los hijos de papá, la flor y nata del régimen socialista.

Al comenzar a implantar el socialismo en Chile,

Allende se había cuidado ya de iniciar el ambiente sibarita en donde debían vivir los jerarcas del socialismo chileno.

A diferencia de las estatizaciones anteriores que transformaron las empresas privadas en feudos del Estado, las que impusieron los marxistas convirtieron la economía chilena en botín de los partidos que integraban Unidad Popular y que sostenían al gobierno. Cada partido buscó la fuente de su sostenimiento en las industrias y en los talleres estatizados. Mientras mayores ingresos captaban, mayor era su poder político. De allí el empeño desesperado en madrugar a sus concurrentes en las "tomas" y en imponer a sus partidarios como interventores.

Ninguno quería ni plazo ni espera, ya que toda espera podía resultar desastrosa para el interés de cada partido. Esperar equivalía a correr el riesgo de perder su parte en el botín. Y ninguno estaba dispuesto a tal renuncia, lo habría convertido en víctima desplumada por los otros.

El desquiciador y anarquizante mercado negro, tenía asegurado un porvenir sólido y brillante. Su funcionamiento reportaba ganancias crecientes a los partidos y a los miembros del gobierno. Ninguno de ellos tenía interés en reducirlas, sino al contrario, en aumentarlas, a fin de hacer políticamente más poderoso al partido y más próspero a su interventor. El mercado negro se impuso omnipotente porque de él fluía no sólo poder económico sino, además, poder político.

El pillaje económico en Chile es el mismo que funciona en Rusia o en Cuba. Sólo que en Rusia está mejor organizado, se desenvuelve sin anarquía y monopolizado, a causa de que en Rusia no impera sino un solo partido. Y en Cuba el régimen ha impuesto una dictadura drástica e implacable, lo que no acontecía en Chile. La economía chilena se vió acosada por la competencia enconada de los partidos de Unidad Popular.

De otro lado, el pillaje en Chile se desarrolló con más intensidad que en Rusia, a causa de que los mar-

xistas chilenos no llegaron a tener fe en el porvenir ni en la duración del sistema que implantaban. En ningún momento perdieron la conciencia de que estaban viviendo una aventura, como algo episódico, provisional, que no estaba predestinado a durar. Por tanto, sentían como imperativo aprovechar pronto las ventajas, los descuidos, las posiciones de privilegio y de poder.

Mientras en Rusia el socialismo se vuelve para sus administradores y gestores una operación sanguijuela en Chile se convirtió en desembarco pirata. Lo que en Rusia, en Polonia, en Yugoslavia, son operaciones dosificadas, respetuosas de normas, de ritmos y de temores, en Chile se convirtió en pillaje desenfrenado que se desarrolló bajo el signo de lo efímero.

Los marxistas chilenos a diferencia de los demás constructores del socialismo en el mundo, se sintieron advenedizos, sin raíces en el pueblo, predestinados a pasar, a llenar sólo un período con vencimiento no definido pero inexorablemente marcado.

Los errores capitales

Bajo estas condiciones, el proceso económico de Chile se deslizó hacia el vórtice de la frustración. No había lugar para concebir siquiera una N. E. P. leninista.

La implantación de una "Nueva Política Económica" que Lenin utilizó para contener el desastre, se tornó en Chile imposible, porque ello habría significado haber desaparecido el mercado negro, paralizar las acciones punitivas contra industrias, talleres y propiedades campesinas, lo que habría significado la clausura de la fuente de ingreso de los partidos.

La corrupción impidió asimismo que se corrigiese la situación "blanquista" original. Buscar mayoría signi-

ficaba aumentar el número de participantes en el botín, disminuyendo la parte propia. La corrupción impidió asimismo corregir el izquierdismo, ya que mientras más izquierdista fuese la posición asumida frente a los empresarios privados, mayores se hacían las perspectivas de ingresos y ganancias.

Otro de los errores capitales del marxismo chileno consistió en el mantenimiento de la situación conflictiva entre los dos comandos centrales del gobierno. De un lado el comando moscovita, con influencia y poder, a pesar de todo, y el constituido al lado de Allende por la burocracia dorada de las Naciones Unidas, capitaneada en Santiago por Pedro Vuskovic.

Grave error fue asimismo tratar de engañar y de dividir a los militares, llegando a incorporarlos al Gabinete como Ministros. Hombres avezados en el conocimiento del personal, equipos y preparación militar y paramilitar, pronto tuvieron la intuición lúcida de lo que preparaba el régimen marxista. Como quiera que las Fuerzas Armadas chilenas —contrariamente al pensamiento de Moscú— no estaban en el estado de ánimo de las cubanas a la caída de Batista ni tampoco de las peruanas torturadas por su obsesión antiaprista, la maniobra de Allende se convirtió en "boomerang".

Al lado de ésto, Unidad Popular cometió el error capital de consentir la organización de grupos paramilitares por cada uno de los partidos revolucionarios. Se consintió la organización armada del "Movimiento de Izquierda Revolucionaria", así como la de la "Vanguardia Organizada del Pueblo" —VOP—, responsable del asesinato del Ministro del Interior y Vicepresidente de la República, Edmundo Pérez Zujovic; en junio de 1971. Asimismo, se exhibió públicamente el grupo guerrillero Manuel Rodríguez, —MR2—.

Pero, aparte de estos grupos extremistas, cada partido gubernamental organizó sus propias milicias. Los comunistas pusieron en pie de guerra la brigada "Raimona Parra", nombre de una mujer caída en un choque con la policía en 1946. Los socialistas armaron la

"Brigada Elmo Catalán" guerrillero muerto en Bolivia, y a los "Elenos" del "Ejército de Liberación Nacional".

Salvador Allende cometió el error de ponerse a la cabeza de esta subversión organizando su propia milicia —lo que no había hecho jamás ningún Presidente de Chile— la guardia pretoriana del GAP, —"Grupo de Amigos Personales"—, formado por matones miristas y socialistas, ninguno de los cuales utilizaba su nombre verdadero. Hacia 1971, el Chile marxista tenía una docena de formaciones paramilitares. Y hacia 1972 y 1973, funcionaban campos de preparación militar a través de todo el país y grupos de combate en los barrios, denominados "Comandos de Poblaciones", y en los lugares de trabajo, a los que se designó con el nombre de "Cordones Industriales".

Ninguno de estos grupos se entrenaba y hacía sus ejercicios y sus prácticas con fusiles de madera. Cada grupo estaba provisto de armamento moderno suministrado por la Unión Soviética, a través de Cuba o directamente.

Unidad Popular no sólo toleró sino que amparó y ayudó al funcionamiento del MIR, organización guerrillera y terrorista. Los comunistas la toleraron y los socialistas colaboraron permanentemente con ella. Movimiento de franca obediencia castrista, el MIR no ocultó jamás su designio de imponer mediante el empleo creciente de la fuerza, la radicalización del proceso político dirigido por Unidad Popular. Se denominaba "organización político-militar" y utilizaba como grito de guerra: "La revolución está en la boca del fusil". Y toda su actividad política se reducía a las tomas ilegales de propiedades agrícolas mediante el uso de la fuerza y a la acción de los "Comandos Comunales" y de los "Cordones Industriales", donde sólo se ejercía la violencia.

El MIR trataba de aparecer como ajeno a la Unidad Popular, extraño a su disciplina, a su programa y a sus métodos. Pero, en los hechos, el supremo dirigente socialista Carlos Altamirano mantenía excelen-

tes relaciones con los capitostes del MIR, lo mismo que el diputado Garretón, jefe del MAPU o grupo disidente de la Democracia Cristiana. Además, el MIR estaba vinculado al Presidente Allende a través de grupos pretorianos del GAP, dirigidos por Max Marambio, antiguo capitoste de los duros del MIR.

A estos errores, que se hunden en el aventurerismo hasta lindar con la vesanía y en las actitudes demenciales, se unió el complot que Miguel Enríquez, secretario general del MIR, el Senador Carlos Altamirano, secretario general del Partido Socialista y el diputado Oscar Guillermo Garretón, secretario general del MAPU, organizaron en el seno de la Marina de Guerra, constituyendo células de suboficiales y marineros que debían provocar sendas sublevaciones en el crucero "Almirante Latorre" y en el destructor "Blanco Encalada".

El complot de Valparaíso tenía ramificaciones en Talcahuano, donde el número de los complotados llegaba a un centenar. Descubierta la conjura, sus participantes fueron conducidos ante un Tribunal militar. Y Enríquez, Altamirano y Garretón fueron perseguidos, planteándose la cuestión del desafuero de los dos últimos, ya que eran parlamentarios.

La frustración mundial

Esta frustración nacional del marxismo en Chile ha transcurrido bajo el signo de una frustración mundial. La historia de la humanidad pasa, ante nosotros, salpicada de tremendas frustraciones en las que el hombre puso ilusiones, energías, pasiones, heroísmo y voluntad de destino. La guerra de Troya, las Pirámides, las expediciones persas contra Grecia, la invasión de Gengis Kahn, las Cruzadas, el milenio de los chilas, la Armada Invencible. A nuestro siglo le ha co-

responderlo presenciar la mayor y más trascendente de las frustraciones de todo los tiempos: el régimen socialista.

El socialismo ha cesado de ser para siempre la teoría racionalista deslumbradora, la utopía encantada y la magnífica ilusión de visionarios y reformadores del mundo. No es más el sueño milenario que tuvo en vilo el pensamiento de Platón, de San Agustín, de Tomás Moro, de St. Simón, de Owen, de Fourier, de Proudhon, de Bakunin, de Lasalle, de Marx, de Lenin. El socialismo ha perdido para siempre su nimbo mítico, para transformarse en realidad concreta, sometida a la medida vulgar de lo estadístico, posible de ser material para las computadoras y para la Futurología. Ha terminado de ser la esperanza maravillosa, para convertirse en el acontecimiento cotidiano, vapuleado por la noticia, taraceado por la información, encasillado por las realizaciones concretas, los éxitos y los fracasos. Ha cesado del todo y para siempre de ser promesa, para ofrecerse a la humanidad como hecho.

Todo lo que el socialismo es capaz de crear está a la vista. Lo que ha dado al mundo se puede medir, contar y pesar. Es como si al socialismo le hubiese llegado la noche del bíblico festín de Baltasar, la víspera de la ocupación de Babilonia por Ciro. Y como si sobre el muro de la historia, la mano invisible hubiese inscrito las palabras fatídicas: "Mane, Thecel, Phares". "Has sido pesado en la balanza de justicia y hallado injusto. Tus días han sido contados. Tu reino monolítico ha sido dividido..."

El socialismo, dorado sueño de libertad, está convertido en campo de concentración y en régimen de esclavitud. Sus niveles de existencia para los trabajadores son los más bajos de mundo.

El socialismo es hoy la crisis en la agricultura en la industria, en la productividad, en la tecnología. Si el comunismo se abriese amplio a la libertad, si arrepentido de sus crímenes se santificase volviéndose

humildemente democrático, sería imperativo continuar combatiéndolo encarnizadamente, por inepto.

Lo más entrañablemente atado a la salud y a la vida del hombre, la medicina, se arrastra bajo el socialismo en la indigencia. Su química farmacéutica no ha dado al mundo una sola vacuna, un solo específico eficaz. El fecundo plantel de biólogos y médicos rusos ha sido arrasado por el socialismo.

Y estudios austeros, cuidadosos y científicamente elaborados, demuestran que el poder adquisitivo de los salarios actuales de los trabajadores socialistas es inferior a aquel del cuál disponían los obreros bajo el zarismo.

Así se exhibe la frustración resplandeciente del socialismo y de su inferioridad insuperable frente a la economía social de mercado.

La doble dualidad de poder

Bajo el signo de esta frustración universal e inevitable, el marxismo chileno desplegó e impuso la reacción en cadena de sus propios y peculiares errores. Su acción se vió arrastrada por el doble torbellino de la frustración que provenía de su entraña profunda, como erupción avasalladora, y la frustración mundial que se derrama como desborde de pesimismo y decepción y que se vuelve inocultable a pesar de las más febriles y machaconas propagandas.

Bajo la pesadumbre de esta doble frustración, el marxismo chileno se hundió en la debilidad incapaz de soportar la doble dualidad de poder que cayó sobre el régimen: la dualidad entre el poder absoluto de la burocracia dorada de las Naciones Unidas y el del "apparatshik" comunista moscovita; y el de la dualidad entre el poder del gobierno y el poder subversivo y cismático del Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

Esta doble dualidad de poder fue el corrosivo demorador del gobierno de Allende.

La contradicción —por momentos antagónica— entre la burocracia dorada y el "apparatchik" se tornó inconciliable a consecuencia de la frustración mundial. La burocracia dorada, que la conocía amplia y hasta profundamente, la utilizó hasta la trama, como poderoso y válido argumento para objetar, atacar y rechazar las iniciativas soviéticas y comunistas. Alegaban que tal o cuál iniciativa había fracasado en tal lugar, en tal circunstancia, en tal etapa.

En la relación entre el comando socialista y el comunista, renació la posición que un día fuera enunciada solemnemente por Allende en el Senado: "Los socialistas chilenos, que reconocemos ampliamente muchas de las realizaciones alcanzadas en Rusia Soviética, rechazamos su tipo de organización política que la ha llevado a la existencia de un solo partido, el Partido Comunista...". El régimen de partido único fue siempre la pesadilla obsesiva del Partido Socialista.

En cuanto a la dualidad de poder, creada y mantenida activa y enconadamente por el MIR, ella actuó como peligro que se desplegó libre de todo control, totalmente impune y en íntima complicidad con el alto comando del Partido Socialista y con el propio Presidente Allende.

De esta manera, el MIR tuvo poderes suficientes para operar como grupo de presión que obligaba al gobierno a marchar hacia la izquierda, más y más, lo que conducía a las fuerzas opositoras a la desesperación, ya que el miedo no presta ningún servicio ni sirve para la conservación de nada.

La violencia del MIR hizo que se cumpliera en Chile la sentencia de Marx: "el partido de la revolución engendra el partido de la reacción", lo cual era factible porque el gobierno marxista estaba obligado a tolerar formas, situaciones, instituciones y procedimientos democráticos. El MIR adelantó el reloj y desgarró

anticipadamente las hojas del calendario. Quiso quemar etapas y quemó el proceso revolucionario.

Bajo esta doble y enérgica presión, Salvador Allende se vio obligado a recoger y engrandecer la herencia antimperialista que le habían dejado los demócratas. Se sintió obligado a pasar de la "chilenización" del cobre a la expropiación. Allende habría perdido la cara si hubiese permanecido dentro de las fronteras de la "chilenización".

Lo que lleva a pasar del asombro a la estupefacción es que mientras el gobierno marxista de Unidad Popular expropiaba a las empresas norteamericanas, las echaba del país y las acusaba de crueles explotadoras, la Rusia Soviética invitaba a esas corporaciones transnacionales norteamericanas a ir a Rusia a invertir, a explotar riquezas y, naturalmente, a obtener ganancias y no a realizar obras de beneficencia.

Mientras Allende expulsaba a puntapiés a los capitalistas norteamericanos, calificándolos de estafadores y tramposos, Brezhnev los recibía con ambos brazos cordialmente abiertos, bebía Pepsicola y les ofrecía vodka de la calidad que escanciaba el patrón.

Aquí volvemos a constatar la quiebra fraudulenta del marxismo. Mientras el Kremlin recetaba a Chile antimperialismo acerbo, practicaba en Moscú pro-imperialismo declarado, proclamando oficialmente que Wall Street era la verdadera potencia amiga de la Patria Socialista.

La diferencia esencial residía en que mientras el Kremlin desarrolla una política concorde con los intereses de Rusia, Allende y los comunistas desplegaban otra que servía a intereses extranjeros.

Capítulo X

EL DRAMA DE LA RESISTENCIA

Presencia de la derecha / No fue empresa de políticos
/ El empresario combatiente / Profesionales y camio-
neros / Organización de la resistencia / La estrategia
del rescate.

Presencia de la derecha

El pueblo chileno, acorralado por una situación que había resultado sin salida a los países que han caído bajo la yugulación comunista, reivindicó —ante la admiración asombrada del mundo libre— la más alta de las virtudes humanas: el valor.

Lo que el pueblo chileno exhibió al promover, organizar y mantener su enconada resistencia al totalitarismo y en defensa de la libertad, fue una abnegada voluntad de destino, una tensa vocación heroica, dotada de infinita capacidad de absorber sacrificio. Todo el sacrificio que demanda al hombre la gloria maravillosa de ser libre.

Cuando todo pareció naufragar a Chile ante la marejada totalitaria, surgió del fondo del desastre, insurmergible y resuelta, la voluntad de vencer y de restaurar en la tierra de Portales la vigencia del régimen democrático de vida.

Gracias a la voluntad y al valor que puso en la resistencia el pueblo chileno, fue posible que la Democracia Cristiana abandonase sus prejuicios en relación con la derecha representada por el Partido Nacional. Sólo mediante la alianza de ambas fuerzas era

factible ofrecer al mundo y, en primer término, a Chile, la certeza de la presencia de una oposición parlamentaria democrática, digna y jurídicamente legal. Sólo mediante esta alianza era factible alzar el dique para impedir que la izquierda democristiana se deslizase hasta otorgar apoyo al régimen marxista.

La coalición de ambos partidos creó la valla que detuvo la ola de barbarie política que amenazó englutir a Chile. Fue táctica sagaz, la que impuso entre ambos partidos la idea de unirse en torno a lo único quizás que podía juntarlos: la defensa de la libertad. Fue esta unión la que impidió que en Chile naufragara lo último que le queda al hombre en medio de la totalidad de la desgracia: la esperanza. Gracias a la unión del Partido Nacional y la Democracia Cristiana fue posible que el pueblo mantuviese encendida la esperanza y decidida su resolución de insurgir por el rescate de Chile.

El mundo libre está obligado a agradecer a la derecha de Chile la calidad ejemplar de su lucha contra el marxismo triunfante. Ante todo, su clara y estoica serenidad. Serenidad frente a la avalancha cargada de agresividad y de esa "insolencia del mando" que dijera Shakespeare; serenidad ante las provocaciones; serenidad ante los virajes y las maniobras de sus aliados; serenidad estoica frente al porvenir.

El Partido Nacional no se dejó tentar, a través de la prolongada lucha, por ninguna suerte de aventuras estilo Kornilov, ni por inclinaciones a la capitulación y al entreguismo frente a maniobras kerenskistas. Ante la avalancha marxista, la derecha de Chile recobró su vieja combatividad política, su amplia visión de la perspectiva, su conciencia responsable de la dirección suprema de la lucha por el rescate de Chile. Se instaló de nuevo en la historia chilena, calzando las botas de clase dirigente, erguida bajo la inmensa pesadumbre de la misión frente a su pueblo y frente al mundo libre. Actuó liberada de las asesorías de sus padres espirituales y de los apaciguamientos caros a sus con-

fesores. La derecha de Chile, frente a Allende, volvió a ser ella misma.

La austera serenidad derechista fue uno de los factores principales que asfixiaron el incendio de una guerra civil en Chile. El Partido Nacional no se dejó inducir a replicar con violencia las violentas provocaciones comunistas. Arrastrado al pie del muro, supo mantener la dignidad de quien está dispuesto a aventurar la vida por la libertad. Y, más allá de todos los avatares, impuso el talento de mantener acerados e irrompibles los vínculos con las masas populares, con las que le habían seguido tradicionalmente y también con las que regresaban, decepcionadas y desesperadas, de la enloquecida aventura izquierdista, de la quemante frustración del socialismo.

La derecha de Chile no solamente se redimió de su complejo de culpa, sino que se irguió ante todos los combatientes del mundo libre como un paradigma, como un abanderado, como la antología de las más brillantes lecciones que el hombre debe aprender para luchar con eficacia por la libertad.

En la época que se inaugura, y que es indudablemente la del descenso del comunismo por debajo del horizonte, la derecha chilena ha conquistado un puesto de vanguardia en la gran epopeya de derrotarlo. Le ha infligido evidentemente una derrota campal. Y además, en el seno mismo de la trascendencia histórica, una derrota de carácter mundial.

Todas las derechas del mundo libre, que viven acosadas por el comunismo, que despliegan sus actividades sometidas al chantaje cotidiano impuesto por comunistas y progresistas; que se doblegan ante esos chantajes y que rehuyen la lucha frontal por miedo a aparecer reaccionarias, por temor a ser señaladas como defensoras de intereses privados, tienen en la derecha de Chile un ejemplo soberbio que imitar.

La derecha de Chile vivió también sometida a esos chantajes; se dejó infiltrar en 1964 por el complejo de culpa fabricado para debilitar el espíritu de combate

del mundo libre; hizo concesiones en espera, más que de capitalizar ventajas, de disminuir las magnitudes del desastre. Y por último se vió atacada en la última trinchera, sin posibilidad de repliegue. Es decir, que la derecha de Chile se encontró en la misma situación en que otras que están a esta hora rehuyendo el combate en el mundo libre, van a encontrarse mañana o pasado mañana.

La forma en que actuó la derecha de Chile defendiendo no sus intereses sino el porvenir, la supervivencia misma del pueblo chileno y del mundo libre, constituye un ejemplo práctico que todo hombre, toda mujer que aman la libertad, que están animados por la resolución de impedir que ella perezca sobre la Tierra, tiene el deber de imitar.

Al amparo de la alianza política entre el Partido Nacional y la Democracia Cristiana se hizo posible que las fuerzas populares, resistentes tardíamente a las imposiciones del marxismo, pudiesen organizarse, expresarse, movilizarse, sacar a las calles sus caceras vacías para hacerlas resonar sobre el mundo como campanadas de libertad, desplegando una estrategia y una táctica victoriosas. Sin el broquel parlamentario, es probable que la lucha popular que derrocó al marxismo se hubiese tornado imposible.

A la sombra y bajo el ala protectora de esta alianza política, los empresarios privados de las más variadas categorías, desde los muy ricos hasta los muy pobres, pero empresarios, se convirtieron en la división blindada de la lucha contra la dictadura marxista. Fueron esos empresarios privados auténticos luchadores de la resistencia, se integraron en la organización admirablemente disciplinada del pueblo chileno; fueron ellos la vanguardia en la lucha y en la victoria. Los empresarios del mundo libre, tanto los enérgicos como la enorme mayoría de tímidos, tienen en los chilenos un paladín a quien seguir. Los de América Latina especialmente —acobardados, indecisos, con la esperanza quebrada y la pusilanimidad a flor de piel— tienen

que encontrar en los empresarios chilenos el ejemplo estratégico y táctico que desarrollar.

Los izquierdistas del mundo entero, los curas tercermundistas, los comunistas en primer término, se han empeñado ardorosamente en atribuir la caída del gobierno de Allende y el derrocamiento del régimen marxista a la acción de un golpe militar. Hay un empeño, verdaderamente rabioso, que va desde las páginas de "Pravda" hasta el editorial de "The New York Times" y el letrero comunista de la aldea andina, que pretenden reducir la trascendencia y las magnitudes de la revolución chilena del 11 de septiembre —de la contrarrevolución si así se prefiere— a los mezquinos linderos de un clásico golpe de cuartel latinoamericano.

Pero la derrota del marxismo en Chile está muy lejos de ser un episodio militar. No es, en forma alguna, la acción realizada por el "soldado afortunado" que dijera Bolívar. Más aún: no fue iniciativa de generales. Fue la revolución trascendente, de proyecciones mundiales, que el pueblo chileno realizó empeñando lo más noble, lo más heroico que tenía, en la acción que le condujo a la victoria, es decir a la reconquista de la libertad, al rescate del dominio comunista. Fue una revolución que anuló al totalitarismo que avanzaba, sintiéndose invencible, sobre las desgarnecidas regiones de América Latina, puestas en disponibilidad. Es la revolución que surgió infligiendo severa derrota al proceso triunfalista de la revolución proletaria mundial. Es la acción de un pueblo que ha quebrado con sus brazos las tácticas comunistas —soviéticas, castristas y pekinésas— a través del mundo entero.

No fue sólo empresa de políticos

Fenómeno de importancia excepcional y señalada es que la gigantesca acción política que dirigió la re-

sistencia y promovió la realización del rescate de Chile, no fue sólo obra de políticos.

La oposición parlamentaria —el principal y decisivo factor político de Chile en esos momentos— no asumió la función de líder director del derrocamiento del marxismo. No ha sido en el Parlamento donde se elaboró la estrategia, ni desde donde se planificaron las tácticas adecuadas para contener la avalancha totalitaria sobre el país. El rescate —cual signo augural de nuestros tiempos— no fue sólo obra de políticos: fue plan, concepción y realización del Partido Nacional y de técnicos, de expertos, de gremios y de dirigentes gremiales, de organizaciones de masas.

El derrocamiento del marxismo en Chile fue la auténtica obra de la clase media, de la pequeña burguesía, puesta a la cabeza de las grandes masas populares.

La prueba de este enjuiciamiento la encontramos en el singular y magnífico mensaje que el Senador Sergio Onofre Jarpa, Presidente del Partido Nacional, transmitió al pueblo chileno el 7 de septiembre —cuatro días antes del derrumbamiento marxista— a través de una cadena de radiodifusoras. El espíritu y la letra de este mensaje aparece ostensiblemente convalidado por la Democracia Cristiana, ya que el órgano oficial de este partido publicó el texto íntegro del mensaje el 10 de septiembre, víspera del derrocamiento del marxismo en Chile.

Sergio Onofre Jarpa, hablando como Senador de la República y como presidente del Partido Nacional, proclamó:

"La incapacidad de la oposición democrática para impedir a través de la mayoría parlamentaria que la minoría marxista imponga su propósito por el atropello o el temor, lleva a sectores importantes de la ciudadanía a dudar de la eficacia del régimen democrático, representado por los partidos políticos y por el Congreso."

Un día no demasiado lejano, cuando la actual crisis amaine, se hará imperativo analizar las causas de

la "incapacidad de la oposición democrática" que denuncia aquí el dirigente de la derecha. Y revelar así mismo cuáles fueron las entidades políticas o los parlamentarios que impusieron el inmovilismo con su negativa, la misma que también denuncia Sergio Onofre Jarpa, aseverando: "Quienes se niegan todavía a iniciar una acción parlamentaria para restablecer la normalidad del sistema, parecen no comprender que es precisamente la inercia y el abandono de su responsabilidad lo que puede originar el desprestigio definitivo del Congreso y de sus miembros."

"Es decir que hubo posibilidad de "restablecer la normalidad del sistema por medio de la acción parlamentaria" y que hubo en el seno del Congreso y del sector de la oposición quienes se negaron a iniciar esa acción. Son estas actitudes las que justifican a través de la historia la colocación del letrero "Se Alquila" sobre la puerta de los locales del Parlamento.

El mensaje derechista prosigue: "La indecisión de la mayoría parlamentaria provoca la mayor confusión y desánimo y, a falta de conducción política de esa mayoría, han tenido que ser partidos aislados o determinados gremios los que organicen y orienten la resistencia al comunismo. Los nacionales hemos apoyado siempre, con la mayor decisión y claridad, los movimientos gremiales destinados a defender sus derechos, sus medios de vida y su libertad de trabajo. En la misma actitud han estado otros sectores de la oposición. Pero, no basta...

"Es el Congreso Nacional, como poder del Estado, el que debe señalar el camino, y son los parlamentarios quienes tienen que dar el ejemplo con actitudes y medidas eficaces, que guarden relación con las declaraciones y los discursos que con tan buenas intenciones se pronuncian en toda oportunidad. Es el Congreso en representación del pueblo el que debe juzgar la conducta del Presidente de la República".

De esta crítica fluyen claridad, serenidad y criterio estrictamente constitucional. Y ella demuestra que el

rescate de la nación no fue sólo empresa de políticos. Lo ratifica asimismo el mensaje del Senador Sergio Onofre Jarpa, cuando afirma: "En casi tres años de gobierno, el comunismo no ha logrado doblegar el espíritu de lucha ni la voluntad de los chilenos. Miles y miles de ciudadanos que votaron por Allende, comprenden hoy su equivocación y se suman a la causa democrática. Millones de chilenos que ignoraban en la práctica sus responsabilidades cívicas, hoy se comprometen fervorosamente con la Patria."

"La juventud, hasta hace poco cegada por la demagogia y envenenada por la prédica politiquera, siente ahora repugnancia contra los ídolos y los mitos causantes de la decadencia de Chile. Esa juventud lucha hoy con valor para construir un futuro, para crear una nueva sociedad, basada en la voluntad y el esfuerzo de cada cual, en la rectitud de proceder, en la solidaridad social y en la responsabilidad personal. Son vidas jóvenes que se ofrecen sin temores ni reservas para luchar contra los que destruyen la Patria, para reconstruirla y levantarla."

He aquí la brillante síntesis de un programa capaz de sacar a Chile de su postración y de elevarlo a la grandeza.

Y he aquí asimismo, nítidamente trazado, el verdadero panorama de la situación sociológica y política de Chile la víspera de la caída del régimen marxista. Aquí están señaladas con admirable acierto la raíz y el manantial de la insurgencia, la sede de la vasta conjura, que no tiene ningún parentesco con la de Catilina... "Asimismo, en la base popular, en los sectores gremiales y entre los pobladores, ya se ha iniciado espontáneamente un movimiento de protesta y repudio al marxismo. Un repudio que no habrá de cesar hasta obtener un nuevo gobierno que restablezca los valores esenciales de la nacionalidad y los derechos de todos los chilenos..."

No cejó en efecto. Los valores esenciales del Chile eterno están restablecidos, lo mismo que los derechos

de todos los chilenos. Y ésto, gracias a que "El Partido Nacional, hoy como siempre, está a la vanguardia. Confía en que en las filas democráticas no habrá deserciones, y que ningún jefe de las Fuerzas Armadas se prestará para apoyar al comunismo, en un momento en que Chile inicia la lucha por su liberación definitiva."

"De esta situación vamos a salir."

"A cualquier precio y por cualquier medio, pondremos atajo a los que se obstinan en destruir a Chile."

Hoy, todo está consumado, y el trazo de la concepción estratégica ha sido llevado a la acción y magníficamente cumplido.

Este mensaje histórico denuncia la profunda crisis política en la que se está debatiendo Chile. La posición indecisa, apaciguadora y claudicante del Parlamento no sólo le impidió asumir el papel de conductor estratégico en la lucha por la liberación de Chile, sino que llegó a ponerla en peligro. Las ideas, las posiciones de ese Parlamento no han caído con Allende: permanecen encarnadas en la vida chilena de nuestros días, posteriores a la gloria del rescate.

Y así, Chile fue el pueblo que tomó su propia defensa en las manos, hecho que no quiere ser tomado en cuenta —por indigencia mental y moral— por demócratas norteamericanos del tipo Kennedy y por socialdemócratas europeos, estilo Olaf Palme, y por todos los que alzan el grito herido, oficiando de dolientes del duelo plañidero y haciendo coro a la histérica protesta comunista.

El empresario combatiente

La crisis denunciada por el dirigente de los nacionales obligó a los gremios, a las organizaciones civiles, a las entidades privadas, a organizar un comando estratégico y táctico.

Al movimiento de resistencia fueron atraídos, organizados y disciplinados, millones de chilenos de todas las categorías sociales, de todas las tiendas políticas. Por ésto, la victoria es genuina victoria popular. Masas que triunfaron porque fueron mayoría, porque forjaron mejor disciplina, porque tuvieron mejores jefes y fueron más acertadamente conducidas que las masas marxistas. No fue, en primer término, victoria militar. Fue victoria popular, ampliamente democrática, ya que estuvo consagrada por la voluntad de la mayoría. Fue victoria de estrategia y de táctica de masas civiles, impuesta y alcanzada por los más capaces.

El anti-marxismo no existió en Chile, ni aún en los días de más dura represión contra el comunismo. Su nacimiento y aparición ha sido engendro e incubación de la política de Unidad Popular. Los errores, los fracasos, las frustraciones, las agresiones del gobierno marxista influyeron poderosa y dinámicamente sobre la organización y la movilización de la resistencia.

Y en esta obra cumplieron un rol fundamental los empresarios privados. Fueron los empresarios privados quienes se vieron obligados a abandonar sus posiciones meramente gerenciales, sociales, administrativas, para transformarse en combatientes de primera línea, en constructores de trincheras que debían sostener la lucha de los demás sectores de la sociedad chilena.

Las esposas, las hijas, las hermanas, las madres de los empresarios privados participaron en las históricas marchas de las ollas vacías y de la cacerolas estridentes por las calles de Santiago. Ellas conformaron la vanguardia de las primeras batallas por la reconquista de la libertad, en defensa de los derechos humanos, de los intereses populares y del pan de las masas laboriosas.

Los empresarios chilenos eran psicológicamente parecidos a los de América Latina. Apolíticos, mesura-

dos, adversarios de promover disensiones con los gobiernos, o con su burocracia, asequibles a las presiones y débiles ante los chantajes comunistas. Muchos de ellos —como acontece en todos los países de América Latina— sostuvieron financieramente la prensa adversaria, con abundante publicidad, y no fueron escasos los que prestaron apoyo económico, no solamente a la Democracia Cristiana, sino al propio Partido Comunista de obediencia moscovita y al Partido Socialista de orientación castrista.

La presencia activa y operante del marxismo dio término a la farsa. El comunismo se arrancó la máscara y presentó su verdadero rostro. Llegó la hora de la verdad y hubo que poner las cartas boca arriba. Del gobierno marxista, la empresa privada no podía esperar sino el estrangulamiento y la destrucción. Todos los muros de apaciguamiento levantados a tan elevado costo y con tan larga paciencia, se derrumbaron. Y al frente no quedó sino el campo de batalla y la disyuntiva de luchar o perecer.

Aquí hace su aparición el empresario auténtico defensor de la libre iniciativa, de la libertad individual, del patrimonio nacional. La nueva actitud es descrita con trazos dramáticos por el Presidente de la "Sociedad de Fomento Fabril" de Chile, Orlando Sáenz, en su discurso ante la junta general ordinaria de socios, celebrada el 28 de marzo de 1973, cinco meses antes del estallido del levantamiento que abatió la dominación marxista.

En aquella reunión, Orlando Sáenz proclamó "La industria privada se ha convertido en el blanco predilecto de los afanes totalitarios del gobierno... Por ello, nuestra institución ha debido ocupar un lugar destacado en la primera línea de fuego. Por ello hemos recibido enconados ataques y toda clase de acciones represivas, muy propias de la naturaleza del régimen que afrontamos. Las represalias contra las empresas o actividades particulares de nuestros dirigentes y

ejecutivos han sido metódicas y frecuentes. Es para mí un deber hacer resaltar en esta ocasión el extraordinario valor y la excepcional entereza de todos los que me han acompañado a través de estos meses. Cada embate los ha visto emerger más decididos y animosos que nunca".

Es la "excepcional entereza" y la capacidad de "emerger más decididos y animosos que nunca" que señala Orlando Sáenz, la que tienen que aprender a desplegar, cada vez más enérgicamente, los empresarios de todas las naciones de América Latina, contra las invasiones prepotentes del estatismo, contra las maniobras de políticos izquierdistas, contra las presiones de burocracias ineficientes, voraces e insaciables.

Profesionistas y camioneros

Los empresarios privados se unieron a los pequeños y medianos industriales, artesanos, comerciantes, ofreciéndoles ayuda y defensa frente a los desmanes del marxismo.

A través de esta defensa cristalizó la acción, se puso fin a las disensiones y a las diferencias por intereses pequeños. Fue esta vasta unificación empresarial, la defensa aguerrida de los más débiles, lo que construyó una fuerza determinante en la caída del marxismo y el rescate de Chile.

Todo propietario de algo fue agremiado y defendido al mismo tiempo que incitado a unirse a los comerciantes, a los profesionales, a los camioneros, a los dueños de toda clase de vehículos.

Otro paso decisivo fue la organización y fortalecimiento de la CUPROCH - Central Unica de Profesionales de Chile—. Allí se unieron en organización uni-

ca y centralizada los médicos, los ingenieros, los abogados, los técnicos de las industrias, los arquitectos, los economistas y todos los profesionales del país.

En estas capas fue donde el marxismo había conquistado sus más entusiastas y eficientes adeptos. Un gran sector de profesionales actuó en el pasado como simpatizante de las ideas socialistas, de los cambios de estructuras, de la política dadivosa del Estado Benefactor. Ante las acciones del gobierno marxista la unidad se realizó en torno a la bandera anti-marxista, lo que determinó la caída del gobierno comunista.

La CUPROCH actuó como factor determinante a causa de que entre los profesionales están los hermanos y hermanas, los hijos, los parientes, los amigos, los círculos de relaciones sociales de los jefes y oficiales de las Fuerzas Armadas, quienes son asimismo clase media.

Los hechos —contrariamente al griterío comunista que secundan con tan buena voluntad los socialistas suecos y los demócratas norteamericanos— demuestran que el derrocamiento del gobierno marxista fue realizado por un poderoso movimiento nacional, vastamente organizado a través del país. Contra el régimen marxista se alzaron —mucho antes que los militares— los estudiantes, los empresarios, los profesionales, los comerciantes al menudeo, los camioneros, los taxistas, los mineros con sus mujeres, sus hijas y sus hermanas. Fue el pueblo entero que se puso de pie y obligó a la fuerza armada a intervenir.

Los votos exigiendo la renuncia del Presidente Allende fueron votados y aprobados, no en los cuarteles, sino por los médicos, por el Congreso, por la masa civil.

Chile ha sido rescatado de la yugulación comunista por la enérgica y valerosa acción de todo su pueblo. Y su rescate viene a ratificar y a consolidar los de Brasil, Santo Domingo, Bolivia y el Uruguay y a anunciar el que sobrevendrá inevitablemente del Perú, de Panamá y hasta de Cuba.

La organización de la resistencia

La fuerza sociológica de la resistencia es que su columna vertebral estuvo constituida por la clase media. Si el error del marxismo fue su menosprecio por ella, el acierto de la resistencia fue constituir la como su poderoso espinazo.

La organización de la resistencia en Chile demuestra que la infiltración realizada por el comunismo en la mentalidad de los profesionales y de la generalidad de la clase media fue mucho más espectacular que profunda. Esa infiltración no soportó el vendaval de los hechos, ni la corrosión de la acritud provocada por las medidas socialistas.

Millares de profesionales y de pequeño-burgueses izquierdistas, simpatizantes y hasta militantes del comunismo, se convirtieron en desertores, en transfugas, atraídos por el campo de gravitación de la resistencia. Y es que en el seno de ésta se tuvo la sagacidad de eliminar todo sectarismo, toda limitación ideológica. A nadie se le pidió cuenta ni razón de sus ideas pasadas, para considerar tan solo las acciones presentes.

Se comprueba que la infiltración marxista, tan violenta epidérmicamente, no logra comprometer la médula del pensamiento pequeño-burgués. Profesionales, estudiantes, técnicos, son pasibles de masiva deserciones en tropel. Sólo resisten aquellos que tienen interés en alguna forma de participación en el poder.

La misma facilidad con que la clase media se deja infiltrar por la ideología comunista, la manifiesta para repudiarla al primer vuelco de la situación. Es como si las ideas esenciales del comunismo fuesen los pesados ladrillos de aparatosas construcciones sin cimientos. Al menor sacudimiento de la realidad, caen como si bajo ellos hubiese pasado un cataclismo.

Por estar constituida en entrañable acuerdo con la naturaleza humana, la clase media posee antenas especiales para captar los aspectos inhumanos del

socialismo. De aquí su capacidad para escuchar y ser conmovida por los llamamientos a la resistencia.

El acierto de la organización fue considerar que todo propietario, hombre o mujer, de un bien que sea amenazado por la política de expropiación del socialismo, es susceptible de convertirse —independientemente de sus ideas, o de su condición social— en militante de la legión de la resistencia. De otro lado, se tuvo el acierto de convertir a cada adherente en activista, es decir en persona que estaba haciendo constantemente algo en favor de la obra de resistir a las imposiciones del marxismo.

Se cuidó en forma especial de la adhesión de los profesionales, lo que constituyó uno de los aciertos capitales de la resistencia. El profesional tiene la ventaja sobre los demás sectores, de su nivel cultural. Como capa mejor cultivada de la sociedad, alcanza una visión más amplia y más profunda de la perspectiva, que sobrepasa los linderos de sus intereses inmediatos. Es la capa más permeable a la propaganda racional, podada de verbalismo, de retórica y de irracionalidad.

Al tocar a los profesionales y al atraerlos a la organización de la resistencia, se consumó la operación política más elevadamente positiva. Se tocó el corazón y el cerebro de la clase media, se conmovió su pensamiento y la fuerza motriz de su voluntad y de su acción. Al realizar esta operación fundamental se crearon comandos espontáneos que comenzaron a influir sobre los más distintos y los más distantes sectores sociales.

La virtud esencial de la resistencia fue aparecer siempre alerta ante la masa. No dejó acontecimiento sin interpretación, ni suceso sin explicación. Combatió permanentemente el desaliento y la desesperanza, impidiendo que sus contingentes cayesen en la desesperación. Para el combatiente de la resistencia, en momento alguno faltó un mañana, porque nunca se dio todo por perdido.

La resistencia cuidó de llenar su acción con una serie ininterrumpida de combates. Que la manifestación de las ollas vacías, que la huelga de mineros del cobre, que el esclarecimiento de la farsa gubernamental del barco "P u e l c h e", a cuya tripulación se acusaba de transportar un contrabando de armas destinadas a la oposición, que los actos de rechazo de los campesinos, que la paralización de los camioneros, que la huelga de los médicos, que la protesta de los estudiantes. Se habituó al pueblo a ver siempre a alguien combatiendo y a constatar, de día y de noche, que las trincheras estaban permanentemente habitadas por quienes combatían.

Nada brilló más en el firmamento de la resistencia que la ausencia de anarquía. Todo se movió en ella ordenadamente, regido por un ritmo concorde con el momento y con el hecho; no hubo órdenes y contraórdenes, ni se produjeron marchas y contramarchas, lo que pareció dejarse para el campo adversario. Todo se movió actuando en firme escalada hacia la batalla final y hacia la victoria.

La estrategia del rescate

La resistencia consideró como estrategia suprema el rescate de Chile de la yugulación comunista. Ni arreglo, ni compromiso, ni apaciguamiento. Dio al diálogo exactamente el mismo valor que el que le dan los comunistas. E hizo suya la divisa leninista: "Entre ellos y nosotros, no hay sino una cuestión, y ésta es una cuestión de fuerza".

A esta estrategia, firmemente mantenida a través de los avatares de la lucha, correspondió una táctica humildemente realista. Alejada cuidadosamente de todo desliz hacia formas burdas o refinadas de provocación, austeramente renuente a toda suerte de aven-

tura y manteniendo con severidad los niveles de la lucha y la intensidad y amplitud de los combates, en estricta relación con las magnitudes, la capacidad y las potencias de ataques y defensa de los contingentes comprometidos en la acción.

El movimiento de resistencia realizó con riguroso realismo la lúcida toma de conciencia de sus graves limitaciones iniciales. A esas limitaciones correspondieron los despliegues limitados de las luchas. Y más que nada, la pertinacia de su labor por la conquista de nuevos adherentes. Mientras el "blanquismo" marxista aumentaba, con la pérdida hemorrágica de partidarios, la resistencia concentraba su empeño en hacerse mayoría. A través de todas sus acciones, la resistencia buscó siempre dos finalidades inseparables. alcanzar aunque fuese un éxito pequeño en la acción emprendida y conquistar, a favor de ese éxito, nuevos adherentes.

La resistencia elaboró con cuidado la dirección del golpe principal. Lo lanzó como punta de lanza contra el poder absoluto y autocrático del gobierno marxista. Y trabajó por su debilitamiento progresivo, por la pérdida de prestigio y de autoridad, de capacidad de maniobra y de ejercicio del mando sobre la población. Se empeñó por mantener constante y creciente la ruptura de la relación y de la armonía entre el mando y la obediencia.

En lo que concierne a las peticiones de combate y a la constante formación de las reservas, el movimiento de resistencia operó tan sagazmente como en los demás aspectos de la organización.

En todo momento se mostró inflexible frente a las maniobras de coexistencia pacífica del marxismo. Mantuvo una resistencia indómita frente a todos los avances del socialismo; permaneció inflexible en lo que concierne a transacciones que habrían podido debilitar la resistencia o fortalecer al comunismo. Al propio tiempo, mantuvo una posición ampliamente to

lerante frente a las veleidades de aliados de quienes no se podía ni se debía prescindir.

Tanto psicológica, como políticamente, se mantuvo imperturbable la concepción estratégica de que no existía ninguna posibilidad de compromiso, de arreglo o de acomodo, entre el gobierno marxista y la resistencia. La lucha estaba predestinada fatal e inexorablemente a ser sin cuartel y a "finish". Era algo doloroso y cruel. desde un punto de vista nacional, pero todo se reducía a la inevitable aceptación de la realidad que había querido crear el marxismo implantando en Chile la lucha de clases. Lucha que, en realidad era la de un grupo minoritario, engreído, agresivo; que tenía la pretensión de imponer una voluntad foránea sobre la mayoría del país.

La alternativa planteada, no por la democracia que se había mostrado tolerante y hasta benévola, sino por el marxismo, se había vuelto inevitabile: o el gobierno marxista imponía en Chile la dictadura del proletariado para poder implantar el socialismo aplastando con la fuerza despiadada a los opositores, o al contrario, la resistencia imponía el derrocamiento del gobierno marxista, el triunfo de la resistencia y el rescate de Chile, permitiendo al pueblo chileno el regreso de la aventura izquierdista...

Esta concepción estratégica clara y consciente dio dirección precisa al movimiento, eliminó las vacilaciones, impidió que la lucha se degradase hasta el nivel de perder tiempo y energías en "hacer política". Se sellaron las desviaciones hacia el apaciguamiento en todas sus formas y no se hicieron concebir falsas esperanzas, indecisiones o retrocesos en la mente del pueblo que se alineaba en la Resistencia.

El movimiento creó, cultivó y profesó consecuentemente una actitud declarada y duramente anti-marxista. Desechó el temor a ser considerado por los progresistas del globo, reaccionario, contra-revolucionario, y lo demás de las letanías comunistas. Rechazó todas las fórmulas del socialismo: la del socialismo

democrático, la del rostro humano, la de la social democracia y la del socialismo cristiano.

De esta manera, el movimiento de la resistencia reivindicó el pensamiento, la posición y la actitud anti-comunistas como afirmación categórica de la libertad individual, de los principios que han probado, a través de una larga experiencia, que son los únicos que pueden conducir a los pueblos al desarrollo, a la creación de abundancia y a la prosperidad que es incapaz de dar el socialismo.

Capítulo XI

LA VANGUARDIA DE LA RESISTENCIA

El imperativo de una vanguardia / Variedad de tácticas
/ El hecho que ratifica la quiebra / Las mujeres también
improvisan / Los periodistas en la vanguardia / Y su
descanso fue el pelear...

El imperativo de una vanguardia

Toda movilización social predestinada a imprimir huella en el proceso de la historia no puede realizarse a manera de explosión espontánea. Toda empresa de masas con valor para trascender históricamente mediante su acción práctica tiene imperativa necesidad del accionamiento de una vanguardia. Y toda vanguardia —cualquiera que fuere la misión que asume en la vida de un pueblo— está constituida siempre por minorías selectas, por élites escogidas, formadas por personalidades capaces de trazar un derrotero, de abrir los caminos, de desplegar una estrategia y de aplicar las tácticas precisas.

Las masas por sí solas son capaces de agitaciones, de movimientos y explosiones que pueden llegar a conmover el proceso histórico. Pero son incapaces de guiarse, de conducirse, de ejercer organización y comandancia. Tienen necesidad de guía y de conducción que señale los caminos, que defina con clarividencia las metas. Un apotegma justo establece que en la historia "no hay malas masas ni buenas masas; sino buenos líderes y malos líderes". Es este un criterio que se emparenta con la concepción de la historia de Car-

lyle que sostiene: "La historia es la biografía de los grandes hombres". En nuestra era, es obvio que la historia es la gesta de las grandes vanguardias, en todo el acontecer político-social.

La masa es la categoría social poseedora de una potente capacidad de acción, de un impulso rico y múltiple de poderes de realización. Pero inepta para desplegar las superiores potencias del pensamiento. La élite, en cambio, adoleciendo de graves debilidades realizadoras, es capaz de altas potencias de conducción, de la aguda clarividencia de los caminos y de las metas, de la estrategia y de las tácticas.

Históricamente se agita una contradicción permanente entre las élites y las masas. Fundir esta contradicción en unidad inseparable, desplegarla y conducirla creando la armonía constante entre el mando y la obediencia, es la primera misión que ha de cumplir cualquier equipo dirigente si su accionamiento ha de desembocar en la conquista del éxito.

La vanguardia es el grupo selecto que emplea el talento de aplicar con claridad la estrategia apta para alcanzar la finalidad que persigue; de trazar con nitidez el derrotero que ha de conducir a la meta; de mantener con firmeza el rumbo y de insinuar nuevos caminos cuando se obstruyen o se hacen intransitables los que antes se venían siguiendo; de amamantar la fe y la esperanza multitudinarias dándoles un pequeño éxito —por ínfimo que fuere— cada día.

De todas las contradicciones entre la élite y la masa, la más permanente, la que influye con más trascendencia sobre el proceso total, es la que se expresa, de un lado, en la versatilidad, la inconstancia, el ánimo voluble de la masa, mientras del otro lado, se le opone la firmeza, la perseverancia, la claridad de miras y, sobre todo, la capacidad de infundir aliento en las horas cruciales o sombrías. En las coyunturas en que "todo se pierde menos el honor", las masas se dejan ganar por la gravitación invencible del desbande, del espíritu de capitulación y de abandonismo. La van-

guardia, en estas horas, es el núcleo poseído por la vocación heroica, por la tenacidad irreductible, por la resolución que hace de lo imposible el recurso de los débiles.

En Chile, bajo la dominación totalitaria del marxismo, el vasto movimiento de resistencia tuvo una vanguardia que exhibió calidades excepcionales de heroísmo, de claridad en el pensamiento y de poder de persuasión. Ella estuvo constituida por el plantel de periodistas democráticos que desmanteló las defensas de la ciudadela marxista y que le impidió el despliegue de sus potencias ofensivas. Núcleo con elevada capacidad coordinativa, supo conquistar decisiva influencia sobre las más distintas categorías sociales. Entre sus virtudes sobresalió la inteligencia perspicaz, imaginativamente rica, vigorosamente influyente sobre la mentalidad popular, y con elevada capacidad para enfrentarse a la anestésica sofística del marxismo.

Los periodistas que formaron la vanguardia de la oposición chilena, desplegaron el poder acertante de no caer en momento alguno, en ninguna especie de transigencia con el marxismo. Lo combatieron con intolancia fecunda, la única que posee la virtud de convencer a los indecisos. Lo consideraron inepto en los campos de la política, de la economía, de las concepciones sociales, de la totalidad del pensamiento.

Repudiaron por igual su materialismo dialéctico, su filosofía de la historia, su aptitud para acarrear soluciones de ningún género. Fue un repudio cabal que llegó a las confinidades del menosprecio completo en las áreas del pensamiento. La posición y la actitud irrespetuosas, abrieron en la mentalidad de la masa el criterio iluminativo que preparó el advenimiento de la idea contraria a la invencibilidad del comunismo.

Los periodistas combatientes del lado democrático en Chile, fueron manantial de ideas fecundas drásticamente adversas al apaciguamiento, al diálogo, al entendimiento que tan delicada labor habían realizado en favor del arribo del comunismo al poder.

Los periodistas de la oposición desplegaron la más rica y demoledora alegación ideológica en la conciencia de las masas, contra toda validez de las ideas de marxismo. Le privaron de su aureola profética y destruyeron el nimbo mágico y de sortilegio con que se habían presentado ante el pueblo. Le quitaron sus oropeles míticos para dejar al mito reducido a la desnudez de ideario calcificado, desprovisto de eficacia sobre la realidad y de transcendencia sobre el destino de la gente. Y así, la masa que no quedó persuadida, sí quedó asombrada y tragada por la duda.

Los periodistas de la oposición no se detuvieron a reparar si la posición adoptada frente al marxismo y contra él, era o no era dogmática, si se alineaba en una intransigencia radical, si adolecía de la flexibilidad necesaria para llegar hasta el diálogo. Combatieron como si su filosofía fuese la de estimar al marxismo como algo, no solamente inhumano, sino como medularmente anti-humano. Esta consideración acarreó la consecuencia de la negativa rotunda a la transacción, al diálogo, a la transigencia —que son virtudes esencialmente democrática— pero que empleadas frente al marxismo se convierten en atentado y en crimen contra la democracia.

Toda la fuerza de la vanguardia y la razón esencial de su éxito, residió en esta filosofía intransigente, como transpasada por el criterio que Lenin enunció rotunda y cínicamente frente a los demócratas: "Entre ellos y nosotros no hay sino una cuestión y ésta es una cuestión de fuerza". Fue con este criterio, severamente anti-marxista, que la vanguardia integrada por el plantel de periodistas combatientes por la causa de la democracia, dirigió la acción y orientó los combates. El éxito obtenido en lucha tan desigual demostró que la estrategia fue justa, que la posición intransigente fue la correcta, que la actitud indeclinable fue factor de victoria. Este criterio liberó a la lucha de caer en las perniciosas esperas de lo irresoluto; vacilar ante las indecisiones y bajo las presiones; consentir que la cir-

circunstancia se impusiese sobre la voluntad directriz y conductora.

Variedad de tácticas

A la inflexible rigidez de la estrategia correspondió una rica variedad de tácticas. Agilidad cambiante y renovada, adaptabilidad a cada momento de la lucha, nuevas formas, nuevos estilos, nuevos métodos.

Los periodistas combatieron al marxismo con todas las armas de la inteligencia: con acentos dramáticos y con sentido del humor; con burla y con patetismo; con revelaciones espeluznantes, unas; y con otras, que arrastraban hasta la carcajada; con estocadas a fondo y con piquetes de puñal florentino; con artillería y con hombres rana. El periodismo chileno en aquella etapa fue el creador de un estilo periodístico nuevo, agudo y eminentemente popular. Esto fue lo que mantuvo constantemente a la vanguardia a un paso —nada más que a un paso— distante de la masa que seguía sus directivas, que ponía en práctica sus sugerencias. Esto fue lo que mantuvo la unidad entrañable entre los dos contrarios: la élite y la masa.

Lo decisivo a todo lo largo del combate entre la oposición democrática y el marxismo, fue la inteligencia superior con que la vanguardia se opuso a los avances agresivos del gobierno totalitario. A través de la áspera y prolongada batalla, la inteligencia estuvo incuestionablemente del lado de los opositores. La superioridad en el terreno de las ideas la tuvieron siempre los combatientes adversos al marxismo. Desde la primera hora asumieron la iniciativa y no se la dejaron arrebatarse, manteniéndola encarnizadamente, a través de toda la lucha. La pérdida de la iniciativa por parte de los marxistas, les fue arrastrando a la desmoralización a las actitudes defensivas, a la división y al debilitamiento general.

La vanguardia de la oposición, constituida por los

periodistas, se mantuvo incesantemente a la ofensiva. Su táctica central fue la de la agresividad constante, la del ataque desencadenado en un repiqueteo sin tregua. En cada nueva acción incitaban al pueblo a la ofensiva, obligando a los marxistas a asumir, una y otra vez, posiciones y actitudes defensivas. Orientando a las mujeres de las cacerolas vacías, dando directivas a los camioneros, incitando a los tenderos, a los profesionales, a los obreros, los periodistas de la oposición estuvieron siempre desplegando tácticas de ofensiva. Este sentido clarividente y terco de la ofensiva fue uno de los factores decisivos de la victoria.

Cada uno de los sacrosantos principios del marxismo fue debidamente vapuleado, desacreditado y desprovisto de su sacralidad. Las teorías, los principios, la tesis, las banderas principistas del marxismo fueron tratados como desperdicios del pensamiento que debían ser arrojados a los basurales de la historia. De todo el abundante arsenal doctrinario del marxismo, los periodistas chilenos no dejaron sino el andrajo, el mísero despojo, los restos de un naufragio, arrojado por la resaca de la historia.

La combativa vanguardia demostró con hechos que toda la filosofía de la lucha de clases del marxismo eran un fiasco y una estafa. La presencia de masas obreras de élite en las filas de la oposición, el agresivo accionamiento huelguista de miles y miles de trabajadores, estaba probando que la lucha de clases era uno de los grandes fiascos de la historia contemporánea. El antagonismo inconciliable del marxismo entre burguesía y proletariado, soportaba en Chile una refutación flagrante: el proletariado auténtico se enfrentaba al gobierno socialista, participaba en la resistencia como combatiente, y se aglutinaba persuadido por las razones y las voces persuasivas que llegaban de la vanguardia. Esta capacidad de persuasión que los periodistas ejercieron sobre la masa obrera tuvo un valor inestimable como acción determinante de la quiebra ideológica del marxismo.

Hecho que ratifica la quiebra

Los periodistas de la oposición ratificaron el fiasco de la filosofía marxista de la lucha de clases, cuando hicieron salir a todos los vientos la cepa, los orígenes, la procedencia social del más alto capistote del régimen socialista, Salvador Allende.

Allende, no tuvo por ninguno de sus costados, ni paternos ni maternos, orígenes, ni prosapia, ni siquiera parentescos proletarios. Era burgués de vieja cepa, hijo de burgueses, nieto de burgueses, burgués a carta cabal.

Los periodistas echaron a todos los vientos la información fidedigna y comprobada de que Salvador Allende Gossen se llamó en la pila bautismal Salvador Isabelino del Sagrado Corazón de Jesús Allende Gossen, tal copiosa nomenclatura de baptisterio está insinuando con claridad el origen específico, típicamente burgués de Allende, y todo el torrente demagógico que se encrespaba en su usurpación del papel de proletario, aspirante a la comandancia suprema de la dictadura del proletariado.

Y, en efecto: Salvador Allende —el Isabelino del Sagrado Corazón de Jesús—, nació en Valparaíso el 26 de julio de 1908. Hijo de un distinguido abogado, don Salvador Allende Castro, quien fue alto funcionario del gobierno de Arturo Alessandri.

Por otra parte, el abuelo de Salvador Allende fue médico de profesión lo que, en el siglo pasado expresaba una categoría social evidentemente burguesa y señalaba una posición de alta burguesía.

Un personaje de esta prosapia carecía de todo ancestro, de todo barniz proletario. Salvador Allende Gossen era un buen burgués por los cuatro costados, salido de una burguesía rancia.

Los periodistas democráticos que salieron a combatir al marxismo en Chile desmantelaron la aureola proletaria de Allende y quebraron su nimbo marxista. Demostraron que, a través de toda su actividad po-

lítica, no había sido sino personaje que corrió de aventura en aventura, vinculado estrechamente a las actividades tremendistas del castrismo cubano.

Hasta 1964, Salvador Allende Gossens no había sido sino el candidato dos veces derrotado de la alianza de socialistas y comunistas en Chile. Internacionalmente era político totalmente desconocido; anónimo en el tinglado de la política internacional.

En mayo de 1965, en la IV Conferencia de la Organización de Solidaridad de Pueblos Afro-Asiáticos, que se reunió en Accra, Ghana; se eligió al comunista marroquí Mehedi Ben Barka, para que presidiera el Comité Preparatorio de la Conferencia Tricontinental que debía celebrarse en La Habana del 3 al 13 de enero de 1966.

Asesinado Ben Barka en París, Salvador Allende, que había llegado a ocupar la presidencia del Senado de Chile, fue designado para suceder al comunista marroquí, y para convertirse en el líder de mil cuatrocientos millones de seres humanos, a los que debían conducir a la lucha contra los Estados Unidos y contra el mundo occidental.

Salvador Allende instaló en Santiago de Chile el estado mayor operativo de la lucha tricontinental y puso al frente de ella a Juan Lechín Oquendo, dirigente castrista y colaborador de Ché Guevara.

Desde la sede de la OLAS —Organización Latinoamericana de Solidaridad— Salvador Allende apoyó la aventura de Nancahuazú donde fue abatido Ché Guevara. Los cinco guerrilleros sobrevivientes encontraron la protección y el amparo de Salvador Allende, ingresaron a Chile y desde allí organizaron el viaje a Tahití, de donde debían partir a La Habana. Allende se convirtió en el acompañante de los guerrilleros hasta Tahití.

Todo este turbio historial fue desmenuzado, analizado, escarnecido por los periodistas que formaron la vanguardia de la lucha del pueblo chileno contra la dominación comunista.

La figura de Salvador Allende como líder revolucionario fue arrojada de su pedestal ante el pueblo, por la demoledora propaganda de los periodistas de la oposición. Y así se logró realizar el más eficiente procedimiento ablandativo de las posiciones de avanzada del movimiento marxista.

Las mujeres también improvisan

En esta pelea histórica, los periodistas de ambos sexos utilizaron los órganos de prensa diarios, las revistas, las estaciones radiotransmisoras, con artículos serios, ensayos políticos, críticas austeras, diálogos, sainetes, coloquios, mesas redondas sobre la temática política que interesaba al público y además, sátiras y abreviadas piezas en las que se escarnecía al régimen haciendo reír como en una tragicomedia a los espectadores.

Esto último tuvo gran influencia en el ánimo de los auditorios ya que, con ello; se utilizaba la vena agudamente humorística que es proverbial entre la gente del pueblo chileno y la que fue explotada hasta la trampa por los portavoces de la oposición.

El libro "Los días del arco iris", del que es autora la periodista Silvia Pinto, contiene la denuncia punzante, en lenguaje ameno y popular, de los errores que cometía el régimen marxista y de las perjudiciales repercusiones que ellos tenían sobre los niveles de existencia de la masas populares. Sus páginas contienen un verdadero proceso —en la auténtica acepción judicial— de las frustraciones en que se hundía el régimen marxista. Sobriedad, agudeza, estoicismo, sentido del humor y, sobre todo, una cuidadosa objetividad, campean en el libro de esta mujer que fue una de las puntas de lanza en el desmantelamiento y la demolición del régimen marxista.

El diario "El Mercurio", el más autorizado y el más antiguo de la prensa chilena, mantuvo una posición indeclinable de resistencia a la acción avasalladora del gobierno marxista. En su resistencia, "El Mercurio" puso sagacidad, inteligencia, actitud siempre serena y un sobrio estoicismo. Entre sus periodistas sobresalió por su audacia, por su gracia agresiva y fina, Silvia Pinto. Sus entrevistas fueron inagotable manantial de orientación. Las preguntas y respuestas interpretaron con raro talento la temperatura de la circunstancia, la gravedad del momento, la trascendencia de cada acontecimiento. Las entrevistas de Silvia Pinto pusieron su sello especial sobre los días dramáticos que vivió Chile bajo la sombra del totalitarismo.

Mujer de la estirpe de las que salieron a las calles haciendo resonar, con resonancias mundiales, las cacerolas vacías, fue otra periodista, Patricia Guzmán. Al arribo del marxismo como gobierno, trabajaba como reportera del diario "Últimas Noticias" y como directora del programa de comentarios informativos de Radio Cooperativa Vitalicia. Inmediatamente cambió su labor de mera información en una de lucha comprometida, valerosa e indeclinable contra el avance del marxismo.

Como consejera del Colegio de Periodistas regional de Santiago, Patricia Guzmán transformó su puesto en trinchera de combate contra las tropelías del régimen. Creó "Los cinco minutos de Patricia Guzmán" en la radio haciendo de ellos minutos históricos. Desde su audición en "Radio Agricultura" demostró extraordinaria capacidad para inspirar campañas, para conquistar la iniciativa en la lucha, para alentar la resistencia en sus horas más sombrías. En sus informaciones periodísticas, los obreros huelguistas, los camioneros, los profesionales, los empresarios, encontraron el baluarte intelectual de su acción.

Carmen Puelma, como periodista profesional, era directora de la revista "Eva". Tradicionalmente, esta publicación estuvo dedicada a tratar temas apolíti-

cos, exclusivamente femeninos: modas, cosméticos, técnicas de belleza, arreglos del hogar, temas de decoración de interiores. El advenimiento del régimen marxista que Chile vivía un tiempo nuevo en el cual no había que desperdiciar ni tiempo, ni papel, ni esfuerzo, en temas frívolos que convenían bien a días mejores, a tiempos en los que el periodismo podía darse el lujo y el placer de practicar una muy amplia y variada división del trabajo. Pero, cuando la marejada totalitaria amenazaba a Chile, la lucha ideológica se imponía, no sólo como deber moral, como servicio patriótico, sino además; como cuestión suprema de supervivencia.

Y así, Carmen Puelma se desvió ella misma y desvió a su revista "Eva" rumbo a la trinchera de la lucha defensora de Chile. Las heroicas actividades que las mujeres de Chile han desarrollado para reconquistar la libertad de su país, tuvieron en "Eva" un guía, una voz de vanguardia, una utilísima dirección en modos tácticos en la acción liberadora.

La mujer que completó el brillante equipo de mujeres periodistas, que ejercieron una influencia determinante sobre el consenso del país, fue la redactora política del diario "La Tercera", María Eugenia Oyarzún. Dueña de elegante agilidad y de rica tenacidad, desde Radio Cooperativa Vitalicia desplegó tal actividad que transformó a la comentarista política que los chilenos habían conocido, en dirigente de alta eficiencia en la obra de desmantelamiento del régimen comunista.

María Eugenia Oyarzún resultó la mujer preferida por los marxistas para sus enconados ataques. Sin tomarlos en cuenta, la valerosa periodista se concentraba en la acción de promover la demolición de las posiciones y de los baluartes de los marxistas. Con Carmen Puelma, Silvia Pinto, Patricia Guzmán, María Eugenia Oyarzún desplegaba diariamente lo que debió ser considerado como un asalto contra las mejores abroqueladas posiciones ideológicas de los marxistas. Fue la audición más sintonizada en Chile en la era

marxista: "Las mujeres también improvisan". Y fueron cuatro mujeres periodistas quienes la mantuvieron viviendo peligrosamente todos los días y ofreciendo cuotidianamente a su patria el sacrificio de sus vidas.

Los periodistas en la vanguardia

Si las mujeres señaladas ocuparon los primeros puestos en las líneas de combate contra la dictadura marxistas, sus colegas masculinos les hicieron guardia de honor, por la valentía, el talento y la tenacidad con que desplegaron sus acciones combativas.

Fueron muchos, los que participaron, en una u otra forma, en esta acción colectiva. Pero, valga mencionar a quienes más sobresalieron, a los que mejores éxitos alcanzaron, a los que tuvieron más eficacia para sacudir los fundamentos mismos del régimen que estaba sojuzgando a Chile.

En la primera línea de fuego encontramos a Rafael Otero Echeverría director de la revista "SEPA" que se especializó en el análisis corrosivo; de severa objetividad; de los actos, las iniciativas, las personalidades del régimen marxista. Semana a semana, la revista de Otero arribaba con su cargamento de denuncias comprobadas y austeramente demostradas, que penetraban sobre el gran público dotadas de sutil capacidad para persuadir y convencer.

Rafael Otero fue un protagonista. Símbolo de la oposición por la seriedad y la severidad de sus ataques. Su trayectoria fue muy larga ya que el enfrentamiento se inicia mucho antes de la victoria de Unidad Popular por la vía parlamentaria. Otero trabajó con los encargados de la propaganda de la campaña Presidencial de don Jorge Alessandri. Desde entonces, se ocupó de desenmascarar al marxismo, de arrancarle sus antifaces; de poner en transparencia ante el

público sus métodos de subrepción y sus mentirosos ardides.

Cuando sobrevino la victoria de Allende, Rafael Otero quedaba fuera de los periódicos en donde había trabajado anteriormente. Quizás se le consideró excesivamente peligroso por el temor que inspiraba a los comunistas y por los rayos que podía atraer sobre su persona. Al verse silenciado en la situación insoportable de periodista sin periódico, Otero creó su propia revista y la transformó en verdadera división blindada en el combate contra el marxismo.

Colaboró en el programa radial "Hablando Claro", en el que mantuvo un diálogo incisivo y candente con otro de los periodistas de la vanguardia luchadora, Héctor Durán, creador del programa.

Al lado de la revista de Otero, salía a luz la que fuera fundada por Marcos Chamudes. "Política, Economía y Cultura" conocida por su sigla "PEC", traía la voz del hombre que había vivido en el seno del monstruo, por lo que le conocía las entrañas. Antiguo comunista de alta jerarquía, militante de la guardia heroica anterior al advenimiento del Frente Popular, Chamudes llegó a ser diputado del Partido Comunista y su representante en la Cámara, donde adquirió el prestigio de uno de los más brillantes oradores de Chile.

Marcos Chamudes había actuado como uno de los promotores y como constructor eficientísimo, imaginativo y "habilitoso" del Frente Popular, de modo que cuando surgió en la vida política de Chile, "Unidad Popular" Chamudes la conocía desde dentro.

Expulsado del Partido Comunista a raíz del histórico Pacto Germano-soviético, Chamudes se retiró temporalmente de la actividad política solamente para reincorporarse como combatiente anti-comunista. Su profundo conocimiento de los procedimientos, de los artificios, de las cancamusas comunistas, lo empleó en el combate que libró a través de varios años, denunciando la peligrosidad de sus avances y el realismo de su denuncia.

En Radio Agricultura, uno de los baluartes de la acción de vanguardia, desempeñó papel sobresaliente el periodista Luciano Vásquez; en sus "Diálogos" con Carmen Puelma, detectaba y transmitía las noticias que el gobierno se empeñaba en ocultar, desempeñando un eficiente papel de contra-espionaje que apasionaba al público.

Raúl González Alfaro, veterano del periodismo, fue el director del diario "Tribuna" que batalló los mil días del gobierno marxista.

Con González Alfaro colaboró un brillante equipo de periodistas que alimentaron intelectualmente "Tribuna" periódico que fue infatigable en la lucha ideológica. Alfonso Ortega, Luis Azúa, Roberto Undurraga, Alberto Callis, Raúl de Veer, M. Celeste Ruiz de Gamboa, Daniel Galleguillos, Manuel José Gamonal y Hugo Hernández. Cada uno de estos periodistas desempeñó una labor abnegada, animada por ese raro y valioso aporte del heroísmo diario, venciendo dificultades enormes. Evidentemente, este grupo estuvo a la vanguardia de la resistencia que liberó a Chile.

La estratégica tenaza intelectual que estranguló entre sus implacables pinzas al marxismo, fue cerrada por el diario "La Segunda" escrita por un selecto núcleo de combatientes anti-marxistas. Desde sus columnas Alvaro Puga desmanteló literalmente los baluartes comunistas, escribiendo bajo el pseudónimo de Alexis, que alcanzó la más alta marca de popularidad.

Agilidad, vigor en los alegatos, potencia en la argumentación, y enérgica voluntad de persuadir, fueron las mejores virtudes de Puga y de todo el equipo que colaboró en "La Segunda". Aportaron su valioso concurso, su director Mario Carneiro; Héctor Muñoz B., Noelia Miranda, María Luz Contador, Meche Garrido, y Jaime Valdés, a quien encontramos luego como autor del excelente libro de combate "La clase Dorada".

Su descanso fue el pelear

Gracias a la actividad que se llenó de heroísmo cotidiano —el más difícil de todos los heroísmos— este puñado de periodistas desempeñó una función sustantiva y crucial para la vida de Chile. Ellos libraron la lucha del pensamiento que en las campañas de carácter ideológico —como la que el marxismo impuso a los chilenos— adquiere carácter esencial y decisivo. Sin el clamor de estos portavoces, la oposición habría carecido de unidad en el pensamiento, condición fundamental para la unidad en la acción. Sin la guía de esa vanguardia, la acción de masas habría tenido que superar mucho más grandes dificultades.

Un día será necesario que el cronista de esta épica historia llegue a narrar la epopeya detallada de esta operación vanguardia, y que entonces cada uno de los participantes tenga el lugar de honor que merece. Basta por hoy señalar la actividad de otros periodistas tan aguerridos y valiosos como los señalados.

Este núcleo de combatientes ha honrado a la "intelligentia" no solo de Chile, sino de América Latina. Personas dedicadas a informar al público diciéndole la verdad, fuese favorable o adversa a la simpatía de cada quien, independientemente de posiciones ideológicas o de adhesiones doctrinarias, se vieron obligadas a comprometerse, a reconocer una bandera, a salir a combatir por una idea con todas las armas del pensamiento.

América Latina y el mundo libre debe el advenimiento de esta verdadera alborada que se abre sobre los pueblos latinoamericanos, a la acción abnegada de estos hombres y mujeres que adoptaron la divisa del Quijote: "Mis arreos son las armas, mi descanso, el pelear..." Eran mujeres y hombres de paz que, cumpliendo el deber supremo de defender la libertad, debieron convertirse en guerreros.

Hay algo que parece inexplicable para la mayoría

de los latinoamericanos. Y es cómo fue posible que un régimen que había llegado con la resolución categórica de implantar el comunismo, no silenciase la voz de esta aguerrida vanguardia orientadora. Los comunistas han enseñado cómo basta un tiro para silenciar una voz que desafía a la clausura impuesta por la fuerza sobre los órganos de difusión de masa. El régimen marxista de Chile no empleó el procedimiento soviético, chino o castrista. Y esto parece inexplicable.

La explicación de la impotencia del régimen marxista chileno para silenciar a la vanguardia del pensamiento que salió a combatirlo, reside en dos factores objetivos: el primero, incontestablemente, el valor personal, el dominio del miedo físico, el reto heroico de los periodistas que participaron en esta acción. Actitud totalmente diferente, por ejemplo, de la que han adoptado los periodistas en otros países latinoamericanos, que tascan la mordaza impuesta por las dictaduras socialistas y se resignan a imponer y a soportar una censura que ni siquiera tiene necesidad de censores. Ella descuenta la cobardía. Esa cobardía tan común estuvo ausente en la batalla democrática de Chile. Y esto es un honor para la inteligencia.

El segundo factor sustantivo que redujo a la impotencia al régimen comunista para actuar contra los periodistas, fue la magna tradición democrática de la que fue creador el país. Chile, los chilenos; profesaron un respeto histórico por la libertad de expresión. Su periodismo fue escuela, baluarte y ciudadela de libertad. Y contra esta tradición gloriosa no se atrevió el gobierno marxista a enfrentarse derechamente. Utilizó el procedimiento más lento e hipócrita de llevar los diarios y radioemisoras al desfinanciamiento, negándole los avisos y tratando de estatizar la producción de papel. Pero no alcanzó a cumplir su propósito.

Capítulo XII

"PLAN ZETA": EL CAMINO DE PRAGA

En la entraña de lo monstruoso / La amenaza de
guerra civil / El ejército paralelo / En camino al
golpe de Praga / Combatientes que no combatieron.

La entraña de lo monstruoso

Entre un comunismo legalista y un socialismo extremista; entre las directivas leninistas del "apparatchik" moscovita y las órdenes operativas de la burocracia dorada de las Naciones Unidas; entre una estrategia que trataba de conservar el poder para heredarlo, y otra que debía convertir a Chile en tierra arrasada, el gobierno de Allende fue triturado entre los engranajes de estas contradicciones implacables.

Al inaugurar su tercer año de gobierno, Unidad Popular había realizado la toma de conciencia, nítidamente lúcida, de que socialismo y democracia resultaban incompatibles. Allende y su régimen habían recogido la enseñanza empírica de que la instauración socialista llamaba desesperadamente a la dictadura para poder asentarse, porque la democracia resultaba asfixiante para el intento socialista. Aprendieron —y lo aprendieron experimental y conscientemente— que si se había de implantar el socialismo en Chile —como en Rusia, como en Checoslovaquia, como en Hungría, como en Cuba o en China— era absolutamente obligatorio imponer sobre la población entera una férrea e implacable dictadura, por medio de la violencia y del terror.

Para imponer esa dictadura en las condiciones chilenas, era absolutamente indispensable quebrantar y aniquilar la organización de la resistencia, que se movía a través del país con valentía, con habilidad, con sapiente sentido táctico. A causa de ésto, las maniobras, la triquiñuela, la "muñeca"; habían perdido no sólo su eficacia, sino hasta su sentido. La situación marchaba aceleradamente hacia la disyuntiva.

Para imponer la dictadura que presionaba como necesidad de supervivencia, se hacía inevitable enfrentar a las Fuerzas Armadas, decapitarlas, desmantelarlas, reducirlas a la impotencia. Los marxistas concibieron, para ejecutar tal operación, un plan semejante al que pusieron en práctica los capitostes del Partido Comunista de Indonesia.

Así fue concebido y preparado por parte de Allende y de Unidad Popular el llamado "Plan Zeta", que se sustentaba en la acción que había de desarrollar, con carácter de golpe relámpago, el ejército paralelo formado por las milicias de los partidos marxistas y por la legión extranjera constituida por unos quince mil terroristas venidos de todas partes del mundo y escapados del fracaso de las guerrillas en los diversos países latinoamericanos.

Los había coreanos del norte, miembros del Vietcong, nordvietnamistas, cubanos, tupamaros uruguayos fugitivos, bolivianos herederos del desastre del Ché Guevara, mexicanos, brasileiros que no habían sido capaces de defender al régimen de Goulart ni de marchar a la pelea con Brizzola.

Las formaciones de este ejército paralelo fueron promovidas por el gobierno de Unidad Popular antes de que se secara la tinta de la firma que habían estampado garantizando el cumplimiento de los Estatutos democristianos. Su organización se convirtió en misión capital del régimen marxista cuando la teoría se convirtió en situación.

Unidad Popular se había visto forzada a asumir el gobierno aceptando las reglas del juego democrático

con sólo la posesión de un tercio del consenso popular. Bien pronto se le planteaba la alternativa: o aplicaba una táctica mesurada, empleando un procedimiento influido por el sentido de las proporciones, o se decidía por la ruptura abrupta de los compromisos contraídos con sus opositores y por la imposición cínica y violenta de una dictadura.

Unidad Popular y Allende optaron por el segundo término de la alternativa: se jugaron el porvenir a cara o sello; jugaron y perdieron exhibiendo así el carácter aventurero de toda su política.

Al penetrar en los vericuetos sombríos del "Plan Zeta", al recorrer su laberinto tenebroso, se siente la impresión escalofriante de ingresar en la entraña de lo monstruoso, de tomar contacto con lo más siniestro del terror staliniano.

El "Plan Zeta" era asesinato con caracteres de genocidio, concepción sádica que ha exigido previamente la aceptación deliberada de la quiebra de todos los valores morales. Plan de estirpe y estilo stalinianos, dominado por la esquizofrenia del complejo de Calígula.

Fue un plan concebido y elaborado en el modelo clásico de las purgas stalinianas. Los marxistas chilenos pretendieron concentrar y abreviar en una sola acción la cadena de actos de terror que Stalin ejecutó a través de Yagoda, de Yezhov y de Beria.

Stalin actuaba como heredero de la férrea dictadura que dejó implantada Lenin. Disponía de un aparato de terror que funcionaba lubricado y cronométrico en la ejecución de las purgas. Unidad Popular, en este aspecto, era aprendiz de brujo. Stalin fue el heredero de las "checas", el entrenador del aparato que liquidó físicamente a millones de "kulaks" y de "nepmans" en el período de la colectivización socialista.

Cuando Stalin resolvió liquidar a la cúpula del Ejército Rojo, no tuvo necesidad de revelar sus planes, ni de dar instrucciones secretas a nadie. Le bastó reunir en su despacho, horas antes, a sus más feroces po-

licías, sin que éstos sospechasen el motivo de la convocatoria del jefe supremo. Sólo calculando con exactitud los minutos que separaban al Kremlin del aeropuerto y del aterrizaje del avión que traía al mariscal Tukhachevsky y a sus acompañantes, Stalin impartió las órdenes para el arresto y la conducción de los jefes militares a la prisión donde les había preparado alojamiento. Los carceleros sabían que deberían recibir algunos peligrosos espías, contrarrevolucionarios y enemigos del pueblo, y nada más. Muchas horas después de cumplidas las órdenes del dictador, los familiares de los presos no sabían nada. Los creían en sus cuarteles, mientras sus camaradas de armas los suponían en sus hogares, o cenando en compañía del "padre de los pueblos".

En su aventura política en pos de la dictadura, Allende tenía la visión clara de su necesidad apremiante de dura represión, pero carecía del adecuado aparato represivo y, lo peor, de la capacidad de forjarlo a la manera staliniana. Su G A P fue ridícula caricatura de entidad policial; grupo insolente de matones de puños duros y cabezas vacías.

Mientras Stalin contaba con una legión policial totalmente adicta a él y dependiente de su exclusiva voluntad, en cuyo seno la disciplina era mantenida mediante una sola pena: el tiro en la nuca, Allende estuvo obligado a depender del secreto que tuviesen el cuidado de mantener las centenas de "amigos personales" y los miles de guerrilleros de todas las tendencias llegados a Chile desde todos los puntos de la rosa de los vientos.

A Chile, como a España, como a Guatemala, como a Cuba, como al Brasil, como a Santo Domingo en las horas revolucionarias, se dirigió esa abigarrada resaca que es como la flor de las revoluciones. Visionarios que van a luchar por un ideal o, al menos, por una idea; aventureros, místicos, pícaros, delincuentes, resentidos sociales, vagabundos, hippies, meros turistas en busca de emociones. En esta resaca se

agitan todas las tendencias ideológicas imaginables: anarquistas, trozkistas, maoístas, titoístas; castristas; nada más que granujas; terroristas que han hecho de la violencia su ideología y del odio a todo lo creativo, una fe transpasada de complejo de perversión; anormales, desadaptados y personajes capaces de todos los esfuerzos para no trabajar.

Fue en esta resaca donde Allende y Unidad Popular se vieron obligados a pescar los agentes de la conjura, los ejecutores de la purga y de la matanza planificada. Se comprende bien la diferencia que existe entre esta gentuza y los polizontes adiestrados que se encargaron del arresto de Tukhachevski; entre la maquinaria silenciosa de Stalin y la fanfarronería de taberna de Allende.

Los preparativos de la gran purga chilena, los rasgos íntimos del "Plan Zeta", toda la logística de los preparativos de la guerra civil, dejaron de ser incógnitas y aparecieron con sus trazos claros a la vista de las Fuerzas Armadas. Desde ese momento, la revolución marxista de Chile tenía los días contados.

La amenaza de guerra civil

Allende y sus más íntimos y responsables colaboradores, cada uno de los jefes de Unidad Popular, anunciaban, ya como amenaza, ya como lamento, ya como denuncia política o sapiente vaticinio, el estallido inminente de una guerra civil.

Para que haya guerra civil es imprescindible la presencia de dos fuerzas similares, con capacidad de enfrentamiento. Guerra civil estalló en España, porque sus Fuerzas Armadas se dividieron en facciones, la una leal, la otra rebelde respecto de la República y porque anarquistas y comunistas organizaron milicias populares con regular potencia de fuego, después del

asalto a los cuarteles de Atarazana en Barcelona y de la Montaña en Madrid, y tras la captura de los barcos de guerra.

En la República Dominicana aconteció la división de la fuerza armada, como en España, y sobrevino el choque de facciones antagónicas. En Guatemala el ejército abandonó al Presidente Arbenz y no combatió contra las fuerzas insurgentes de Castillo Armas, haciendo imposible la guerra civil. En el caso de Cuba, el ejército desmoralizado de Batista, trabajado por todo género de infiltraciones comunistas y de opresiones demócratas norteamericanas, capituló sin combatir ante unas cuantas docenas de guerrilleros de fortuna que aparecieron en La Habana respaldados por las masas que festejaron la revolución como su victoria. Esto hizo imposible en Cuba la guerra civil, ya que no hubo sino un combatiente.

En el Brasil, la totalidad de la fuerza armada de las tres armas y de la policía, no solamente abandonó sino que se enfrentó a Joao Goulart, exigiendo su dimisión. En cuanto a los llamamientos desesperados de Luis Carlos Prestes y de Lionel Brizzola, que tenían milicias organizadas, no acudió nadie y no se disparó un solo tiro en toda la extensión inmensa del Brasil. La guerra civil se hizo así un imposible físico.

En Chile, donde el gobierno marxista había reconocido acatamiento al régimen democrático de vida, donde ocupaba el poder gracias al reconocimiento jurado y público de los "Estatutos", que lo obligaba a respetar la autoridad legal y el funcionamiento legítimo de las Fuerzas Armadas, sin que interviniesen fisuras en su seno, era inconcebible la posibilidad de una guerra civil.

Si el gobierno y sus partidarios entreveían y anunciaban este peligro, era porque conocían de muy buena fuente la existencia de fuerzas dotadas de instrucción militar y de potencia de fuego, de posiciones de ataque y defensa y de organizaciones logísticas para

enfrentarse al Ejército, a la Marina, a la Aviación y a los Carabineros de Chile.

El sombrío vaticinio constituía una confesión de culpabilidad, la que era plenamente ratificada por el secreto a voces de la recepción de armamentos checos y soviéticos, y por la existencia de campos de entrenamiento que funcionaban a cargo de instructores cubanos.

El gobierno marxista trataba de hacer posible la guerra civil, ya que del Presidente para abajo, sus miembros y sus sostenedores más conspicuos, eran los organizadores del ejército paralelo, fuerte de una potencia de fuego equivalente a doce regimientos —según unos— y a un cuerpo de ejército de 25 mil hombres —según otros—. Los explosivos requisados después por las Fuerzas Armadas eran suficientes para armar una fuerza de 20 mil hombres.

Este ejército paralelo no solamente contaba con armas cortas y metralletas, sino que estaba provisto de bazookas, de lanza-cohetes, de cañones de 100 milímetros, de morteros y de cañones sin retroceso. Tal fue la enumeración hecha ante las Naciones Unidas por el Almirante Ismael Huerta.

Después de la caída de Allende se han descubierto campos de entrenamiento militar, depósitos de granadas, de minas, de explosivos de alto poder. El hallazgo de gran cantidad de armamentos de origen checo y soviético demuestra que ellos arribaron a Chile o directamente o a través de Cuba. En ambos casos, la introducción de esas armas sólo pudo realizarse con la anuencia y la complicidad del gobierno. Todas esas armas se encontraban en poder o bajo el control de autoridades marxistas, lo que viene a probar que el gobierno de Unidad Popular preparaba un golpe que no podía ser dirigido sino contra las Fuerzas Armadas y contra los dirigentes de la oposición.

Estos hechos, comprobados y categóricamente certificados, prueban que el gobierno socialista no abrigaba la menor intención de cumplir ni con los mandatos

de la Constitución ni con los "Estatutos" que Allende le había jurado cumplir a la Democracia Cristiana.

Los "Estatutos" —especialmente aquellos que se referían concretamente a las Fuerzas Armadas— no valían el papel en que estaban escritos. Una vez más, el comunismo exhibía su profundo desprecio por los compromisos que contrae y, otra vez, se demostraba la evangélica puerilidad de los democristianos para comulgar con las ruedas de molino especialmente elaboradas para nutrir al kerenskismo.

Hechos macizos e irrefutables, demuestran que los marxistas contaban con abundantes, modernos y excelentes armamentos; disponían de instructores militares cuidadosa y severamente entrenados por los técnicos militares soviéticos en Cuba; tenían a sus órdenes tropas constituídas por antiguos tupamaros uruguayos, por guerrilleros argentinos avezados, por terroristas urbanos brasileiros, por curtidos seguidores bolivianos del "Che" Guevara. A todos, el gobierno marxista les brindaba cómodos campos de entrenamiento, tiempo para prácticas militares y todos los medios necesarios para que se dedicaran a una eficiente preparación bélica.

El ejército paralelo

Unidad Popular y Salvador Allende subestimaron de modo infantil la capacidad de detección y las dotes de investigación de los servicios de inteligencia de las Fuerzas Armadas. Los consideró hechizados con las voces cordiales, los ofrecimientos de Ministerios y las grandes palabras sobre el régimen democrático. Allende pensó, como Luis Carlos Prestes y el "apparatchik" soviético en el Brasil en 1935, que sus planes se desplegaban bajo el oscuro túnel de un impenetrable secreto, en tanto que los servicios de inteligencia se-

guían cada uno de los rampantes movimientos de los conspiradores.

Las Fuerzas Armadas de Chile, por ejemplo, sabían que cada melodía, transmitida por las radios de Unidad Popular, tenía el significado de mensaje político y subversivo. Cada facción del gobierno marxista tenía su estación especial. Los terroristas del MIR estaban pendientes de "Radio Nacional"; la "Radio Corporación" era portavoz de los socialistas; los del MAPU sintonizaban "Radio Candelaria". Las más diversas señales estaban concertadas. Por ejemplo, si el Centro de Madres de La Legua —que nada tenía que ver con la pelea ideológica, ni con la acción política— llamaba a las "compañeras a reunirse en el lugar de costumbre", ello significaba que los militantes debían correr a recoger armas en el arsenal donde se encontraban ocultas y que de antemano conocían. Allende y los comunistas confiaban en que el Ejército y los Carabineros no sabían nada de tales claves, ni de sus pueriles artificios confiados a la reserva de sus militantes.

Es así que el secreto no fue virtud cultivada por los conspiradores marxistas. Ni el estado mayor ni las jefaturas del ejército paralelo supieron mantener la cerrada reserva que su conspiración exigía. Lo que se ignoraba era la envergadura de los preparativos militares y la magnitud e inminencia del peligro.

Dos hechos vinieron a crear conciencia de la situación real y a dar una idea de las proporciones que asumía la conjura.

El primer hecho lo constituyó el poder que el Parlamento —bajo la presión de denuncias y sospechas— otorgó a las Fuerzas Armadas, a comienzos de 1973, confiriéndole la facultad de controlar los armamentos existentes en todo el país. Esta autorización legal permitió a las Fuerzas Armadas y a Carabineros descubrir depósitos de armas y de explosivos y de documentos que esclarecieron los planes de los marxistas.

El segundo hecho que llegó a conmover la opinión

de los jefes de las Fuerzas Armadas fue la virulenta campaña desencadenada contra ellas por la propaganda de Unidad Popular y que se acentuaba a cada nuevo descubrimiento de arsenales y de campos de entrenamiento. En discursos políticos, artículos de prensa, transmisiones por radio y televisión, los institutos militares eran blanco de ataques virulentos. Los llamamientos a los soldados y suboficiales para que se rebelasen contra la autoridad de sus jefes y oficiales, se multiplicaban. Y en los muros de los cuarteles se inscribían letreros que llamaban a los soldados a la desobediencia, a la desertión y a la rebelión.

En medio de la candencia de esta campaña, los servicios de inteligencia de la Marina de Guerra descubrieron en los primeros días de agosto de 1973 la operación sediciosa que realizaban el Senador Carlos Altamirano, secretario del Partido Socialista, el diputado Oscar Guillermo Garretón, secretario del MAPU, y Miguel Enríquez, jefe del grupo terrorista, el MIR.

El complot organizado por estos dirigentes se proponía obtener que un grupo de suboficiales y de marineros obtuviesen la cooperación de un mayor número de sus camaradas en los barcos para capturar al crucero "Almirante Latorre" y al destructor "Blanco Encalada", surtos en el puerto de Valparaíso. Esta conjura tenía ramificaciones en el puerto de Talcahuano, donde el número de complotados pasaba de la centena.

Los suboficiales y marineros fueron llevados ante un tribunal militar, los dos parlamentarios fueron acusados ante la Corte, de acuerdo con la ley, y el dirigente mirista fue perseguido.

Estos hechos persuadieron a las Fuerzas Armadas de la conducta dolosa y de la duplicidad del gobierno marxista. No había el designio de respetar la Constitución ni de acatar las reglas del régimen democrático. Por el contrario: se preparaba la sedición contra la democracia.

Los descubrimientos realizados después de la caída

del gobierno marxista ratificaron plenamente las sospechas de los militares y justificaron las acciones emprendidas para impedir el golpe de Estado marxista y la instalación de una dictadura totalitaria.

Hoy está probado que la formación de agrupaciones paramilitares fue iniciada al día siguiente de la toma del gobierno por Unidad Popular. El Partido Comunista organizó su "Brigada Ramona Parra"; el Partido Socialista la "Brigada Elmo Catalán" y el Ejército Nacional de Liberación, cuyo núcleo central lo constituían guerrilleros que habían luchado al lado del "Ché" Guevara en Bolivia. Hasta el MAPU y los partidos menores tenían sus brigadas de choque militarizadas. Los grupos terroristas, el MIR, el VOP —Vanguardia Organizada del Pueblo— responsable del asesinato del ex Ministro del Interior democristiano, Edmundo Pérez Zujovic; y el MR2 —Movimiento Revolucionario "Manuel Rodríguez"— disfrutaban de plena impunidad desde que sus jefes presos fueron liberados por Allende.

Desde 1971 militaban formaciones paramilitares, base de un ejército paralelo creado para enfrentar a las tropas regulares de la nación. En 1972 y en la primera mitad del 73 fueron organizados los grupos de combate de los barrios —comandos de poblaciones— y los de los centros de trabajo —cordones industriales— los que, llegado el momento, debían tomar las armas, atacar a soldados y carabineros y construir barricadas en las calles y caminos para incomunicar las ciudades.

A las armas que llegaban del exterior se añadían las que se fabricaban en el país. En las fábricas de la empresa "Mademsa" las grúas móviles fueron transformadas en carros blindados, armados de cañones. En las usinas de "Fensa" se fabricaban bombas y granadas que atiborraban los arsenales clandestinos.

Tanto en el palacio de La Moneda, como en las residencias privadas de Salvador Allende, en la calle Tomás Moro y en El Cañaveral, fueron encontrados

arsenales con enorme cantidad de armamentos. Había desde fusiles automáticos hasta metralletas, pistolas, bombas, minas, granadas de gas paralizantes, cañones sin retroceso, cajas de dinamita y de TNT. Estos hallazgos, realizados con posterioridad a la caída del gobierno marxista, demuestran que la preparación de la guerra civil que denunciaba Unidad Popular era realizada por el propio Allende, por sus Ministros civiles y por los líderes de UP.

Camino al golpe de Praga

Está comprobado que Allende hizo partícipe a Fidel Castro de las graves dificultades que afrontaba su gobierno y de la honda crisis que padecía. La respuesta del dictador cubano ha sido encontrada en los archivos de Allende y ha sido publicada en el "Libro Blanco", reunión de pruebas documentales que ha hecho publicar la Junta Militar.

La carta de Fidel Castro a Salvador Allende dice en uno de sus párrafos más significativos: "Querido Salvador: bajo el pretexto de discutir contigo cuestiones relativas a la reunión de los países no alineados, Carlos y Piñeiro van a Chile. La finalidad real es informarse contigo sobre la situación y ofrecerte, como siempre, nuestra cooperación frente a las dificultades y a los peligros que constituyen una amenaza contra el proceso revolucionario".

El "Carlos" es Carlos Rafael Rodríguez, el comunista de obediencia moscovita puesto al servicio de Castro. Y Piñeiro —apodado Barbarroja—, es el jefe de la policía secreta cubana, formado por la KGB soviética. Ambos individuos indujeron a Allende a organizar el golpe mediante el cual debía instalarse en Chile una dictadura totalitaria.

Ni Castro ni Allende se propusieron que el ejército

paralelo saliese a hacer frente a las Fuerzas Armadas. Descartaban la derrota en caso de enfrentamiento. Por ésto, los emisarios de Castro y Allende trazaron un plan digno de Gengis Khan o de Calígula.

El "Libro Blanco" da a conocer documentos que prueban que el gobierno marxista y Unidad Popular se planteaban la tarea de dividir en dos facciones antagónicas a las Fuerzas Armadas. "Un sector mayoritario aliado de la reacción y un sector minoritario que luchará junto con la mayoría del pueblo de Chile".

Las directivas marxistas encargaban a sus organismos partidarios de fichar a la oficialidad y suboficialidad, formar células dentro de las unidades militares, impartir educación política a los militares simpatizantes, desarrollar sobre ellos lavados de cerebro intensivos y establecer núcleos de espionaje dentro de cada unidad de la fuerza armada.

La parte capital del "Plan Zeta" elaborado por Cuba, consistiría en "descabezar los mandos superiores y los de las unidades de las Fuerzas Armadas. Será fundamental eliminar físicamente a los Altos Mandos y a los oficiales, jefes de unidades de las fuerzas enemigas, para debilitar y desmoralizar a la reacción desleal. En consecuencia, se aprovecharán las reuniones y concentraciones propias de las Fiestas Patrias para actuar masivamente, de modo fulminante, y en forma coordinada, en todas las ciudades principales del país".

Las instrucciones impartidas a los comandos marxistas de las provincias eran precisas: "A-1. El Mando Regional empleará los núcleos especiales en la ciudad cabecera del área respectiva, para eliminar con armas de fuego a los oficiales con mando de tropas en los lugares de concentración de fuerzas en la Parada Militar del día 19 de septiembre."

Para dar seguridad a los sediciosos de provincias, el anuncio se limitaba a comunicarles que, en aquel mismo día "Simultáneamente, los miembros del GAP —Grupo de Amigos Personales— de La Moneda y de

la Intendencia, procederán a dar de baja a los generales, almirantes y altos oficiales que estarán reunidos asistiendo al almuerzo oficial que ofrecerá el gobierno con motivo del Día del Ejército".

La significación del "dar de baja" fue explicado en otra parte del Plan, sólo comunicado a los grupos de Santiago. El 19 de septiembre estaría llegando a los postres, poco después del mediodía, el almuerzo que el Presidente Allende iba a ofrecer a los tres Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas, a los miembros de los Estados Mayores y a los altos jefes.

Allende sería invitado por uno de sus secretarios a salir y atender una llamada telefónica urgente. Tras el ruego de ser disculpado, el Presidente dejaría el comedor, momento en el que los hombres del GAP penetrarían abruptamente, armados de metralletas, disparando a quemarropa y liquidando a los comensales. Simultáneamente los oficiales asistentes a la Parada Militar del Parque Cousiño serían asesinados por brigadas marxistas, cuyos miembros estarían disfrazados de militares.

En este plan incontestablemente flota el espíritu del castrismo y el del hombre que arrastró a los jefes militares cubanos a una especie de circo romano para ser juzgados y condenados a muerte.

El "Plan Zeta", que debió ser ejecutado el 19 de septiembre, fue drásticamente frustrado por el contragolpe preventivo de la fuerza armada del 11 de septiembre. Las previsiones adoptadas por los emisarios de Fidel Castro y de Unidad Popular quedaron sin cumplimiento.

Combatientes que no se batieron

Toda esta preparación diabólica, para quedarse en faramalla; para —a la hora de la verdad— izar ban-

dera blanca o desaparecer tragados por la tierra, como si los millares de legionarios se hubiesen transformado en el Regis Debray del "Che" Guevara.

Esta situación clava delante de quien analiza el fenómeno, o de los que fueron testigos del hecho, un cúmulo de interrogantes como venablos. Lo primero que permanece irrefutable es que huyeron sin combatir. Estaban entrenados, tenían armamento, sabían emplearlo, pero no acudieron a los llamamientos desesperados que Allende transmitía por las ondas de Radio Corporación y de Radio Magallanes, y que resonaban como voz que clamaba en el desierto. Los combatientes no acudieron al combate cuando su líder, en la cumbre de la angustia, les decía: "Chilenos: es quizás la última vez que escuchen mi voz...".

Ante tal abandono, Allende debió sentirse peor que el "Che" Guevara cercado por los soldados bolivianos. Es claro que el capitoste marxista, ante todo, no sólo se sintió abandonado y defraudado, sino herido en lo más sensible de su exacerbada vanidad. El, jefe, comandante y líder, no había sido capaz de forjar la devoción que lleva al ser humano a defender su fe con la vida y a hacer vibrar las cuerdas del heroísmo en el alma de sus seguidores. Ante la trágica soledad en que se encontró aquel mediodía del 11 de septiembre en La Moneda, no le quedaba otra salida que la que le abrió la metralleta checa, ornada con la dedicatoria de Fidel Castro.

Tiene que llamar vivamente la atención la pasividad con la que la legión extranjera, el ejército paralelo, las milicias arduamente preparadas, asistieron al derrocamiento de Allende y a la liquidación del más grande ensayo marxista del comunismo internacional. Tiene que sorprender por qué no actuaron como aquellos héroes de Víctor Hugo, como los comuneros de París, como los insurgentes del siglo pasado. Llama la atención por qué se comportaron como integrantes de la sociedad de consumo, amantes de la

comodidad, de la buena vida del sibaritismo y de la alegría de vivir.

Toda la combatividad quedó a cargo de un par de grupos fanáticos desesperados y de franco tiradores dispersos, dispuestos a convertir sus camisas en banderas blancas. Y aquí se hace presente, otra vez, el espíritu de aventura, la frivolidad, la ausencia de organización verdaderamente seria y de dirección responsable.

Allende, como para dar el ejemplo, aparece fotografiado entrenándose y disparando su metralleta en El Cañaveral. Sus amigos y partidarios, los milites armados de la legión extranjera y de su ejército paralelo, también se entrenaron, pero no fue para combatir defendiendo su causa, como lo demostraron los hechos.

En Chile estuvo presente y actuante el mismo espíritu que en Guatemala, que en el Brasil, que fue el más alejado de la combatividad y del valor.

Detrás de este hecho, que fue histórico, se hace obligatorio intentar la explicación de la huída. La razón honda y trascendente que la determinó; la razón por la cual miles de personas que habían llegado libremente a Chile con la firme decisión de combatir, no combatieron.

El valor es virtud individualísima, subjetiva y personal. Pero, cuando el valor falta colectivamente, cuando la cobardía se generaliza, paralizando a miles de combatientes, induciéndolos a la inacción, es preciso buscar una explicación, no subjetiva ni individual, sino sociológica y objetiva.

El fenómeno sociológico ante el cual nos encontramos, ante el que se enfrentó Allende en la tremenda soledad de su última tarde en la tierra de los vivos, es el de la corrosiva desmoralización producida por la actuación del gobierno marxista, dentro de sus propias filas. Los que rehusaron combatir el 11 de septiembre eran gente que había perdido el alma de su fe. Los resultados obtenidos por el proceso revolucionario que habían presenciado, no correspondían a la

esperanza que se había puesto en la grandiosa empresa. La frustración tangible superaba los peores pesimismo; los errores se alzaban como vaías infranqueables, contra las cuales la lucha se hacía estéril. Los combatientes habían llegado espiritualmente a ese pórtico siniestro, en donde está grabada la inapelable sentencia: "Aquí hay que renunciar a la esperanza..."

Esta desmoralización tuvo la importancia decisiva de su vastísima trascendencia. No fue el fenómeno limitado a las tropas que, a la hora de la verdad, se negaron a pelear y a tomar las armas. Es el hecho que trasciende a todo el destino del comunismo en América Latina y al destino del comunismo mundial. La fe comunista, las esperanzas revolucionarias, la confianza en el marxismo y en el comando supremo, sapiente e infalible de Moscú, se derrumban en millones de conciencias como consecuencia del desastre marxista chileno.

El enjuiciamiento de millones de personas —muchas de ellas cultivadas e ilustradas— que habían creído en el cuento de "la corriente de la historia", está, a estas horas, sometido a revisión. A miles y miles que estaban resueltos a tomar las armas y a batirse por el socialismo, en defensa de la revolución proletaria mundial, les está sucediendo exactamente lo mismo que a los que, estando en Chile y viéndola en peligro, se negaron a tomar las armas y a combatir.

Se está operando una masiva deserción, sobre todo en América Latina, donde los sentimientos de triunfo o de derrota tienen tan elevadas cotizaciones políticas. Chile ha hecho más, en favor del regreso de los pueblos de la aventura izquierdista, que toda la propaganda anti-comunista de los últimos cincuenta y tantos años. Por ésto es que el acontecimiento chileno es como el gozne en torno al cuál está girando la historia de América Latina, historia en la que Allende dio a sus partidarios y a los comunistas de todo el mundo una conciencia desdichada.

Bajo la pesadumbre de tal conciencia no hay combate posible. Ella es la esencia misma de la derrota.

Los comunistas de todas las latitudes tienen un sentimiento profundo y amargo respecto de los militares chilenos. Lo prueba la enfurecida campaña de calumnias e invenciones siniestras. Pero ese resentimiento es más hondo y más áspero con Allende, con los socialistas de Altamirano, con los comunistas de Corvalán. A ellos les acusan en la intimidad de ser los responsables de la quiebra y de la pérdida irreparable de la brillante perspectiva que se abrió en 1970.

Nada pesa más sobre el espíritu humano que el derumbe de las grandes ambiciones. Y hay que tener presente, con mucha claridad, que quienes se acercan ahora a los abrevaderos del marxismo lo hacen principalmente por ambición.

A diferencia del "Ché" Guevara, Allende constituye la frustración de una magnífica esperanza, conquistada y concreta. Por esto, mientras del "Ché", de quién poco o nada esperaban los comunistas, se deriva una conciencia heroica, un mito legendario, de Allende no proviene, a pesar de lo trágico del suicidio, sino la pesadumbre del fracaso determinado por la quiebra fraudulenta de un Banco con los más elevados depósitos de esperanzas. A pesar de las acusaciones, de las censuras y de las críticas de Moscú, el "Che" será figura heroica para los comunistas. Allende sólo una figura en eclipse creciente, como Bela Kun, como Pepe Díaz, como Jacobo Arbenz.

Sería erróneo estimar la cobardía como calidad congénita de los comunistas, como expresión del marxismo contemporáneo. Se dispersaron sin resistir en Guatemala, dejando limpias las calles al paseo de las tropas de Castillo Armas; acudieron tumultuariamen- te al estadio de La Habana para pedir a gritos ¡paredón...! para los jefes y oficiales del ejército de Cuba; se taparon los oídos con cera, como los marinos de Odiseo, para no atender los llamamientos de Brizzola y de Prestes, en Río de Janeiro y en Sao Paulo; y en

Chile, repitieron la misma actitud empavorecida, con caracteres más acentuados todavía y de mayor pobreza moral.

La causal profunda, por ésto, hay que buscarla más allá de la irracionalidad sentimental de la cobardía. Más allá del sentimiento hay que buscar la razón. Y la razón eminentemente sociológica, en Guatemala, como en el Brasil, como en Chile, reside en que los gobiernos revolucionarios engendraron en torno a su actividad política un ambiente envenenado de desmoralización. En ninguna parte, y por ninguna causa, se han batido jamás tropas desmoralizadas.

Había otra razón además. Brigadas de combatientes integradas por aventureros venidos de todos los confines del mundo; sin raíces en Chile; sin más consistencia ideológica que algunas ideas exaltadas y una tendencia invencible a la delincuencia más que a la revolución, no era la mejor materia prima con la que se podía forjar un ejército como el que peleó en Valmy.

Capítulo XIII

TRAGEDIA Y TRAFICO DEL CADAVER

Filosofía amoral y cínica / El regreso de la Escuadra /
En el principio del fin / La antesala de la tragedia /
Un testimonio irrecusable / Furiosa campaña de calumnias.

Filosofía amoral y cínica

La crisis política chilena se mecía, acunada por histéricos sobresaltos, entre las maniobras maquiavélicas de Allende y el inmovilismo contemplativo de la mayoría parlamentaria demócrata cristiana. El proceso estaba presidido por la filosofía amoral y cínica que profesaba el líder de Unidad Popular, tomada de las concepciones del marxismo.

En carta dirigida a sus aliados de Unidad Popular, Allende escribió: "El quid del problema en política es la cuestión del poder. Esta verdad esencial del marxismo debe presidir todos nuestros actos. Nada vale la ética de las palabras. Las cosas son buenas o malas según nos aproximen o nos alejen del poder; según aseguren o no la irreversibilidad del proceso revolucionario". El hombre que no quiso ni supo aplicar las enseñanzas leninistas en el campo de la economía, ni en el terreno político, las aplicó austeramente en el campo de la moral.

La cuestión obsesiva del poder obligaba a Allende y a los marxistas a proseguir intensamente los preparativos para la ejecución del golpe de Praga con los métodos bárbaros elaborados por el castrismo. En el estilo asiático de los comunistas de Indonesia se pro-

ponía liquidar la insurgencia de los sectores gremiales —que era la más eficiente— y aplastar la resistencia organizada y eficazmente sostenida por el sector empresarial aún sobreviviente y por las fuerzas populares que se esfrentaban al peligro de la dictadura y en defensa de la libertad.

La vasta insurgencia de la clase media en todos sus escalones, su enérgica combatividad, envolvía y presionaba constrictivamente a los jefes y oficiales de las Fuerzas Armadas. Los parientes, los amigos, los círculos sociales inmediatos, formados por gente de clase media, ejercían una influencia compulsiva cotidiana, sobre quienes tenían en las manos los poderes de la decisión.

En Chile, la tradición, la moral cívica, los hábitos democráticos que florecen como en país alguno de América Latina, imponía a las Fuerzas Armadas el respeto de la Constitución y de sus normas. Más, estas normas habían sido despedazadas por el gobierno marxista y transformadas en pedazos de papel. Sobre los viejos principios se imponía el criterio brutal de que la Constitución era un papel en el que algo estaba solemnemente escrito. Para los marxistas, lo que se escribe con tinta se borra con tinta. Y Allende se mostraba dispuesto a borrarlo.

La ciudadanía se hallaba ante un Poder Ejecutivo que se enfrentaba despectivamente al Parlamento, al Poder Judicial, a los empresarios, a los profesionales, a los camioneros, a los comerciantes, a los trabajadores y a los estudiantes que regresaban de su carrera tras el mito.

Lo que imponía un deber cívico, que se alzaba imperativo sobre la Constitución, sobre la democracia representativa y sobre las leyes, era impedir que la Constitución fuese totalmente abolida, que la dictadura totalitaria —feroz como todas las de su estirpe— se instalase sobre un mar de sangre humana en el país.

El descubrimiento del "Plan Zeta" convenció a los jefes militares de la abrumadora carga de razón que

asistía a todos los que estaban ejerciendo presión sobre ellos. Se sintieron como tripulando sólidas embarcaciones en medio de un inmenso mar de naufragos que pedían socorro. Ante el panorama que se alzaba ante los jefes de las Fuerzas Armadas, la tradición legalista, la fidelidad al gobierno legítimo, el respeto de normas destrozadas por los otros, se transformaban en retórica encubridora de algo que se iba a convertir en traición al país.

El mandato que surgía de la entraña más profunda de la tradición democrática de Chile y del porvenir de la nación, coincidía con el clamor popular. Los militares estaban obligados a impedir que su patria fuese hundida en un baño sangriento para servir el designio de poderes extranjeros.

Antes de poner en ejecución lo que Fidel Castro y sus emisarios habían denominado "Descabezamiento de las fuerzas armadas", Allende intentó una maniobra que encaja perfectamente en su táctica aventurera.

Convocó a La Moneda a dos generales amigos suyos, y les propuso que realizasen, amparados por el gobierno, una limpieza del Estado Mayor y del Comando supremo de las Fuerzas Armadas, intentando así la división de éstas en facciones leales y rebeldes, al modo de España. Al día siguiente de recibir el encargo, los dos generales presentaron su dimisión. Y días después, el general Carlos Prats, que había sido su Ministro y su Vicepresidente, presentaba su renuncia como Comandante en Jefe del Ejército.

La acumulación de estos hechos, unidos a los descubrimientos de arsenales, de campos de entrenamiento, de organizaciones paramilitares, determinó en los dirigentes de las tres armas la decisión de actuar poniendo en ejecución la acción a la que jamás habrían querido llegar.

Una reunión secreta en la Escuela Militar fijó el martes 11 de septiembre como el día en que debía cambiar el rumbo de Chile. Desde aquel momento la suerte del gobierno marxista quedaba sellada.

El hecho que exhibe a Allende y a los corifeos marxistas como revolucionarios de inferior calidad, es que, al conocer que las Fuerzas Armadas habían resuelto derrocarlo, él y sus comandantes permanecieron pasivos, indecisos e irresolutos, esperando los acontecimientos. Allende en Tomás Moro y luego en el Palacio de La Moneda.

Los auténticos revolucionarios del tipo de Lenin, de Trotsky, de Mao Tzé-tung, se habrían lanzado inmediatamente a organizar la resistencia, a sacar a las masas a las calles, a poner en acción a su ejército paralelo, a sus cordones industriales, a su legión extranjera. Es asombroso que jefes políticos organizadores y promotores de una guerra civil, permaneciesen acobardados, como poseídos por espanto invencible. Históricamente, los revolucionarios chilenos se presentaron como el aprendiz de brujo, capaz de desencadenar las fuerzas infernales pero paciente de amnesia cabal que le impidió recordar las palabras mágicas con las que podía dominarlas.

Podría ser que el inmovilismo marxista se haya debido a la nitidez de la conciencia que tenían sobre su inferioridad flagrante respecto a las FF. AA. Tal supuesto gana validez si se tiene en cuenta que Allende, los jefes del GAP y los estrategas del ejército paralelo, estimaban que Tomás Moro, El Cañaveral y el palacio de La Moneda eran fortines inexpugnables. Allende estuvo persuadido de que la aviación no se atrevería a lanzar bombas sobre locales rodeados de viviendas y de edificios habitados.

Su pensamiento y el de sus guerreros tenían un atraso de un cuarto de siglo. Estaban pensando en aquellos mezquinos aviones soviéticos, los "chatos" que jamás lograron dar en el blanco, y por los que Rusia se cargó todo el oro de España. Su sorpresa debió haber sido grande cuando comprobaron más tarde que los cohetes lanzados por los aviadores chilenos clavaban sus proyectiles en la ventana donde habían puesto la puntería, a vuelo rasante.

Es incuestionable que la paralización de los marxistas facilitó en gran parte la acción de las Fuerzas Armadas y, afortunadamente, evitó un mayor derramamiento de sangre.

El regreso de la escuadra

Eran los días en que los barcos de la escuadra chilena debían hacerse a la mar para participar en las maniobras anuales del Pacífico Sur con las naves destacadas por los Estados Unidos.

Aconteció en el tormentoso año chileno de 1973 que los jefes de la Marina adoptaron la actitud insólita de no hacerse a la mar, permanecer en las bahías para no participar en las maniobras. Tal actitud la justificaron los almirantes atribuyéndola a la situación crítica que reinaba en el país.

Allende, en su carácter de generalísimo constitucional de las Fuerzas Armadas, convocó al palacio de La Moneda a los jefes de la escuadra para discutir la negativa a participar con los barcos norteamericanos en las maniobras del Pacífico Sur.

La entrevista fue tensa y habría alcanzado caracteres dramáticos. Tras prolongada discusión, los jefes de la Marina salieron de La Moneda manifestándose inclinados a movilizar la escuadra.

En efecto, el lunes 10 de septiembre por la mañana, los buques de guerra dejaban ver sus penachos de humo en el lindero del horizonte. Allende y sus estrategias se sintieron tranquilizados. Alejada la Marina, se podría trabajar en el pulimiento de las aristas del "Plan Zeta".

A la medianoche, los buques que habían zarpado por la mañana retornaban a Valparaíso con las luces apagadas, echaban sus anclas lentamente y movilizaban su marinería de desembarco sobre los puntos estra-

tégicos de la zona y del balneario de Viña del Mar. Aquel regreso era el anuncio del drama que iba a sobrevenir.

Este anuncio era confirmado por el hecho insólito de que las luces permanecían encendidas en varios despachos del Estado Mayor del Ejército, en el edificio ubicado a menos de doscientos metros del palacio de La Moneda. Entretanto, en la casa de los Presidentes de Chile reinaba penumbra total, indicando que los miembros del GAP reposaban de las fatigas de un día muy ocupado.

Poco antes de las siete de la mañana sonó el teléfono privado del Presidente Allende, en la casa de Tomás Moro. Allende respondió personalmente, sin duda sorprendido por la hora en que se le llamaba, sabiendo que no era un madrugador.

Quien llamaba al Presidente —disculpándose por hacer una llamada a esa hora— era el Jefe de Seguridad de Valparaíso. Tras las excusas, vino la información sobre el retorno de los buques de la escuadra y sobre la ocupación por los marinos del puerto y de los puntos estratégicos del lugar.

Allende se vistió con ropa informal, no obstante que tenía citas de recepción a diplomáticos extranjeros, circunstancia que ha sido reiteradamente señalada por Isabel Allende ante los periodistas de la revista francesa "París-Match" como prueba de que su padre fue asesinado. Pantalón azul oscuro de alpaca; sweater gris a cuadros; saco de "tweed" deportivo. Trató de no despertar sino a las personas de quienes tuvo necesidad. Subió a un automóvil azul "Fiat" y se hizo escoltar por dos carros blindados, armados de ametralladoras, a los que se conocía con el nombre de "tanquetas".

El automóvil presidencial cruzó las calles hundidas en la bruma invernal que bajaba de los Andes. La "Fiat" hacía resonar los pedazos de vidrio esparcidos por el suelo, testimonio de las batallas callejeras de la víspera; en el ambiente se sentía olor a gases

lacrimógenos. No había una sola tienda abierta. Reinaba una soledad de tiempos de huelga. Huelga de camioneros, de tenderos, de profesionales, de estudiantes.

En La Moneda, los sonolientos GAP se sorprendieron al ver llegar al Presidente tan temprano y con tal escolta. Sospechaban que algo raro estaba comenzando a suceder aquella mañana.

En el principio del fin

Allende penetró en su despacho del segundo piso y llamó a sus amigos y colaboradores más inmediatos. Los capitostes del GAP hacían sacar las armas de los subterráneos señalándoles emplazamientos adecuados. Los primeros en llegar fueron el jefe de informaciones, Olivares, quien llegaba tal vez sin sospechar que estaba viviendo las últimas horas de su vida; el doctor Patricio Guijón, cardiólogo, amigo y médico personal de Allende; y el Subsecretario Vergara. La primera recomendación de Allende —como si algo importante fuese a resolver con eso— fue no causar pánico entre sus partidarios afuera. La verdad es que no sabía qué hacer. Había llegado a la hora en la cual los minutos desarman y desarticulan todas las maniobras.

Olivares solicitó comunicación con las radiotransmisoras. Sólo Radio Corporación y Radio Magallanes respondieron, poniéndose a disposición de la Presidencia. Allende se instaló tras los micrófonos y anunció a sus auditores que un destacamento de marinería sublevado se había instalado en Valparaíso; pero que la calma y el orden prevalecían en el resto del país. El mensaje tuvo un tono tranquilizador.

Luego, alguien informó que los militares estaban hablando por radio. Todos se precipitaron alrededor del aparato de transistores portátil del Presidente.

La voz del locutor era firme y se hacía escuchar con nitidez: "Los Comandantes en Jefe del Ejército, de la Marina y de la Aviación, así como el jefe del Cuerpo de Carabineros, han formado una Junta de Gobierno y exigen la dimisión del doctor Salvador Allende."

Calló la radio y los circunstantes se miraron en silencio. Luego Allende lanzó algunas imprecaciones que luego fueron coreadas por otros. Y un soplo de duda espesa y de irresolución más espesa todavía pasó sobre aquel cónclave de gente inoapaz de toda iniciativa.

La Moneda le parecía un parque con el número suficiente de armas y municiones que permitirían resistir hasta que llegasen las masas encolerizadas, las tropas del ejército paralelo, las banderas de la legión extranjera, que debían estar ya en plena movilización...

Allende vuelve a ponerse en contacto con las radiotransmisoras leales. Enfurecido, califica con los peores epítetos a los militares rebeldes, ahorrando injurias para los carabineros, en cuya lealtad confía aún, ya que un destacamento del cuerpo está montando guardia en palacio. Para los marxistas, los carabineros son "hijos del pueblo". Lo dramático es que el pueblo había desaparecido. Los enclaustrados en La Moneda esperaban la llegada tumultuosa de los que, ayer no más, aclamaban al régimen y al Presidente. Pero de las calles no llegaba sino el silencio; y las dos plazas estaban desiertas.

Allende elabora entonces un mensaje patético: "¡Chilenos: tal vez esta sea la última vez que escuché mi voz..." En vez de la enfervorizada respuesta de las masas, se escucha el mensaje de las Fuerzas Armadas: "¡Atención... atención... A toda las radios gubernamentales: terminen sus emisiones o van a ser bombardeadas"

Fue como si recién hubiesen comprendido que los aviones "Hawker-Hunter" pueden bombardear un

blanco no más grande que un ventanuco de La Moneda.

Suena el teléfono con una llamada para el Presidente. Allende acude a recibirla y escucha una voz seca, ronca y rotunda: "Doctor Allende: dimita usted y tiene la vida garantizada, lo mismo que la de sus familiares y amigos".

Cortada la comunicación, se escucha afuera un paso de marcha. Son los carabineros que estaban custodiando el palacio, que se alejan con las armas al brazo y al trote. Se notifica así que el Cuerpo de Carabineros, fuerte de treinta mil hombres, se ha plegado a los rebeldes.

El momento evoca el pasaje de Antonio y Cleopatra de William Shakespeare: "¡Escuchad... escuchad...! ¿No oís ese ruido subterráneo...? ¿Es un temblor de tierra... o es el mar que se sale de su lecho... o la lava de un volcán...? ¡No! Es Herakles, el dios de la fuerza, que abandona los campamentos de Antonio..."

Llegaron las dos hijas del Presidente y, luego, su secretaria, la Payita, la misma que, según el diario "Sunday Express" de Ottawa, Canadá, tiene una cuenta que asciende a seis millones de dólares en Bancos canadienses. "Como ahorros de una secretaria, no está mal", dijo el diario al informar sobre el hecho.

Tan pronto como los carabineros han cruzado la plaza y después que los nuevos huéspedes han ingresado en La Moneda, se produce nutrida descarga de fusilería y metralletas. Son los hombres del GAP que hacen fuego sobre los carros de asalto del Ejército que avanzan sobre la plaza, delante del palacio. Los tanquistas militares responden con descargas de ametralladoras que hacen volar las cornizas de las ventanas.

En medio del estruendo producido por los disparos, nueva llamada telefónica. Se pide con Allende:

"Doctor Allende: renuncie usted y disponga del

avión que estará a sus órdenes, para que viaje a la frontera que quiera elegir..."

Es probable que en aquel momento tuviese aún confianza en que el pueblo llegaría a rescatar a los virtuales prisioneros y a derrotar a los militares. Los demás tal vez compartirían esa confianza, aunque perdida la esperanza de que el pueblo asome por la plaza Bulnes, totalmente ocupada por fuerzas del Ejército. Pidió a Olivares que buscara comunicación, de nuevo, con las radios. Olivares lo intentó varias veces, para dejar el audífono y, moviendo la cabeza, dijo: "No contestan..."

El reloj marcaba las 10 y 30 de la mañana. Volvió a sonar el teléfono con nueva llamada para Allende. Es el Almirante Merino que le hace la misma proposición: "Dimita usted y garantizamos su vida y la de sus familiares y amigos".

Hay una información de la casa presidencial de Tomás Moro. La aviación la ha bombardeado y un sector está ardiendo; han volado partes de los arsenales y del campo de entrenamiento... Podían hacerlo y, simplemente, lo han hecho.

La antesala de la tragedia

Nueva llamada telefónica, que Allende tardó en atender. Es el general Baeza, comandante general de la Plaza de Santiago. El tono del militar es respetuoso. Pero, lo que dice tiene gran carga de amenaza.

"Señor Presidente de la República: La Junta Militar me encarga decirle que usted y todos los que se encuentran en palacio deben salir antes de las once en punto de la mañana. De otro modo, la aviación bombardeará el palacio de La Moneda, lo que deseamos evitar."

Esta vez no hubo injurias. Allende se limitó a repetir que se presentasen en La Moneda los comandantes de las tres armas para parlamentar con ellos. Fue

la última maniobra de Allende. La petición le fue negada.

Terminado su diálogo, Allende pidió mayores informaciones sobre el bombardeo aéreo de Tomás Moro. "Increíble... cómo han podido hacerlo..." Todos pensarían: si han podido hacerlo con Tomás Moro, bien pueden hacerlo con La Moneda. El pensamiento parece hacerse unánime, sin necesidad de palabras, y también la conclusión: buscar una bandera blanca y rendirse. Este pensamiento parece decidir algo; Allende hace llamar al general Baeza:

Habla con él y le solicita una tregua de diez minutos para que las mujeres, la Payita y otras, pudiesen evacuar el palacio. El general Baeza le asegura que podrán salir protegidos hombres y mujeres, los que deseen hacerlo. Allende replica: "No creo que ningún hombre quiera rendirse".

La tregua es acordada y minutos después, las mujeres —con la sólo excepción de la Payita— y varios hombres, salen precedidos por una bandera blanca, en medio de un silencio impresionante que deja escuchar las pisadas.

Nueva llamada del general Baeza, anunciando que dentro de quince minutos el palacio de La Moneda sería bombardeado por la aviación.

Todo indica que Allende y los fieles que le acompañan han perdido ya toda esperanza en la acción revolucionaria de las masas. Un lapso de casi siete horas ha sido suficiente para realizar una movilización. Si no han llegado es porque el pueblo está ausente de la lucha y porque permanece indiferente a la tragedia.

Pasan los minutos y repentinamente, como un trueno, retumban los motores de los aviones, que realizan un vuelo rasante a cuarenta o cincuenta metros de altura. Al pasar sobre La Moneda lanzan cohetes que dan en el blanco con matemática precisión, haciendo volar trozos de la fachada y envolviendo la casa en densa humareda. Los aviones intensifican el bombardeo descargando su fuego de ametralladoras.

Inmediatamente después los tanques y carros de asalto avanzan sobre la plaza. Los cañones están inclinados en cero, apuntando a La Moneda. Los proyectiles hacen volar trozos de muro, destrozan las puertas, abren boquetes unos mayores que otros.

Las radiotransmisoras siguen repitiendo las órdenes militares. Aconsejan ornar las casas con banderas nacionales. Y dan órdenes secas y compulsivas. Dan la lista de sesenta y cinco altos dirigentes de los partidos de Unidad Popular, de antiguas autoridades del régimen, de corifeos socialistas y comunistas que deben entregarse.

Allende pierde definitivamente toda esperanza de acción popular y acuerda que sus partidarios se rindan. Su jefe de informaciones, el periodista Augusto Olivares, se pega un tiro en la sien. Los demás, precedidos por la única mujer que queda, la "Payita", levantan como bandera blanca el delantal del médico personal de Allende, que se ha despojado también de su máscara antigás.

Fue en este breve lapso que se consumó la tragedia. Salvador Allende se disparó dos tiros bajo la barba con la metralleta que le obsequiara Fidel Castro, y que llevaba en la culata una inscripción "más duradera que el bronce", como decían los romanos.

Un testimonio irrecusable

Desde ese momento se alza como tempestuosa marejada la propaganda con matrices en Washington y en Moscú, que moviliza toda la "agitprop" de comunistas, demócratas, socialistas, compañeros de ruta, curas tercermundistas y tontos útiles, a través del mundo. Se fabrican las peores infamias contra los militares chilenos. Se pretende enlodarlos y desprestigiarlos con macabras invenciones. La acusación más suave que se les hace es la de nazis y fascistas.

Una de las invenciones más siniestras por la situa-

ción de privilegio que ocupan sus inventores, es la que fue fabricada por la hija de Allende, Isabel, y ratificada por su madre, Hortensia Bussi de Allende. Como testimonio de familiares tan íntimos, ha tenido que ser acogido por las publicaciones más importantes del mundo.

Pero, la realidad inalienable es que ni Isabel ni doña Hortensia asistieron al final de la tragedia. La hija salió de La Moneda precedida por bandera blanca antes del bombardeo de la aviación. La esposa prolongó su larga ausencia hasta la muerte de quien fue su cónyuge. Ni una ni otra pueden ofrecer testimonio válido. No fueron testigos del suceso; no lo presenciaron, por lo que la versión del asesinato que ha querido dar Isabel Allende a la revista "Paris-Match" y a otras publicaciones, entre las que sobresale la prensa soviética, tiene que ser calificada de invención, de juicio subjetivo e interesado.

Estas invenciones, iguales a las demás, son las que constituyen el material del que se alimenta la envenenada campaña de Washington y de Moscú, de La Habana y de Estocolmo contra la Junta de Gobierno de Chile.

Sobre la trágica muerte de Allende hay la versión de la única persona que estuvo a su lado en los instantes postreros, que vio cómo Allende se disparaba y moría. Esta persona fue su médico personal, el doctor Patricio Guijón, a quien los soldados que le hicieron prisionero le encontraron junto al cadáver de Allende.

El doctor Guijón ha ofrecido voluntariamente su testimonio al pueblo de Chile:

"Alguien trajo un palo de escoba y yo me saqué el delantal de médico, para lo que debí deshacerme de mi máscara antigás, y lo presté para que pudiese servir como bandera blanca de rendición. El Presidente Allende nos dijo: Vayan bajando ustedes. Yo iré detrás. Que la Payita encabece la fila"

Este fue el último grupo en abandonar el palacio asediado por las tropas encargadas de tomarlo.

"Apenas llegado a la planta baja junto con los que iban a rendirse, regresé a buscar mi máscara, ya que el aire era pesado y acre. Fue entonces cuando al llegar al lugar donde habíamos estado reunidos, me asomé a la puerta del salón "Independencia". Vi al Presidente Allende sentado en un sofá, sujetando la ametralladora entre sus rodillas y con el cañón colocado bajo la barbilla".

"Luego fue todo muy rápido, ya que ocurrió en fracciones de segundo. Se hizo absolutamente imposible intentar nada por asistir al Presidente, ya que los disparos y la muerte fueron instantáneos. Ví cómo el cuerpo de Allende se sacudía y la bóveda craneana estallaba, despedazándole la cabeza. Me acerqué por instinto incontrolado para atenderlo, pero Allende había muerto instantáneamente... Anonadado e inmóvil me quedé frente al cadáver, y allí quedé hasta que me encontraron los soldados..."

El médico quedó en Santiago rodeado de especial vigilancia, para impedir que los partidarios de Allende —interesados en difundir la tesis del asesinato— atenten contra su vida y eliminen el valioso testimonio del cual es protagonista único.

Frente a esta versión irrecusable, nada valen las historias fabricadas por sus familiares que se han convertido en agentes de la maquinaria de propaganda montada por los comunistas, por Moscú y por los demócratas de Washington, dirigidos por el senador Edward Kennedy, el mismo de la tragedia de Chappaquiddick.

Furiosa campaña de calumnias

La magnitud de la derrota sufrida por Moscú, por los demócratas norteamericanos, por el castrismo, por los social-demócratas e izquierdistas de todos los matices, es mensurable por la enconada virulencia que

se pone en el ataque a la Junta, en el empeño que tiende a desprestigiar a los militares chilenos y al régimen que ellos están presidiendo.

La finalidad de tal campaña es ostensible. Se pretende crear una atmósfera que se haga asfixiante para la Junta Militar en el campo internacional; se trata de crear un cerco de chantaje que obligue a los militares a aflojar la represión, a dar amplia libertad para que se despierte en la conciencia ciudadana la nostalgia de la democracia pasada; a restaurar el funcionamiento de la democracia representativa y a convocar a elecciones. En la etapa actual se sabe, y se sabe conscientemente, que el bando triunfador sería la izquierda de la Democracia Cristiana, apoyada por los marxistas proscritos. El más ingenuo político, el observador menos avisado, tiene que concluir que éste sería el camino del retorno de la tendencia marxista al gobierno de Chile.

Lo que se proponen con la campaña que se realiza con la espuma en los labios, Kennedy, Mac Govern, Mansfield y compañía, Brezhnev y el colegiado soviético, Fidel Castro y Carlos Rafael Rodríguez, es favorecer en Chile una restauración.

Lo que tiene que llamar la atención de toda conciencia honesta, ajena al apasionamiento de esta lucha, es que la agresiva y furiosa campaña contra la Junta Militar chilena es la contrapartida del ominoso silencio que se mantiene frente a la siniestra represión policial del gobierno cubano, al sadismo soviético ensañado contra los grupos de disidentes y contra figuras heroicas como Andrei Zakharov y Alexis Solshe-nitzin.

Los demócratas de los Estados Unidos, capitaneados por Edward Kennedy, vislumbran a través del rescate de Chile la pérdida de América Latina como "campo pastoral" semejante al que Rusia quería que los Estados Unidos impusiesen a la Alemania Occidental.

El Senador Edward Kennedy está resultando, frente al caso de Chile, una especie de Juana la Loca de la

política de estos días. Si hubiese podido hacerse del cadáver de Allende, a estas horas lo andaría paseando, con los familiares como dolientes, a través de los Estados Unidos, para así defender más eficazmente y de modo más impresionante los intereses económicos imperialistas de las corporaciones nacionales que le han encargado su defensa.

El interés de Moscú es bien diferente. El Kremlin tiene un interés inmediato y otro mediato.

El interés inmediato es el de impedir con la melodramática campaña contra los militares chilenos, con su ruido y sus invenciones macabras, que los comunistas pongan en discusión las causales de la derrota chilena y traten de esclarecer lo que significaron la intervención del Politburó del Partido Comunista soviético, el despliegue de la estrategia, la aplicación de la táctica de Moscú a través de las etapas del proceso chileno. No puede dejar de llamar la atención que el comunismo internacional no haya planteado la correspondiente autocritica para sacar las enseñanzas que se derivan de la tempestuosa experiencia chilena, para esclarecer las causas de los errores cometidos y para obtener las lecciones que fluyen de tan gran acontecimiento histórico.

Lo tangible es que Moscú no tiene interés en insinuar siquiera el más mínimo esclarecimiento. Al contrario: su vivo interés político ahora es ahogar toda tentativa de autocritica. Para conseguirlo, intenta llevar la atención de los comunistas hacia las invenciones truculentas, hacia las fabricaciones de terror y de apocalipsis. Y hacia la amenaza de un fascismo resucitado y redivivo en América Latina.

La finalidad mediata de Moscú es promover, con la cooperación de los demócratas de los Estados Unidos, la vuelta al funcionamiento de la democracia representativa, con partidos políticos, candidatos, campañas electorales y elecciones, lo que cree se traduciría en una coalición marxista con el ala izquierda de

la Democracia Cristiana triunfadora sobre la corriente que trata de consumir el rescate de Chile.

El duelo por el desastre político sobrevenido al marxismo en Chile ha sido paradójicamente mucho más sensible en Washington que en Moscú. Esto explica por qué en el Congreso de los Estados Unidos —de mayoría demócrata y kennediana— se indignan, no por la muerte de Allende ni de algunos extremistas, sino por el dramático e influyente final de la aventura que estaba ya sacando a Chile por muchas décadas del campo de la competencia en los mercados del mundo.

Aquí reside la clarividencia y la razón profunda que justifica plenamente la denuncia que hiciera —entre resentido e indignado— el Presidente de la Junta Militar chilena, general Augusto Pinochet, cuando denunció la posición marxista adoptada por la mayoría demócrata del Congreso de los EE. UU., donde los representantes del Partido Demócrata defendieron al régimen marxista, justificaron el desastre en el que se había hundido a diez millones de seres humanos, condenaron el movimiento liberador y, estigmatizando el rescate como operación fascista, pidieron sanciones financieras para castigar a los agresores de un gobierno considerado por los demócratas como propio, en niveles semejantes en que le ha considerado Moscú. Pero, sobre todo para castigar a un pueblo, arrastrándole a la desesperación y a negar su apoyo al régimen de la restauración.

El procedimiento de Kennedy y de los demócratas se ha vuelto ya clásico: socialismo, estatismo, izquiermo, a dosis industriales, para la América Latina, para cada uno de sus gobiernos; para Estados Unidos, todo lo contrario: capitalismo, proteccionismo acérrimo, cuotas de importación, vallas crecientes para las exportaciones extranjeras, sobre todo de artículos manufacturados, campaña rabiosa contra las empresas transnacionales que van a producir manufacturas en

los países subdesarrollados para introducirla a bajos precios dentro del mercado norteamericano.

Los intereses norteamericanos que actúan contra Chile son los mismos que suministran el combustible para las rebeliones estudiantiles y emasculan las potencias de nuestras universidades. Son exactamente los mismos que han provocado la caza de brujas de Watergate, con el propósito avieso de dar un golpe de Estado legal, sin armas, que les permita volver a adueñarse del poder que no supieron y no pudieron ganar limpiamente en las elecciones de noviembre de 1972.

Sus empresarios son los mismos: Teddy Kennedy, el multimillonario jefe del clan que arrastra consigo a Mac Govern, a Mansfield, a Fulbrigh, a Humphrey. Y detrás de estos, en trincheras ocultas, los gerentes y ejecutivos de las corporaciones nacionales que se mueven como en película de terror, obsedidos por la concurrencia de las empresas transnacionales que lleguen a establecerse en América Latina.

Capítulo XIV

LA HERENCIA Y LA DISYUNTIVA

La tara mortal del estatismo / La libertad es indivi-
ble / Mito de la justicia social / La ausencia de ca-
pitalismo / Renacimiento del liberalismo / Liquidar
herencia del pasado / El reto y la disyuntiva.

La tara mortal del estatismo

Es de evidencia tangible que el rescate de Chile de la dominación comunista ha sido un acontecimiento eminentemente político y sociológico.

Mediante la organización, la disciplina y el heroísmo del movimiento popular de resistencia y, al final, por el empleo de la fuerza, el pueblo chileno impidió que su país cayese bajo una dictadura estatista y totalitaria, eslabón de la cadena de la revolución proletaria mundial.

Rescate de la misma naturaleza se ha operado en los casos del Brasil, de la República Dominicana, de Bolivia, del Uruguay. Han variado las circunstancias, los argumentos y los personajes del drama, pero el acaecer histórico está alentado por el mismo espíritu. En todos los casos se trata del regreso que los pueblos realizan de la aventura izquierdista después de la frustración.

Pero el rescate político es nada más que parte de la empresa liberadora. El no se consolidará jamás sino a condición de que se imponga el rescate económico. Rescate que consiste en la liquidación radical de la herencia del pasado; en el repudio de las herencias estatistas y colectivistas que fueron impuestos por

regímenes socialistas, por procesos económicos que reposan sobre empresas estatales.

Mientras las supervivencias estatistas imperen sobre la realidad económica, el país estará amenazado por el deslizamiento hacia formas socializantes.

En América Latina, sus políticos más ambiciosos que avanzados han pretendido fabricar una categoría especial de proceso económico, al que han querido bautizar con el apodo de "economía mixta". O sea, un proceso conciliador y ecléctico, en el que actúan mancomunadas la economía estatal y la economía libre, las empresas estatales y la libre empresa. O lo que la burocracia dorada de las Naciones Unidas ha dado en llamar Sector Público y Sector Privado, para que las palabras encubran mejor las esencias verdaderas del proceso.

La verdad es que en país alguno funciona la economía de tipo químicamente puro. En todas las naciones, sin excepción, la economía es mixta en mayor o en menor grado. En las economías esencialmente libres, como las de todos los países desarrollados, el intervencionismo estatal asume las más variadas formas de control y de limitaciones legales. Y en las economías totalitariamente socialistas, como en la Unión Soviética, por ejemplo, intervienen elementos de nítido estilo capitalistas. Así en Rusia, los miembros del "koljoz" —la tierra socialista colectivizada, de propiedad del Estado— reciben del Estado un lote de tierra de "tres cuartos de hectárea" por familia. Este lote es cultivado libremente por el campesino produciendo lo que más le conviene y dedicándolo a la cría de animales dentro de las prescripciones estatales. Luego, la producción íntegra de estos lotes de tierra sale libremente al "mercado koljoziano"; donde los productos se venden sometidos a la ley de la oferta y la demanda, tal como en una economía libre capitalista. No está de más advertir que estos mercados aportan un promedio superior al del cincuenta por ciento del consumo de las ciudades soviéticas.

Esto demuestra que todo proceso económico a través del mundo es economía mixta. Los latinoamericanos no han realizado descubrimiento alguno y están muy lejos de haber creado —como piensan— un nuevo sistema.

Lo esencial en la dinámica de este proceso es que no existe diferencia de naturaleza, sino simplemente de grado, entre el sistema de las empresas estatales, del estatismo económico, del socialismo y del comunismo. Se trata de una escala rampante que podemos comparar con el proceso del embarazo. Nadie conoce un cuarto de embarazo, ni medio embarazo; ni sólo algunos décimos de embarazo. Lo que existe es el desarrollo de un proceso indivisible.

Se comienza por implantar algunas empresas estatales, siempre consideradas "estratégicas", por favorecer políticamente el desarrollo de una economía mixta, que ingresa en el estatismo para terminar haciéndose el realizador del socialismo y del comunismo.

Por esto, todo "cambio de estructuras" que reemplaza las empresas privadas por empresas estatales, lleva sobre sí una inexorable tara socialista: constituye —independientemente del designio o de la voluntad de sus promotores— un paso, y luego otros, en el camino resbaladizo que lleva al comunismo.

Es por esto que, a la cima del comunismo se puede descender de diferentes maneras: o mediante el salto brutal como el que Fidel Castro impuso en Cuba, y Lenin a Rusia, o mediante un descenso pausado, peldaño por peldaño, nacionalizando una empresa hoy y otra en los meses que vienen.

La escalada es conocida: un poco de estatismo hoy, más estatismo mañana; una empresa estatal y otra empresa estatal; expropiaciones, nacionalizaciones, hegemonía del Sector Público sobre el Sector Privado, acorralamiento y asfixia de la empresa privada, su desprestigio y su raquitismo. Y luego, el socialismo. Varían los peldaños, el ritmo, la cadencia.

pero, al final, la escalada estatista resulta equivalente del salto brusco de estilo soviético o cubano. Todo lo que conduzca al estatismo, sea cuál fuere la posición, la dinámica, el propósito o la finalidad que se proclame, lleva al umbral del universo comunista.

Todo sistema que repose sobre empresas estatales está condenado a generar inflación, ya que el Estado estará forzado intermitentemente a acudir con subsidios para librar a sus empresas del desastre. Los subsidios se traducen inexorablemente en inflación, o sea en el más cruel y despiadado de los impuestos con que se pueda castigar a un pueblo y más duramente aún, al estómago de las capas sociales menos afortunadas. Esta realidad —comprobada a través del mundo— demuestra que todo gobierno estatista es el enemigo público de los pobres del país.

El estatismo se vuelve delito de estafa de los políticos cuando una experiencia universal demuestra que el estatismo aumenta la pobreza, destruye el patrimonio nacional, engendra una burocracia voraz y corrompida y, en vez de promover la igualdad económica que dice buscar, enriquece solamente a los dirigentes políticos a costa del hambre de los pobres.

Todo estatismo se instala bajo la venerable bandera del amor al prójimo, de la piedad por los pobres, de la conmiseración por la mísera suerte de los marginados.

Todo estatismo se instala con la finalidad suprema de repartir equitativamente la riqueza. Con el reparto se benefician los que no son pobres: los funcionarios gubernamentales, los burócratas, los ejecutivos de las empresas estatales, los políticos, los influyentes, los especuladores que trabajan con el gobierno. La masa laboriosa no sólo no recibe beneficio sino que, tiene que pagar el costo del festín y del enriquecimiento de los burócratas.

El estatismo es la tara mortal que impide la crea-

ción de abundancia, el único remedio efectivo contra la pobreza. Y esta es la tara mortal de la que tiene que liberarse el proceso económico de Chile, si es que su pueblo ha de realizar el rescate económico, o sea la redención de la miseria mediante la creación de abundancia.

La libertad es indivisible

A través de un lavado de cerebro pertinaz, desplegado por los izquierdistas, y que ha durado años, se ha hecho admitir a la generalidad de las gentes que la libertad económica en los tiempos modernos se ha vuelto una libertad de inferior calidad de origen y destino distintos que las otras libertades: libertad de pensamiento y libertad de expresión, libertad de creer, libertad de elegir y de criticar a los gobernantes, libertad de organización y de movimiento. Los izquierdistas introdujeron el contrabando —so pretexto de repartir justicia social— de que si esas libertades esenciales no son atacadas frontalmente, la libertad económica y su observancia carecen de toda de toda importancia.

De la libertad económica se ha hecho —bajo la influencia del marxismo— una suerte de libertad disminuida, vergonzante, que no puede ser reivindicada a la luz del día y que puede ser avasallada, si el avasallamiento es justificado con la necesidad de socorrer a los pobres, quitando a quienes tienen para dárselo —nada más que teóricamente— a los que no tienen.

Esta subestimación filosófica y jurídica de la libertad económica ha conducido a nuestra sociedad, a nuestra política, a los partidos políticos modernos y a los políticos en lucha por el poder, no solo a desmonetizar el valor de la libertad económica sino a

considerarla indefendible, contraria a las normas de solidaridad humana, indigna, por inmoral, de figurar junto a las demás libertades con cuya defensa se honran los hombres libres.

Empresarios y abogados, juristas, propietarios de las más diversas categorías, inversionistas y accionistas, han venido aceptando que la libertad económica no sólo es libertad secundaria, sino libertad que no puede decir su nombre. Invadidos por complejos de culpa o persuadidos de que la nueva política sólo alcanzaría a ser aplicada a sus vecinos, se consintió en dejar prosperar la idea de que, por lo menos en el caso de la economía, la libertad sí es negociable.

El cúmulo de males que se han derivado de esta teoría y de la tolerancia frente a ella ha caído con abrumadora pesadumbre especialmente sobre las grandes masas populares, o sea sobre quienes no son ni inversionistas, ni accionistas, ni propietarios de medios de producción. La realidad está demostrando que estas categorías sociales son las que sufren las consecuencias más duras de la falta de libertad económica.

Porque es hecho macizo que allí donde reina la libertad económica, rodeada del respeto de gobiernos y de burócratas, imperan la prosperidad, los buenos niveles de existencia, las mejores condiciones de vida, los más confortables grados de bienestar. Y allí donde la libertad económica padece o está ausente reina la escasez, se deterioran los niveles de existencia y las masas carecen de comodidades elementales.

De aquí la fundamental y decisiva importancia que tiene para el rescate de un pueblo la plena restauración de respeto a la libertad económica, al derecho de propiedad inviolable y a la posesión de los bienes de los cuales se es dueño legítimo.

Un Estado verdaderamente democrático no tiene ningún derecho a no considerar la libertad económica como libertad esencial del hombre, por mucho que existan las más diversas formas de pobreza. Está

demostrado que limitando o avasallando la libertad económica no se alivia la pobreza, sino, al contrario, se la agrava y se la extiende.

Filosóficamente, bajo una austera concepción democrática, la libertad es indivisible. Un atentado contra la libertad económica es atentado contra todas las libertades del hombre. Todo país que pierde la libertad económica está entregando al Estado poderes desmesurados que le conducirán de modo inexorable a recortar y a suprimir las otras libertades.

Todo Estado con poderes económicos, con empresas estatales controladas por la burocracia gubernamental, sometidas al vaivén político, se convierte —independientemente de la voluntad de los gobernantes— en Estado totalitario. El totalitarismo de los países comunistas y fascistas es producto de la pérdida de libertad económica. El pueblo que consiente en la limitación o en la supresión de la libertad económica en favor del Estado, está atentando contra el destino integral de su libertad.

La libertad humana es indivisible: libertad de pensar, de orar y de poseer; libertad de asociarse legalmente y de disfrutar lo legítimamente creado; libertad de expresarse, de comprar y de vender bienes y servicios. Cualquier cercenamiento, por mínimo que fuere, de cualquiera de estas libertades constituye atentado grave contra la libertad integral del hombre.

Las limitaciones impuestas por los estatistas de todos los matices a la libertad económica —por venerables que sean los pretextos que se invoquen— son la aplicación práctica de la "táctica del salame" de los comunistas. Imponen el socialismo por tajadas y recortan la libertad por rebanadas. La única diferencia reside en que el comunismo aniquila la libertad de golpe; el estatismo la estrangula lentamente y avanza hacia la dictadura paso a paso.

En la implantación del sistema estatista se ha fabricado el eufemismo de "la revolución en libertad", concepción esencialmente falsa. Porque, al im-

poner los caminos económicos dictados por la revolución, es imprescindible para un gobierno avasallar los derechos de un sector de la sociedad, no importa si mayor o menor. Los derechos adquiridos conforme a normas legales, a principios éticos, a reglas civilizadas, son abolidos por la revolución. Por lo tanto, el beneficio concedido a uno —que no tiene otra virtud que la de haber sido incapaz de crear riqueza—, constituirá un perjuicio para otro que sí tuvo esa capacidad. De esta manera, la libertad se vuelve privilegio, o sea ignominia y privación de libertad. Por ésto, la "revolución en libertad" es retórica bizantina, sin valor alguno en la realidad.

Mito de justicia social

La existencia de la pobreza ha sido la filosofía, el pretexto, la bandera para la implantación del estatismo. Su finalidad, proclamada con estridencia, ha sido el propósito venerable de implantar la justicia social.

La pobreza es fenómeno psicológico, educacional, político y social, que se expresa en condiciones económicas. Pero la pobreza no es de ninguna manera problema moral. Ella no depende del bien o del mal, de la virtud o del vicio, ni de la transgresión de principios éticos. Por tanto, al enjuiciar el fenómeno de la pobreza en una sociedad, no se la puede plantear como cuestión de justicia o de injusticia. Tampoco la pobreza puede ser estimada como problema jurídico, como cuestión de derecho o como mero problema económico que pueda ser remediado o abolido por medio de leyes, decretos o reglamentaciones. El único remedio contra la pobreza descubierto hasta hoy es la creación de abundancia, ya que no existe poder humano capaz de crear diques sociales

para la abundancia. A tal régimen se ha llegado a través del mundo mediante la actividad de la economía libre. Mientras que, hasta hoy, ninguno de los conductores del pueblo hacia el reino de la justicia social ha llegado a él, no obstante que la marcha ha llenado un buen siglo y que la inversión dilapidada en la empresa ha costado billones de dólares. A pesar de que esos conductores se han enriquecido hasta el hartazgo y no obstante que la riqueza ha llovido sobre los luchadores por la justicia social, la miseria se mantiene floreciente en los países donde no hay régimen de empresa privada y es mucho más dura aún en los países que padecen socialismo o cualquiera forma de estatismo.

Una reiterada y maciza experiencia histórica nos enseña que ningún régimen estatista o socialista, en ninguna parte del mundo, realizada por las más diversas calidades de hombres, en los más distintos ambientes humanos, ha sido capaz de erigirse en creador de abundancia. Todo lo contrario: estatismo y creación de abundancia son incompatibles; en tanto que la escasez, la penuria y las privaciones siguen al estatismo como la sombra al cuerpo. En ninguna parte se ha hecho el milagro de combatir la pobreza con escasez; y en todas partes es hecho corriente que, con abundancia, se absorbe y se elimina la pobreza.

La escasez determina deterioro de los niveles de vida de las masas, lo que significaría que la escasez engendra injusticia social. Ningún régimen económico engendra mayor baja de la producción y mayor escasez que el estatismo y el socialismo. Lo que nos lleva a concluir que los promotores del estatismo y del socialismo son los realizadores más eficaces de la injusticia social.

Si la justicia social consiste en que los pobres mejoren sus niveles de existencia, pues quiere decir que es la abundancia la que acarrea justicia social torrencialmente. Y la experiencia universal nos enseña

que ni el estatismo ni el socialismo crean abundancia, sino escasez; y que la abundancia es siempre y en todas partes creada por el régimen de economía libre.

Los comunistas, socialistas y toda suerte de progresistas políticos acusan a la empresa privada de trabajar por amor al lucro, en tanto que la empresa estatal trabaja sin buscarlo. Pero, del lucro de la empresa privada salen la prosperidad de los trabajadores, los tributos que permiten al Estado pagar a los maestros, sostener las escuelas y universidades, remunerar a los jueces, a los parlamentarios, a los burócratas, a la policía y subvenir a los gastos de asistencia social que benefician a los pobres, no a los acomodados.

De la ausencia de lucro de las empresas estatales y socializadas proviene el hecho universal y permanente de que ningún país estatista o socialista —absolutamente ninguno— puede dar a sus trabajadores el nivel de vida que les dan los países de economía libre, donde las empresas privadas trabajan buscando lucro.

El régimen de libre empresa vivifica y realiza en la vida social la sabia filosofía del chino Kuang Tzú: "Si regalas pescado a un hombre, le darás de comer por un día; si le enseñas a pescar, le alimentarás para toda la vida". El estatismo puede ser que llegue a regalarle pescado al pobre, el día de la Independencia o de Año Nuevo. La empresa privada le enseña a pescar y le impone, con la pena de hacerlo todos los días, el goce de saberse hombre libre, pescador dueño de su destino.

Liquidar herencia del pasado

Chile, como cualquier país que quiera liberarse de la pobreza, superar el retraso, ingresar en el des-

arrollo, sacar a los marginados de la miseria y mejorar los niveles de vida de su pueblo, tiene que comenzar por liberarse esforzadamente de la funesta herencia de estatismo que le deja el pasado. Se torna imperativo cambiar drásticamente en la vida económica el verbo "estatizar" por el neologismo alemán "privatizar". Es decir, transformar enérgicamente las empresas estatales, generadoras de pérdidas, de enriquecimiento ilícito y de inflación, en empresas privadas generadoras de abundancia. Allí está la clave del rescate económico que debe seguir al rescate político, y el que requiere tanto heroísmo, tan alto espíritu de sacrificio, tanta firmeza como los que fueron puestos tan abnegadamente al servicio de la obra de la liberación.

Incuestionable es que el regreso de las formas estatistas a las de la economía libre no es operación fácil. Se ha dicho, calificando tal situación, que "es muchísimo más fácil cabalgar sobre el tigre que descabalgarse de él". Pero, a pesar de las dificultades iniciales, los resultados son tan altamente positivos que vale la pena el esfuerzo que se emplee en imponer el cambio.

La Alemania Federal ha legado, entre sus magníficas experiencias económicas, la que concierne al paso del estatismo a la libertad económica.

Cuando las empresas estatales heredadas del nacional-socialismo debieron afrontar la nueva situación que se instalaba en Alemania Federal, aparecieron ante la luz pública las pérdidas con que clausuraban sus ejercicios anuales. El gobierno alemán se negó a consentir que el proceso económico fuese desevecijado por la carga de subsidios que para el Estado significaban esas pérdidas. Y así, resolvió entregar la dirección y administración de tales empresas a la iniciativa privada, para que los dueños respondiesen de las pérdidas o de las ganancias.

Los social-demócratas del señor Willy Brandt, que se hallaban entonces en la oposición, clamaron su hir-

viente indignación a causa de que Adenauer se proponía entregar a la voracidad de la oligarquía germana —mucho más voraz, por ser más poderosa, que la chilena— una cuantiosa riqueza nacional, amasada con el esfuerzo de todo el pueblo alemán.

El gobierno afrontó el escándalo con estoicismo, demostrando al pueblo lo que significaban las pérdidas, la carga de subsidios que los contribuyentes debían pagar, o con mayores impuestos o con emisiones inorgánicas de billetes que afectaría inevitablemente el poder adquisitivo de la moneda. El traspase de la economía estatal a la economía privada iba a ser realizado con toda limpieza y ofreciendo, de preferencia y en primer lugar, las acciones a los obreros, con prohibición de vender las acciones nominales durante tres años. El segundo lugar en la preferencia de la compra de acciones lo ocuparon los empleados. Solamente cuando las ventas a estos sectores fueron declaradas desiertas, o sea, sin compradores, las ventas de acciones se extendieron a otros campos económicos.

Fulminantemente las pérdidas desaparecieron el mismo año del traspaso y se anunció la repartición de dividendos, es decir, de utilidades. Aparecieron nuevos modelos, más obedientes al gusto del público, y Alemania contó con empresas que pagaban impuestos en vez de ser mantenidas parasitariamente con subsidios.

Estos ejemplos cargados de fecundidad no han querido ser imitados por las empresas estatales de Bolivia, de la Argentina, del Uruguay, de Santo Domingo. Y, en consecuencia, los patrimonios de estas naciones están obligados a ser carcomidos por los subsidios que cubran sus pérdidas.

A esta política, los estatistas oponen el vibrante alegato emocional del nacionalismo, de la virginidad de la soberanía, de la gloria de la independencia nacional. Todo esto es retórica demagógica y mendaz. Si el régimen de la libre empresa crea riqueza en el

país y forja prosperidad, quiere decir que no puede engendrar ningún peligro contra la independencia ni contra la soberanía. Por el contrario, la engrandecerá y la consolidará.

No hay individuo ni país ricos, o en vías de enriquecimiento, que pierda o que vea disminuir su independencia. Sólo pierden su independencia y ven mermada su soberanía las naciones pobres, como es el caso concreto de Cuba, colonia soviética en el Caribe.

Si estatizar es empobrecer al país, hacer pagar subsidios a su pueblo y hundirlo en la crisis, quiere decir que estatizar económicamente es atentar de modo grave contra la independencia nacional.

Nada ha hecho más mal en América Latina que la retórica pomposa en favor del nacionalismo de pacotilla. Sobre ella se alza —bajo la influencia de los consorcios nacionales de los Estados Unidos— el clamor contra las empresas transnacionales, cuyos intereses están coincidiendo con las necesidades de bienestar de las naciones subdesarrolladas. Lo esencial en la relación con tales empresas es asegurar que las operaciones que van a desarrollar en el país son beneficiosas para el pueblo. Las empresas transnacionales no son ni buenas ni malas; pueden ser lo uno o lo otro, según los compromisos que los gobiernos contraigan con ellas.

Los países latinoamericanos tuvieron delante de su desarrollo el espectro insalvable de la estrechez de sus mercados internos. Si el poder adquisitivo de la población no era capaz de absorber la mayor parte o la totalidad de lo producido, el crecimiento económico se tornaba imposible. Hoy, gracias a las empresas transnacionales, el mercado interno cesa de constituir limitación, ya que la producción que promueve dentro del país de exiguo mercado interno está destinada además a los mercados del mundo. Todo depende del costo y de la calidad; el volumen no está en relación con el mercado interno sino con la capacidad de absorción del producto en el mercado mundial.

Si la empresa multinacional aporta los capitales foráneos sin los cuales todo crecimiento económico —base del desarrollo— es imposible, si crean una fuente de trabajo nueva, si promueven nuevos empleos, absorbiendo desempleo, si aportan tecnología de la que los países en desarrollo no disponen, si preparan técnicos y expertos nacionales y si luego utilizan lo producido como punta de lanza de las exportaciones que absorben los déficits de las balanzas de pagos, no se comprende por qué estrafularias razones el nacionalismo de pacotilla ha de oponerse a estas posibilidades positivas y beneficiosas.

El reto y la disyuntiva

Realizado el rescate político, corresponde a la Junta Militar de Chile la consumación del rescate económico. Y éste, plantea ante las Fuerzas Armadas un reto histórico, que se clava frente a una tajante disyuntiva. O se mantienen las herencias estatistas, condenando a Chile a una situación semejante a la de Bolivia, o se emprende con redoblada energía la implantación del sistema de economía social de mercado, del régimen de empresa privada, del imperio de la economía libre.

El caso de Bolivia, como el de otros países latinoamericanos, es aleccionador. El pueblo boliviano tuvo el valor indómito de pelear con las armas en la mano para salvarse de ser englutido por el comunismo. Tuvo el talento de constituir una alianza de civiles y militares superando discrepancias y antagonismos, para forjar la potencia capaz de imponer el rescate político. Pero no ha logrado hasta hoy abolir el estatismo al ingresar en la vía de la superación de su crisis.

La herencia de Víctor Paz Estensoro, de Siles Suazo, de Lechín Oquendo y de Juan José Torres, conti-

núa descargando su pesadumbre sobre el proceso económico del país. Y, a pesar de la inteligencia, de la honestidad, de los excelentes propósitos del régimen del rescate político boliviano, la crisis se prolonga, la pobreza se estanca, el pueblo gime bajo el esfuerzo ciclópeo de levantar en vilo la carga de las empresas estatales, cuya pesadumbre consume sin provecho las mejores energías de la nación entera, llegando a poner en peligro el rescate conquistado a costa de tan dolorosos sacrificios. Si Chile sigue el camino del rescate inconcluso, no tiene derecho a esperar sino hacinamiento de crisis.

Es definitivamente claro que el rescate político de Chile ha sido —por mandato histórico, por imperativo de la realidad— un fenómeno eminentemente revolucionario. Su realización forma parte —no es sino una parte— del rescate integral que exigen el porvenir democrático de Chile, la liberación económica de su pueblo y el aseguramiento de su porvenir. Por ello, el rescate económico que trasciende a ese porvenir, tiene que ser por fuerza —independientemente del designio, de la voluntad y de los cuidados menudos de sus protagonistas y colaboradores— continuación firme y consecuente del mismo proceso revolucionario.

Rescatar económicamente a Chile, tras haberlo hecho políticamente, significa proseguir con espíritu indeclinable la revolución que, para tener consecuencias históricas positivas, ha de ser cumplida en todos los campos; espirituales y materiales.

Toda revolución, si no ha de desgastarse en vano, transformándose en acto fallido y en frustración nacional, tiene que ser seguida como una guerra. Si en la guerra, toda política debe ser política de guerra, en el rescate económico toda la política tiene que hacerse rotundamente revolucionaria, a fin de que la potencia totalista de la gran tensión nacional, se concentre en la realización de una concepción unánime, animada por una voluntad única: la consumación del rescate económico.

A la luz de esta cuestión esencial, de principio, e históricamente decisiva, es de claridad meridiana que en el proceso chileno está muy lejos de haber sonado la hora de plantear el retorno a la restauración de la democracia representativa. Se hace imperativo encarar responsablemente la situación Ahora y Aquí, con la filosofía sagaz y serena del "Eclesiastés".

"Para todas las cosas hay razón y todo lo que se quiere debajo del cielo, tiene su tiempo".

Un tiempo de imponer revolucionariamente el rescate económico que trasciende al porvenir de las generaciones de Chile, y otro tiempo de restaurar la democracia representativa que fue honor y gloria del pueblo de Chile.

Retornar hoy al régimen de democracia representativa, restaurando el derecho y la práctica del sufragio, abriendo las puertas a los procesos electorales, sería adoptar una política manifiestamente contrarrevolucionaria, atentatoria contra el porvenir de Chile.

En la vida real, el marxismo ha sido evidentemente derrotado pero está muy lejos de haber sido vencido. Los marxistas chilenos mantienen intactas la totalidad de sus potencias. Sus contingentes electorales no han sido ni siquiera dispersados. Su capacidad de movilización bajo otras banderas, sus aptitudes para hacer pasar gruesos contrabandos, sus márgenes de maniobra electora, no han sufrido desmedro ni quebranto. Ellos disponen de las posibilidades de conducir sus aguas al molino de la victoria de cualquier candidato de izquierda, de manipularlo como a oso argollado de la nariz, preparar su retorno a la legalidad y, sobre todo, imponer la política económica que conviene a sus planes políticos y a sus finalidades socialistas.

Todo regreso a la vigencia de la democracia representativa, al parlamentarismo, al juego de los partidos, a la zalagarda de los manifiestos, de las asambleas y de las campañas electorales, significaría en-

treguismo culpable, capitulación perniciosa, que sólo conduciría a la quiebra del régimen democrático en la vida de Chile.

Toda convocatoria a elecciones antes del cumplimiento del rescate económico, será entregar la victoria electoral a la voluntad de los marxistas. O sea, que se trataría de algo más grave que un error: se trataría de un crimen.

El marxismo acaba de sufrir severa derrota política, pero sólo podrá ser vencido en el campo económico. La victoria sobre el estatismo, el ingreso en la órbita del crecimiento económico, la apertura de la perspectiva hacia el desarrollo, la conquista de bienestar para las masas, el mejoramiento de las condiciones de existencia del pueblo, serán los engranajes que triturarán las más altas potencias del marxismo.

En cuanto al plazo de tal obra, no es cuestión de invitar a la generación presente a convertirse en estiércol de la cosecha futura. Baste contemplar el caso flagrante de Brasil: hacia 1967 se debatía en la crisis económica paralizante que dejaron Janio Quadros y Joao Goulart principalmente. Nada más que un lustro más tarde, el Brasil había ingresado en la vía que le conduce a la situación de gran potencia económica, y en todos los órdenes.

Parte esencial del reto y la alternativa es la firmeza con que se mantenga la posición revolucionaria frente al rescate económico.

La primera verdad esencial de la que hay que conseguir que el pueblo chileno alcance una toma de conciencia lúcida, es que, después del fracaso de la revolución socialista que pretendió imponer el régimen de Unidad Popular, ha sobrevenido históricamente una revolución anti-marxista.

Chile ingresa en la revolución que le ha de conducir al bienestar, a la creación y consolidación del desarrollo, a la conquista de la prosperidad material y espiritual.

Con la comprensión nítida de esta perspectiva, el

pueblo chileno tiene que saber que esta preciosa conquista tiene un precio y que ese precio es imperativo pagarlo satisfaciendo las exigencias políticas, económicas sociales y culturales, y tanto las que provengan del orden temporal como del espiritual.

La Junta Militar realizadora del rescate de Chile, ha iniciado la acción que parece orientada claramente por tal espíritu revolucionario; ella se ha manifestado en dos actos trascendentes, que están destinados a proyectarse en lo político y en lo económico, cada uno, respectivamente.

La Junta avanzó un paso firme en la vía política, al iniciar la institucionalización de la revolución chilena, designando Jefe Supremo de la Nación al Presidente de la Junta, general Augusto Pinochet, y al dictar el estatuto constituyente que regirá la actividad política del gobierno.

Con esta medida se ha esclarecido luminosamente la perspectiva. Esclarecimiento esencial para la masa ciudadana, profundamente interesada en saber a dónde va, por cuáles caminos se la conduce, qué tipo de metas van a ser perseguidas. La designación del general Pinochet como Jefe Supremo de la Nación, cierra por un lapso prolongado, toda perspectiva de retorno a los días de actividad de la democracia representativa. No habrá convocatoria a elecciones; no se restaurará el régimen de partidos, no vendrán contiendas electorales y "la voz de las cifras" guardará silencio sobre el ancho paréntesis que hechos históricos más poderosos imponen sobre el funcionamiento de la democracia.

El segundo acto trascendente impuesto por la Junta sobre el proceso de la revolución chilena, es el acto económico consistente en la devolución de las empresas estatizadas por el gobierno marxista, a sus propietarios; acto que llega unido a la solemne declaración del Jefe Supremo de la Nación. "El gobierno de Chile observa con simpatía la libre iniciativa de los individuos, sin otros límites que los señalados por el

bien común. Para ello reclama una política realista de inversiones, que —sin lugar a dudas— requiere el aporte de capitales nacionales y extranjeros.

Ambos actos trascendentes se cristalizan en un fenómeno de confianza a la sombra de la cual el pueblo chileno podrá superar su crisis e inaugurar la era de su vertiginoso crecimiento económico, a semejanza del que los militares brasileiros han logrado realizar en su nación.

Ante esta perspectiva, los empresarios de todas las categorías, los profesionales, herederos de la obra ejemplar de la Cuproch, los trabajadores, libres por la acción de los mineros, de los camioneros, de las mujeres de las ollas vacías, los estudiantes buscadores de nuevos caminos, tienen esbozada la gran obra inmediata y práctica a realizar. Ante todos se alza la realización del "milagro chileno". No como especulación generosa, ni como anhelo patriótico, ni como secuela natural del rescate político, sino como realización heroica y concreta.

Los políticos dispuestos a servir —no efímeras victorias electorales— sino el destino de las nuevas generaciones; los militares responsables de la trascendental operación estratégica del rescate integral de Chile, tienen en la aplicación del régimen de economía libre, la seguridad, probada a través de todo el mundo contemporáneo, de una victoria en cuya magna conquista se hace imperativo poner, al mismo tiempo que una tensa vocación heroica, una firme voluntad de destino.

C a p í t u l o . X V

LECCIONES Y PERSPECTIVAS CHILENAS

Honda trascendencia espiritual / Alergia política y apaciguamiento / Errores de la derecha y de la izquierda / Imperativa militancia anti-marxista / Sobre el rumbo del rescate económico.

Honda trascendencia espiritual

En este proceso de una década de la vida de Chile, América Latina, y hasta todo el mundo libre, han vivido abreviadamente lo esencial de la historia contemporánea. Es como si dentro de esta década se hubiese compendiado el tempestuoso historial de toda la centuria. De la centuria del socialismo: de su nacimiento y de su destruyente frustración.

El proceso chileno deja enseñanzas que se incorporan definitivamente como categoremáticas de la filosofía política de los tiempos en que estamos y de los que van a venir. Son enseñanzas que desestancan concepciones y prácticas esclerosadas de una democracia desmoronadiza y enferma de apaciguamiento y cobardía. Democracia inepta para defenderse y para defender a sus defensores. Esta caracterización hace que se vuelva imperativo cívico para todo hombre y para toda mujer libres, realizar la divulgación, la exégesis, de estas lecciones, para hacer con ellas labor de alfabetización política de una masa ebria de fraudulencia y utopía.

El reciente proceso chileno de la caída y del rescate, deja lecciones tan ricas como múltiples y origi-

nales; para las derechas y para las izquierdas; para los empresarios y para los trabajadores de la ciudad y del campo; para los políticos y para los neutralistas en política; para intelectuales, periodistas, estudiantes y maestros.

La lección de mayor esencialidad y de más penetrante trascendencia, es que la gran potencia de accionamiento de todo el proceso chileno, proviene del espíritu. Los poderes de la resistencia fluyeron de manantiales espirituales que alimentaron la decisión de una infrangible voluntad de destino; que entesaron la tenacidad y la valentía en el combate contra el comunismo y por la reconquista de la libertad, que se extinguía como la llama de un cirio al viento.

Esta refinada calidad espiritual engendró la mística que tuvo la vocación heroica de la resistencia. Ella limpió de accidentalidad al pensamiento y a la acción, dotándolas de consecuencia, de caminos y de metas, de estrategia y de tácticas. Esta potencia espiritual inagotable y en eterno retorno, se volvió alimentante de la acción cotidiana de la resistencia. Ella se expresó con denuedo en la prensa combatiente de oposición. Porque fueron los periodistas los que dieron forma, expresión y sentimiento al espíritu de lucha colectivo. Ellos hicieron penetrar ese espíritu en la cabeza de las masas, que fue donde se convirtió en fuerza determinante de la voluntad de destino.

La prensa chilena libre dictó la lección espiritual gloriosa de que no se dejó silenciar. Peleó y siguió peleando en las peores y en las más difíciles condiciones. Los periodistas, los escritores, los intelectuales libres se batieron aventurando la libertad personal, el porvenir, el tesoro hogareño y, en una dramática totalidad, la vida. El caso del espíritu que animó al periodismo chileno fue el reverso de la actitud que se ha observado en el caso del Perú. Sobre un mar de cobardía navega la fragata empavesada de la dictadura invencible.

Este espíritu chileno trascenderá entrañándose en la mentalidad latinoamericana de nuestro tiempo.

Evidente es que este espíritu se forjó en la candencia de la lucha y en la visión lúcida del espectro de la frustración. Pero fueron factores espirituales, los que hicieron visible y tangible esta frustración. Y allí residió su fuerza, de allí se desprendió su transcendencia.

La pobreza es el peor enemigo del realismo. Los pueblos pobres detestan las concepciones que traten de reposar sobre esa realidad aspera y fría que es la economía. Y más aún, la economía concebida y practicada como proceso sometido a rigor científico. Los pueblos pobres aman recurrir a todo género de subterfugios y mistificaciones, para escapar de la economía; que es realidad implacable y sin concesiones. Todo pueblo pobre, y más si es cultivado y creador de expectativas; está dispuesto siempre a correr tras las más grandes aventuras: la magia; los mitos; las drogas; la comedia y la tragedia; la demagogia política y, pues si necesario y factible, la guerra.

América Latina está formada por países que son como "méndigos sentados sobre bancos de oro". Países de inmensas riquezas potenciales, víctimas de una geografía tormentosa, donde la explotación de esa riqueza impone costos elevados y retos difíciles, hasta parecer invencibles. En ese ambiente, sus pueblos se debaten en la pobreza, en las privaciones, en los mezquinos niveles de existencia. Del contraste entre la realidad esmirriada y la posibilidad encantada, surge la tendencia a evadir la realidad, a escapar de la economía.

Esta inclinación, que se llena fácilmente de embrujo y sortilegio, ha sido explotada hasta la trama por los demagogos de todos los matices, por los izquierdistas de todos los grados de incandescencia y en las últimas décadas por las diversas modalidades del marxismo.

Hacia el comienzo de la década del 50, el mito se

tornó trascendente, las ideas se cristalizaron en planes y en programas, y los pueblos se dejaron deslumbrar por la luz que venía de oriente. Fue con la aventura inicial del coronel guatemalteco Jacobo Arbenz Guzmán, que se inició la carrera tras el mito, la gran aventura que había de culminar poco más tarde con la instalación del comunismo en Cuba, al inicio de la década de los 60.

Desde entonces, cuál si se hubiese tratado de un proceso que oscuramente había llegado a su madurez, la carrera fue continuada por el Brasil y por los demás países latinoamericanos, hasta que sobreviniera la victoria del socialismo en Chile, por vías democráticas, hacia 1970.

Históricamente, la década del 60 fue la del enloquecido frenesí de las masas, rumbo al corazón de la aventura revolucionaria y socialista. Pero, al propio tiempo, ha sido la etapa de la madurez de una toma de conciencia, neta y dolorosa, del fracaso que implica el socialismo.

Esta conciencia del regreso de la aventura y de la marcha en reversa de la carrera tras el mito, animó el espíritu de la resistencia chilena. Y de ella se han derivado las magnas lecciones que quedan como valioso legado histórico válido para todos estos pueblos.

Alergia política y apaciguamiento

Lección sobresaliente del proceso chileno es que hombres o mujeres que —por cualquiera que fuere la razón— juegan al apoliticismo y a la neutralidad, no logran sino la mascarada de la evasión. Han llegado los tiempos en que la política penetra, no solamente la realidad, sino todos los poros de la realidad, todas las menudas circunstancias del hombre. En nuestros días, en política ya no hay cabimiento para los neutrales. Todo hombre, toda mujer, están hipotecados para asumir una posición política neta.

La política se ha vuelto la más elevada e imprescindible realización de la persona humana; nadie puede realizarse integralmente en la sociedad de nuestros días sino en la política.

La lección trascendente que de aquí se deriva ilumina el grave error que han cometido y que siguen cometiendo los hombres libres de toda América Latina, al mantener una actitud alérgica a la política. Toda neutralidad es abandonismo, es disfraz de cobardía cívica que contamina y asfixia la libertad. Es el abandono del destino y de la obra más trascendente de la nación. Destino y obra que se dejan como botín de los audaces, como tierra de nadie para los demagogos, iluminados, oportunistas y hasta pícaros.

Los empresarios latinoamericanos profesan como doctrina el abandonismo político. Y es para ellos que Chile ha demostrado que todo empresario —grande, mediano, pequeño— embotellado en una neutralidad químicamente pura, no podrá evitar jamás que la marejada de los acontecimientos contemporáneos le arrastre a cumplir el deber político. Y este cumplimiento se le impondrá, no ya en las condiciones que libremente haya querido elegir, sino bajo la compulsión inevitable de las más adversas circunstancias. Con o sin su voluntad tendrá que salir convertido en combatiente político, a defender, no ya sus derechos de empresario, sino el derecho vital a la supervivencia.

La experiencia chilena enseña a todos los hombres libres de Iberoamérica, que no deben subestimar jamás, por ninguna consideración, la lucha encarnizada en defensa de la propiedad privada y en contra de la estatización. Las concesiones en este campo, realizadas por cobardía, por intimidación, por apaciguamiento o por lo que fuere respecto de la libre actividad económica y del ejercicio de la libre iniciativa, se traducen a la larga, en materiales con los que se construyen los desastres de los pueblos.

La defensa de la propiedad privada, del respeto de la economía libre por parte del gobierno y de la

burocracia, tiene que ser tan amplia que comprenda a todo aquel que pueda sentirse amenazado en su propiedad, en su iniciativa y en sus derechos.

Errores de la derecha y de la izquierda

El proceso chileno enseña a todas las derechas, que es error trascendente y pernicioso, abandonar el enfrentamiento con las corrientes de izquierda y, más todavía capitular ante ellas.

Imperativo categórico de toda derecha política no es el de derrotar y vencer la revolución. Su misión histórica es impedirla. Y para impedirla pues tiene que enfrentarla y oponérsele rotundamente. Ninguna derecha debe rendirse, ni capitular jamás, ante ninguna corriente de izquierda. Aún en las más desfavorables condiciones, debe presentar combate frontal. Toda izquierda política constituirá siempre un reto a las posiciones, a la política, a los programas de la derecha. Y, en todos los casos, la derecha —si ha de sobrevivir y si ha de luchar por la supervivencia del país— tiene el deber de afrontar el reto. Siempre será mucho más conveniente para un pueblo que su derecha combata y soporte derrotas episódicas, que cualquiera clase de apaciguamiento claudicante. Los pueblos traducen siempre las capitulaciones como decadencia. Y ningún pueblo está dispuesto a seguir a conductores decadentes.

La experiencia chilena enseña cuán pernicioso es para la política y cuán desastroso para el país, el pensamiento que llega a cortar sus raíces con la derecha, con la tradición nacional y con la historia, pretendiendo hacer comenzar ésta con ella misma. El resultado es que no sólo se produce el divorcio político entre izquierda y derecha sino que se crean los fermentos corrosivos del agrietamiento de la nación en

tera, y se abren anchas y suaves, las vías hacia la penetración del comunismo.

En Chile la democracia cristiana no observó la norma sustantiva de mantener la unidad de los contrarios con la derecha. Hizo lo posible por transformar la separación natural en grieta y luego la grieta en abismo, abriendo la posibilidad de destruir el régimen tradicional de Chile.

La democracia cristiana en Chile —como pretende hacerlo en toda América Latina— cortó sus raíces históricas, desposó la filosofía adversa al principio de la propiedad privada, dentro de la cual son asequibles y hacederas todas las reformas sociales, puesto que todas ellas para ser fecundas, tienen que tender a convertir a cada núcleo familiar en propietario. Se pretendió fabricar una sociedad socialista, desconociendo la comprobación universal del fracaso dramático y palpable del socialismo a través de todo el mundo. La democracia cristiana orientó su política hacia las expropiaciones y las nacionalizaciones abandonando el sistema de la economía libre, tomando en cuenta nada más que su defectibilidad, e ingresó en la vía que conduce al comunismo por los vericuetos hipócritas de la tercera posición, de la vía no capitalista del desarrollo.

Una luminosa enseñanza chilena demuestra que carecen de toda validez las resonantes proclamas que niegan, una y otra vez, el carácter socializante de la acción que pretende encubrirse tras conceptos de tercer camino, tercera posición, economía mixta, vía no capitalista de desarrollo, sistema ni capitalista ni comunista. Chile ha probado que lo que cuenta y lo que vale son los actos, no las intenciones, ni los propósitos, ni los conceptos.

La democracia cristiana juró siempre y continúa jurando por los Santos Evangelios, en América Latina, que su ideología y sus programas no tienen parentesco alguno con el marxismo. Cree, seguramente con sinceridad, que se quiere dirigir por un tercer ca-

mino; por la vía no capitalista de desarrollo, hacia la realización de reformas capaces de instaurar el reino de la justicia social. Los hechos históricos en Chile han demostrado al mundo entero que los terceros caminos no existen; que las vías ni capitalistas ni comunistas van a parar en el comunismo inexorablemente, como lo está comprobando objetivamente el caso peruano.

Toda corriente reformista debe reconocer linderos claros, determinados por las condiciones concretas de la realidad nacional. Toda reforma debe estar condicionada por las limitaciones de lo hacedero y de lo posible. Y toda promoción, todo movimiento reformista tiene que estar controlado por la contradicción de acero que presenta la realidad nacional. No se puede invertir y distribuir lo mismo, al propio tiempo; y aquello que se destine a la inversión, no será posible entregarlo a la distribución. Lo que un país produce tiene que dividirse tajantemente entre lo que acumula y lo que consume. Y mientras más aumente el consumo, menos será posible acumular y viceversa. Y mientras menos se acumule más lento será el ritmo de crecimiento económico y más endeble la base del desarrollo. Por lo cual, todo desarrollo se construye con argamasa de sacrificio. Las promociones reformistas no pueden eliminar de sus idearios y de sus reivindicaciones las cuotas de sacrificio. Olvidarlas es caer en la demagogia, y es abrir los cauces de penetración a toda magnitud de infiltraciones comunistas.

El proceso chileno enseña que la lucha contra las diversas intensidades de avance socialista, debe mantenerse intransigentemente vedada de otorgar pequeñas concesiones. En todos los casos, las concesiones mínimas resultarán peligrosamente ablandativas y anestésicas para la defensa de un régimen de libertad. La una sobre la otra, la una después de la otra; provocarán la reacción en cadena que impondrá la política de arrojar carne a la fiera.

Las concesiones que en Chile hicieron la Derecha

primero, y la Democracia Cristiana más tarde, limpiaron los caminos y erigieron los puentes que hicieron posible el acceso triunfal del comunismo al poder. Concesiones semejantes y más gruesas, hechas por los empresarios, por el Aprismo, por la Derecha, en el Perú han conducido a la instalación, en gloria y majestad, de un régimen que —alegando una filiación ni capitalista ni comunista— ha ido a parar bajo la tutela comunista.

El ensayo chileno, la experiencia de Unidad Popular, han demostrado que socialismo y libertad son incompatibles. Que socialismo y bienestar son realidades separadas por antagonismo inconciliable. Que estatismo y desarrollo son cuestiones drásticamente excluyentes: o se hace socialismo o se hace desarrollo y si se hace lo uno, es absolutamente imposible hacer lo otro. Se ha demostrado en Chile que el bienestar de las grandes masas no es asequible, de ninguna manera, por las vías socialistas, ni con métodos o procedimientos socialistas. Se ha probado a través del proceso chileno, lo que es tangible en todos los países socialistas del orbe: que socialismo y miseria constituyen unidad semejante a la que forman un cuerpo y su sombra.

Como hecho macizo se exhibe a esta hora en Chile, el socialismo y cada una de sus diversas acciones, de sus métodos, de sus variadas operaciones —políticas, sociales, económicas, culturales— como la más dramática, lastimosa y abrumadora frustración.

Imperativa militancia anti-marxista

Chile, como el Brasil, como el Uruguay, se ve obligado a adoptar una posición rígida e intransigentemente anti-marxista en política. A través de esta experiencia histórica latinoamericana, se está com-

probando que el anti-marxismo — y su consecuencia, el anti-comunismo y el antisovietismo, anti-castrismo y demás— responde a necesidad sustantiva, a inevitable deber nacional.

El comunismo ha realizado un esfuerzo largo y perseverante para introducir la idea que califica o favorece la calificación de toda idea anti-comunista como reaccionaria, fascista, macartista producto de espíritu de cruzada, obsedida por el pensamiento enfermizo de la cacería de brujas, engendro de ceguera y de pequeñez espirituales.

Para los comunistas, para sus progresistas compañeros de viaje, para los tontos útiles del tercer-mundismo, todo lo que tiene sentido anti-soviético —es decir espíritu adverso a la infame dictadura implantada en Rusia o en los países comunistas— pertenece a la categoría ideológica del oscurantismo, producto de concepciones medievales amamantadas por oscuras corrientes inquisitoriales, que es como si llevasen el sello del Santo Oficio y de la quema de herejes. En cambio, la tolerancia frente a la infiltración, el apaciguamiento político y cultural, son exaltados como pensamiento moderno, abierto a todos los vientos, dotado de amplitud, de generosidad y hasta de elegancia espiritual.

Este aspecto de la infiltración comunista ha penetrado sobre todo en los campos intelectuales y estudiantiles, explotando el amor a la libertad de las ideas. Se ha instalado muy profunda y estrafalariamente en el seno de la Iglesia Católica; se ha convertido en actitud defensora de las gentes de letras; es cultivada como delicada flor del pensamiento universitario de avanzada y llega a alcanzar los niveles augustos de reivindicación del pensamiento libre.

A través de este pertinaz esfuerzo propagandístico, el comunismo pretende —y ha logrado en parte— hacer de las ideas, de las posiciones, de las actitudes anti-comunistas y anti-soviéticas, no solamente imágenes antipáticas, sino conductas repugnantes que

deben herir a los espíritus refinados amantes del esplendor cabal de la cultura.

Mediante esta propaganda se trata de amordazar toda crítica a las ideas absurdas del marxismo, a los procedimientos criminales del comunismo, a las acciones infames del sovietismo. Se requiere, por ésto, de una austera valentía, de una decisión lúcida para levantar y mantener en las trincheras de la lucha democrática la bandera del anti-comunismo y los pendones de combate del anti-sovietismo y del anti-marxismo.

El anti-comunismo como tendencia ideológica, en las circunstancias en que estamos viviendo en América Latina, no es engendro de ninguna suerte de reaccionarismo retrógrado, ni es actitud dictada por el empeño de proteger intereses de grupo, causando perjuicio a los legítimos de los obreros y de los campesinos.

El anti-marxismo militante, es la actitud de combatientes medularmente demócratas que no están dispuestos a dejarse pasar por encima. En la tempestuosa circunstancia en la que están viviendo los países latinoamericanos —y muy en especial Chile, el Brasil, el Uruguay, Bolivia— se vuelve imperativo de legítima defensa, combatir al comunismo, denunciar encarnizadamente su infiltración, contra-atacar su estrategia y desbaratar sus tácticas. En medio de la guerra que el comunismo ha impuesto al Occidente, no se puede pedir, en nombre de ninguna laya de progresismo, ni tolerancia, ni apaciguamiento, ni ánimo de manga ancha. En el hervidero de la contradicción entre totalitarismo y libertad, el anti-marxismo se convierte en necesidad vital de calidad irrenunciable, para los hombres libres.

Sin anti-comunismo militante, sin anti-marxismo combativo y combatiente, no habrá supervivencia para el mundo libre. Si la vigencia práctica de la libertad del hombre ha de sobrevivir, ella solamente podrá ser

rescatada y mantenida siempre que el anti-comunismo permanezca vigilante, activo y militante.

El anti-marxismo —lejos de ser concepción retrógrada y reaccionaria— es el filosofema positivo y novísimo del hombre de hoy que rehusa ser esclavo y de la humanidad libre de mañana. Sin anti-marxismo drástico y severo, no podrá haber economía libre, ni mejoramiento de los niveles de existencia de las masas, ni proceso rumbo al desarrollo de las naciones retrasadas.

En nuestros días, el marxismo se ha convertido en la receta predilecta del neo-imperialismo norteamericano, para impedir que las naciones iberoamericanas se apoderen de las conquistas de la revolución industrial. La infiltración marxista de nuestro tiempo, no es solamente operación moscovita, castrista, titoísta y pekinesa; es —y tal vez primordialmente— el procedimiento refinado de los "liberals" norteamericanos, para que los países latinoamericanos no salgan de la situación pastoral al plano de la competencia industrial en los mercados mundiales. Los más luminosos expertos norteamericanos están persuadidos de que socialismo y retraso son creaciones siamesas; de que marxismo y salida al desarrollo, son incompatibles y excluyentes. Con esta convicción lo recetan, a modo de regresivo permanente, y en dosis masivas a los pueblos que padecen los deslumbramientos de las carreras tras el mito.

Por ésto, el anti-marxismo es el antídoto contra la miseria, el subdesarrollo y el estancamiento; y el ingrediente más poderoso para la conquista de una auténtica independencia nacional. Porque el marxismo —ya venga descarnado de Moscú, de Pekín o de La Habana, en salsa tártara de Belgrado, o confitado y envuelto en celofán de Washington, de Princeton y Harvard— es el mismo pernicioso coloniaje mental.

El anti-comunismo es la expresión creadora y fecunda de la oposición universal, general y válida, a

una concepción del mundo anti-humana; a un cúmulo de teorías, de leyes y utopías, que han cobrado fuerza por haber penetrado en la cabeza de millares de resentidos sociales; de snobs ambiciosos; de seres acosados por la angustia de superar complejos de inferioridad, psíquicos, fisiológicos, sociales; de personas torturadas por la obsesión de conquistar poder sin pagar las cuotas de sacrificio que exigen normalmente esas conquistas. Pero además, y aparte de todo eso, el marxismo es en la actualidad un conjunto de teorías, de tesis y de leyes pretenciosas, que carecen, de manera total, de toda validez científica. Es la realidad con su proceso implacable, la que ha privado al marxismo de toda autoridad, de toda validez. Y como es universalmente aceptado no puede poseer carácter científico nada que haya sido refutado por la realidad.

He aquí por qué el anti-marxismo constituye en nuestros días una excelsa posición defensora de la verdad. El marxismo prometió el paraíso para los trabajadores. Han transcurrido cerca de sesenta años y el marxismo se ha vuelto el equivalente del infierno para los pueblos subyugados en su nombre, bajo el poder totalitario de la "nueva clase".

Los millones de seres humanos que viven en la actualidad bajo regímenes marxistas, están forzados a soportar una vida de privaciones, de promiscuidad, de hacinamiento en las ciudades. Millones de hombres y de mujeres se revuelcan en la miseria económica y moral de regímenes de oprobio, de porvenir regimentado y oscuro; de existencia formada por todos sus días de penuria, de vida gris y sin mañana, sin un solo día de alegría.

Ser anti-marxista hoy es combatir contra toda esta ignominia; es luchar por la libertad del hombre; por la elevación del nivel de vida de las masas; por un porvenir, no sólo mejor, sino de bienestar para los trabajadores.

Por ésto, es meritoria y valiosa la actual posición, declaradamente anti-marxista y anti-comunista del

pueblo chileno. Ella no debe ser conturbada por la contumeliosas acusaciones del comunismo, orquestadas por los progresistas norteamericanos. El antimarxismo de hoy es la posición defensora de los principios por los cuales se batió lo mejor, lo más honrado, lo más brillante, lo más heroico de la humanidad a través de tres milenios.

Sobre el rumbo del rescate económico

A diferencia de Bolivia, que se rezaga, hundida en la órbita del estatismo donde fue sumida por el Movimiento Nacionalista Revolucionario, prolongando su crisis; adoptando una posición más clarividente y menos abrumada por vacilaciones que el Uruguay el gobierno militar de Chile ha resuelto ingresar frontalmente por la vía del rescate económico.

El gobierno que preside, como Jefe Supremo de la Nación, el general Augusto Pinochet ha llegado a la misma toma de conciencia lúcida que alcanzaron en Alemania Federal Conrad Adenauer y Ludwig Erarhst, los artífices del Milagro Económico Alemán.

Para emprender esta vasta creación, el gobierno militar chileno ha comprendido que el país y el régimen necesitan crear una firme confianza en el destino ulterior de Chile; están obligados a conquistar el sentimiento de seguridad de los inversionistas nativos y extranjeros y de parte de la iniciativa privada sin distinción. Desatendiendo las presiones que vienen del pasado, que reflejan el anhelo de ambiciones meramente electorales, el gobierno de Chile ha empleado los únicos métodos que podían devolver la confianza en el porvenir del país.

Los arreglos con la Anaconda y con la Kennecott saldando el entredicho surgido en torno a la indemnización a que esas empresas tenían derecho, constituyen un acierto del gobierno. Grave perjuicio habría

constituido para Chile la desconfianza que tenía que surgir de la prolongación del pleito con las empresas. Su liquidación ha significado una verdadera explosión de confianza en el campo de la finanza mundial y en la inclinación de las empresas multinacionales.

A esta promoción de confianza ha seguido la promulgación del Estatuto del Inversionista, que constituye una firme apertura hacia la economía libre y la drástica rectificación del pasado económico del país, sobre todo el de la última década. Las reglas del juego son claras, bien definidas y trazan un lindero preciso entre una época que se hunde por debajo del horizonte y la nueva que se inaugura con un nuevo sistema.

El gobierno militar de Chile ha clausurado en forma sistemática y con carácter irreversible, la era del estatismo, de la política de Estado Benefactor; del intervencionismo estatal en las actividades productoras de las formas socialistas que tan grave daño están haciendo en la mayoría de las naciones latinoamericanas.

De esta manera, Chile se desplaza del área de una economía de inestabilidad, de crisis, de arbitrariedad, a la misma en que Alemania Federal, Japón, España, Brasil, Taiwán, Puerto Rico, han fundado la prosperidad nacional y la marcha hacia la creación de bienestar para las grandes masas populares.

El gobierno militar ha impuesto en Chile un régimen semejante al que sacó a Alemania Federal del caos en que fue hundida por la guerra, por la derrota y por la ocupación. Es un régimen análogo al que ha creado el resurgimiento de España, tras el desastre que trajo consigo la guerra civil y el régimen económico de tipo nacional-socialista que tuvo vigencia hasta la década del 50. Con esta operación el gobierno chileno ha rechazado y ha eliminado la "situación económica pastoral" que pretende imponer y que han impuesto en la casi totalidad de las naciones latinoamericanas los Demócratas de Washington, los sindi-

dicatos norteamericanos, los consorcios nativos proteccionistas de Estados Unidos y sus agentes latinoamericanos, los democristianos, los curas tercermundistas, los progresistas de los más variados matices y, naturalmente, los comunistas.

El proceso económico chileno, bajo el nuevo régimen, se zafa de la dominación colonialista de los importadores de materias primas y exportadores de productos manufacturados. Y comienza a exportar y fundar fábricas, a promover centros de producción manufacturera, consumidores de las propias materias primas, a industrializar el país introduciendo tecnología moderna y a exportar en gran escala a todos los rincones del mundo, la producción manufacturada.

Este cambio, que es determinante de una profunda y trascendente transformación económica, política, social y cultural, es, en su esencia una magna revolución. Es la revolución industrial de la etapa electrónica y de la era atómica que viene a encontrar campo de actividad en Chile.

Es evidente que con el nuevo sistema, Chile acepta un reto, el que se propone afrontar a costa de esfuerzo, de tenacidad, de talento, de sacrificio. Es reto idéntico al que se plantearon y afrontaron Alemania Federal, el Japón, España. El mismo que está afrontando denodadamente el Brasil tras el desastre al que fue arrastrado por los gobiernos de Janio Quadros y de Joao Goulart.

Pero al propio tiempo, Chile clava un reto, cual un venablo, en la realidad histórica de América Latina. Reto a las recetas de Washington a las burocracias estatistas, a las manipulaciones socialistas. Cuando los países donde continúen imperando aquellos sistemas sigan rampando en el primitivismo en el subdesarrollo, en la pauperización de sus marginados, Chile —merced al régimen de economía libre— estará sentado a la mesa de los países desarrollados.

No hay necesidad de ninguna categoría de aruspicina para anunciar con seguridad científica que Chile,

bajo su nuevo sistema económico, avanza no solamente a eliminar la pobreza de su larga y angosta faja de tierra y a ingresar en la era de la prosperidad, creando efectivamente "la copia feliz del edén", sino que marcha a convertirse en la gran potencia del Cono y del Pacífico del Sur.

No es menester taladrar las entrañas de la futurología para predecir que al final de la presente década, Chile se alzaré como país auténticamente independiente, capitanía general de la integración sudamericana y fortaleza de la libertad hemisférica, broquel del mundo libre en este sector del planeta.

INDICE TEMATICO

p r e f a c i o	7
Capítulo I	15
EL ABLANDAMIENTO PSICOLOGICO.	
No es tan fiero el león.	15
La euforia democrática	16
Fascismo o democracia	18
La conjura contra Chile	22
Quién manda el buque	26
El Presidente Radical	29
Capítulo II	33
ESTRATEGIA NEO-IMPERIALISTA	
Entraña del paradojal concubinaje	33
Las empresas transnacionales	37
La batalla de la concurrencia	41
Marchar separados; combatiendo juntos	43
Una situación económica pastoral	46
Postura del Congreso norteamericano	50
Capítulo III	53
LA DEMOCRACIA CRISTIANA	
Dispositivos y tentáculos	53
Frustraciones y victorias	56
Cristianismo materialista	61
La revolución semántica	64
Capítulo IV	72
EL COMPLEJO DE CULPA	
Panorama político de 1964	72
El complejo de culpa	75
La elección de Curicó	78
Capitulación incondicional	80
Pecado y penitencia	84

Capítulo V	87
LA POLITICA DE KERENSKY	
Modelo de apaciguamiento	87
No hay enemigos a la izquierda	91
El poder, pacíficamente	95
Estatutos de garantías	97
Capítulo VI	105
CRASO ERROR DEL POLITBURO	
Crisis de los infalibles	105
Situación revolucionaria	109
Se pasaron los militares	112
Fisura en la Iglesia Católica	116
La Iglesia revolucionaria	120
Capítulo VII	123
AVENTURERISMO POLITICO	
La aventura blanquista	123
Personalidad de Allende	127
Desprecio de la clase media	133
La táctica de la aventura	138
Capítulo VIII	141
LA BUROCRACIA DORADA	
El "aparatchik" de Moscú	141
La dualidad de poder	146
La práctica burocrática	152
El blanquismo burocrático	155
Capítulo IX	159
EN EL VORTICE DE LA FRUSTRACION	
Bajo destino inexorable	159
Las desviaciones chilenas	163
Los errores capitales	168
La frustración mundial	171
La doble dualidad de poder	173
Capítulo X	176
EL DRAMA DE LA RESISTENCIA	
Presencia de la derecha	176
No fue empresa de políticos	180
El empresario combatiente	184

Profesionistas y camioneros	187
Organización de la resistencia	189
La estrategia del rescate	191
Capítulo XI	195
EL VANGUARDIA DE LA RESISTENCIA	
El imperativo de una vanguardia	195
Variedad de tácticas	199
Hecho que ratifica la quiebra	201
Las mujeres también improvisan	203
Los periodistas en la vanguardia	206
Su descanso fue el pelear	209
Capítulo XII	211
"PLAN ZETA" EL CAMINO DE PRAGA	
La entraña de lo monstruoso	211
La amenaza de guerra civil	215
El ejército paralelo	218
Camino al golpe de Praga	222
Combatientes que no combatieron	224
Capítulo XIII	230
TRAGEDIA Y TRAFICO DEL CADAVER	
Filosofía amor al y clínica	230
El regreso de la escuadra	234
En el principio del fin	236
La antesala de la tragedia	239
Un testimonio irrecusable	241
Furiosa campaña de calumnia	243
Capítulo XIV	248
LA HERENCIA Y LA DISYUNTIVA	
La tara mortal del estatismo	248
La libertad es indivisible	252
Mito de la justicia social	255
Liquidar herencia del pasado	257
El reto y la disyuntiva	261
Capítulo XV	267
LECCIONES Y PERSPECTIVAS CHILENAS	
Honda trascendencia espiritual	267
Alergia política y apaciguamiento	270
Imperativa militancia anti-marxista	275
Sobre el rumbo del rescate económico	280

El escritor peruano EUDOCIO RAVINES es uno de los intelectuales que regresó del marxismo. En 1936 estuvo en Chile, enviado por el Comintern para organizar el Frente Popular. De su experiencia comunista dejó testimonio en su libro "La Gran Estafa", que tuvo resonancia mundial.

Desde entonces Ravines se ha dedicado al estudio de la política latinoamericana. Sus artículos y comentarios se publican hoy en diarios y revistas de América y Europa.

En el presente libro Ravines analiza la experiencia chilena: las circunstancias que hicieron posible el triunfo de la Unidad Popular, la responsabilidad de quienes le facilitaron el camino, el fracaso del gobierno marxista, la rebelión del pueblo chileno y las perspectivas y posibilidades futuras.

Pero este libro no es sólo un reportaje al proceso político interno. Al referirse a las presiones e intereses externos que actuaron sobre Chile —desde Washington y Moscú—, Ravines nos muestra la trama oculta de la política internacional.

EL RESCATE DE CHILE es un libro polémico que seguramente será objeto de duras críticas o encendidos elogios. Todos, sin embargo, reconocerán que se trata de una obra apasionante y objetiva que toca al fondo del problema.